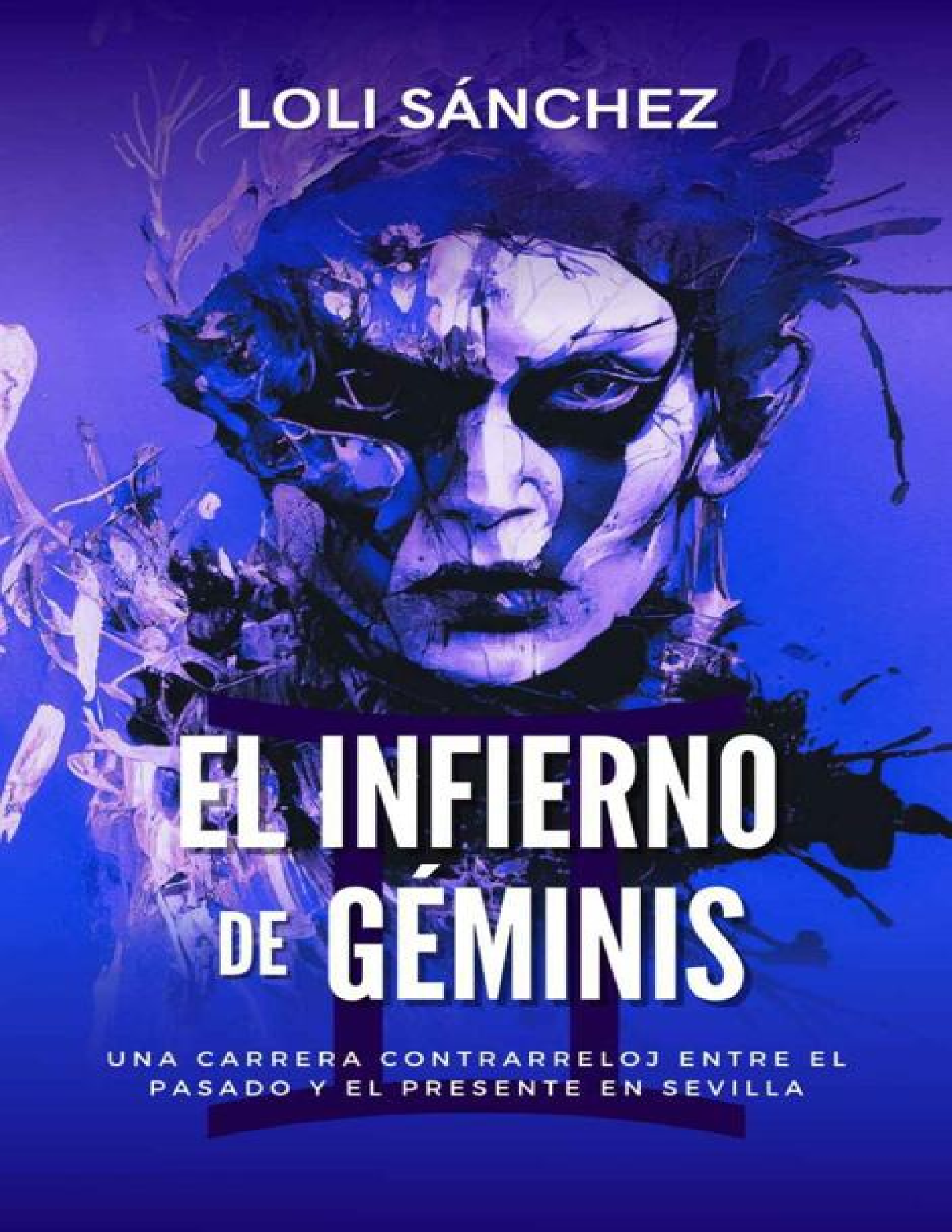




LOLI SÁNCHEZ

# EL INFIERNO DE GÉMINIS

UNA CARRERA CONTRARRELOJ ENTRE EL  
PASADO Y EL PRESENTE EN SEVILLA

Imagen portada: Imagen de HANSUAN FABREGAS en Pixabay / \*Imagen de uso gratuito

# EL INFIERNO DE GEMINIS

*Loli Sánchez*

## AGRADECIMIENTOS

Esta novela no hubiera sido posible, no solo sin vosotros, si no también sin la ayuda incondicional, apoyo y consejos, así como portada increíble de mi hermana de corazón y gran autora Maria Vega.

En esta novela quiero agradecer también su increíble maquetación, portada para edición de bolsillo y ayuda a mi nuera de mi corazón Isabel, por su ánimo y su respeto a la hora de llevar hasta vosotros mi trabajo.

Os quiero y adoro infinito!

A vosotros mis hijos,  
por vuestra fe ciega,  
vuestro apoyo incondicional,  
vuestra ayuda constante.  
Por no dejarme vencer ni caer,  
por estar en las buenas y en las malas,  
por existir.  
¡Os amo infinito!

*"El hombre sano no tortura  
a otros.  
Generalmente, es el torturado el  
que se convierte en  
torturador"  
—Carl Jung—*

*¿Cómo matas al miedo?  
Me pregunto.  
¿Cómo le disparas a un espectro  
en el corazón?  
¿Cómo le cortas su cabeza espectral  
y se la sacas de su espectral garganta?  
—Joseph Conrad—*

A mitad del camino de nuestra vida, en una  
selva oscura me encontraba por que  
mi senda había extraviado.

——Inferno, Divina Comedia.——

**1**

**10 de marzo de 1996. Álava**

El silencio era absoluto.

A aquella hora de la tarde muchos de los alumnos se encontraban descansando. Él lo sabía. Era su momento favorito. Entraba en la sala, observaba las decenas de literas y escogía. Tenía donde elegir, aunque debía reconocer que ya tenía a sus favoritos. No muchos, solo tres o cuatro. Aquellos, a los que ya tenía tan aleccionados y aterrados de los castigos de Dios, si desobedecían a sus ministros, que sabía, no iban a decir nada. No era el único... Aunque allí nadie quisiera reconocerlo y ninguno lo confesara, él no era el único. Por ese motivo creía que era su derecho y no se sentía mal, al contrario, disfrutaba... Se sentía más poderoso de lo que ya era. Dios si disfrutaba. Sus cuerpos jóvenes, pálidos, y tiernos le hacían sentirse joven; le provocaban un placer imposible de describir solamente con palabras. Sus ojos asustados cuando él tocaba sus hombros y les despertaba, cuando se daban cuenta de que aquella tarde habían sido elegidos. Mmmm.

Aunque hubiera podido, tampoco habría parado.

¿Por qué debía hacerlo?

Él era un ser todopoderoso. Un arma de Cristo para con los débiles en la tierra y eso le otorgaba privilegios. Privilegios que desde luego él cogía y se tomaba fueran los que fueran y dañaran a quien dañaran. Además, ¿en qué lugar del antiguo testamento o de la biblia se decía que su placer no estaba permitido? ¿Qué él no podía? ¿Qué aquello para un ser con su estatus, posición y privilegio no era consentido por Dios?

Sonrió.

En la penumbra de la tarde, de nuevo, recorrió la estancia y eligió.

Se acercó con sigilo a la litera, estiró el brazo hacia la cama superior y tocó la piel del niño de diez años cubierto con una sábana hasta la coronilla. El niño, qué sabía que aquella tarde podía ser otra vez él, y que aguantaba la respiración bajo la tela blanca desde que sintió en la puerta la presencia del hombre; intentando hacerse el dormido y pidiéndole a un Dios al que ya temía, que el hombre aquella tarde pasara de largo y no lo tocara.

6 de julio de 2018. Parque del Tamarguillo, Sevilla.

El grupo caminaba por la senda de dos en dos mientras los tres niños, vestidos con su traje de los domingos, correteaban a metros de distancia, pero sin perderse de la mirada atenta de su madre.

—¡Antonio, te vas a caer...! ¡Lucía, el vestido nuevo, coño! ¡David, ¿quieres hacer el favor de no empujar a tu hermana?! —La mujer resopló—. Que ganitas tengo de que se acaben las dichas vacaciones...

—Cuando se hayan ido, llorarás por no tenerlos en casa —susurró su cuñada que sonreía ante la visión de sus sobrinos pasando olímpicamente de los gritos de la madre.

El paseo de los domingos se había convertido en una costumbre antes de ir a comer. Costumbre que Teresa agradecía a su marido y cuñados. Lo necesitaba tras la marcha de su único hijo en busca de, para ella, una independencia prematura.

Ver a sus tres sobrinos correteando por el campo, armando jaleo en el restaurante y desordenando todo a su paso, le hacía recordar momentos ya olvidados, y le ayudaban a pasar el resto de la semana con otra alegría, a la espera del siguiente fin de semana y la visita de los suyos, el jolgorio de risas y pasos pequeños.

—¡Joder Lucia, el vestido blanco! ¿Quieres hacer el favor de tener cuidado para no ensuciarte? ¡Aún no hemos comido y ya voy a tener que meterte bajo la ducha!

Los gritos de la hermana de su marido trajeron a Tere, de nuevo, al momento en el

parque. Aunque no quisiera reconocerlo, los niños tenían tela... No habían pasado ni diez minutos desde la última advertencia, cuando con un potente llanto, y el vestido lleno de manchas, Lucia se colocó ante ellos frenando sus pasos, mientras sus dos hermanos no podían dejar de reír. Los cuatro adultos la observaron perplejos y sin creer lo que estaban viendo. ¡Pues sí que había durado poco “sin comerse el suelo”!

—¡Me cago en la madre que te parió! —gritó casi histérica, María, mientras con un pañuelo en la mano se ponía de rodillas ante su hija y frotaba la tela contra las manchas del vestido, como si, así, fuera a enmendar el trágico incidente—. ¡Qué mal huele, por favor! ¿Te has caído encima de mierda de perro, o de algún animal muerto? —preguntó conteniendo la respiración mientras Antonio y David corrían hacia el arbusto del que había salido su hermana pequeña, buscando una respuesta a la pregunta de su madre.

María miró a su hija y dio un codazo a su cuñada Teresa, que se había agachado junto a ella con otro pañuelo para ayudarla.

—¿Hija?

Tere observó el rostro pálido de la niña. No paraba de humedecerse, manteniéndose alzado con la mirada perdida y aterrada.

Un grito espeluznante escapó de detrás del arbusto donde se habían metido los dos niños, alertando a los hombres que hasta aquel momento se habían mantenido a la expectativa de todo lo sucedido, y obligándolos a lanzarse en una carrera.

Antonio señalaba con el índice un punto en el suelo escondido tras las hojarascas y ramas, mientras David corría alejando de él una nube de insectos, molestos por haber sido interrumpidos degustando el manjar que algún “alma caritativa” les había dispensado, y que los adultos distinguieron como una masa amorfa de huesos, carne y vísceras en descomposición. Un penetrante y podrido olor aprisionó sus fosas nasales, empujando sus cuerpos hacia atrás, como si una mano invisible les golpeará el pecho. La visión de cientos, quizás miles, de larvas, gusanos y moscas de colores brillantes recorriendo los restos, provocó en ellos unas terribles ganas de vomitar.

—¡María! —la llamó a gritos su hermano cuando, por fin, reaccionó y se dio cuenta de que lo que estaban viendo no era el cadáver de ningún animal—. ¡Llama a los nacionales! ¡Aquí hay un muerto!

Las mujeres que continuaban intentando limpiar el vestido miraron a Lucia al unísono. Inmediatamente, entendieron encima de qué había caído.

Temblando como una hoja y conmocionada, Teresa, tras un par de intentos fallidos, marcó el, 091.

Cuando bajó del coche, frente a la puerta de aluminio que diferenciaba la zona de parqueo de coches de la de entrada al parque de las personas, se la encontró rebosante de curiosos que solo intentaban enterarse de lo que había pasado. Estaba convencido de que, si no fuera por la cinta blanca y azul rodeando el acceso, habría más de un chafardero haciendo fotos, aunque solo fuera de los que andaban por allí de arriba para abajo realizando su trabajo. En un primer momento, su idea fue aparcar dentro junto al resto de vehículos de trabajadores, sanitarios e investigadores; pero la idea de bajar, abrir la pesada puerta, y volver a subir al coche, le provocaba pereza a aquella hora de la tarde. Más aún sí tenía en cuenta que era su día libre y había salido de casa con la comida a medio digerir. Una buena siesta era lo obligatorio, no abrirse paso entre científicos con buzos blancos.

Respiró profundo y caminó hacia la aglomeración de estúpidos apelotonados, bregando

para abrirse paso. El agente uniformado, todo serio y en posición de portero de discoteca, se hizo a un lado dejándole pasar cuando enseñó su identificación.

Gorka, libreta en una mano, y Bic en la otra, hablaba con una mujer temblorosa. Lo miró, le hizo un gesto con la mano para que esperara, y tras un par de frases más, dos garabatos y un mantendremos el contacto, dio dos zancadas llegando a su altura. El rostro cejijunto de su compañero expresaba claramente la poca gracia que le hacía estar allí con aquella calor.

—Perdona tío. —El inspector Soto se echó el flequillo hacia atrás—. Sé que es tu día libre, pero cuando avisamos a Martínez resultó que tenía a la parienta en el paritorio. —Pasó las hojas de la libreta en retroceso y lo miró con sonrisa burlona—. Esto te va a gustar. Estarás en tu salsa.

El inspector Claudio Moreno se colocó las gafas de sol en lo alto de la cabeza, levantó una ceja y caminó a la par que su compañero. Se agacharon para traspasar las cintas delimitadoras, la tierra del suelo rozó sus rodillas, y el inspector Moreno se cagó en todos los muertos de quien fuera mientras se sacudía la tela. Un agente apartó el plástico dejando el cuerpo a la vista de todos. Moreno observó los marcadores numerados, mientras su compañero y él mismo se colocaban los protectores de plástico blancos en los pies antes de mirar a la víctima. Gorka giró el rostro casi instantáneamente. Claudio repasó aquella visión de arriba abajo. La sangre, los pedazos de carne, y las vísceras, habían salpicado la parte de arriba del cuerpo tirado en el suelo, el pelo manchado, que en otro momento pudo ser blanco, ahora era de un marrón sucio. Apenas se podía distinguir qué parte era la entera y cuál la triturada, todo era una mezcla repugnante de pedazos humanos. Rodeó la escena hasta ponerse en el lado opuesto.

En aquel momento dos cosas pasaron por la cabeza de Moreno: “Joder la faena que van a tener para recoger todo esto” y “menuda putada si estaba consciente”.

Soto se colocó a su lado mirando a un punto lejano.

—¿Qué?

—¿Qué de qué?

—¡Coño! ¿Que qué opinas? ¿Crees que será un crimen aislado?

El inspector Moreno se rascó la coronilla.

—Puff. Vete a saber....

Desde luego explayarse hablando no era lo suyo. Diez años juntos sirviendo en el cuerpo no lo habían cambiado ni en ese, ni en muchos otros aspectos. Pero Soto ya estaba hecho, sabía cómo llevarlo.

Los “clicks” de las cámaras fotográficas y las voces de los de científica, que andaban alrededor de la escena, cubiertos con sus monos blancos, volvieron a hacerse audibles para Claudio. Levantó la vista y los observó trabajar. Uno, el que parecía iba a tener más faena, andaba recogiendo con unas pinzas los pedazos del cadáver, y metiéndolos en bolsas, mientras otros hacían moldes de las pisadas y marcas de neumáticos.

—Buenas tardes —la voz de la forense, entrecortada, anunció su llegada. La mujer fue directa, sin preámbulos de cortesía. Se agazapó junto al cuerpo, retiró el protector y abrió su maletín. Sus gestos mecánicos y su silencio hermético dejaron claro que no tenía intención de conversar con nadie. Así que los inspectores se limitaron a mirar.

Temperatura ambiente: apunte en la cuartilla; visualización de los cortes del abdomen hacia abajo: apunte en la cuartilla; revisión de pupilas, y miembros amputados, apunte en la cuartilla. Temperatura corporal... La forense se quedó por unos momentos con la mano alzada, sujetando el termómetro en ella, ante la mirada expectante de los policías.

—Por la fase de descomposición en la que está, puede llevar más de diez días muerto.

Pero claro, aquí fuera, en estas condiciones y con esta calor puede haberse modificado la fecha real y eso me puede confundir al confirmar el día aproximado de su defunción —habló en voz alta mientras devolvía ambos termómetros a su maleta, se deshacía de los guantes quirúrgicos, y observaba, indecisa, el cuerpo durante unos minutos—. Imagino que, con la autopsia, observando la rigidez de los miembros que aún le quedan, y lo que consigáis documentar aquí, podré detallar mejor el tiempo exacto, por qué no encuentro por donde meterle el termómetro. No hay que ser médico para adivinar que del torso para abajo lo rebanaron. Una sierra, un hacha tal vez. Os lo diré seguro después. Pero lo que no os puedo asegurar es si estaba vivo cuando sucedió. Aquí apenas hay sangre y juraría que lo trasladaron tras la carnicería. Está claro que el proceso acelerado de descomposición es debido a las altas temperaturas y estar a la intemperie. Esto es un puto horno —se abanicó el rostro con la mano—. Necesitaré mirarlo con más detenimiento en la sala.

Cerró el maletín y a paso rápido volvió a irse por donde había venido. El inspector Soto miró a su compañero que mantenía las facciones inmóviles, la mandíbula rígida, y las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Esperamos al juez?

—¿Para?

—Pues no sé, ¿por si nos necesita?

—No nos necesita para el levantamiento de lo que queda de este tipo. ¿Has hablado con los que lo encontraron?

—a-ja...

Uno de científica se acercó a ellos con una bolsita de pruebas entre las manos. Dentro había algo alargado y blanco.

—Moreno. —Se dirigió al Inspector—. Tienes que ver esto.

Claudio cogió la bolsa y la observó detenidamente, ahora de un lado, ahora del otro. Después de unos minutos miró al del mono blanco sin entender nada.

—Esto parece un alzacuello. Eso que se ponen en el pescuezo los curas.

—¿Qué hace uno de estos cerca del cuerpo?

Gorka los miró muy serio.

—Pues esto está aquí, bien porque el muerto era cura, bien porque lo era quien lo mató, porque uno de los dos iba disfrazado, o lo trajo el viento...

Los dos hombres que escuchaban movieron negativamente la cabeza, y lo miraron con gesto de incompreensión.

—¿Nunca te cansas de decir gilipolleces? —Moreno apretó los dientes y le devolvió la bolsita al de la científica.

—Se le llama conjeturar. Y si no es una de ellas ya me dirás qué coño pinta eso en la escena. —Sonrió Soto señalando la espalda del investigador.

Claudio comenzó a caminar hacia la salida y su compañero lo siguió. El atardecer comenzaba a llegar y la gente entrevistada se fue dispersando.

El olor de los frutales, como la grana que rodeaba todo el parque, y las plantas de tomillo y romero cerca del cuerpo, comenzaron a levantarse con la suave brisa, casi inexistente, intentando cubrir el olor a muerte que parecía haber resucitado justo en el momento en que el cuerpo fue descubierto. Pero este estaba tan impregnado en el ambiente y en los que habían olido de cerca la carne en descomposición, que ya era una misión imposible.

Cuando llegaron a la salida, el mal olor parecía haberse dispersado, casi tanto, como los inquisitivos ojos de todos aquellos que habían intentado ver que sucedía tras haber sido

evacuados.

Claudio y Gorka aspiraron el olor de los frutos granates que colgaban de las vallas, intentando limpiar sus fosas de la pestilencia, y caminaron hacia sus vehículos.

—Te espero en comisaría.

Moreno afirmó con la cabeza y entró en el coche, que aún mantenía el sofocante calor del verano en el interior. Encendió el contacto mientras observaba a su compañero entrar en el suyo, dos líneas más allá, justo en el momento en que a su móvil llegaba un mensaje. La cara de Olivia apareció minimizada en la pantalla con un leve texto que decía: “Voy a cenar con Bea, tienes la cena en el microondas”. Una vena le comenzó a palpar a la altura del cuello, y debió controlarse para no darle golpes al volante allí mismo. Muy suelta andaba ella últimamente, quizás una conversación...

El sonido del claxon de Gorka, lo devolvió de sus pensamientos. Pisó el acelerador, dio un volantazo y se colocó tras el SEAT de su compañero.

El aire caliente de la tarde movía la manga de la camisa y apretaba aún más el calor que subía por su rostro. El trayecto era largo. Cruzar parte de la ciudad llevaba su tiempo, y su mujer pasó a segundo plano, pasando a la primera posición el cuerpo encontrado.

Cuando sus pensamientos se dispersaron, su pie pisó el freno a fondo. La circulación se había detenido, y estuvo a décimas de comerse la parte trasera del coche blanco que había delante de él. No era Gorka. ¿En qué momento su compañero desapareció? Se cagó en todo lo que le vino a la mente y esta vez sí que golpeó el volante con furia, importándole poco o nada que el ruido de los puñetazos y sus gritos fueran escuchados desde el exterior.

Quince minutos después aparcaba frente a la Comisaría. Llegó acalorado y recorrió el paseo rodeado de árboles hasta la entrada. Gorka lo esperaba al inicio de las escaleras, de pasamanos transparente, que los llevaría a la segunda planta con un café aguado, corto, de máquina, en cada mano; le alargó uno de los vasos de plástico y subieron en silencio. Traspasaron otra puerta de cristal, sentándose cada uno en su silla, frente a frente.

—¿Mucha calor? —El comisario López los estaba mirando desde la puerta por la que ellos acababan de acceder, secándose las manos con un trozo de papel de los servicios y la camisa discretamente desabotonada.

—Calor es poco. —Sonrió el inspector Soto—. Hasta las chicharras deben andar escondidas.

—¿Qué tenemos? —López le devolvió la sonrisa y se acercó a ellos.

—Poco.

Ambos miraron a Claudio, pero no respondieron.

—Más o menos eso. Cuerpo casi, y recalco el CASI, imposible de identificar, por ahora. —terció Soto.

—¿Habéis hablado con alguien?

—Sí. —Claudio se estiró hacia atrás y descansó su ancha espalda en el respaldo. López lo miró con la ceja levantada—. Los padres de la niña que cayó sobre el cuerpo, los hermanos y los tíos; varios trabajadores del lugar, y algún testigo que se acercó al oír los gritos de los niños que dieron con el cadáver.

—Entonces, mañana volved allí a ver que podéis sacar. Iros a casa si queréis, de todos modos, hoy ya no hay mucho que hacer, ¿no?

—Pues no señor. —Gorka se levantó como si tuviera un resorte en el culo—. La forense tiene aún que hacer la autopsia. Cuando nos íbamos fue cuando el “Sr. Juez” hacía acto de presencia.

—Está bien chicos. —El hombre comenzó a dar la vuelta para entrar en su oficina —. Hasta mañana.

—Hasta mañana —respondieron los dos inspectores al unísono.

—¿No vienes? —Soto se colocó la camisa por dentro de la cintura del pantalón, y se peinó hacia atrás su flequillo canoso, mientras esperaba una respuesta del hombre rubio que, sentado aún, andaba meditabundo.

—Me quedaré un poco más arreglando ficheros. —Señaló todas las carpetas marrones y azuladas esparcidas en su mesa —. Nos vemos mañana.

—OK —dijo sin más. Salió de allí cagando leches mientras su compañero se acomodaba más en su silla y entrelazaba los dedos en la nuca.

Moreno cerró los parpados e inspiró. Quería llegar a casa calmado, pero ver el mensaje de su mujer y estar a punto de chocar con otro coche en una misma tarde, había sido suficiente para alterarlo y ponerlo de mal humor. Quizás le hiciera falta relajarse. La visión imaginaria de una cerveza fría convirtió su paladar y garganta en agua. No se lo pensó más, se levantó, dio un último vistazo a su mesa y se fue.

## 2

**20 de junio de 2018.**

ANSELMO

Dieciséis días antes de que aparezca el cadáver

“Y cual los estorninos forman de alas en invierno  
bandada larga y prieta, así aquel torbellino a los  
malos espíritus: arriba, abajo, acá y allí les lleva,  
y ninguna esperanza les alivia, no de descanso,  
sino de menor pena.”

—DANTE ALIGHIERI—

CantoV, La Divina Comedia

La lluvia es torrencial, y parece mentira el fresco que se ha levantado. Salgo, me subo el cuello de la americana y me encuentro en la puerta, esperando, a Doña Sete.

—Buenas noches, Padre Anselmo.

Sonrío.

—¡Setefilla, hija mía! —Le cojo la mano. Me alegro de verla, la verdad. —¿Cómo te encuentras? Tu hijo ya me comentó que estabas con los achaques de los huesos.

Un suspiro de mi parroquiana me indica que hay algo que le preocupa y que como no sea directo, tengo para rato.

—¿Puede recibirme? Necesito hablarle —pobre, se le están humedeciendo los ojos.

La miro fijamente, si por mí fuera ahora mismo pasábamos a la parroquia y entrábamos en el confesionario, sé que algo la mortifica, pero con todo el dolor de mi corazón debo ser coherente. Otras personas me necesitan hoy.

—Hija, hoy tengo que ir a visitar a Teresita, pero mañana puedo hacerte un huequito si te urge mucho hablar conmigo.

Setefilla afirma con la cabeza, me besa la mano y sin decir nada abre su paraguas, y se interna en la oscuridad, bajo la lluvia.

No puedo evitar fijar mis ojos en su espalda hasta que desaparece de mi vista. Muevo la cabeza de un lado a otro. En el fondo me da lástima. Está ya muy mayor, ¿qué debe tener ochenta, noventa? Su paso es lento y a veces un poco descoordinado. Parece tan sola. Su ropa negra se ha fundido con la noche, a penas distingo ya su moño a la altura de la nuca con su pelo completamente blanco, o su silueta delgada y curvada. Pobre mujer.

Suspiro. Mañana buscaré la forma de ir a visitarla y darle algo de consuelo, lo necesita.

Cierro la puerta de roble de mi iglesia y abro mi paraguas para encaminarme hacia la casa de Teresa; otra feligresa realmente atormentada y a veces angustiosamente obstinada, pero, en fin, esta es mi labor. Para esto fue que el Señor me eligió.

Tengo la extraña sensación de que alguien me observa, miro hacia un lado, otro, atrás. No consigo distinguir absolutamente nada fuera de lo común.

La lluvia es cada vez más intensa y ha comenzado a levantarse un viento huracanado que, a ratos, tira de mi paraguas hacia arriba arrastrándome y me obliga a sujetarlo fuerte con las dos manos.

No sé por qué siento tanta incomodidad. Es ese típico cosquilleo en la espalda que te indica una mirada fija, penetrante, allí donde te pica. Aunque también pueden ser tonterías mías. Me estoy haciendo viejo y con la edad llegan la paranoia, el estrés, y un largo etcétera de “cho minadas”.

El viento se va calmando, y la lluvia con él. Como si ella dijera: “Si tú no te levantas ni aúllas, yo también me tranquilizo”.

Saco mi mano bajo el paraguas, apenas se humedece. Decido cerrarlo. Ahora la sensación de antes, esa misma que busqué apaciguar pensando en las mayores tonterías imaginables, parece haberse ido con la tempestad. Sonrío. Respiro profundamente por la nariz. Me encanta el olor de Sevilla tras una tormenta. Azucenas, claveles y gitanillas desprenden su aroma junto al olor de la lluvia. Ralentizo el paso para que la sensación de bienestar se alargue y me meto en una calle estrecha de suelo empedrado. Las luces apenas la iluminan y además de mí, nadie está circulando por ella. El silencio, a excepción del sonido de mis suelas sobre las piedras, es intenso y gratificante.

Teresita vive al final, justo al terminar la calle.

En la callecita solo se ven los ventanucos traseros de las casas que la conforman.

Conociendo como conozco su casa, gracias a las veces que la he visitado desde que estoy en la parroquia, sé que son los de los baños pequeños y coquetos, al menos el de ella, que tiene hasta la tapa del wáter cubierta con una funda de ganchillo. Es malo hacerse viejo.

Un sonido muy leve me llega a los oídos a través del silencio que se respira. Me detengo, aunque sé que no debo hacerlo, y giro la cabeza para ver tras de mí. No parece haber nada ni nadie. Retomo el paso con más sigilo para que no se amortigüe ningún otro ruido. La sensación de cosquilleo en mi espalda regresa, pero no ha llegado sola.

El corazón me va a un ritmo vertiginoso, las palmas de las manos comienzan a sudar a pesar del fresco tras la tormenta, y la visión se vuelve borrosa, haciendo que tenga la impresión de que las pocas luces de la calle han reducido su luminosidad. Aligero el paso, y eso junto con el miedo que estoy sintiendo, lleva a que mi respiración agitada se escuche por encima del sonido de pisadas. Sé que no estoy solo. Sé que hay alguien más aquí conmigo. La sensación de ser observado me está asfixiando. El demonio anda buscándome, pero... ¿Por qué a mí? Debo salir de aquí, si consigo llegar al final estaré a salvo. La puerta a la que debo llamar está justo ahí, casi puedo tocarla con las manos. Solo debo correr. Correr y llamar, correr y llamar. ¡Vamos Anselmo, corre! Me dice mi cabeza, pero no entiendo qué sucede, no puedo. Acelero el ritmo de mis piernas, y dejo de detenerme y mirar atrás para no ver nada, aunque puedo distinguir la presencia del mal solo con el olor. No consigo que la orden de correr, de salir de allí en el mínimo tiempo posible para que no me atrape, llegue del cerebro a mis extremidades. ¡Joder!, perdón por la blasfemia, Señor. Me santiguo. Esto no se termina. Es imposible, pero ¿podría ser que la calle se esté haciendo más y más larga, más y más estrecha, a medida que mis piernas la recorren rápidamente buscando la salida? Voy a llorar. Estoy tan asustado que voy a llorar. Un nudo me presiona la garganta, los ojos se están humedeciendo. Parece que en mis pupilas lleve un film transparente que no me deja ver por donde camino; como cuando metes la cabeza bajo agua y abres los párpados.

La sensación de que se está acercando es cada vez más y más fuerte. Dios mío, ayúdame. Envíame una señal que me indique como actuar. De pronto ya no siento a nadie a mi espalda, y levemente giro el rostro a mi izquierda intentando ver por encima de mis hombros.

Nada.

Sonrío. ¡El Señor ha escuchado mis plegarias! ¡Gracias!

Pongo la palma de la mano en mi pecho y siento como la velocidad desciende. ¡Tonto! Me digo. ¡Mira que eres paranoico! Me repito a la vez que mis labios se estiran aún más hacia los lados, encogiendo mis mejillas. Respiro hondo y muevo la cabeza de un lado a otro.

Una brisa repentina me rodea y el perfume a Dama de noche de una de las ventanas envuelve mis sentidos justo en el preciso instante en que un dolor profundo, en la cabeza, casi me hace desfallecer. El *clók* del golpe apenas se ha escuchado. Pero mis oídos sí lo han percibido. Segundos después otro *clock* que consigue que las náuseas suban por mi esófago y se obstruyan en mi garganta. Este me ha nublado la vista; no solo por su intensidad, sino por el sitio en el que lo he recibido. La humedad de un líquido espeso y caliente comienza a recorrer mi piel. Me giro lentamente hacia el lado del que han venido y una figura oscura, sin rostro, oculta bajo la tenue luz de la farola, me mira. Aunque no distingo ni un ápice de sus facciones, si puedo, entre neblinas, ver un brillo azulado, fulminante, bajo lo que parece una capucha. ¡Es él! ¡El Demonio me ha encontrado y dado caza, como si de un conejillo en una trampa se tratara!

Me siento mareado. Todo me da vueltas una y otra vez. Apenas logro mantener el equilibrio y mis piernas comienzan a pesarme. Resulta casi imposible mantener el dominio de todo mi cuerpo que, poco a poco, va tambaleándose mientras el líquido que sale de mis heridas

humedece mi mejilla, oreja y nuca. Estiro una mano hacia la sombra e intento tocarla. No se mueve. Se queda ahí, esperando, como si lo que quisiera fuera precisamente eso, que le alcanzara, pero me desplomo justo cuando estoy a escasísimos centímetros de rozarle. Mis rodillas tocan las piedras de la calle y no siento nada. Es como si mis articulaciones y huesos se hubieran dormido. Solo puedo intentar sujetarme, poner las manos también en el suelo para evitar caer, y que me arrastre con él al infierno. Pero me siento débil, debilitado, confuso. Cada vez distingo menos a mi alrededor; cada vez me pesan más los párpados. Las fuerzas me han abandonado. ¡Dios mío bendito! ¿Por qué?! ¡AYÚDAME!

Mi cuerpo cae hacia un lado, ni el frío de la calzada siento en la piel. Mis párpados comienzan a cerrarse. Entre tinieblas cada vez más oscuras veo sus zapatos llegar hasta mí, y entonces el golpe en la cara. La patada justo en el centro de los ojos me sumerge en la oscuridad total, que acompaña a mi mente, cogidas de la mano, a un viaje sin luz.

20 de junio de 2018.

VÍCTOR.

Apago las luces para circular lentamente y que el gordo ese que va en la bicicleta, vigilando, no se percate de mi presencia ni la de mi coche. Miro la pantalla de mi móvil. Si no sucede nada, tengo unos quince minutos antes de que pedalee por esta zona.

He llegado a la enorme puerta de acero. Me preocupa un poco el ruido al abrirla, sé que chirría como la madre que la parió y a esta hora se va a escuchar. Está todo silencioso. El cielo iluminado por las estrellas es tan bonito. Con la poca luz de las farolas es fácil que resalte el brillo que descende desde arriba. Una noche perfecta. Sonrío. El metal no ha hecho ningún sonido, todo parece que está de mi lado. Introduzco medio cuerpo en el coche, quito el freno de mano, lo empujo desde el maletero, y cierro la puerta otra vez. Ahora los pasos a dar son, si cabe, más delicados, pero no por ello menos emocionante.

La vida, esa que casi se me arrebató, me ha demostrado que la justicia debe llevarla a cabo uno mismo, nadie va a venir jamás a impartirla por ti. Lo sé por experiencia. Y saber que voy a cumplir aquello para lo que se me concibió, me eriza el vello y acelera la respiración. Me miro las manos, hace mucho que no sentía mi pulso tan firme. Respiro hondo y vuelvo a sonreír. Abro el maletero y le miro. Ahí dentro, encogido de forma fetal, ya no se le ve tan seguro de su Dios, ni de él mismo.

*“Abro los ojos y la oscuridad de la noche no me deja verle con claridad, pero sé que es el mismo Demonio. ¿Qué quiere de mí?”*

¡Anda si se ha despertado!

—No veo a su salvador por aquí —le susurro poniendo mis labios en su oído.

—Mmmm, Mmmm.

—¿Disculpe?

Mirada burlona.

—¿Decía algo?

La cinta aislante que lleva en la boca no le deja hablar, ni la de las muñecas y tobillos, moverse. Menos mal que es poca cosa de tío. Lo repaso de arriba abajo con la mirada y por más que lo intento, no puedo entender como alguien tan insignificante ha podido hacer tanto daño. Bueno, sí. Eso que lleva en el cuello, eso que lo identifica como siervo de Dios, como ser todopoderoso y bondadoso, conlleva un poder. Uno que él aprovechó sin importarle el dolor que podía causar. Esta gente se cree que con tres Ave María y tres Padrenuestros ya queda redimido y perdonado, y quizás así sea ante la justicia de arriba, esa que tantos dicen que hay, pero no ante la mía.

—La justicia no siempre es divina, Padre Anselmo. —no aparto mis ojos de los suyos, inyectados en sangre, y abiertos todo lo que sus cuencas y órbitas le permiten— A veces en la tierra también se imparte.

Arrastro su cuerpo hacia afuera estirando del torso. Anselmo no para de revolverse.

—Mmmmm, Mmmm.

“¿A dónde me lleva? ¿Qué quiere de mí?”

Se le escucha maullar todo el rato. No me preocupa. La cinta amortigua bastante el sonido y apenas es audible. El guardia aún debe andar bastante lejos. Tras unos minutos, no sin esfuerzo, la verdad, consigo sacarlo, le dejo tirado en el suelo y cierro el maletero.

¡Mierda! Primero debería haber abierto la portezuela de la nave y encendido las luces.

—No se mueva.

“Tengo que encontrar la forma de desatarme ahora que se ha ido. ¿Cuánto va a tardar? ¿Me va a dar tiempo?”

Aligero el paso, abro y doy al interruptor. Nada más prenderlas, puedo ver el corto pasillo que me llevara a mi juguete. Río ante la perspectiva de lo que aquello puede y va a hacer. Quizás sí sea cierto que allá arriba hay algo y está de mi lado. Sabe que esta es mi labor, mi destino. Algo dentro de mí sube y baja, emocionándose. Otorgando a mi vida la fuerza, el impulso y el valor que tanta falta me hace para esta complicada y dura tarea. Debo darme prisa en meterlo, apagar las luces de nuevo cinco minutos, y luego ya tendré todo el tiempo del mundo para trabajar.

Cojo al cura por las axilas. Sus tacones arrastran la gravilla del suelo, y hace el mismo ruido que las canicas, aquellas con las que jugaba de pequeño.

“Chiva”, tocado; “pie”, herido; “tute”, muerto; “gua” ¡HUNDIDO!

Sonrío.

Ya estamos dentro. Cierro la puerta, apago la luz. Espero.

Uno... Cinco... Diez... Veinte minutos. ¡Ya pasó el vigilante!

Me levanto del suelo, enciendo las luces, sacudo de mi ropa oscura el polvo del hormigón, y vuelvo a arrastrar del padrecito hasta la sala en la que está la máquina. Al hombro la cuerda con la que voy a atarlo, en la mano libre mi mejor cuchillo. Va a ser divertido.

El cura se revuelve en el suelo, una y otra vez. Mientras le entro por la estrecha portezuela y lo acerco a la máquina, se me escapa el cuello de su camisa de entre las manos. “¡Suéltame engendro de Satanás!” Su cabeza choca con el cemento, y el sonido del golpe resuena en el silencio. En el callejón no hizo tanto ruido. Suspiro. Puto gusano revoltoso.

Me pongo delante de él mientras aun su cabeza está caída, y le miro fijamente, estático ante sus ojos. Chasqueo la lengua y mi cabeza se ladea despacio. Mis cejas se levantan y mis párpados se entrecierran, mientras con la punta del afilado cuchillo me rasco la barbilla.

—Se va a hacer daño hombre —digo con tanta seriedad como puedo—, será más rápido si deja de jugar.

—Mmmmm, mmmmm.

“Deja que me vaya. ¿Qué quieres, dinero? Puedo conseguirte todo aquello que desees. Quítame esto de la boca, hablemos...”

—No le entiendo. Qué lástima.

Mohín con la nariz y vuelta a cogerlo del cuello.

Estiro, estiro, y ¡jala! Ya te tengo donde quería.

Cojo su camisa con las dos manos y desgarró sus botones con toda la fuerza y rabia que llevo dentro, dejando su piel blanca como la leche, y sus pechos caídos al aire. ¡Joder, tiene más

tetas que una tía! El cuchillo lo sujeto por el mango, boca abajo. Su punta recta en todo momento. Poco a poco, como si fuera en una película a cámara lenta, lo voy acercando a Anselmo sin dejar de sonreír. Mis ojos brillan, lo sé, lo percibo, y los de él se humedecen a la vez que se agrandan e hinchán como si fueran balones. Vuelve a revolverse por el suelo. ¡Mierda, una culebrilla se mueve menos que este! Pongo mis rodillas sobre su barriga y lo inmovilizo. Más o menos consigo mi objetivo.

—Estese quieto padrecito —le siseo con los dientes apretados —, no querrá usted que se me desvíe la punta y le saque un ojo, o peor aún, se clave en su cabeza, ¿verdad?

*“¡Jesús Bendito! ¿Qué pretende hacerme? ¿Y ese cuchillo? Me matará, ¿para eso lo va a utilizar?, me degollará como quien abre en canal a un animal. Ya llegó mi fin, así, sin más. Tengo que obedecer, eso quizás me dé un margen, a lo mejor se apiada de mí.”*

Parece que me ha entendido.

—Bien. —Deja de moverse—. Me es grato ver que nos entendemos...

Sonrío.

Vuelvo a ponerme manos a la obra y acercó la punta afilada de metal a su pecho.

Clavo profundo, pero no demasiado, quiero marcarlo, no matarlo.

Aún.

*“Ave María Purísima, sin pecado concebida. Libranos de todo mal, y dame fuerzas para soportar este dolor. Perdónale, por sus pecados, porque estoy seguro de que no sabe lo que hace.”*

A horcajadas sobre él observo como su sangre comienza a emanar de la herida, y como allí por donde paso el filo, la piel y la carne se abren, partiéndose por la mitad, mientras con traza voy dibujando una “V”. Sus talones se arrastran por el suelo con movimientos convulsos, provocados por el dolor. Abre y cierra los párpados intentando evitar que las lágrimas se escapen de ellos sin conseguirlo. Por las comisuras de sus ojos distingo los hilillos de agua salada que resbalan cayendo hacia el suelo, y dejando gotitas que forman manchas oscuras.

Sin levantarme y con las manos apoyadas en la cintura observo mi creación. No está mal. Un poco torcida, quizás.

Una carcajada sale de mis labios. Su cara de dolor, mezclada con horror, borra la sonrisa de la mía.

—¿Qué? Crees que estoy loco, ¿a que sí? —Ahora me mira como si no entendiera nada y niega fervientemente con la cabeza—. Pues estáis todos equivocados. Estoy cuerdo, muy, muy cuerdo. Demasiado...

*“No creo que estés loco, vamos a hablar. Por favor hablemos...”*

Me pongo de pie y me acerco a la máquina. Es hermosa. Gigante, de un color rojo intenso con enormes astas afiladas que brillan a la luz. Me giro y la capucha se me cae hacia atrás por la velocidad del movimiento. Voy por la cuerda. No vuelvo a cubrirme, ¿para qué? Me acerco a él que solloza como un niño pequeño. Encoge sus piernas, pero las capturo igual y le ato con más fuerza los tobillos. Esta escena me trae recuerdos. Vuelvo a sonreír. Papa terminó atado de la misma manera. Paso la sogá por la cintura, una, dos, tres, y hasta cuatro veces. Luego le hago uno, dos y tres nudos. Así, bien sujeto que no haya peligro de que la cuerda se desate y salga volando. Igualmente, sería su último viaje, pero no es eso lo que le tengo preparado. El corazón se me acelera con más fuerza. Ahora las manos han perdido un poco de estabilidad, pero es que es todo tan emocionante. Un escalofrío me recorre todo el cuerpo, a pesar del calor y de que las palmas de las manos me suden un poco.

Lo vuelvo a mirar, y veo que ha salido mucha sangre, lo está dejando todo perdido.

Cojo el cabo del cordón y lo giro, ahora sus pies miran hacia la turbina. Arrastro, arrastro, y le acerco lo bastante como para que dé suficientes vueltas al metal. Una, dos y tres vueltas, paso el cabo por aquí, luego por allá, y aprieto para que quede amarrado con fuerza.

Justo al lado y sobre lo que parece un tubo, hay un cuadrado plateado de botones: ON, OFF, VELOCIDAD MÍNIMA, VELOCIDAD MEDIA, VELOCIDAD ALTA, STOP. Los acaricio uno por uno y miro a Anselmo que no para de hacer gestos con la cabeza. Se ve venir su destino, estoy convencido.

Me gusta.

El miedo en sus ojos. Los gestos de dolor en su cara, provocados por la marca del pecho, que ya no sangra tanto. Todo en conjunto me satisface y provoca una sonrisa tan amplia como la cuchilla con la que le corté. Poco a poco se va acercando el momento en que purgue todos y cada uno de sus pecados, y para más castigo, su alma no irá al paraíso como él cree, no, irá allí donde los pecadores encuentran su lugar de reposo, EL INFIERNO. Ese lugar en el que muchos deberían estar, pero no llegan.

Lo voy a solucionar.

A paso lento me acerco a su lado y paso una mano por su cabellera. Su mirada húmeda, su piel blanca como la cal, el sudor rodando por su frente y los temblores espasmódicos de su cuerpo.

Eso era lo que quería ver, tu valentía ahora que la víctima eres tú.

Me arrodillo a su lado y mis pupilas se posan aún más fijamente, no parpadeo. Anselmo gira su rostro y yo suelto otra carcajada.

Suspiro. Es la hora.

Tengo tantas cosas que decirle. Tantos pecados, cometidos por él, que recordarle. No sé si mientras esto lo va arrastrando y acercando a su destino me dará tiempo. Me encojo de hombros.

Vuelvo hacia donde los pulsadores y con la yema del índice los acaricio otra vez.

—Pito, pito, cuál es el más bo-ni-to —canturreo—. ¡Este!

Aprieto el botón ON.

Un rugido leve, como un ronroneo, comienza a salir del ventilador. Anselmo se revuelve como un gato aprisionado por las patas traseras y gime.

—A ver...

Lo observo sin apartar la mano del control y ladeo la cabeza, una, dos, tres veces de un lado para otro. Es una sensación intensa y plácida verlo en esa tesitura y mi rostro de odio, refugiado tras un intento de máscara de dulzura, así se lo deja ver.

VELOCIDAD MÍNIMA. Las astas comienzan a rodar lentamente y me sitúo a su lado. Sigo su cuerpo con mis pasos, que con lentitud va siendo arrastrado hasta la turbina. La cuerda se va enroscando en el metal que se mueve en círculos, dándole al aire asfixiante por el calor, incluso a esa hora, un airecillo fresco, suave como una brisa.

—¿Sabes qué sucederá a medida que vaya aumentando la velocidad?

Su rostro es de puro terror y su cabeza se mueve con fuerza. Lo entiende, pero lo niega.

—Con calma, hombre. Te vas a descoyuntar el cuello.

Continuo mi paso a la vez que el trayecto se va haciendo más corto. Aún le queda un trecho largo a la cuerda ancha y trenzada, para llegar hasta el final del todo.

—Tu agonía, tu miedo, se alargarán tanto como a mí me apetezca. Igual que tú decidiste cuando terminar con el terror de aquellos niños de los que abusabas y a los que provocabas dolor, haciéndoles todas aquellas atrocidades que te divertían y te daban un placer morboso y

asqueroso, hijo de puta.

Me arrodillo y hago ademán de quitarle la cinta de la boca. Estoy tentado de dejarle hablar, a ver qué sucia mentira me cuenta. Pero cuando mis dedos tocan su piel me envuelve una sensación de asco y encojo mi brazo. Además, ¿y si le da por gritar? No, así ya está bien. Tras mirarlo detenidamente por unos segundos me pongo de pie y vuelvo al mando de control.

VELOCIDAD MEDIA. Ahora la maquinaria comienza a rodar con algo más de rapidez. La cuerda que aprisiona su cuerpo va enredándose, y le arrastra con un poco más de velocidad, pero no demasiada. Tiene que pasar miedo antes de llegar el fin. Se revuelve, intenta incorporarse de cintura para arriba, con las manos amarradas, prueba a quitarse la cinta de la boca y se vuelve a revolver. Es igual que un insecto en el pico de un pájaro antes de ser tragado por este.

Sonríó de nuevo con énfasis y placer.

Las astas con un poco de velocidad añadida arrastran con ímpetu la cuerda y con ella al cura, que intenta girar su cuerpo de un lado a otro, liberar sus manos, estira y encoge sus piernas una vez tras otra, supongo que pensando que podrá aflojar las ataduras de los tobillos. Acaba reventado del esfuerzo y sin ningún resultado. A medida que la cuerda se va encogiéndose, que su cuerpo se pasea por el hormigón a la velocidad que la máquina va decidiendo, yo camino a su lado, con los brazos cruzados y observando cada uno de sus gestos.

—Anselmo... Anselmo... —canturreo—. No te importa que nos tuteemos, ¿verdad?

Él me mira desde el suelo, peleando con las ataduras de sus manos y cintura, mientras las aspas del extractor siguen estirando de su rollizo cuerpo hasta su final. Sus ojos están abnegados en lágrimas, su rostro va tomando un color purpúreo que resalta el blanco de su pelo hasta hacerlo parecer alvino y sus movimientos convulsos, intentando inútilmente soltarse, le hacen parecer un pez al que una caña saca de su hábitat, intentando zafarse y respirar.

Fijo mis pupilas agua marina en su cara roja por el esfuerzo, junto mis cejas trigueñas y amplío mis labios hasta convertirlos en una sonrisa.

— ¿Sabes la fuerza que tiene ese cacharro? —le pregunto señalando el aparato con el índice sin dejar de mirar todos y cada uno de sus movimientos—. No... ¿Tú que vas a saber? —Entrecierro los parpados—. ¿O sí? —Hago un movimiento de indiferencia con los hombros—. Da igual, en unos pocos minutos sentirás como las cuchillas afiladas comenzaran a cortarte la piel, la carne, los tendones, los huesos... —Poco a poco el rostro del cura se va destiñendo hasta llegar a un blanco neutro que hacía tiempo no veía en una cara—. No pongas esa cara, hombre. Lo peor que te pasará será que no se conforme con tus extremidades. —Ahora, él, también mira hacia la máquina—. La sogá seguirá girando al ritmo de la velocidad que yo le dé, recogiendo la cuerda. Irá dando vueltas y acercando tu cuerpo más y más, para a medida que van rotando, desmenuzar tu cuerpo lujurioso y pecaminoso. —Le observo de nuevo y no sé si sentir pena o asco por él—. ¿Has leído “La Divina comedia” de Dante? —Niega fervientemente con la cabeza y no puedo evitar un gesto de asombro—. Vaya, no esperaba esa respuesta —me digo en voz alta—. *“Y cual las grullas cantando sus tristes acentos, largas hileras hacen en el aire, así las vi venir lanzando aves, a las sombras llevadas por el viento”* —recito en voz alta y con las palmas elevadas hacia el cielo, mientras camino lentamente de un lado a otro.

Un ruido en la puerta de metal, que por el sonido de las astas ha quedado levemente amortiguado, llega hasta mí, tensando mi espalda y aguzando mis sentidos. Son golpes, primero, débiles, tímidos; luego, más fuertes.

—¿Hola?

Se escucha.

Anselmo comienza a removerse con fuerza, si eso es posible, y a intentar gritar con empeño a través de la cinta aislante que le cubre los labios.

—¡Hola!

¡Maldita sea! Ese debe de ser el puto guardia. Miro el reloj digital de la pantalla de mi móvil. Se ha adelantado más de veinte minutos en su ronda habitual. Guardo el aparato en el bolsillo trasero de mi pantalón y suspiro, rascándome la coronilla con la punta del cuchillo.

El cura hace excesivo ruido, eleva la voz demasiado, acabará siendo escuchado. Aunque únicamente sean sus quejidos y gemidos, los escuchará. Me acerco a él, y le doy una fuerte patada en la cara dejándolo inconsciente.

—Ups, lo siento —susurro tapándome los labios.

¡Mentira! No lo siento una mierda. Si no fuera porque de otra manera no es como va, le habría pateado hasta machacarle la geta.

—¡Hola! —El tío chilla cada vez con más fuerza y acompaña sus gritos con golpes en la puerta.

¿Y si el gilipollas llama a la policía?

Busco una manera de salir mientras las astas del extractor siguen tirando del cuerpo, ahora sin sentido, de Anselmo.

Respiro hondo. Inspiro, expiro, inspiro, expiro. Eso es... Tras varias veces, finalmente, consigo controlar los nervios.

¿Estoy asustado? ¡No! ¿Frustrado? Psss ¿Cabreado? ¡Muchísimo! Este pánfilo con complejo de Sheriff de mierda va a joder todos mis planes... Los golpes y el “hola” no cesan. En cualquier momento entrará por la puerta, solo o acompañado de todo el cuerpo de policía. Decido apagar las luces y la turbina, cubrirme con las sombras y esperar a ver qué coño sucede. Cojo una barra de hierro, de tantas que hay por el suelo, y antes de refugiarme en la oscuridad apago los interruptores.

Ahora todo ha quedado en silencio. Parece que él también. Mi respiración calmada es lo único que se escucha en el inmenso silencio que ahora reina en la noche. Eso y unos pasos en la gravilla del exterior por la que hace un rato arrastré al sodomita de los cojones, para traerlo hasta aquí dentro, desnudarlo y amarrarlo.

La luz de la luna se refleja sobre la uralita y me permite distinguir su bulto inmóvil, tirado en el suelo.

Ahora las pisadas parecen ir en dirección a la gran puerta trasera de carga y descarga de la nave. Con sigilo me desplazo, sin salir de la oscuridad que me refugia, hasta allí. Aprieto con fuerza el pesado metal que llevo en una mano, y con las yemas de los dedos de la otra acaricio el filo del cuchillo que aún sujeto. Por un momento reacciono, pienso con calma y me dan ganas de darme de hostias. ¿Para qué coño cojo una cosa si ya llevo...? Muevo la cabeza con resignación bajo el reflejo de la luz natural de la noche, y no puedo evitar mostrarle a la nada, mi dentadura impecable al sonreír.

Escucho, sin mover mi espalda del hormigón, como el segurata juguetea con la cerradura intentando abrirla. Nada. Menudo inútil. Resoplo. Otra vez los pasos en el exterior que van y vienen hasta que tras unos minutos vuelven a pararse en la misma puerta. Mi cabeza y mi oído siguen cada sonido, no me muevo, solo espero. Si consigue entrar no llegará a distinguir ni mi sombra.

—¿Hola?

Bufo, otra vez con más fuerza. Pongo el dorso de mi mano sobre los labios para que no se me oiga. ¡Joder! Me digo mentalmente. ¿A qué mierda viene tanta tontería? Este era uno de los

riesgos posibles, ya debería saber que no hay justicia sin peligro ni daños colaterales.

Se oye el sonido de metales chocando unos con otros. Llaves. El ruido de una entrando en la cerradura. Una vuelta, dos vueltas. El gilipollas no sabe ni abrir una puerta, no sé cómo me contengo y no voy a abrísela yo. Por fin el chirrido de las bisagras al desplazarse el metal.

Ponte a la luz, vamos...

Los pasos pesados parece que se dirigen hacia la caja de interruptores, pero algo le detiene. Yo también lo he escuchado y mis labios se contraen débilmente.

—Ummm, ummmm

El dichoso cura ha vuelto en sí, y sus gemidos atraen la atención del otro. El tío se vuelve hacia el lugar del que provienen los ruidos y a oscuras intenta encontrar que o quien los provoca. Es ahora o nunca. Si enciende las luces no sé cuántas opciones de salir de aquí tendré, debo aprovechar que yo a él puedo distinguirlo bajo la luz lunar. Levanto el brazo en el que llevo la barra de hierro y ni lo pienso, me acerco dos pasos y la dejo caer con tanta fuerza que puedo oír el CRACK de su cráneo al abrirse, solo con el primer golpe. No se cae y suelto el segundo. Me quedo inmóvil un momento y ahora sí. Es imposible no escuchar como primero son sus rodillas las que retumban en el suelo, luego el resto de su cuerpo a peso muerto que hace un sonido diferente, algo similar al de un saco de patatas al dejarlo caer. Puedo sentirlo, verlo.

La sensación de poder es como un subidón de adrenalina que se apodera de mis venas, de mi cuerpo y cerebro. Es como un chute de éxtasis en el momento que más parece tu cuerpo necesitarlo. Pero no debo emocionarme demasiado y perder de vista mi tarea original. ¡Soy imparable, indestructible, la mano de Dios!

—Ummmm —gime Anselmo otra vez.

Voy hacia el interruptor, enciendo las luces y miro. El cuerpo ha caído justo al lado del cura. Le cojo por los pies y le arrastro hasta la puerta que abrió él mismo, mientras Anselmo se remueve como un gusano en el sedal de una caña. Joder es increíble como pesa. Arrastro, arrastro; me cuesta, sudo la gota gorda, pero consigo sacarlo y dejarlo en la tierra. Arrodo mi cuerpo junto al suyo buscando en sus bolsillos hasta que doy con lo que quiero, las llaves. Entro a paso calmado en la nave, estiro de la puerta, y siento, de nuevo, el crujir de las bisagras mientras la cierro. Una vuelta de llave, dos, dejo la cerradura bloqueada con el acero dentro del cerrojo y vuelvo junto al viejo que me mira con los ojos fuera de sus órbitas y una mancha de humedad en el suelo, justo entre sus piernas. El muy jodio se ha meado. ¡Qué asco!

—Estás acojonado ¿eh? —le pregunto sonriendo.

Con un gesto en el que mueve su pelo canoso de adelante hacia atrás, me responde afirmativamente, y no puedo evitar carcajearme.

—Bien. ¿Dónde lo habíamos dejado? —Vuelvo a preguntar, sabiendo que no va a contestar—. Ah, sí. VELOCIDAD ALTA. —Miro el cuadro de mandos y respiro profundamente—. Vamos a ser sinceros, Anselmo. Quería alargar esto un poco más. Ver cómo te cagabas encima, además de mearte. Que tu cuerpo sudara de pánico y regodearme en la situación. —Muevo las manos englobando toda la escena—. Pero es tontería, ¿no crees? Ya se te ve... —Bajo mis ojos a su bragueta y a la mancha de meados en el suelo—. En definitiva. Que para qué retrasar lo obvio.

A paso tranquilo me acerco a los botones y le doy a ON de nuevo. Paso por LENTO, MEDIO y sin apartar mis pupilas del viejo que no para de moverse, sollozar, doblarse y estirarse, alargar las manos, intentar enderezarse y acabar farfullando lo que seguro son las mil y una maldiciones, en una fracción de segundo; además de... ¡Joder, joder, se ahoga! Ha comenzado a arquear y la cinta no le deja respirar con los vómitos en la garganta. Voy hacia su cuerpo, ¡así

no! Me arrodillo y le quito el papel pegajoso y plateado de los labios. Un cúmulo de desperdicios sale por esa boca asquerosa por la que antes deshonró el traje que lleva y su significado, poniéndolo todo perdido y apestado. Parece el borracho que sale del bar cuando ya el alcohol regurgita entre su esófago y su garganta, y al que apenas le da tiempo de cruzar la puerta del local.

Me siento en el suelo, suspiro, le doy unas palmaditas en la espalda y con mi mejilla apoyada en el dorso de la mano espero a que termine.

Cuando ya lo único que le queda por escupir es el líquido amarillento y amargo de la bilis, le coloco la cinta de nuevo, le doy dos golpecitos más y me levanto como si llevara el peso de todo un mundo sobre mis hombros. Los mandos del extractor me reclaman.

De nuevo: ON, VELOCIDAD LENTA, VELOCIDAD MEDIA, ¡VELOCIDAD ALTA!

Las astas recogen la cuerda a ritmo vertiginoso. Anselmo es arrastrado por el hormigón. A medida que la máquina va girando, eleva y desciende el cuerpo golpeándolo como si fuera un saco. Los golpes secos de su cabeza, ahora ya bañada en sangre, suenan en el suelo, huecos, y los gritos amortiguados por la mortaja de su boca apenas se escuchan.

“Y el torbellino a los malos espíritus: arriba y abajo, acá y allá les lleva.” Susurro a medida que su cráneo va siendo destrozado, los alaridos del cura se van volviendo guturales, y poco a poco se van acallando hasta que, al tercer golpe, dejan de salir de su garganta.

El metal cortante ya no arrastra el cuerpo inerte de Anselmo.

La cuerda se ha quedado tan corta que solo se limita a arrastrarlo y conducir sus piernas hasta el centro de las astas, comenzando a rebanar, con brutalidad, las partes de él que se atreven a cruzarse en su camino.

Si afino más el oído, incluso puedo escuchar el crujir de los huesos mientras son partidos y molidos por las cuchillas.

Mis ojos humedecidos, alimentan mi cerebro con el rojo de la sangre y el rosado de los trozos humanos, que salen despedidos a medida que el cadáver se va adentrando por aquel círculo brillante que una vez choca con la cadera se ralentiza, bloqueándose hasta detener su movimiento definitivamente.

Se ha encallado con la parte del cuerpo que se resiste a ser fraccionada y separada del torso completamente. Aunque ya es tarde para que ese cuerpo, desobediente, pueda retener todas las vísceras y partes internas que resbalan por allí por donde no hay ya nada que las pueda detener.

3

**7 de julio de 2018.**

A las nueve de la mañana ya no sabía dónde meterse para evitar el calor.

Aún era temprano y le apetecía más pararse a desayunar que ir derecho a comisaría. Entró en “Juanes” y Gorka ya estaba en la barra tomando un cortado y comiendo un bocadillo de calamares.

Una palmada en la espalda a modo de saludo, golpe de tos de su compañero al atragantarse con el pan por la sorpresa, y un:

—Juan café con hielo.

Seguido del:

—¡Marchando!

Y acompañado con:

—Tenemos que ir a la nevera.

Cejas levantadas de Moreno, azúcar al café.

—Tu hermana dice que terminó la autopsia y que encontró algo que puede ser importante.

Café mezclado con edulcorante, ¡al vaso con hielo!

—Algo de unas marcas.

Para adentro de un solo trago.

—Pues venga.

Claudio dejó un par de euros en la barra. Gorka agarró su bocadillo. A los pocos minutos ya estaban entrando por una puerta trasera del edificio acristalado, y descendiendo unas escaleras hacia el despacho de la forense. Unos golpecillos en el cristal de la puerta con los nudillos y esta se abrió despacio; la cabeza canosa del Inspector Soto asomó con timidez.

—¿Isabella?

—Pasad— la voz de la mujer hizo eco en aquel despacho sin apenas muebles.

Abrieron la puerta de par en par y los dos hombres entraron. Claudio serio, Gorka mascando un trozo de su pan con calamares.

—Tomo unas últimas notas y os enseño lo que encontré.

La forense se acomodó las lentes, escribió algo en los informes y empujándose con las manos apoyadas en la mesa, echó hacia atrás su silla con ruedas, estirando las arrugas de su bata blanca al levantarse.

Gorka la miraba. Si ya era difícil lidiar con un Moreno, ¡dos! WOW.

Ella caminaba a paso rápido como siempre. *Clak, clak*. Las suelas resonaban entre las paredes blanco neutro de los pasillos y el silencio mortal que se respiraba. Las luces automáticas del techo se iban encendiendo a su reinante paso y apagándose con la ausencia de este; y el fresco, por no decir frío de los cojones, comenzaba a entrar, con disimulo y timidez, por las aberturas de las mangas y cuellos de sus camisas. Un escalofrío recorrió las espaldas de los inspectores, ella ni se inmutó. Estaba acostumbrada a aquellas temperaturas, la resucitaban, y le ayudaban a mantener los sentidos alerta. Respiró hondo. Abrió la puerta metálica del laboratorio y espero a que volviera a cerrarse, apoyada en la primera camilla, junto al cuerpo, al que quitó la tela que lo cubría. La autopsia ya estaba terminada, el cuerpo perfectamente lavado, suturado, y las muestras biológicas enviadas al laboratorio.

—Imposible recomponer nada de cintura para abajo.

Se puso los guantes y el mentol en la nariz, aquello no dejaba de oler. Los inspectores la imitaron.

—Pero al lavarlo encontré esto— señaló una marca en el pecho atravesada por las suturas

de la autopsia. Soto y Moreno se acercaron un poco más y distinguieron una “V” grande en la piel.

—Por el estado de cicatrización puedo decir que se la hicieron estando aún vivo. Objeto punzante, seguramente un cuchillo de grandes dimensiones. Los cortes son gruesos y profundos. Nada de drogas, aunque si las hubiera habido el metabolismo ya las habría hecho desaparecer. Alguna magulladura en lo poco que queda de él. El cráneo está completamente hecho puré. Ni más cortes por arma blanca, que el grabado del pecho, ni heridas de bala. —Con esfuerzo dio parcialmente la vuelta al cuerpo, o lo que quedaba de él, para que ellos también lo vieran—. El asesino se tomó su tiempo. En las muñecas, y en la cara, a la altura de la boca, encontré goma adhesiva. Estoy convencida de que lo amordazó y le cubrió los labios con cinta aislante, pero no la llevaba cuando lo encontraron. Tuvo que quitársela una vez muerto.

—Eso es sangre fría —Gorka arrancó otro pedazo de bocadillo con los incisivos y masticó

Claudio lo observó de reojo, Bella ni lo miró. No estaba de humor aquella mañana.

—¿No se te mezclan los sabores y olores?

El Inspector Soto levantó una ceja mirando a la forense que cubría el cuerpo de nuevo.

—¿Sabores, olores?

—Calamares, mentolado y carne en descomposición— la mujer hizo un gesto con el índice, señalándose las fosas nasales, y otro con la cabeza en dirección al muerto. Soto movió su cabeza de un lado a otro.

—Para nada. ¿Eso es todo?

—Por ahora, sí.

—Ok.

Claudio se encaminó hacia la puerta, si decir ni adiós, gracias o ya hablaremos.

El inspector de cabello canoso y mandíbulas aún ocupadas hizo un ademán con la mano, salió tras su compañero y dejó a la mujer tomando apuntes de nuevo.

4

**23 de septiembre de 1990. Madrid.**

VÍCTOR

“Por mí se va a la ciudad doliente,  
Por mí se va al eterno sufrimiento,  
Por mí se va a la raza condenada.”

"LA DIVINA COMEDIA"

\_Dante Alighieri\_

Me apoyo en el arco de entrada, justo donde termina la escalera, y los observo sin evitar sonreír, muy levemente, mientras la melodía del tocadiscos llega desde la planta de arriba.

Que estén bajo los efectos de las pastillas para dormir me ha venido bastante bien. Hay que reconocer que aún no tengo ni estatura, ni fuerza para cargar con estos dos sin un poco de ayuda, y aún y así, lo mío me ha costado... El muy cerdo, nunca mejor dicho, pesa lo suyo, y ella, aunque no lo parezca, también.

Sin que la sonrisa haya desaparecido de mi cara, miro hacia donde están. Soledad sentada con medio cuerpo, colgando hacia un lado, no ha terminado tumbada del todo en el suelo de piedra porque, con un collar en el cuello del que sale una gorda y oxidada cadena, la he amarrado con un grillete a la pared desconchada por la humedad. Papá, con las rodillas flexionadas, tiene amarrados los pies y las manos a la espalda con las cuerdas que él utiliza. Recuerdo que hasta hace poco aún nos las ponía a nosotros, y se nos clavaban en la piel, haciéndonos unas heridas brutales cuando tocaban la carne.

Mientras esté dormido no puedo ponerlo de ninguna otra manera, así que por ahora lo dejaré como está, tumbado en toda la mierda que hay dentro de la cubeta gigante. Tan grande como una de esas piscinas de plástico que se ponen en los jardines para que los niños jueguen. De hecho, ese debería haber sido el uso que tendríamos de haberle dado, y no el que él decidió, utilizándola para castigarnos. Allí dentro hemos vomitado, orinado y cagado. Suena asqueroso, pero yo sé lo que se siente, el efecto que crea en la mente y cuerpo de un niño que te metan en un espacio abierto, pero del que no se te permite salir, porque si lo intentas, aunque sea para coger algo con que cubrir tu cuerpo desnudo, él lo ve, lo sabe, y comienzan los palos con todo aquello que produzca dolor. Que no puedas pisar un baño o ir hacia un cubo a hacer tus necesidades, teniendo que hacerlas allí, un día, otro día, hasta que el olor se te incrusta en la piel, en el pelo, en las fosas nasales. Las heridas abiertas sin curar, que sangran a cada movimiento, comienzan a llenarse de residuos, y se infectan. No te quieres dormir por miedo a que tu cuerpo acabe más y más hundido, por el terror a que tu cara quede enterrada y te asfixies bajo tus propios residuos. No quieres comer porque sabes que si lo haces lo llenarás más y tus excrementos te llegaran a los hombros o al cuello...

—Anda mira, uno comienza a remolonear —digo en voz alta, sin moverme de donde estoy mientras veo como Soledad, la “mama” del año, intenta tocarse la cabeza con una mano. Chasqueo la lengua a la vez que muevo mi índice de un lado a otro en señal de negación a sabiendas de que no puede verme. La luz allí dentro es tan escasa que no llega a cubrir todo el sitio, y yo, bajo el arco de entrada, justo donde terminan las escaleras que de arriba te traen hasta aquí, estoy completamente cubierto de oscuridad y oculto por ella. Mantengo las manos a mi espalda; en cada una llevo un pañuelo hecho un ovillo, por si los necesito, por si acaso les da por abrir demasiado la boca. Y a mi derecha hay una mesita de aluminio pequeña. Tiene encima, muy ordenadamente, todo aquello que papa utilizó con nosotros, solo que yo voy a darle una utilidad con un toque más personal.

Cierro los ojos mientras sigo apoyado, y echo la cabeza hacia atrás, sintiendo en la coronilla el frío y la dureza de la piedra. Entonces su imagen bien a mi mente, mama..., su cara, su sonrisa, su olor a pan mezclado con su suave perfume de rosas, tan dulce, tan inolvidable que se grabó en mis sentidos y aun ahora, muchas veces, creo sentirlo allí donde estoy, invadiéndolo todo y haciendo que dude si será realmente ella que está a mi lado.

El disco se ha terminado. Con algo de pereza me incorporo derecho, subo los escalones que dan a la cocina en completa oscuridad. A paso lento camino descalzo por la moqueta del pasillo, me paso uno de los pañuelos de una mano a la otra y cuando entro en el salón, voy

derecho hacia el tocadiscos. Levanto la aguja del aparato, la muevo hacia atrás, luego para adelante y con buen pulso la coloco de nuevo en la estría del principio para que “Can’t help falling love” se escuche de nuevo. Al mismo ritmo que subí, vuelvo a recorrer el pasillo y bajo de nuevo al sótano a esperar que despierten del todo, si no, no tiene gracia...

No recuerdo el tiempo que llevo imaginando este momento, tenerlos así, a mi merced. ¡Años! Soñando con el placer que voy a sentir; es que no hay descripción posible...

Las veces que nos castigó y maltrató, nos torturó de formas inimaginables, aquí mismo, en este sótano, esparciendo nuestra sangre y lágrimas por suelos y paredes. Las veces en que pedimos auxilio y Soledad se encerró en su dormitorio, -ese que un día fue de mi madre, ese en el que encontré su cuerpo sin vida y ajado-, para rezarle al crucifijo que cuelga de la pared empapelada con flores marrones, y que preside el cabecero de la cama. Pidiendo por nuestras pobres y descarriadas almas, mientras nuestros gritos, llantos y lamentos, se quedaban contenidos entre las cuatro paredes de piedra y hormigón de la parte baja de la casa. Ahora es a ese mismo trozo de madera en forma de cruz y con una plaquita dorada que dice INRI, al que deberá rezar a ver si salva la suya mientras su cuerpo aguante. A lo mejor le permito que lo guarde con ella mientras...

“—Víctor...—Ya está Vicky acompañada de su conciencia susurrando tras de mí. Resoplo. Solo a mi madre se le pudo ocurrir llamarnos igual, dos gemelos, chico y chica y una película Víctor y Victoria...—. Ya es suficiente, por favor. Esto no nos la regresará”

Tiene razón, no soy tonto, pero ¿y lo a gusto que me voy a quedar, lo bien que me voy a sentir?

Hago oídos sordos a su rollo. Siempre es lo mismo, la bondad y el “no hagas aquello que no quieres que te hagan” por bandera. ¡Ya me cansa! Mama era igual, y yo no vi que ser buena le salvara la vida o llevara a quien la destruyó a pagar por ello. No encontré jamás en mi vida la bondad por ser bondadoso...

Bueno, ahora ya es igual. No pienso escucharla.

—Vete arriba y no salgas de la habitación si no vas a ayudarme —le digo finalmente con los dientes apretados, mientras mis ojos siguen fijos en ellos, en sus cuerpos inertes, pero aún vivos, y me doy cuenta de que parece que están comenzando a despertar con lentitud. Giro mi cara y justo a mi derecha, clavado en la pared, está uno de los espejos resquebrajado, viejo y tan sucio que apenas se refleja nada. Las telas de araña en las esquinas cuelgan de sus filos. A él la luz sí le llega y me deja ver, entre brumas y manchas, el rostro de mi hermana, casi idéntico al mío. Pero para mi sorpresa en ella ya no distingo aquellas arrugas que constantemente deformaban y avejentaban su rostro, lo único que se aprecia ahora es su frente libre de pelo claro y una mirada que no logro descifrar.

Del suelo llega un quejido obligándome a cambiar la dirección de mis retinas y mirar a la mujer de mi padre, mientras siento como mi cara se ilumina y sonrío tanto, que estoy seguro de que incluso desde su posición y a pesar de la oscuridad que me cubre, puede verme los dientes.

Viro la cabeza otra vez y me doy cuenta de que Victoria ya no está.

Llegó el momento...

¡Qué bien me lo voy a pasar...!

5

**9 de Julio de 2018. Sevilla.**

La noche había sido muy larga.

Parecía que el hecho de descubrir que el cadáver triturado era el de un sacerdote había removido conciencias en altas esferas.

Desde el momento en que llegó la llamada denunciando la desaparición de un párroco y su breve descripción, el alzacuello encontrado en la escena había saltado las sospechas de que el Padre Anselmo, al parecer, ya había sido localizado.

Un par de llamadas aquí y allá; un par de conversaciones de unos minutos, y al comisario López se le había encogido “el culete”.

Claudio sonrió ante su propio pensamiento. Miró la pantalla del móvil: diez de la mañana. Resopló. Olivia ya habría salido. Mejor. La sola idea de llegar a casa y tener que mirar su cuerpo, cada vez más ajado; sus pelos sin dirección fija, y su cara, que en otro momento pudo haber sido fina y hasta bonita, con las ojeras hasta la barbilla y los ojos hundidos por el uso de gafas, le ponía de mala leche. Además, le apetecían unas cervezas antes de acostarse. ¡Se lo había ganado, cojones! Y seguramente hubiera tenido que escuchar sus estúpidos reproches por beber tan temprano. Poco a poco sus pensamientos fueron oscureciendo su mirada y ya tenía ganas de soltarle una buena hostia, incluso, sin verla.

—¡Id a dormir! —La voz de López resonó desde la puerta de su despacho—. Dormidos, no me servís para nada.

Los dos inspectores levantaron la vista a la vez, se miraron por encima de la cantidad de fichas y papeles que revisaban. No hablaron ni opusieron resistencia. La verdad es que estaban muertos de cansancio.

—¡Os espero en ocho horas! —gritó el comisario de nuevo.

Un gesto de los dedos tocando sus frentes, a lo saludo militar, y un “hasta luego”, sin demasiado énfasis que apenas escuchó López, fue la despedida.

—¿Te vienes a tomar unas cañas?

Gorka miró a Claudio usando la mano como protector contra la luz del sol.

—Que va tío. —Arqueó una ceja—. ¿No está en casa tu parienta?

Su compañero se alzó de hombros

—Nos vemos luego. —Claudio se metió en el bar.

Soto no respondió. Tampoco eran de hablar mucho...

Gorka ya estaba en su mesa cuando Claudio llegó con los ojos hundidos y la piel blanquecina.

—¿No has dormido?

—Algo.

El Inspector Moreno se dejó caer en su silla y estiro su cuerpo todo lo que pudo.

Soto le acercó una carpeta dejándola caer en su mesa e hizo un gesto con sus ojos.

—Mira eso...

Un fruncido de ceño fue la única respuesta del otro hombre mientras enderezaba su metro ochenta y cogía la cartulina marrón en sus manos, abriéndola y comenzando a leer.

Poco a poco las facciones del inspector pasaron del interés a la incredulidad, y de ahí a la sorpresa.

—Joder con el padrecito —. Susurró.

—He comenzado a buscar, por la lista: uno falleció, cuatro viven en otras provincias, y dos siguen en su pueblo de origen. —Miró la hora en la pantalla de su teléfono —Mañana

hablaré con López y comenzaré a llamar. Mientras, si quieres, podemos hacer el recorrido que se supone hizo la víctima y ver si encontramos algo.

—No creo que el asesino fuera tan pulido para no dejar ningún rastro suyo en la escena, con la escabechina que encontramos, y que dejara restos donde lo secuestro. —Se acariciaba el puente de la nariz y hablaba en voz muy baja. —Pero con tal de salir de aquí...

Los hombres se levantaron a paso rápido y casi corrieron hacia la salida.

—Conduce tú, estoy flojo

Gorka miró sorprendido a su compañero, pero no dijo nada. No hacía mucha falta ser policía para darse cuenta de que no fueron unas cañas, solo, lo que tomó, o que probablemente no había dormido una mierda. Pero no dijo nada. Allá cada cual con su forma de vida mientras no pusiera en peligro la suya.

Abrió con la llave la puerta del conductor de su coche, entró y estiro el seguro de la del acompañante.

—Tío... ¿Sabes que ahora hay coches que se abren apretando el botoncito de un mando?

El comentario de Moreno no le molestó, pero tampoco respondió. Arrancó y fueron hasta la parroquia del Padre Anselmo.

—Según la llamada de la parroquiana... —Gorka reviso sus notas ante la puerta de madera y vidrios de la pequeña iglesia. —Salió de aquí que ya había anochecido y le dijo que iba a casa de la otra mujer que vive cuatro o cinco calles más abajo. ¿Tienes la aplicación esa de los mapas en tu teléfono?

Claudio asintió.

—Vaya pregunta... ¿Tú no? —Moreno levantó una ceja mientras removía la pantalla de su smartphone.

Soto afirmó con la cabeza.

—Dejé el teléfono en el coche.

—Tenemos que tirar recto y girar a la izquierda dos calles más abajo.

Ambos comenzaron a caminar. El perfume que había penetrado por las fosas nasales de Anselmo ahora volvía a pasear en el aire. El ambiente, ahora más vivo, y sin lluvia, que obligara a los paseantes tardíos a refugiarse o quedarse en sus casas, convertía el trayecto en una escena del crimen, primaria, muy complicada, de estudiar. Si por casualidad lo pillaron en esa calle, en la otra o en la siguiente, iba a ser complicado de averiguar. Si había algún resto de sangre, cinta adhesiva o lo que fuera que utilizaron para reducirlo, iba a ser un milagro encontrarlo. Un milagro, nunca mejor dicho. Eso era precisamente lo que más les molestaba y les provocaba la sensación de andar perdiendo el tiempo y horas valiosísimas que podían aprovechar en otras cosas, que seguramente producirían mucha información y avances.

Varias calles más abajo siguieron las indicaciones del GPS del teléfono móvil y dieron con el callejón que colindaba con la casa de la mujer a la que Anselmo debía haber visitado. La luz era tenue, los inspectores miraron hacia arriba y se dieron cuenta de una de las farolas no desprendía luz.

—Pffff —. Moreno resopló —. Si ya era complicado encontrar algo con las calles a rebosar de gente, ahora, a las diez de la noche y con menos luz que en un cajón, va a ser inconcebible hallar el mínimo rastro de ningún secuestro...

Soto miraba hacia el suelo, alumbrándose con la linterna del teléfono. Apenas había levantado la vista de los adoquines en todo el trayecto, y en aquella parte intentó concentrarse más. Eran los últimos metros. Sabían que no había llegado a casa de la devota mujer, que doña Setefilla lo vio salir de la iglesia, que Jesús el de la cafetería, lo vio pasar por delante, hasta le

saludo, y que la hermana de Jesús, que salía de la carnicería en la que trabajaba, lo vio dos calles más allá, a paso rápido; imaginó que debido a las prisas por guarecerse de la lluvia. Solo podía haber pasado bajo aquellas farolas y pisado aquellos adoquines si quería llegar a casa de la tal Teresita.

Justo en aquel callejón estaba la ventana del baño de Teresa, y al girar la esquina, la puerta de entrada a su casa.

Hasta llegar allí no habían dado con ningún indicio, y eso significaba dos cosas: o no había nada que encontrar en todo el trayecto o la libertad del hombre terminó en otro sitio y habían equivocado el camino. Al fin y al cabo, pudo haber mentido y dirigirse a otro lugar. Sí era así, tiempo desperdiciado.

Aquel era el trabajo de campo. Aquella era la mierda que, una vez tras otra, les tocaba si querían llegar a alguna parte.

Claudio se rascó la coronilla. Estaba hasta los huevos. Gorka, en cambio, parecía disfrutar, de todo aquello que cabreaba a su compañero. Solamente había que verlo, con la linternilla en una mano y su blog de notas en la otra, mientras con los dientes sujetaba el bolígrafo horizontalmente revisando palmo a palmo cada ladrillo.

Zoque...

Tras casi treinta minutos la visión de los hombres comenzó a decaer, mezclada con los pétalos arrastrados por el aire, los papeles y colillas tirados al suelo que se movían y se paraban, se movían y se paraban; y un par de manchas húmedas que tenían toda la pinta de meado de perro.

—¡Claudio!

Gorka, con el cuerpo enderezado y la espalda muy recta, miraba fijamente un punto en la pared, justo entre dos ventanas y al lado de la farola sin luz. Moreno se acercó y el dedo del subinspector Soto señalaba lo que, iluminadas por el móvil, eran unas manchas oscuras. ¿Sangre? Quizás.

—Parece que encontraste algo...

Los dos hombres recorrieron con la mirada todo aquello a donde llegaba la luz.

—Llamaré a científica.

Gorka afirmó con la cabeza, se arrodilló ante las manchas y las observó detenidamente hasta que Claudio volvió junto a él.

6

**12 de Julio de 2018.**

El día había sido agotador.

Dos autopsias, y aún tenía tres cuerpos en las neveras esperando pasar por la mesa de su sala. Pero le estaba siendo imposible concentrarse en otra autopsia que no fuera la del cuerpo encontrado días atrás en el parque.

Estaba loca por llegar a casa, sentarse en su sofá y tomarse una clarita casera bien helada, a ver si así relajaba su mente además de su cuerpo, y dejaba de ver, tanto con los ojos abiertos como cerrados, la monstruosidad que había tenido que presenciar.

Miró la hora en la pantalla del teléfono y supuso que Gema ya estaría en casa.

Tenía ganas de verla y debían conversar. Solo hacía dos años que se habían casado y su vida conyugal parecía haber perdido ya, completamente, la magia.

El trabajo de ambas era matador. Horas incontables fuera de casa. Pero ¿parecer ya dos viejos que llevaban cuarenta años juntos? Si hasta sus suegros, que celebraban las bodas de oro en unos meses, tenían más erotismo en su matrimonio que ellas...

La necesidad de cruzar la puerta de su apartamento la obligó a acelerar el paso en el párquing, mientras se dirigía a su coche. Como necesitaba abandonar las malditas instalaciones.

El Nissan ardía por fuera y por dentro.

“Ahora se va a meter tu puta madre”, se dijo mientras habría las puertas y ventanas para ver si algo de aire, aunque fuera caliente, recorría su interior antes de entrar y sentarse. Eran casi las ocho de la tarde y no corría ni una pizca de brisa fresca. Le sudaba la nuca, la frente, los pechos, los sobacos. Era una mierda asfixiante y opresiva.

Diez minutos después, cansada de esperar y deseando salir de allí, decidió arriesgarse sentándose en el asiento del conductor y encendiendo el contacto mientras el aire del coche hacía su trabajo.

Las voces de los noticieros radiofónicos le llegaban opacados por el sonido del tráfico a través de las ventanillas abiertas, pero sabía que estaban hablando del crimen del Tamarguillo como lo habían apodado los periodistas, incluso la policía.

No recordaba ni un solo caso similar a aquel. Jamás había tenido que realizar una autopsia a ningún cuerpo en aquellas condiciones. ¿En qué momento su ciudad había decidido convertirse en motivo de noticias por un crimen de película?

Repasó mentalmente los datos: la marca grabada en el pecho, que no le decía nada, la amputación por cuchillas o algún instrumento, seguro que inmenso y eléctrico, de la zona pélvica de la víctima hacia abajo... De eso estaba convencida. Había estado examinando los cortes desde diferentes ángulos. Comparando la marca de estos con diferentes herramientas que le habían dejado para tal labor. Estudiando la asimetría; el comienzo y término de cada marca para ver si era regular o no; si el instrumento era dentado o liso; y si en algún momento se había bloqueado. Todo le indicaba que tenía razón, y así lo había recalcado en el informe forense: “Debían buscar una máquina de grandes dimensiones, algo similar a una hélice de avión”. Si la encontraban, que no era tarea fácil, encontrarían la escena primaria del crimen y posiblemente al asesino. Ahora había que esperar a que su opinión, basada en la autopsia, fuera tenida en cuenta.

Cuando volvió a la realidad se dio cuenta de que ya estaba en la esquina de su calle. Movié la cabeza en un gesto abrupto, para alejar cualquier pensamiento de trabajo de su mente y llegar a su casa sin mierda negativa en el cerebro. Tarea casi imposible. Pero no quería estar con Gema y tener la mente en un lugar que no fuera aquel momento, con su mujer. No podía llevarse el trabajo a casa, fue la única condición en su matrimonio. Condición para ambas, por supuesto. Y condición que, al menos a ella, le costaba cumplir. Aunque no hablara de su sala de autopsias ni de lo que descansaba en ella con su mujer, no se la podía quitar de la cabeza.

Envidiaba a Gema que siempre parecía haberse dado una ducha de purificación y una lobotomía para olvidar su día, antes de cruzar la puerta de su apartamento sonriente.

Aparcó y a paso rápido fue hasta su portal, entró y el fresco, que se mantenía inamovible dentro del antiguo edificio, fue la brisa fresca que la recibió, invitándola a respirar profundamente. Aquella sensación fue como una salvación para su cerebro que hervía de calor y de preguntas.

La señora San Román apareció ante ella con su típico vestido playero y su cara pintarrajeada, la miró con el desprecio de casi cada día y salió del edificio sin responder cuando Bella escupió un buenas tardes cargado de sorna.

—Bruja homófoba.

Comentó la forense sin molestarse, siquiera, en bajar su tono de voz. Era una lástima que a pesar de los tiempos que corrían siguiera habiendo personajes en el mundo como aquella “señora”.

Más despejada por el clima interior y sabiendo que Gema ya estaba en casa, -la puerta no tenía la doble cerradura echada-, entró en su apartamento con una sonrisa que no tardo en desaparecer al ver la cara de su mujer, sentada en un taburete frente a la barra de mármol que separaba el espacio de la cocina office del salón.

—Tu cuñada te ha telefoneado tres veces en veinte minutos. —Fue su saludo.

—Hola a ti también...

—Creí que esta tontería había terminado. —Gema estaba realmente molesta y no ocultó lo que para Bella eran unos celos injustificados.

La forense se acercó, casi sin ganas, y rozó levemente los labios de su mujer. Gema ni se inmutó.

Aquello no tenía ni pies ni cabeza. Miro a la mujer que tenía frente a ella con mucha seriedad, cruzó los brazos a la altura de los pechos y entrecerró los ojos. Gema no se había ni cambiado. Tenía a su lado una botella de licor, que hasta el día anterior había estado llena y que saltaba a la vista, había bajado tres o cuatro dedos, y miró el vaso con hielo que tenía en la mano. Sus ojos verdes estaban rojos; seguramente efecto de la bebida y algún llanto por la pataleta. Los labios, sin desmaquillar, tenían el rosa cereza corrido, y su pelo castaño, estaba alborotado allí donde ella siempre llevaba un moño bien peinado.

—Es nuestra amiga amor —comentó intentando quitar hierro a un asunto que no tenía ni virutas, pero que la otra mujer se empeñaba en mantener candente casi a diario.

—Dirás TU amiga. —Gema se sirvió otro vaso y Bella se lo quitó de las manos con más paciencia de la que realmente ella misma esperaba—. Cuando llama solo pregunta por ti.

—Bueno... —Bella se descalzó, dejando que sus pies acariciaran la moqueta gris que cubría el suelo de todo el apartamento, a excepción del de la cocina, y se dejó caer en un sillón del mismo color, acercándose el vaso, que le había quitado a su mujer, a los labios. El sorbo recorrió su garganta quemándole. No era la clarita con la que llevaba soñando desde que comenzó a atardecer, pero le calmaría la furia que subía por sus entrañas. Era mejor que se relajara, se conocía y acabaría diciendo algo de lo que, seguro, se acabaría arrepintiéndose. Aquella bienvenida tampoco era la que esperaba—. Quizás sea porque Olivia no es idiota. —Acabó sin más.

Gema se levantó de un salto, se puso delante de la mirada de ella y habló intentando contener la ira que le iba creciendo dentro.

—¿Estás enamorada de ella?

La pregunta no cogió a la forense por sorpresa. Aquella discusión la habían mantenido en

varias ocasiones. Conoció a Olivia antes que, a su mujer, se enamoró de ella como una colegiala, pero los sentimientos no fueron correspondidos. Olivia se enamoró de Claudio en cuanto los presentó. Años después apareció Gema en una salida vacacional y bueno, Bella se dio cuenta de que tenía superado lo de, ahora, su cuñada, comenzando a salir con la secretaria judicial que la había invitado al ron con cola en el bar del hotel. Primero con una relación telefónica, después Gema solicitó el traslado, convivieron un tiempo y se casaron. Pero la relación con Olivia era intensa. Su amistad rompía barreras y su mujer lo sabía, igual que lo sabía su hermano, con el que también tuvo un par de encontronazos hasta que, más o menos, lo entendió. Aunque de esto último no estaba tan segura. Olivia jamás sintió lo mismo por ella, era su hermana elegida y no de sangre, pero el resto del mundo parecía no entender algo así.

—Ya estoy cansada de esto...

La forense se colocó de nuevo los zapatos, cogió su bolso y se encamino a la puerta.

—¿Vas con ella?!

Isabella se giró con la puerta medio abierta, miro a su mujer con el rostro desencajado y suspiró.

—¡Contesta! —Suplico la otra mujer con los labios temblorosos y los ojos inundados en lágrimas.

—Necesito que me dé el aire Gema. Me estas asfixiando. —Bajó la mirada—. No sé qué está ocurriendo, pero tu celotipia se está volviendo insoportable, has cambiado. Apenas me tocas, no hablamos, solo discutimos... —Levantó la vista, de nuevo, y la miró fijamente—. Voy a pasar la noche en casa de mi hermano. Y...—Corrió a explicarse antes de que Gema abriera la boca—. Voy porque: uno, ella es mi cuñada además de mi amiga, si me ha llamado puede ser que tenga algún problema. Dos, ahora mismo necesito a alguien con quien hablar, yo también. Y tres, es la casa de mi hermano, seguro que me deja un hueco en el sofá. Descansa y mañana hablamos, solo si crees que eres capaz de mantener una conversación.

Cerró la puerta tras ella, escuchando los gemidos de Gema y haciendo un esfuerzo inhumano por no volver para atrás, o llorar ella también.

¿Era aquello el principio de un fin que desde hacía tiempo se venía anunciando?

7

**14 de Julio de 2018.**

La sangre encontrada en el callejón ya se había confirmado que era del Padre Anselmo.

No cabía duda de que era allí donde le dieron el golpe de gracia que lo noqueo y permitió a su secuestrador, o secuestradores, poder llevárselo para luego dejarlo como acabo siendo encontrado.

Aquello, aunque importante, tampoco resolvía demasiado desde el punto de vista de Claudio y Gorka. Al fin y al cabo, sólo fue la sangre lo que allí se pudo recoger como prueba, y el (o los atacantes) seguía siendo un fantasma al que cada vez tenían más claro debían atrapar.

El instinto les decía que aquello no había sido un ajuste de cuentas ni un acto violento aislado. Nadie se toma tantas molestias por un hombre sin un motivo realmente importante. Y en un ataque de ira, incluso en una venganza, lo hubieran matado y dejado allí mismo. Estaban hartos de encontrarse con ese tipo de casos. Pero no uno como el que les habían puesto en su camino.

La tensión, aunque menor, se palpaba en toda la central.

El mismísimo Vaticano se había puesto en contacto para averiguar cómo iba la investigación y había exigido a los superiores de López que se les mantuviera al tanto de cualquier novedad. Aunque era algo fuera de lo común, a estos se les había, incluso, enviado una copia de la autopsia, así como de los avances tanto científicos como de investigación del grupo a cargo del caso; y alguien había decidido que la marca en el pecho del cura podía tener un significado más teológico de lo que unos “simples” policías podían entender... Aquello era el principio de un conflicto entre unos y otros seguro, sobre todo para el comisario, que se veía en aquellos momentos desbordado ante la jubilación de su segundo de abordó. Por delante debía llevar, además, la investigación de lo descubierto del cura, y silenciado por los peces gordos de la iglesia.

A Claudio no le quitaba nadie de la cabeza que tanto interés y tanta presión era para que en caso de que el asesino fuera uno de los de la lista, no cascara demasiado, o lo que rajara no se hiciera de dominio público.

Sonrió.

Hijos de puta... Como se comían el culo los unos a los otros, que asco daba el poder y los dirigentes de este. En momentos como aquél se daba cuenta de quien mandaba, y la verdad, era penoso.

Gorka llegó de ir a buscar su café con sabor a medicina, y se dejó caer en su silla, haciendo que las dos mesas de metal llenas de papeles, y en las que trabajaban, temblaran ante la virulencia de su gesto. Claudio dio un chasquido con la lengua y lo miró con la ceja alzada.

—¿Qué? —La cara de niño inocente de su compañero no hizo sonreír al inspector que ya de por sí no solía estar de humor para nada ni nadie, pero el subinspector Soto no pudo evitar una corta carcajada que le salió del alma ante la mala ostia de Moreno—. ¿Cuántos de la lista faltan?

Gorka revisaba el papel con los nombres mientras sorbía ruidosamente el líquido humeante y oscuro.

—¿Cómo coño puedes beber eso ardiendo con la temperatura a la que estamos? — Claudio se abanicaba con un portafolios mientras su frente y axilas desprendían sudor manchando la camisa.

—El café se bebe caliente o no se bebe. Solo los nenazas le echan hielo. —Sonrió.

Un resoplido, un “hasta los cojones”, y el ruido del portafolios, con más de un uso, al abrirse, fue el comentario del inspector.

—Quedan dos por venir. —La pregunta de Gorka fue respondida varios minutos después.

—¿Ya los localizaron?

—A ha.

—¿Cuándo tienen que ser entrevistados? —El subinspector revisaba sus notas en la agenda a la vez que hablaba, y Claudio levantó la mirada.

—Con urgencia. Esto esta calentito y López los quiere aquí ya. —Miró para el despacho del comisario y señaló la puerta con el bolígrafo que sujetaba—. Creo que quiere hablar él con los tipos.

Gorka soltó su Bic y cerró las tapas de su dichosa agenda negra.

—¿Desde cuándo se involucra en una entrevista?

—Desde que tiene el trasero encogido. Supongo que le habrán advertido de las consecuencias si uno de los de la lista es el que se encargó del curita.

Claudio sonrió ante su propia observación y volvió la vista al papeleo. Gorka fue quién esta vez desvió sus ojos hacía el despacho cerrado de su superior.

Pobre hombre... Tanto estrés lo iba a dejar calvo antes de lo que, por genética, le tocaba.

Miró las cajas. Tenía que comenzar a vaciarlas, pero algo se lo impedía. Desde que se mudó solo había desempaquetado los binoculares y los pocos enseres que utilizaba cada día: la taza, un plato, un vaso, tres cubiertos, la cafetera, una sartén y una olla.

¿Para qué más?

El resto se mantenían protegidos entre los periódicos y el cartón en los que habían sido envueltos.

Sin siquiera peinarse, se sirvió el primer café del día y se sentó, como ya era costumbre desde hacía dos meses, en la silla que tenía frente a la ventana con la taza de café en una mano y los binoculares en la otra. Y como también era costumbre ya, enfocó en dirección al edificio en el que se resguardaba. Aquél en el que él dormía tranquilo cada noche mientras por su culpa alguien lloraba y gritaba, despertaba completamente mojado por el sudor, envuelto en pesadillas y destruido por el dolor, en el edificio de la calle de enfrente.

A sorbos pequeños vació la taza en la que ponía “MI MAMA ES LA MEJOR” y la dejó con cuidado sobre la mesa, encima de las fotografías que había impreso, y de las hojas que tenían apuntado cada movimiento que él había dado: horas, lugares, y personas con las que tenía un mínimo roce.

¡Todo!

Se sorprendía de la sangre fría que había conseguido mantener y de lo capaz que estaba siendo para no perder la calma. En más de una ocasión había estado delante de su portal, había entrado en el edificio gracias al descuido de algún vecino y había esperado delante de la puerta de su apartamento, pistola en mano, esperando a que saliera para apuntarle a la frente y disparar.

Se había imaginado el gesto de terror de él al sentir el frío del cañón en su piel, su voz, que conocía casi como la suya propia, suplicándole piedad. Incluso había podido sentir el hedor de su mierda al cagarse del miedo y visto, al bajar la mirada, como la entrepierna y la tela de sus elegantes pantalones se mojaba con su orina. Pero sólo era su imaginación. Su conciencia, siempre vencía a su deseo de venganza, y al dolor que le atravesaba el pecho como si el disparo de la pistola, que acariciaba, se lo infringiera en su propio corazón. Volvía a salir del edificio, con los ojos llenos de lágrimas, la opresión que no le dejaba respirar, y la vergüenza por su cobardía. Cruzaba la ancha carretera que le separaba de su nueva casa y sin alzar la mirada

entraba en su piso, se sentaba de nuevo en la silla, cogía los binoculares, y continuaba mirando.  
Esperaba que él mirara, que le viera y que temblara.  
—Estoy aquí, te veo—. Susurraba.  
Y así un día, y otro, y otro.

8

**24 de julio del 2000. Sevilla.**

El niño no paraba de llorar y llorar. La cabeza le daba tumbos y los tímpanos le iban a explotar.

—Cállate, maldito hijo de puta —susurró.

Necesitaba un chute y una botella. Se relamió. La sola idea del líquido ámbar o transparente, ya le daba igual, vertiéndose por sus labios, pasando por su lengua y bajando por su garganta, hizo salivar su boca. Necesitaba el chute y la bebida...

El niño no se callaba. El niño no tenía nombre, no se lo había querido poner. Nació allí, en la casa, su vecina le ayudó. El niño no había visitado un médico, no tenía las vacunas, no lo había bautizado. Solo era el puto crío, el maldito niño, el hijo de puta. Él...

Con manos temblorosas se agarró el pelo y comenzó a tirar. Sintió como quedaba atrapado entre los dedos. Se miró las manos y vio los hilos de color entre las falanges delgadas, llenas de cicatrices y cortes recientes, y sus uñas con el esmalte rojo carcomido y la roña. Estaba hasta los cojones del maldito niño. Se lo tenía que haber quitado cuando tuvo ocasión. Ella no lo quería. Ella quería sentir la heroína por sus venas y el alcohol por su esófago, pero ya no tenía remedio, ahora era eso o dejarlo en algún sitio donde se lo quedaran y cuidaran, lo que significaba dar demasiadas explicaciones que la podían llevar a un centro o algo peor.

—Asco de crío —volvió a susurrar.

El cuerpo comenzó a picarle. A duras penas podía controlar los temblores que recorrían su cuerpo desde los pies hasta la columna, la cabeza le iba a explotar, parecía que un martillo estuviera dándole golpes en todos los huesos del cráneo intentando atravesar estos para llegar a su cerebro; y las ganas de vomitar, aquellas náuseas que subían y bajaban por su garganta dejando en su boca, pastosa y sin apenas dientes, aquel sabor a mierda

Volvió a mirar su cara y cuerpo en el espejo, y se pasó otra vez las manos por el pelo, sentía como si cientos de piojos pasearan por sus raíces, y seguramente así era. Se acarició la cara. Se estiró las bolsas que tenía bajo los ojos, las arrugas que se le veían en la frente, y los pómulos. No recordaba la última vez que se duchó. ¿Ayer, antes de ayer? Qué más daba, pensó encogiendo los hombros. Ella con lo que se ganaba la vida era con la boca. Pocos clientes bajaban al pozo o se la metían. En cambio, su boca... No tener casi ningún diente era una ventaja. No arañaba con las paletas y no mordía con las muelas. Una chupadita de diez o quince minutos, aunque a veces se tuviera que enrollar porque las cinco mil pesetas eran por media hora, y arreando.

De reojo miró para la cuna. Apenas lo distinguía por encima de los barrotes de madera. Intentó ignorarlo, pero no podía. La imagen cada vez era menos nítida, más borrosa, desviada, imperfecta. Se frotó los ojos e intentó fijarla un poco. Nada. Se los volvió a restregar y volvió a mirar. Carmen pegó un bote hacia atrás y se rascó por cuarta o quinta vez los brazos, el cuello, la cara, con desenfreno, con fuerza, casi con rabia. Sintió como se le desgarraba parte de la piel. Como entre la mierda de las uñas se quedaban enganchados trocitos de su cuerpo, pero no dejaba de mirar. Algo la mantenía hipnotizada, enganchada a los ojos de aquel mal bicho que habían comenzado a teñirse de rojo, da abajo para arriba, como cuando se pintaba las uñas y el tono de color iba subiendo a medida que el pincel del bote de esmalte ascendía también.

“Puto engendro del demonio”.

Escuchaba los llantos desconsolados del monstruo, pero sus pupilas solo veían como su boca se convertía en la mueca de una sonrisa.

Los picores.

La cabeza.

¡Se estaba volviendo loca!

Los oídos comenzaron a zumbar y las manos ya no le ayudaban a calmar el picor. Al

revés. Se apretó los parpados con las yemas de los índices, y sin abrirlos comenzó a tararear, mientras metía los dedos dentro de las orejas.

“Necesito beber, necesito meterme, necesito beber, necesito meterme”

Balanceó su cuerpo adelante y atrás; talones y dedos, talones y dedos. Los tímpanos bien tapados, los ojos bien cerrados. Cuando volviera a abrirlos, el crío tendría el color de ojos de siempre, la cara llena de lágrimas, la nariz llena de mocos, la piel roja del berrinche, y ya no sonreiría. ¡Oh no, mejor aún! Cuando abriera los parpados el demonio no estaría, no existiría. Habría desaparecido.

Un minuto, dos...

“Aguanta Carmen, es el mono. Unos minutos más”.

Tres minutos, cuatro minutos.

“Aguanta”

Un dedo fuera del oído. Silencio. Otro. Aún no escuchaba nada. Dejó de moverse. Abrió un parpado, despacio. El otro. Delante de ella ya no había nadie, pero la cuna seguía allí. Se acercó muy despacio y miró dentro. El crío no se había esfumado, seguía allí, tumbado. Morado como ella imaginó, pero allí. Se colocó una mano en la cintura y la otra en la frente. Tendría que hacer lo de siempre.

Las correas ya estaban sujetas a los barrotes. Esta vez el niño no pataleó, no jugueteó, no se movió. Seguro que estaba agotado de llorar, débil de no comer. ¿Cuánto hacía que no le daba de comer? El día antes, ¿no? Estaba segura de que le había dado un biberón de leche con agua y unas galletas disueltas. Pero ahora no tenía ni leche ni galletas, y quería beber y su chute. Se aseguró de que las ataduras estaban bien sujetas. Brazos, sí, piernas también. Miró al crío. No sonreía, no lloraba, solo la miraba.

Carmen se dio media vuelta y salió del dormitorio cerrando la puerta tras ella. Luego salió de su casa, aquel día no volvió...

16 de julio del 2018. Arroyo del parque del Tamarguillo.

Nati corría como si no hubiera un mañana a pesar de saber que eso le ayudaba a agotarse, no a perder peso. Le era imposible mantener un ritmo desacelerado. Corría porque se sentía obligada, porque no quería ponerse gorda como su madre, y tras los pocos meses que duró su embarazo, se veía como ella. Así que la idea de hacer kilómetros por las sendas, veredas, y bordes del arroyo del parque para sudar, sin necesidad de correr como una posesa, no era la idea que ella tenía de ejercitarse para perder la grasa que creía le sobraba.

A medida que iba avanzando, en modo “sprint”, adelantó parejas, y deportistas solitarios, que sí lo tomaban como una experiencia agradable y no como un sacrificio o una obligación que necesitaran terminar con rapidez. No como si aquello fuera un martirio en lugar de un hobby.

A los veinte minutos ya no podía dar un paso más. Un flato terrible en el lado izquierdo le obligó a aflojar la marcha y necesitó doblarse apoyando las manos sobre las rodillas, para acompañar la respiración, calmar los latidos del corazón, y hacer el dolor más soportable.

El sonido de un avión despegando del aeropuerto y pasando por encima de su cabeza le hizo levantar el rostro hacia el cielo. Sonriendo, enderezó su cuerpo levemente. La visión de la enorme ave metalizada le provocó cosquillas en la boca del estómago.

Tiempo atrás había soñado con coger uno de ellos y marcharse bien lejos de allí. Pero ahí seguía. En un mal trabajo, con un mal marido y en un piso que se caía a pedazos. El cosquilleo y

una leve sensación de añoranza la invadieron de nuevo. La idea de caminar un poco más, recrearse en la vista de las pistas del aeropuerto y los aviones que iban y venían le pareció, en ese momento, agradable. Un poco de fantasía en su vida, imaginando que subía a uno no le haría ningún daño. Necesitaba olvidar, temporalmente, la mierda de vida que llevaba. Respiró profundamente un par de veces para terminar de sobreponerse al dolor del costado y el cansancio; se habló mentalmente, intentando darse valor para recorrer la distancia que quedaba hasta el mirador, desde el cual se distinguía perfectamente la isla que rodeaba, algún arroyo más, y el aeropuerto. Se propuso llegar a su meta, y comenzó a caminar.

El sendero hacia el mirador iba en ascenso, así que ahora tocaba obligar a los músculos de sus piernas a subir la ladera que desde aquel ángulo se veía empinada. Nati suspiró. Menudas ideas chorras se le pasaban por la cabeza. Como después de la caminata que se estaba pegando ese día, cuando llegara a casa la báscula rosa no le mostrara que, como mínimo, había perdido dos kilos, no iba a haber chocolate en la tienda, que se salvara de pasar por sus mandíbulas.

Ya había que ser masoca...

La ascensión por la estrecha ladera comenzó a perfumarse con el olor de los pinos, arbustos de romero, y tomillo que la rodeaban a medida que respiraba el aire del camino. Se sintió a gusto con la decisión que había tomado. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan viva ni tan libre. Con las manos arrancó una rama de mirto y la paseó por sus palmas, dedos y nariz para sentir el olor mientras le daba vueltas a lo estancada que se encontraba su vida, lo poco o nada que la había disfrutado en cuarenta años, y en que hacer de una vez por todas, para ser un poco feliz. Quizás para volver a vivir no era necesario coger ningún vuelo, quizás tampoco desaparecer de la ciudad que la había visto nacer y que tanto amaba.

Una mosca zumbó junto a ella y la espantó con la mano.

Camino unos pasos más y dos o tres moscas realmente grandes, bailotearon delante de ella. De nuevo con un gesto las alejó. Pero a medida que ascendía el sonido pareció volverse más potente y el perfume de las hierbas parecía irse desvaneciendo, dando paso a un olor diferente, intenso, dulzón, y desagradable que le obligó a cubrirse la boca y la nariz con la mano en la que llevaba aún la rama aromática, intentando opacar un poco aquella peste. A medida que el olor se hacía más intenso, un sonido de alas revoloteando se escuchó alto. Con la mirada intentó encontrar de donde provenía todo aquello y al no poder distinguir nada decidió seguir a su olfato y oído, adentrándose en uno de los lados de la senda que tenía la ladera, apartando con las manos los arbustos olorosos a su camino.

—¡Joder!

Gruñó ante el dolor que el pinchazo de una rama de tomillo le había hecho en el muslo. Se miró la pierna allí donde su pantalón elástico se la dejaba al descubierto y maldijo la estúpida curiosidad innata en ella. Con lo bien que iba todo cuando se limitaba a seguir el caminito... Estaba dispuesta a dar media vuelta cuando una especie de nube oscura pareció bailar ante sus ojos a escasos metros de donde se encontraba. El mal olor era, en aquel momento, tan fuerte que apenas podía respirar sin sentir arcadas. El zumbido tan potente, que le recordó a las abejas que se paseaban ante los micrófonos y las cámaras de los documentales de animales.

Dudó por unos instantes. Posiblemente, había cerca algún animal muerto. No hacía falta que se acercara más; seguramente era un bicho grandecito, de ahí que hubiese tantos insectos voladores y el olor fuera tan intenso.

¿Quizás debiera enterrarlo? Aquello era imposible que no fuera antihigiénico y un posible foco de infecciones. Podría acercarse alguna criatura y tocarlo, o vete tú a saber. Alguien podía coger una enfermedad.

Por unos minutos sopesó los pros y los contras. Ni siquiera llevaba guantes para evitar ser ella la que cogiera la infección, pero le podía más la solidaridad que la caracterizaba que las pegadas que su mente le transmitía. Finalmente, optó por hacer lo que su conciencia le dictaba, ya encontraría la manera de cubrirse, para no tocar lo que se estuviera pudriendo, con la piel pelada.

Antes de acercarse a la causa del hedor y la nube de insectos, intentó encontrar un lugar en el que fuera fácil hacer un agujero decente con las manos. Era mejor quitar aquello del camino. Estaba al alcance de cualquier niño. Debía esconderlo. Tras reconocer el terreno, justo al lado del arbusto con el que se había arañado poco antes, encontró lo que parecía tierra blanda y oscura, que parecía tener ya un pequeño hueco. Probablemente algún animal con las patas. Decidió que era el lugar indicado. No tendría que matarse demasiado, únicamente cavar un poco más. Se agachó sobre la tierra y con sus gruesas manos comenzó a escarbar en esta. Más tiempo después del que pensaba, con las manos embarradas, dos uñas rotas, y tierra bajo las restantes; se dio por satisfecha. Se enderezó y con un profundo suspiro se fue a paso lento hacia la mancha del cielo oscura y ruidosa.

Nati no esperaba encontrar aquello. Al principio, cuando vio su pelo largo, negro, y pegado a lo que quedaba de piel, la cabeza girada en su dirección, y las cuencas de los ojos llenas de pequeños gusanos blancos paseando, quiso gritar. Pero se tapó la boca en un acto reflejo, conteniendo el alarido que finalmente soltó, cuando el resto de su mirada, cubierta de pánico, recorrió todo el resto que allí se descomponía. El abdomen estaba completamente abierto, sin nada más dentro que larvas, que se arrastraban, y cientos de moscas y otros insectos que parecían pelearse por la carne pegada a las costillas y lo que en otro momento había sido un vientre, unos muslos y unos brazos, dando buena cuenta de todo.

La debilidad se apoderó de sus piernas que comenzaron a temblar al igual que sus manos. Unas fuertes convulsiones hicieron bailar todo su cuerpo. Las ganas de vomitar subían y bajaban por su garganta, la cabeza le daba vueltas. Unas manos invisibles la empujaron y Natividad cayó hacia atrás. Arrastró como pudo su cuerpo, ayudándose por las palmas de las manos y la planta de los pies, sin dejar de gritar y sin importarle con cuantos matorrales tropezara; recibiendo arañazos a diestro y siniestro por todas las partes de su cuerpo. No veía a donde iba, solo quería alejarse de aquello. De aquella pesadilla. Tras varios metros huyendo por el suelo como si fuera una lombriz, por fin su cuerpo obedeció y su mente, completamente perturbada por la visión, reaccionó. Se dio la vuelta y consiguió levantarse y echar a correr. De su garganta escaparon aterrados alaridos llamando la atención de una pareja que recorría la senda por la que ella había subido antes, y que le arrastró a aquel infierno desconocido en el que el destino le mostró que había verdaderos monstruos, mucho más cerca de lo que ella jamás hubiera imaginado.

Gorka veía como los de científica, con sus buzos blancos, colocaban luces en los llanos del terreno mirando de no pillar ningún desnivel y evitando que los pies que las sujetaban bailaran, tirándolas, mientras agentes de uniforme debían contener a curiosos y periodistas que se atropellaban tras las cintas protectoras, haciendo cientos de fotos y luchando por escabullirse y conseguir colarse bajo los plásticos azules y blancos.

Casi había oscurecido.

Los focos enfocaron los restos con tanta precisión y brillo que Gorka no pudo evitar tener que ponerse la mano ante los ojos momentáneamente, para acostumbrarse un poco a estos. Tras un momento, cuando las pupilas se hicieron al alumbrado, el subinspector se dio cuenta de que

podía distinguir cada bolita blanca y rosa que recorría la carne putrefacta.

Miró la pantalla de su móvil para asegurarse de la hora, casi las once de la noche. Sacó del bolsillo su libreta de tapas negras y el bolígrafo. Una voz a su espalda tensó, instantáneamente durante unos segundos, su cuerpo. ¿Qué coño hacía allí?

—¿Qué tenemos? —El comisario López llegó a su altura sin dejar de mirar en dirección al brillo de los focos, y metió las manos en los bolsillos a la espera de una contestación.

¿Que qué tenemos?

Gorka hizo repaso mental de la cantidad de gilipolleces que le podía contestar a tenor de la estúpida pregunta, con lo que tenía delante. Pero finalmente prefirió morderse la lengua y describirle la escena, obvia, que había allí, a la intemperie, como si de un fardo de basura se tratara y que López prefería le describieran a mirar.

Soto giró su rostro para mirar a su superior y pudo distinguir a dos personas más. No había ido solo. Aquello no pintaba nada bien.

El comisario señaló, con un gesto de su cabeza, al hombre que se mantenía un poco apartado y a su izquierda.

—Este es el subcomisario Cercas. —Presentó—. Sustituirá a González, que ya sabes que se jubiló hace unas semanas.

Soto estiró el brazo con la mano abierta y recibió el mismo saludo educado por parte del aludido.

Con un gesto de la mano señaló al frente. La otra persona que acababa de llegar, junto a Cercas y López, se había adelantado y ante ellos observaba detenidamente el trabajo que estaban realizando los científicos, o esa fue la impresión que dio.

—Ella es Camila Hernández. Psicóloga y criminóloga especializada en asesinos seriales.

El subinspector Soto arqueó una ceja mientras con la mirada recorría de arriba abajo a la mujer. Deportivas, tejanos, camiseta de manga corta de dibujos vivos, pelo recogido en un moño. No era la imagen que él se había hecho de un experto en temas tan escabrosos. Además, no acababa de entender que pintaba una cría como ella en el Parque.

—Que mi apariencia no le engañe subinspector. No esperaba ninguna llamada a estas horas. —En su voz grave y la pronunciación lenta de sus palabras se encontraba oculta una disculpa por su apariencia, que se había dado cuenta, llamó la atención del hombre.

“Pues sí, habla como un loquero”. Apuntó Gorka mentalmente.

Camila no sonrió, no se acercó a saludar. Se mantuvo observando la escena desde un ángulo, primero, otro después, mientras tomaba apuntes en una libretita de tapas negras.

Gorka se sintió raro, incómodo, unos minutos.

—¿Para qué la necesitamos? ¿Exactamente a que ha venido?

López y Cercas se miraron.

—Pensamos que tanto este crimen como el del Padre Anselmo pueden estar relacionados.

—Gorka abrió la boca, pero no llegó a decir nada—. Dos cadáveres desmembrados, ambos abandonados en el Tamarguillo... —Parecía que el nuevo subcomisario iba a decir algo más, pero no lo hizo.

—No es suficiente. Puede ser simple casualidad.

La voz de Claudio se escuchó llegar de entre las sombras que la noche provocaba al otro lado de los focos.

López, Soto y Cercas se giraron a la vez. Camila, que continuaba con su particular estudio del cuerpo y de la escena, siguió tomando apuntes sin volverse. Absorta en su mundo particular.

—La idea de que esto sea obra de la misma mano, ¿no es un poco de serie americana?

En la voz del inspector Moreno había un deje de sorna y escepticismo.

—Para investigarlo es más que motivo suficiente inspector. —La criminóloga se dirigía hacia ellos—. El lugar es una escena secundaria, ambos cuerpos se han encontrado muy cerca el uno del otro, casi en el mismo emplazamiento. Eso puede significar que el escenario primario, es decir, donde les hizo estas barbaridades, puede estar cerca. Estos enfermos suelen moverse por lugares conocidos. Las heridas son similares, al menos a simple vista. Habrá que buscar más conexiones entre ambos asesinatos a partir de los cuerpos.

—De esa parte ya me encargo yo. —Isabella apareció de la misma forma que su hermano. Con maletín en mano, a paso rápido, y sin detenerse en cortesías. Fue hacia el cuerpo, ya iluminado por completo y rodeado de cintas prohibitivas.

Las voces de los periodistas que habían querido que se detuviera a dar declaraciones se escuchó de fondo.

“Menuda se estaba liando”. Pensó López.

—Necesitaré fotografías de ambos cadáveres, y de los emplazamientos en que fueron encontrados. Toda la información que puedan darme sobre la víctima número uno y la que consigan de la número dos, cuando puedan. Además de: antecedentes, familia, amigos, trabajo...

—Vamos, biografía completa. —Interrumpió Claudio con un bufido.

—Biografía completa. —recalcó la psicóloga sin inmutarse y haciendo ademán de irse; pero detuvo el paso—. Y mañana, si no les importa, me gustaría visitar el lugar en el que encontraron al...Cura. —Tras esto sí que, sin siquiera despedirse, se alejó caminando a la salida del parque.

—Menuda estúpida engreída. A mí me va a enseñar.

Gorka miró a su compañero al escucharlo y le fulminó con la mirada. A lo que Moreno se encogió de hombros como única respuesta.

—Ya habéis oído. —Cercas comenzó a caminar en la misma dirección que Camila—. Os agradeceré que mañana a primera hora lo preparéis todo y colaboréis, de buena gana, con ella.

Continuó caminando y López miró a los hombres, movió la cabeza a modo de despedida y en dos zancadas llegó a la altura del subcomisario con el que abandonó el lugar, tras esquivar en lo medida de lo posible las preguntas que la prensa, apostada allí, le lanzaba.

Tras unos minutos en silencio viendo las espaldas de los hombres alejarse, Gorka y Claudio dirigieron su atención al centro de las luces y se acercaron más.

—Puede que la loquera...

—Criminóloga. —La interrumpió Gorka

—Puede que la criminóloga, —continuó Bella—, no vaya desencaminada, pero os puedo asegurar que a esta mujer no la trituro ninguna máquina.

—¿¡NO?!

Claudio observó cada movimiento de su hermana, comprobando y comparando temperaturas, tocando las extremidades del cuerpo destrozadas y anotando las variaciones y la información relevante.

—No.

Soto se la quedó mirando con un deje de exasperación.

—¿Por qué? —Pregunto, finalmente, tras unos minutos esperando que la forense se explicara.

—Mirad esto. —Los hombres se acercaron un poco más. —Anselmo fue triturado por algo tan grande y potente como una máquina o aparato eléctrico capaz de cortarlo en pedazos,

¿sí? —Los investigadores afirmaron con la cabeza—. Esto son marcas de dientes. Me atrevería a decir que de un perro enorme o incluso un lobo, pero un canino, seguro. —Con el índice señaló las heridas y las marcas—. A esta se la comieron, y podría afirmar sin equivocarme que estaba viva mientras, lo que fuera, lo hacía.

# 9

**3 de julio de 2018.**

CARMEN

Trece días antes de que se encontrara el cadáver.

“Cerbera, fiera monstruosa y cruel,  
caninamente ladra con tres fauces sobre  
la gente que aquí es sumergida.  
Rojos los ojos, la barba cerdosa y  
negra, y ancho su vientre, y ñosas sus manos:  
clava a las almas, desgarrar y descuartiza.  
Los hace aullar la lluvia como a perros,  
de un lado al otro hacen su refugio, los  
miseros condenados se revuelven sin cesar”

—DANTHE ALIGHIERI—  
Canto VI, La Divina Comedia.

Menuda mierda de noche. Ni un tío.

Siento un calor sofocante y me suda todo. Levanto los brazos y me huelo los sobacos. No puedo evitar fruncir la nariz y resoplar. ¡Joder como apesto a sudor! Abro el bolso y saco el paquete de toallitas húmedas con el que suelo limpiarme tras los servicios. Saco una. Me lo paso una y otra vez y vuelvo a acercar la nariz. Ahora huelo un poco mejor. Sonrío. Chasqueo la lengua y me paseo lentamente delante de la verja. Debo andarme con cuidado. Por esta zona no están bien vistas las mujeres como yo. El típico rollo de: “es un lugar público... Pasean familias con niños...”.

Miro mi reloj. Quizás con un poco de suerte pare alguien antes de que se le ocurra pasar a ninguna patrulla de “pitufos”.

El olor de las *granás* al otro lado de los alambres, mezclado con el de las mimosas y el romero, que trae la brisa, me inunda la nariz. Casi puedo sentir como saboreo la fruta roja. Se me hace la boca agua, solo de pensar en su sabor dulce y en la explosioncitas de los granillos en la boca y la lengua.

¿Cuánto hace que no me echo nada en la barriga? Las tripas ya comienzan a gruñir.

Vuelvo a mirar la hora. Necesito hacerme alguno antes de que amanezca. Hoy no tengo putas ganas de pasarme la noche en el Club.

Miro al frente y en la acera veo una sombra. Camina ladeada hacia la farola, y al pararse bajo su luz reconozco a Cristi. Hija de puta. No puede venir a buscar clientes aquí, y lo sabe. Esta no es su zona.

—¡Joder los tacones me están matando!

Paseo arriba y abajo sin dejar de mirar a la zorra que se ha quedado allí plantada, y ladeo la cabeza para mirarla mejor. Lleva un vestido de esos caros, que yo no me podría permitir ni haciendo diez servicios en una noche. (Bueno, la verdad es que yo prefiero gastarlo en otra cosa...) A pesar de los años sigue manteniéndose bastante guapa. Seguro que aún tiene todos los dientes, no como yo que me quedan dos muelas y los dientes de delante. Cristina es más inteligente que muchas de nosotras.

Bajo la mirada hacía mis zapatos negros que antes eran brillantes y ahora tienen el charol comido y las suelas medio agujereadas; y a las medias del mismo color, con una especie de encaje que me las sujetan a mis escuálidos muslos. Si las ves de lejos dan el pego. Sonrío. Vuelvo a mirar a Cris y se me borra la sonrisa. Seguro que las que lleva ella sí son de alguna marca de estas como la “Victoria Secret” esa, o como se diga. Trabaja más, se lo puede permitir. Y ella no está tan enganchada como la mitad de nosotras. Eso se nota en el bolsillo y en el cuerpo. Los pantalones que llevo, antes, hacían juego con los zapatos, y son tan cortos que casi se me ve el coño.

Giro mi cara, se ha dado cuenta de que la observo. Definitivamente, se tiene que ir. Necesito el dinero y si ella sigue aquí está muy claro quién será la que suba a un coche y trabaje esta noche.

Suspiro.

Los años, las drogas, y la mala vida me han pasado factura; lo veo cada vez que me miro en el espejo. Y en momentos como este, cuando otra puta se pone delante de mí, cuando la competencia se me pasea por delante, me entra el pánico y los celos. No es que piense que un tío no me va a pagar por una mamada, al fin y al cabo, para ellos es mejor sin dientes, es solo que hasta que no se paran no se dan cuenta de ese detalle físico, y como es lógico prefieren a la que tiene mejor presencia.

Ella parece una furcia cara, yo, solo una furcia.

Tengo que decirle que se vaya.

Voy a cambiarme de acera y hablar con Cris cuando las luces de un coche se acercan a mí. El corazón empieza a latirme con fuerza y las piernas me tiemblan. Puedo notar mis rodillas chocando entre sí, y el sudor en las palmas de mis manos, igual que en mi frente.

¿Qué hago? ¿Y si es una patrulla encubierta?

Ahora el olor de las flores del parque ya no me parece tan bueno, sino asfixiante, y un escalofrío hace que me estremezca.

Doy media vuelta e intento alejarme un poco, para observar, pero el coche sigue mis pasos. No sé por qué estoy tan segura de que no es un cliente. ¿Intuición? Quizás. Es algo parecido a una alerta, una sensación de peligro que se me ha clavado en la boca del estómago. Mira que me hace falta el dinero. Mira que necesito el chute, pero este coche tiene algo que me da mala espina.

¿Cuánto he caminado? No lo sé, pero el coche sigue ahí.

Quiero echar a correr y mi primera intención es quitarme los zapatos de plataforma para poder hacerlo más deprisa. Me agacho y el vehículo se detiene a mi lado, quien conduce baja la ventanilla del acompañante y me sonríe. Por un momento me quedo tan embobada que no puedo reaccionar.

—¿Hola?

Enderezo mi cuerpo despacio y miro más detenidamente al conductor que ha encendido la luz del techo y me sonríe más. Ahora entiendo tanto sigilo.

Le devuelvo la sonrisa, me acerco contoneándome, le miro fijamente unos segundos y me dejo caer, casi colgando, en la ventanilla abierta del coche, con medio cuerpo dentro.

—Holaaa —respondo arrastrando las letras—. Me has dado un susto de muerte, casi se me sale el corazón por la boca.

—¿Subes?

¡Joder que voz más sexi!

—¡Claro!

Estira su cuerpo un poco para abrir la puerta del acompañante, y me meto dentro. Intento acariciarle la piel del brazo, sin dejar de sonreírle, pero la aparta con poco cuidado.

El coche que siempre mantuvo el motor encendido comienza a moverse y, sin saber muy bien por qué, siento la necesidad de mirar a Cristina antes de alejarme del todo y perderla de vista. Me estiro un poco y giro la cara por encima del reposacabezas. Cris mira hacia nosotros, se mantiene derecha, con un gesto raro en la cara, una mano sujetando la farola y la otra en su frente.

Sonrío. No puedo evitar sentirme vencedora. Tanta ropa cara, tanto maquillaje, y ¿a quién ha escogido? ¡A mí! Me enderezo y miro de poner mi espalda recta en el asiento de piel. La ventanilla se ha cerrado, y el fresco del aire acondicionado me ayuda a recuperarme un poco del susto y de la calor. El calor de la calle es asfixiante incluso a esta hora de la madrugada. El airecillo es tan relajante que hasta se me olvida mirar si aún huelo bien.

—El cinturón.

Miro a mi acompañante que mantiene la mirada en la carretera y noto que sus facciones se han endurecido un poco. Comienzo a sentir un picor en la coronilla y cosquillas en las yemas de los dedos y bajo las uñas. Solo ha sido unos instantes, pero algo dentro de mí se ha revuelto y la sensación de mal rollo que tuve al ver el coche ha vuelto a azotar mi cuerpo y cerebro.

Debe haber sido el mono. Intento sobrellevarlo sin que se me note, pero mi cuerpo no piensa como yo y a veces se revela jugándome malas pasadas, como hacer que esté más sensible

y desconfiada.

¿Qué me va a pasar? Estoy tocada por la fortuna. Haga lo que haga, nunca me pasa nada, siempre me acabo saliendo con la mía y encima, hoy, me ha tocado la lotería. ¡Menudo cochazo! Seguro que maneja dinero. ¿Cuánto te saco? Le pregunto mentalmente mientras le miro con disimulo. Echo cálculos en silencio.

La picada de un mosquito hace que me ponga la mano en el cuello. Casi instantáneamente mi cuerpo empieza a pesar y me cuesta moverme y girar la cabeza para ver a mi acompañante que mantiene, aún, el brazo levantado y una jeringa en la mano. Ni me mira. Sigue con la vista en el asfalto y su cara parece que se ha convertido en piedra.

Ya ni el aire frío me alivia. Las náuseas suben y bajan por mi esófago, dejándome el sabor amargo y asqueroso del reflujo en la lengua y el paladar. Mi mandíbula parece que se haya convertido en goma, no puedo hablar y preguntar: ¿qué sucede?, ¿qué me ha hecho? Los parpados...Quiero mover la cabeza, espabilarme un poco, pero mi cuerpo ya no me obedece. Es como cuando vas al dentista y te anestesia la boca. Sabes que está ahí, pero no la sientes. Así es como me siento ahora, sé que estoy, pero no me puedo sentir. Ya no soy dueña de ninguna parte de mi cuerpo. Los parpados, otra vez. Se me están cerrando sin que lo pueda evitar, las luces de la carretera se van volviendo manchas brillantes.

De pronto ni destellos hay. Todo es oscuridad.

10

**4 de julio del 2018**

VÍCTOR

Doce días antes de que se encuentre el cadáver.

Acaricio su cabeza cuadrada. Con la mano bajo por la espalda oscura y musculada. Es tan hermosa... Ante mis caricias se relaja, baja las orejas, su cuerpo se destensa y se deja caer sobre el suelo como un saco de patatas, quedándose tumbada con sus cuatro patas extendidas. Parece la típica alfombra con cabeza de animal que tanto se ve en las películas, dentro de los salones, de aquellos que quieren presumir de cazadores. Me siento en el suelo junto a ella, sin dejar de acariciarla; paseando la palma de mi mano por su lomo, con el pelo corto, grueso y negro como el tizón. Mis ojos se humedecen al sentir su respiración, sus latidos acompasados, y la confianza ciega que toda ella desprende hacia mí.

Nada, absolutamente nada, se puede comparar a la fidelidad y el amor que ellos entregan, -sin esperar nada a cambio- a quien les da de comer, les cuida y acaricia. Son como niños inocentes. Nosotros somos los que los convertimos en máquinas de matar. Somos nosotros los psicópatas que los utilizamos como armas para llevar a cabo nuestros más oscuros instintos criminales.

Con cuidado y ternura le pongo el collar que llevo en el bolsillo y vuelvo a acariciarle la cabeza, las orejas. Estaría así con Leía, todo el día. Antes la tenía en la antigua casa. Cada día la visitaba, la paseaba, jugaba con ella y le daba de comer. Cuando descubrí mi propósito en esta vida, cuando me di cuenta de que nada había cambiado y que era la única persona que podía remediarlo, tuve que tomar la decisión. Ahora toca despedirse, es lo mejor para ambos. Ella ahora es aquello que siempre juré que no sería, aquello que repudié tanto tiempo, y con todo el dolor de mi alma debo tomar la peor decisión de nuestras vidas antes de que sean otros los que la encuentren.

Las lágrimas se me escapan a borbotones recorriendo mis mejillas y Leia me mira. Ladea su cara, acerca su hocico húmedo y oscuro, me huele, y sacando su rasposa y gruesa lengua, lame allí donde el líquido salado va resbalando.

—Tú lo entiendes, ¿verdad preciosa? —Le susurro al oído con la voz entrecortada y el corazón hecho pedazos. —Tú sabes que es lo correcto. ¿A que sí?

¿A quién quiero engañar? Solo intento justificar la atrocidad que estoy cometiendo, sabiendo como sé, que ella es lo único puro.

Apenas puedo levantarme, como si todo el cuerpo me pesara toneladas. Cuando por fin lo consigo, Leia me imita y se deja poner la cadena. Estiro de ella levemente, con cuidado, y nos ponemos en marcha despacio. Esquivamos la sala donde el cura expió sus pecados, el cuerpo inerte y podrido del chino que estaba en un mal sitio en un mal momento, y cruzamos las puertas que nos separan de otro pecador.

La luz de las estrellas ilumina la gravilla.

Detenemos nuestro caminar por un momento y levantamos la mirada admirando el hermoso cielo despejado de nubes y lleno de luces minúsculas y brillantes, etéreas para los mortales. Algunas corren dejando tras ella una estela de polvo luminoso y otras se quedan estáticas, esperando a que llegue el sol y ocupe el lugar de ellas y de la luna que las acompaña.

Tras unos minutos vuelvo a estirar de la cadena y Leía obediente sigue mis pasos.

Ahí está, sus brazos y piernas abiertos en cruz. Atadas sus cuatro extremidades, con alambres finos a gruesos hierros enterrados en la tierra. Completamente desnuda y con los ojos y la boca cubiertos con cinta aislante.

Inconsciente da la impresión hasta de ser alguien inocente.

—Ya casi —le susurro a Leía mientras la acaricio de nuevo—. Aún no es el momento.

**11**

**8 de julio del 2018**

VÍCTOR.

Ocho días antes de que se encuentre el cadáver.

Ya está atardeciendo, es el momento. Una sensación de ansiedad se hace con la boca de mi estómago oprimiéndola. No es arrepentimiento, ni miedo; ni siquiera angustia, pensando que esta vez me vayan a atrapar. Ya no siento ese tipo de perturbaciones. Mi experiencia con Anselmo me ha servido de bálsamo ante tales pensamientos derrotistas. Sé que nadie, absolutamente nadie, dará conmigo. No aún, al menos. Es por ella, por Leia. Lo que va a ser de ella cuando haya cumplido con su deber me lastima. Es la única que no merece lo que va a sucederle, el único ser de alma pura en toda esta historia que va a sufrir las consecuencias precisamente por su inocencia. Me siento culpable y cojo una bocanada de aire que aspiro profundamente para alejar de mí todos los reproches que me hago. Esto es necesario. La labor no estaría completa sin ella.

Miro hacia la jaula en la que espera a que me acerque y la acaricie con sus profundos e inocentes ojos mirándome, y no puedo esconder mi dolor y las lágrimas que humedecen mi visión.

—Lo siento tanto mi niña... Tanto...

Su rostro, incluso tras esa dentadura afilada y peligrosa, es tan tierno que debo cerrar los parpados, evitar mirarla para no echarme atrás; y olvidar, por un momento, esta parte de mi destino.

Agacho la cabeza, levanto la piel que cubre mis pupilas, y visualizo un pie de la puta. Uno de los dedos sobresale por el agujero que lleva en la media negra la cual debería llegar hasta lo alto de su delgado, casi esquelético, muslo; y que termina con algo parecido a un adhesivo recubierto de encaje, que se adhiere a la piel quemada por el sol, tras tantos días a la intemperie, con solo la fina y resquebrajada tela oscura que dejé en ambas extremidades.

Sin casi pretenderlo, mis pupilas suben por las raídas medias hasta llegar a sus genitales, pelvis, abdomen, senos y finalmente rostro. Todo su cuerpo está, como decirlo..., lleno de llagas provocadas por los rayos del sol, y tendido sobre la gravilla. Brazos y piernas abiertas en cruz y sujetas a unas arandelas -clavadas en la tierra- por unos alambres resistentes y no muy gruesos que, al parecer, se le han clavado en tobillos y muñecas. Imagino que por culpa de su estúpida insistencia en intentar zafarse de estos y huir.

Una brisa leve de aire viene hacia nosotros revolviendo mi pelo y el suyo, levanta un poco de polvo que va a parar a su cara completamente cubierta, a excepción de los agujeros de la nariz, por cinta aislante.

Leia hace un leve sonido al gemir. Sigue esperando que me acerque y le dé cariño, pero se me hace difícil y duro. No tengo el valor que necesito para ir a ella y acariciarla como si nada. Con cada paso que doy, con cada sacrificio que entrego a la causa, autodestruyo un pedazo de mí y de mi alma. No puedo permitir que lo perciba.

Con gestos lentos me arrodillo junto a Carmen, ladeo algo mi cabeza para observar detenidamente lo que, ahora, es su cuerpo. El blanco de la raíz de su cuero cabelludo es casi brillante bajo los rayos del sol tardío, y el resto de su pelo oscuro está cubierto de minúsculas motas de polvo y arcilla que en cuanto empieza a llover, espero que, en breve, según los meteorólogos, se convertirá en lodo. Sus tetas flácidas y grandes cuelgan por los lados de su pecho. Se le marcan las costillas, y su piel está llena de estrías, allí donde resguardó durante nueve meses a la criatura que dejó morir; aunque creo que ella ayudó a que aquel ser indefenso acabara en una sala de autopsias, y no solo con su dejadez. Carmen lo hizo, no me cabe la menor duda. Pero como siempre, la justicia humana, esa tan perfecta y maravillosa, no lo pudo demostrar, por lo tanto, no recibió el castigo merecido. Pero bueno, para eso estoy yo, ¿no?

Acaricio las ondulaciones de su cabellera esparcida por el suelo y su cuerpo se revuelve.

—¿Desperté a la princesa? —pregunto con sorna.

No me puede ver. El adhesivo que le cubre los ojos no lo permite, quizás sea el momento de quitarlo, y dejar que mi cara sea la última que vea antes de...

Acerco mi mano y cojo la punta de la cinta plateada. Estiro con fuerza y ella lanza un grito de dolor que queda ahogado y enterrado en su garganta y labios por el celofán que le cubre la boca. Miro el trozo de plástico con cola que tengo en las manos y me doy cuenta de que, con él, me he llevado cualquier vestigio de vello facial que le rodeara los ojos. Esto se pone interesante. A mi espalda, guardado por el cinturón del tejanos y cubierto por mi camiseta oscura, llevo el afilado instrumento que ahora necesito. A horcajadas me pongo sobre su cuerpo mugriento y la miro directamente a los ojos. Esos ojos vidriosos y completamente desprovistos de cualquier cosa que no sea pánico hacia mí. Con calma comienzo a estirar del mango del cuchillo mientras Carmen hace todo lo que puede por librarse de mi peso mientras intenta no perder de vista mis gestos. Y le sonrío. Su mirada queda fija en mis labios, luego se desvía levemente a mis ojos, de ahí a mi torso, y de nuevo a mis labios. No entiende nada. Debe entender. Seguro que ni siquiera recuerda que ha hecho mal para merecer estar sujeta a alambres y aprisionada por mis muslos. Quizás debería haberla encadenado, igual que ella hizo con su criatura. Quizás, debería haberla encerrado entre barrotes, desnuda como está ahora, pero con un gran hierro sujetando su extremidad. Exactamente de la misma manera en que encontraron el cadáver de su hijo. De esa forma no habría dudas del porqué de su castigo. Es tan triste que ni su propia madre recuerde como dejó morir al ser que llevó en sus entrañas... Una arcada me viene a la boca del estómago con solo pensarlo. Y no sé de qué forma consigo contenerme las ganas de abofetearla. Estampar mis puños en su rostro esquelético, amarillento y patético hasta destrozarse cada hueso de este; hasta que la sangre quede repartida por toda su cara y resbale hacia el arenoso suelo, hasta que deje de respirar. Cierro los ojos y respiro profundamente. Las manos comienzan a temblarme de la rabia. No debo dejar que ésta me venza. Debo mantener la calma y sobre todo debo dejar de temblar. Mi pulso debe ser firme, mi cabeza estar despejada, mis instintos y sentimientos invisibles ante los ojos de cualquiera. Acerco mi boca a su oído sin abrir los ojos.

—Carmen, querida, ¿sabes qué es esto? —Ella niega fervientemente con la cabeza. Quiere hablar, lo percibo—. Esto es justicia —susurro de nuevo mientras me enderezo y le muestro el filo del cuchillo.

A la luz del atardecer, el acero brilla ante sus aterrados ojos, completamente rodeados del negro de sus ojeras. No para de mover la cabeza de un lado a otro mientras su cuerpo sigue los compases de su cráneo. Aprieto mis muslos con más fuerza, aún más, y más, hasta que consigo que quede casi quieta, inmovilizada, al menos de cintura para arriba. Y apunto el filo del cuchillo hacia su pecho. A cámara lenta bajo levemente la punta que paseo con regodeo, con calma, por su piel. Las lágrimas comienzan a caer por la comisura de sus ojos, resbalando por sus deformados pómulos hasta el suelo. Sus piernas se revuelven arriba y abajo, igual que hacían las de Anselmo cuando se acercaba a las cuchillas que lo descuartizaron, y sus muñecas luchan una batalla perdida, intentando zafarse de unos alambres que cada vez se están clavando más en su piel ya abierta, cortando la carne.

—Culebrilla, culebrilla —le digo con voz lenta y suave—. Te vas a quedar sin manos, mujer.

La mirada de odio de Carmen, en un intento de conseguir que me sienta mal es ignorada por mi cerebro, que solo está pendiente de la posición en la que voy a poner la punta del cuchillo para rajarse la piel de la puta, y dibujarle esos números que diferenciaban su muerte del resto de las acaecidas en la ciudad. Esa marca que dará al mundo un mensaje: “La justicia siempre llega. Da

igual cuanto tiempo pase; es indiferente lo a salvo que te sientas. Recoges aquello que siembras.”

Apoyo mi mano libre en el hombro desnudo, y lamiéndome los labios comienzo mi tarea. Clavo la punta sin presionar demasiado y poco a poco voy dejando que el cuchillo corte, separando la piel, abriendo la carne, y dejando que mane la sangre rojiza de su cuerpo. No corro, no voy con prisas. Despacio, con el pulso firme y el regalo de sus gemidos como única melodía, envolviendo mis oídos. Mi pulso se acelera a la vez que el cuerpo de ella parece recuperar algo de fuerza. Sube y baja su pelvis, sus piernas y con ella su vientre haciendo que me tambalee un poco. Por poco no pierdo el equilibrio y desplazo el cuchillo allá donde no debo.

——¡Estate quieta puta loca! ——grito en un momento de debilidad.

En seguida me arrepiento. NO puedo permitir que me altere, nada puede sacarme de mí. Eso, el saber controlarme, es lo que me ha mantenido con vida.

Aprieto mis rodillas a sus costillas con tanta fuerza que hasta yo siento dolor, pero consigo acabar. Alejo mi rostro un poco y observo el VI. ¡Perfecto!

——¿Ves mujer? Y solo no ha llevado unos minutos...

Ella cierra los parpados, gime bajo la cinta de la boca, mueve su cuerpo y de nuevo niega con la cabeza. Sus sonidos guturales parecen preguntar por qué una vez tras otra. Yo no contesto. ¿Para qué? Explicarle a una mujer que está mal asesinar a su propio hijo no es mi obligación. Si ella no lo ve, nada puedo hacer ya. Mi labor es hacerle pagar por ello, hacer justicia para una criatura indefensa que nunca la recibió. Eso y limpiar al mundo de la suciedad inmundada como ella.

Todo su pecho chorrea sangre y el olor llega a Leia que lleva sin comer desde hace varios días. Sus garras rascan los barrotes de la jaula y su hocico pelea con el hierro buscando una forma de salir. Tiene hambre. Sonrío de oreja a oreja y le muestro mi dentadura a Carmen que al oír al perro ha abierto los ojos casi como si se viera venir lo que ahora va a suceder. Me acerco a la celda donde se guarece mi niña, y me arrodillo en la puerta.

——Ahí tienes un regalo ——digo con lágrimas en los ojos y haciendo un gesto con la cabeza en dirección al cuerpo del suelo. Me levanto, acerco mi mano al seguro de la puerta, mirando a la puta, sin poder dejar de llorar. Abro despacio la jaula y Leia empuja con su cabeza cuadrada los barrotes, su desesperación por llegar a la sangre la hace rugir y salir de allí como alma que lleva el diablo, tirándose hacia la garganta de Carmen que se desgañita gritando——. Come ——susurro, mientras sus fauces hacen buen uso de la carne de la mujer. Luego, el silencio.

12

**17 de Julio de 2018.**

A través del cristal podían verse los árboles del exterior y parte de las oficinas de enfrente. Nunca había estado allí, pero le provocaba una sensación familiar. Quizás porque todos aquellos lugares eran, de un modo u otro, similares: mesas, ordenadores, agentes uniformados e investigadores de un lado para otro, fotografías de personas, fotografías de cuerpos sin vida, fotografías de escenas... Casi como un capítulo de “El Comisario” pero en la vida real.

Comenzó a sudar.

¿Qué coño hacía allí? ¿Cómo podía tener el atrevimiento de creerse que estaba lista para trabajar, si estaba más loca y desesperada que nunca?

Con la mano se acarició la nuca, se entretuvo en masajearla levemente y durante unos minutos, con las yemas de los dedos. Suspiró y se maldijo para sus adentros por haber aceptado. Por creer que si se tomaba un descanso de las clases y volvía a ver cuerpos mutilados podría volver a sentirse normal.

Graso error. Jamás volvería a ser normal.

¿Qué trauma con trauma se cura? ¡Y una mierda!

—¿Llevas mucho esperando?

El subcomisario Cercas estaba tras ella, mirando por encima de su hombro al exterior, con los brazos cruzados.

—Sí —Fue cuanto Camila respondió.

Podría haber mentido, intentando quedar bien y decirle: “Qué va, acabo de entrar por la puerta”. En otro momento así lo habría hecho. Pero ya le daba igual quedar bien o mal, lo que pensarán de ella o lo que no.

—Gracias por aceptar. —La voz del hombre era sincera.

—¿Había otras opciones?

Miguel se volvió hacia ella y la miró de frente, ella apartó el rostro y el hombre la cogió del brazo con suavidad obligándole a mirarlo. Ella lo hizo y mantuvo sus ojos fijos en los de él.

—Camila, eres la mejor experta criminóloga que conozco, y por cruel que suene, este caso es lo mejor que te podía suceder. ¿No estás hasta las narices de aguantar y corregir exámenes? No puedes pasarte lo que te queda de vida escondida entre chavales y libros.

La mujer fue a rebatirle cuando la voz de Gorka se escuchó tras ellos.

—Buenos días. La forense tiene novedades. —Saludó—. Supuse que querría acompañarme.

Camila afirmó con la cabeza y soltó su brazo de la mano de Cercas, que aún la sujetaba, con calma, evitando su mirada.

Tras unos minutos, caminando en silencio, salieron de las dependencias policiales, y empujando la pesada puerta de acero, entraron en los laboratorios forenses. Justo al otro lado del edificio.

Ni el hombre ni la mujer articularon palabra, hasta que, de frente, saliendo de su despacho, Bella se cruzó en el camino de ambos.

—Buenos días. —La forense miró a Gorka con gesto interrogativo y este se limitó a alzar los hombros.

—Buenos días, señorita Moreno.

Camila sonrió por primera vez.

—Señora, y es un placer conocerla. —Bella estiró su brazo y Camila le devolvió el saludo educadamente—. Ayer no pudimos presentarnos adecuadamente. —Le devolvió la sonrisa mientras con otro gesto de la mano les indicó que la acompañaran.

El sonido de los tacones de la criminóloga resonó con fuerza, llamando la atención del

subinspector, que en seguida se fijó en que aquel día y a aquella hora, sí iba con el atuendo con el que él imaginaba vestida a una loquera.

Camila se frotó los brazos al entrar en la sala de autopsias. El cambio de clima de la calle al tanatorio era evidente, y al entrar en la estancia aún se sentía más, provocando un escalofrío en la mujer que le recorrió desde los tobillos hasta la nuca. Pero fue el cuerpo de la mujer encontrada el día anterior lo que estremeció todo su cuerpo. Vista allí, tan desnuda, despedazada y sin la parafernalia de luces y cintas policiales, parecía más tétrico y aterrador que horas antes. Era como ver la escena de una película gore. Jamás se había encontrado con algo similar, jamás había tenido la oportunidad de estudiar a un monstruo tan sangriento. Por un momento sintió emoción. Y una chispa se encendió, levemente, en sus pupilas.

—Si te impresiona mucho puedo pasarte un informe completo, no sería necesario que te quedaras...

Soto la tuteo por primera vez, observándola fijamente. Camila le devolvió la mirada, seria.

—No, gracias —dijo con algo de frialdad. Se giró hacia la forense—. Puede comenzar.

Bella afirmó con la cabeza y se colocó ante la camilla de metal.

—¿Claudio? —Preguntó al compañero de su hermano.

Gorka movió la cabeza en señal negativa. Ni idea de por qué no había llegado.

La forense se untó el mentolado sobre la zona del bigote y estiró el brazo sujetando el pequeño bote.

—Servíos. —Permitió a Camila que lo cogiera—. Bien, el cuerpo ya está en fase de colicuación. La descomposición está muy avanzada, un poco más y no hay nada que examinar. El proceso se aceleró por el clima, por encontrarse a la intemperie, -como Anselmo-, y sobre tierra, lo que ha permitido que le llegaran líquidos naturales y humedad. No os puedo dar una fecha exacta porque el cuerpo no disponía de órganos internos con los que medir la temperatura corporal, pero sí había suficiente tejido como para distinguir las marcas de mordedura que mencioné en la escena, que junto con los pelos que también se han hallado, y que ya tienen los de científica, puedo confirmar que son de animal canino. Si os fijáis en las muñecas, —Señaló ambas con las manos. Al subinspector, en ese momento, sus gestos le recordaron a los de una azafata dando instrucciones a los pasajeros—, a pesar del estado del cuerpo, se distinguen las señales de los alambres con los que fueron inmovilizadas. Hemos encontrado estos aún enterrados en la carne y los están analizando en los laboratorios, por si se puede hallar algo. —Miró a Gorka que afirmó con la cabeza—. Le hemos extraído las huellas tras mucho trabajo, pero lo hemos conseguido gracias a la necorreseña. Podréis averiguar quién es sin dificultad, imagino. No hace falta que os diga que es mujer. Ha dado a luz, al menos una vez. Y hay algo que me llamó mucho la atención...

La criminóloga, que no perdió de vista el cuerpo mientras Bella hablaba, levantó la mirada hacia la forense. Gorka dejó de tomar apuntes e hizo lo mismo.

Isabella caminó en dirección a la gran puerta de acero que presidía la sala, abriéndola, y dejando salir parte del frío que se acumulaba en su interior. El cambio de temperatura creó una nube blanca, que como en una película de terror, envolvió el cuerpo de la forense, que salió a los pocos segundos, empujando una camilla con una bolsa negra encima.

Colocó los dos cuerpos juntos y puso, de nuevo, su atención en el que no estaba cubierto. Con la mano derecha cogió el brazo del cadáver, lo viró mostrando a los dos investigadores la parte interna de este, y acercó la luz que tenía sobre ella.

—Después de quitarle todos los insectos que, como es lógico, habían colonizado el

cuerpo, me di cuenta de que su piel, en esta zona, estaba llena de pequeñas marcas.

A medida que hablaba iba paseando la yema de su índice, cubierta por los guantes de látex, allí por donde quería que los ojos de sus interlocutores miraran también.

—¿Los insectos? —Preguntó Camila.

—No. Son ante mortem. Estoy convencida.

—Pinchazos de agujas. Drogadicta... —Susurró Gorka.

—Hasta las trancas, —respondió la forense mientras seguía acariciando la piel fría para reafirmarse, acercando aún más la luz—. Sé que en el estado en que se encuentra cuesta distinguirlas bien. A simple vista pueden confundirse con síntomas de la descomposición. Pero si observas detenidamente ves que tiene el interior de los brazos repleto. Quizás incluso, si el cuerpo estuviera completo, hubiéramos encontrado más partes en la misma condición.

El subinspector no podía dejar de mirar. El animal que dejó aquellas marcas se había dado todo un banquete. Gorka se avergonzó de sus propios pensamientos, pero era una realidad como un templo. Aquella mujer tenía el vientre abierto: le faltaban casi todos los órganos internos, partes del rostro, del cuerpo, huesos. La descomposición había hecho su trabajo, por supuesto, pero estaba claro que no sola.

—Pero no es eso lo que me alertó. —Continuó la forense soltando, por fin, el brazo inerte y volviéndose hacia el cuerpo que anteriormente había sacado de la nevera. Le bajó la cremallera a la bolsa en la que se encontraba resguardado y dejó expuesto el cuerpo del Padre Anselmo—. Nadie lo ha reclamado —susurró más para sí misma que para que la escucharan—. Recordarás que en la autopsia se hacía visible un símbolo grabado en su pecho. ¿Verdad? —Gorka respondió un sí rotundo ante la pregunta—. En los informes explico que la marca son dos líneas diagonales que se juntan en una de las puntas, creando el dibujo de una V, como y con qué creo que pudo ser realizada. Me parece que tienes una copia en los informes que el subcomisario te ha proporcionado, Camila. —Se volteó hacia el cuerpo femenino esperando a que sus dos espectadores la imitaran—. Como ya os expliqué, el cuerpo está en el principio de la fase colicuativa, lo que significa que sus partes blandas, o lo que queda de ellas, se están convirtiendo en líquido putrefacto, ¿sí? Pero si se mira aquí, detenidamente y con la ayuda de la luz violeta, se puede distinguir algo similar a unas marcas, formando un dibujo, que atraviesa la piel y parte de la carne. El mismo se debe haber realizado con un objeto punzante, y esto es lo que hemos podido distinguir.

De la mesa de aluminio en la que descansaba el instrumental quirúrgico, Bella cogió una linterna negra y alargada. Al encenderse desprendió una luz violácea que se paseó sobre el pecho del cadáver, descubriendo lo que a simple vista parecía el dibujo de un tatuaje. Gorka y Camila pudieron distinguir lo que parecían dos letras VI. Bella se dio la vuelta e hizo lo mismo en el pecho de Anselmo, mostrando la V que constaba en los informes.

La criminóloga y el subinspector se miraron unos instantes y ella se pasó la mano por la frente.

—A mí no me queda, ya, ninguna duda de que ambos trabajos son obras de la misma persona o personas. —Suspiró Camila.

—Un asesino serial —dijo Gorka con voz apenas audible.

—Sí. —La especialista en perfiles criminales pasaba su mirada de un cuerpo al otro—. A simple vista, los dibujos parecen números romanos.

—¿Los numera, o son símbolos con otro significado?

—No lo sé. Pero creo que, si esto tiene un motivo, que, por supuesto desconozco aún, quien haya sido no ha terminado. Si no lo detenemos continuará.

13

**18 de julio de 2018.**

Ya estaban reunidos cuando Claudio hizo acto de presencia. Las miradas descontentas de López y Cercas no le pasaron al inspector desapercibido, pero como que le importaba una mierda. Los minutos y horas de retraso por las extras que otros días tenía que comerse. Lo único que quizás le hiciera sentir una punzada de culpabilidad era que Gorka se comiera los marrones, o no estar atento a todas las informaciones de primera mano, sino de segunda, al ser trasladadas a él mediante informes o por boca de su compañero.

Sentados alrededor de la mesa ovalada del despacho del comisario estaban: la nueva, su compañero, los dos jefes e Isabella. La pizarra con las fotos de los cuerpos del Tamarguillo y las escenas del lugar presidían la oficina. Un montón de folios descansaban en el centro de la mesa y una carpeta marrón ante cada participante. Claudio tomó asiento entre Gorka y Camila. El resto hicieron lo mismo.

—Tenemos las fotos del parque, diferentes ubicaciones, una a pocos kilómetros de la otra —López señaló las imágenes en la pizarra. —Está claro que los lugares fueron seleccionados por algo. La señora Hernández puede darnos una idea de por qué Tamarguillo.

Con un gesto de la cabeza dio paso a la experta para que se explicara.

Camila se enderezó en su silla, abrió la carpeta marrón y la libreta negra que siempre le acompañaba llena de páginas amarillas repletas de notas.

—Tamarguillo es un parque público y es el último cauce natural del arroyo que lleva el mismo nombre. Todos hemos paseado por él en alguna ocasión y sabemos hasta qué punto se encuentra, constantemente, de gente paseando o practicando deporte. Los niños que abarrotan siempre las zonas de juegos acompañados de su familia, además de los huertos colindantes con sus propietarios haciéndose cargo de sus parcelas. Dejar un cuerpo allí es arriesgadísimo, no digamos dos. Esto nos muestra que no le teme a nada, no es alguien preocupado porque lo cacen. Digo esto ya que desconocemos cuál fue el momento en que se deshizo de los cuerpos. Hay una posibilidad de que lo haga tanto de noche como de día. No podemos descartar nada. También me ha chocado que los deje ahí. Si la idea del sujeto es llamar la atención o dejar un mensaje, desde mi experiencia, opino que lo habría hecho de otra manera: como, por ejemplo, dejándolos en lugares más emblemáticos de la capital. Podría haberlos dejado en cualquier zona del Real Alcázar, que por su arquitectura e Historia tiene más alcance nacional, así como internacional. La Giralda, la Catedral de Sevilla, la Torre del Oro... Estos monumentos tienen mucho significado, más poder, en el sentido de que cualquiera de los cuerpos allí habría causado más morbo público y periodístico. Con ello cientos de especulaciones del porqué, el cómo y el quién. Su sentido y significado. Pero ¿un parque familiar? ¿Los cuerpos escondidos entre grandes matorrales o en apartados senderos, fuera del alcance de la vista de los viandantes? —La psicóloga chasqueo la lengua y movió negativamente la cabeza. —No, yo creo que dejar un mensaje sí es una de sus intenciones. Pero un mensaje no únicamente para el resto del mundo, sino también para la víctima. Algo que quiere que entendamos. Pero el lugar donde son abandonados... No, ese no es. El mensaje está en los cuerpos. En las formas en que asesina. En su sello particular. —Extrajo las imágenes de las autopsias. Señaló ambas fotos poniendo los dedos en v y dejando que las yemas descansaran sobre las marcas infringidas a los cuerpos. —Este es el mensaje. Estoy convencida.

—Lo único que se distinguen son letras —interrumpió Claudio provocando las miradas silenciosas del resto de los presentes.

Camila respiró profundamente.

—En el contexto en que se encuentran son números romanos. —Bella miró a su hermano que en aquel momento y muy a su pesar le pareció un pedante sin conocimientos.

El inspector no dijo nada, pero su rostro bronceado se volvió de color escarlata. Un

carraspeo de Cercas devolvió a todos a la conversación que la doctora había pausado.

—¿Por qué el parque entonces? —Gorka apoyado en el respaldo de su silla revisaba las notas de la investigación, observaba las fotos una a una, y volvió a dejarlas entre los cartones chocolate que descansaban sobre su barriga, girando su cabeza para mirar directamente a la mujer, esperando una respuesta.

Camila se puso en pie, apartó su asiento con las pantorrillas, rodeando la mesa para dirigirse hacia el mapa y las imágenes del parque sujetas con imanes a la pizarra magnética.

—El parque puede ser una elección geográfica. Simplemente por cercanía a la escena primaria.

La miraron unos con la ceja alzada, otros con la cabeza ladeada. Claudio se mantuvo con los brazos cruzados y la cabeza gacha. Con la punta del bolígrafo la mujer señaló el plano.

—Fijaos. Se puede acceder al lugar por seis puertas que se encuentran en la Avenida Seneca. Además, por su disposición horizontal, —con el Bic comenzó a dibujar círculos invisibles sobre el dibujo que recreaba el parque—, es casi una hazaña abarcarlo de punta a punta. Existen decenas de carriles de bicicleta por los que puedes acceder a cualquier parte. En primavera y verano se pueden llegar a aglutinar entre dos mil y tres mil personas. Es prácticamente imposible que te fijas en alguien, por lo tanto, pasar inadvertido es coser y cantar. Al norte está el aeropuerto de San Pablo y sus alrededores, repletos de naves muchas de ellas abandonadas, así como el aeródromo militar, que prácticamente lindan con los terrenos del Tamarguillo, además al sur tenemos la Vía Ronda del Parque Alcasa, otra vía de acceso a las zonas militares, y por el noroeste pasa la autovía de Córdoba A-4, con la conexión a la Ronda Supernorte. Hay múltiples entradas y direcciones desde las que se puede llegar haciendo posible y muy fácil trasladar un cuerpo y deshacerse de él.

El silencio se hizo tras esta explicación tan detallada de lo fácil que podía haber sido al asesino meter los cadáveres amputados en aquella zona que, se suponía, era para respirar aire puro, disfrutar de la naturaleza, y compartir con amigos o familia. Un escalofrío recorrió la espalda de algunos y el ambiente se volvió asfixiante ante la idea de lo sencillo que era matar y pasar inadvertido. El sonido de los papeles, las puntas de los bolígrafos rasgando las hojas mientras los investigadores tomaban notas, y la respiración agitada de algunos, ocupó el espacio vacío de voces.

—¿Puede haber alguna conexión entre las víctimas?

Cercas tenía la mano colgando inmóvil sobre la carpeta. Miró a Camila a los ojos. Esta se encogió de hombros.

—Yo no sé mucho del padre Anselmo como para juzgar esa posibilidad. Aún no leí el expediente. ¿Qué tal si me ponéis al día de todos los avances?

Miró a los investigadores y esperó. Claudio, tras unos minutos, sintiendo las miradas sobre él, se removió en su asiento y abrió una carpeta azul que había llevado consigo.

—Ojo con las especulaciones. Nada de lo que tenemos se ha podido corroborar legalmente. —Saltó López antes de que el inspector Moreno comenzara.

—¿Y los testigos que han hablado con nosotros? —Gorka miraba a su comisario con el ceño fruncido.

—Estoy atado por los cojones No me jodas Soto. Por ahora todo lo que tenemos son especulaciones. —López repasó a todos los presentes con mirada cansada.

Claudio dio unos segundos y comenzó a leer.

—Anselmo Urdangarin. Nacido en Vitoria el trece de septiembre de mil novecientos cincuenta y seis, sesenta y cuatro años. Profesor en el Colegio Santa María- Marianistas de

Álava. Ejerció, a la vez, de párroco en el Hospital Santiago Apóstol, desde el ochenta y tres hasta el noventa y ocho, en que fue trasladado a Madrid, Y de allí, a la parroquia de la que era ministro en la actualidad, en el año dos mil ocho. Consta que se le denunció por abusos en el noventa y siete. Las denuncias fueron interpuestas por algunos padres del colegio de Álava, pero fueron archivadas. Entre el dos mil y el dos mil seis se interpusieron varias denuncias más, mismas acusaciones, mismo colegio, mismos años. También se archivaron. Ninguna llegó más allá de la mesa del policía que las mecanografió. Solo nos consta seguro, documentados, los traslados que bien podían ser una manera de quitar hierro al asunto o un castigo para Anselmo. —Hizo el gesto de entrecomillado con los dedos, al decir las últimas palabras.

—¿Tenéis las denuncias? —Camila se sentó sin apartar la mirada del investigador.

—Tenemos las copias que nos fueron entregadas por los mismos demandantes. Pero únicamente las de dos o tres, aquellos con los que pudimos contactar. Casualmente, los originales y el resto perecieron en un incendio de los archivos de la guardia civil de Vitoria hará unos once años. De todas formas, los delitos ya prescribieron, así que...

—¿Cómo llegaron a vosotros?

—Cuando las noticias se hicieron eco de la muerte del cura, informando de su nombre, procedencia, etc. las llamadas llovieron. Varios de los denunciante se pusieron en contacto con nosotros. Nos dieron más nombres, fechas y las copias de las denuncias. Algunos, claro está, al igual que la dirección del colegio en el que se supone sucedieron los abusos, se cerraron en banda. Llamamos a algunas puertas que se nos cerraron en las narices. Después de un par de negativas y tiradas de orejas por parte de nuestros altos cargos, aquellos que trasladaron a Anselmo solo aceptaron ponerse en contacto con los de arriba y estos con el comisario.

Claudio fijó su mirada en Camila, luego en López, que se revolvió incómodo en su asiento.

—Por ahora no hay más.

Los golpes en el vidrio de la puerta llegaron en el mismo momento en que el inspector dijo su última frase. Todos giraron sus cabezas hacia el gran panel de cristal.

—¡Pase!

El agente uniformado obedeció a su comisario. Abrió la puerta con algo de timidez, y sin levantar la mirada del suelo fue hasta López entregándole la carpeta azul que llevaba en la mano.

—Es de científica —susurró al oído del hombre que recogió la carpeta con algo de impaciencia. Con la cabeza otra vez hacia abajo volvió a salir por donde entró.

—Es el resultado de los análisis de huellas, pelos y sustancias que la forense —Miró a Bella, que se encontraba tomando notas en su carpeta—, extrajo del segundo cuerpo. —Nadie dijo nada esperando que continuara—. La identificación tras la toma de las huellas, excelente trabajo, por cierto —dijo a la forense—, nos da un nombre: Carmen Peinado. Fichada por prostitución, tenencia de sustancias ilegales y... —Se enderezó en su asiento.

Algo había llamado su atención. López leyó y releó la ficha policial de la mujer, mientras todos esperaban expectantes.

—Estuvo acusada de homicidio imprudente. Alegó problemas psicológicos a causa de su adicción a la heroína, y en el año dos mil se le condenó a cumplir una pena no inferior a los cinco años en el hospital Psiquiátrico penal para que realizara un proceso de desintoxicación y tratamiento por su diagnóstico de maniaca depresiva. Salió en el dos mil siete. —Terminó.

—¿Qué hizo? —Camila estiró la mano y López dejó el informe en ella.

—Dejó a su hijo de dos años en casa. Solo. Cuando se decidió a aparecer estaba drogada hasta las cejas y el pequeño había fallecido. Su explicación en los interrogatorios fue que no

sabía qué había sucedido, que despertó y lo encontró en aquel estado. En la autopsia el cuerpo del niño presentaba deshidratación e inanición. Según los vecinos con los que se habló entonces, Carmen había estado fuera más de una semana. Ellos creyeron que el niño estaba con ella. No se escucharon llantos ni ruidos en todos aquellos días.

—¿Más de una semana solo, sin comer, ni beber? ¿Y cómo coño nadie escucho nada?

Bella estaba realmente afectada. Sus ojos se habían humedecido y todo su cuerpo temblaba. El resto, pálidos, no podían creerse que una madre fuera capaz de algo tan cruel y despreciable.

—Vivía en Los Pajaritos —continuó la psicóloga—. En la criatura se encontraron marcas en las muñecas y tobillos, según los indicios las marcas eran de un cinturón que nunca se llegó a encontrar y cadenas.

—Que Dios me perdone, —Gorka se pasaba la mano por la cara y aguantaba con estoicismo el nudo de la garganta—, pero para lo que ella hizo el asesino la castigo poco. Yo la hubiera... —Frenó la voz de sus pensamientos en seco. Era policía y aunque fuera un castigo injusto el que le imputaron en su momento, comparado con lo que ella hizo a su propio hijo, Carmen ya había cumplido su condena. Él estaba allí para detener a un asesino. Sus sentimientos y opiniones hacia la víctima, hacia ambas víctimas, si se demostraba que lo del cura era cierto, algo que no dudaba, se encontraban fueran de lugar en aquel momento y eran irrelevantes para el resto del mundo, incluso para el resto del equipo. Seguro que todos pensaban igual, aunque no lo dijeran. Nadie, absolutamente nadie, debía quitarle la vida a otro ser. Su tarea era evitarlo, no echarle más leña al fuego.

Camila levantó la vista cuando termino de leer toda la ficha policial.

—Ambas víctimas con antecedentes policiales. Uno sin castigo, a simple vista, otro con una condena muy leve para el delito que cometió. Creo que ya tenemos una posible conexión entre ambos.

—¿Puede que el asesino se esté tomando la justicia por su mano? —Cercas miraba fijamente a la especialista en perfiles criminales.

—Es una probabilidad, sí.

El comisario López se puso en pie.

—Moreno, Soto, tenéis trabajo. Id al barrio donde vivía Carmen, a ver que sacáis. En la ficha pone que trabajaba en el Club La Paloma, id allí también e interrogad a las compañeras, seguras, etc. A lo mejor salió de allí con su asesino, puede que alguien viera algo. —Con los dedos acercó para sí el informe, arrastrándolo por encima de la mesa, y lo volvió a ojear. —Los pelos eran de perro, no entiendo muy bien de estas cosas, pero por el ADN extraído de ellos, las marcas de los dientes, y distancia entre las mordeduras, es posible que se trate de un canino de raza rottweiler o similar. Hay que averiguar quién se hizo con uno de estos en los últimos meses o quién consta, en el ayuntamiento, como propietario de perros de esta raza. Averiguad, quien tuvo acceso a los expedientes de estos dos, pero recordad que los de Anselmo no eran accesibles. ¡Ni nosotros pudimos entrar, joder! —Levantó la vista hacia los investigadores que tomaban notas a marchas forzadas. —Este tío nos va a dar muchos dolores de cabeza. ¡Tenéis faena, así que moved el culo! —Terminó mientras salía de la sala de reuniones abriendo con rabia la puerta y caminando con energía.

—¿Qué vas a hacer tú?

Cercas que se había quedado rezagado, recogió la carpeta de Carmen y alargó su brazo en dirección a Camila.

—Voy a estudiar detenidamente los perfiles victimarios de los dos. También quiero ver si

encuentro algo sobre las marcas que tienen en el cuerpo. Los números romanos se utilizan en multitud de ocasiones. A lo mejor hay algo que me dé una relación entre estos y el modus operandi de los crímenes o los delitos que cometieron en vida—explicó a la vez que aceptaba la carpeta que el subcomisario le alcanzaba.

Cercas guardó las manos en los bolsillos del pantalón y observó la espalda de la mujer mientras se alejaba.

**23 de septiembre de 1990. Madrid**

“Por mí se va a la ciudad doliente,  
Por mí se va al eterno sufrimiento,  
Por mí se va a la raza condenada.”

—DANTE ALIGHIERI—  
Canto III de La Divina Comedia

Con calma cojo la mesita de aluminio y la arrastro hacia donde está Soledad; ella abre los ojos con lentitud e intenta levantar la cabeza, pero aún le fallan los músculos por los calmantes. ¿Quizás me pasé un poco? Me pregunto llevándome el pulgar a la boca y mordisqueándome la uña lentamente. Miro la bandeja en la que sigue el instrumental y ¡joder! Me dejé algo...

—No te muevas —le digo a la mujer de mi padre con sorna, mientras me adentro en la oscuridad del sótano para subir al cuarto de baño.

Son las doce de la noche y el brillo de la luna llena aparece por detrás de nuestra casa, entrando tímidamente por la gran ventana que hay oculta dentro de la bañera, y la luz blanca, casi azulada, se refleja en el espejo que preside el cuarto. Sigo con la mirada la dirección del brillo y veo mi reflejo, sumergido en las tinieblas de la noche: los ojos claros, el pelo castaño, peinado hacia atrás y mi piel tan blanca como la de las muñecas que mi hermana guarda en su dormitorio.

Una ráfaga de viento mueve un poco la cortina de la ducha recordándome a que he ido. Abro los cajones del mueble, justo al lado del lavamanos, y con rapidez lo revuelvo todo buscando los recambios que suele utilizar mi padre para su maquinilla de afeitar.

—Aquí están —me digo al coger el pequeño paquete, y sin volver a mirar al espejo salgo de allí. Incluso antes de llegar abajo ya puedo escuchar los gemidos de Soledad que cada vez está más despejada. En cualquier momento comenzará a lamentarse. Quizás debería cortarles la lengua primero... Pongo el pie en un escalón, luego en otro, voy sorteando mentalmente que le joderé primero: ¿La lengua, los ojos? ¿La lengua, los ojos? Ya lo decidí.

Ahora, sumergido cada vez más en el negro provocado por la falta de iluminación, me cruzo de brazos otra vez, y miro a mi padre que parece tener, aun, para un muuuy largo rato. ¡Dios que asco...! Ni tumbado ahí, desnudo, con el frío que hace, reacciona el muy cabrón.

Soledad tiene su cabeza girada hacia donde yo estoy. Parece que se ha incorporado un poco. Seguramente intentó sentarse y ahora busca con la mirada a la persona que respira y siente cerca. Sé que me huele, sé que me teme. Siempre lo he sabido. Muchas veces ha dicho que mis pupilas guardan tanta locura como las de mama; solo que la locura que yo escondo es culpa de su marido y de ella.

Me acerco y sus ojos siguen cada uno de mis movimientos. Intenta, sin poder, por supuesto, huir de mí; echando su cuerpo hacia atrás, empujándose por los pies que resbalan sobre la piedra del suelo. Acucillado ante ella, fijo mi mirada a la suya, uno, dos, tres... seis... diez segundos. Soledad intenta aferrarse a mis ojos, pero al final no puede, o no sin que yo vea en ella el asco, el desprecio..., el miedo que me tiene. Eso me gusta. Que me tema, quiero decir. Siempre fuimos nosotros los que vivimos aterrados, sin atrevernos a reír, a jugar, y sobre todo sin poder mencionar a mama. Ahora me toca a mí...

Muevo lentamente la cabeza de un lado a otro sin dejar de observarla y ella gira la suya, le cojo por la barbilla y le obligo a mirarme, Soledad vuelve a apartar la vista con brusquedad.

—¿Por qué estoy aquí? ¿Dónde está tu padre? —Por un momento quedo sorprendido ante la segunda pregunta, pero ahora recuerdo que, desde esa altura, ahí tirada en el suelo, no se ve el interior de la cuba. Con la misma parsimonia que llevo todo el día, me levanto apoyando una mano en la rodilla flexionada y la otra en el suelo, camino hacia papa. Me coloco frente al recinto, que apesta, me estiró e inclino medio cuerpo dentro, y con los dedos le cojo del pelo. Tengo que hacer fuerza para levantarlo, a punto estoy de irme para adentro yo también; pero por suerte me he sujetado a tiempo al filo del acero, los reflejos no me han fallado, menos mal... Levanto su cabeza.

—Mira, aquí está la cabeza de tu marido —Trato de no soltar una carcajada frente a su gesto de horror.

—¡Estas para que te encierren! —grita Soledad con el gesto convulsionado y los ojos desorbitados—. ¡Suéltanos ahora mismo o cuando se despierte te matará como a...!

Sin dejar de mirarla dejo ir bruscamente al monstruo que me engendró y levanto una ceja. Se ha tapado la boca y encogido en cuanto se ha dado cuenta de lo que ha dicho. No ha terminado la frase. No ha hecho falta. Sé perfectamente lo que ha querido decir. Me relamo. Y también sé, perfectamente, que le voy a arrancar en unos minutos...

Rodeo la cuba acercándome otra vez a ella. Muevo de izquierda a derecha la cabeza y un leve crujido escapa de mis articulaciones.

—Siempre has tenido un problema con esa boca —voy siseando mientras camino—. Para lo que debías utilizarla, que era para ayudarnos y denunciar a la bestia con la que te casaste, jamás supiste usarla, pero para rezarle a tu “Dios” o para ensuciar con ella nombres que tu boca no es digna ni de mencionar... —A su altura me arrodillo de nuevo—. La sola idea de que pase por tu cerebro enfermizo las letras que componen sus nombres, escupiéndolos por tu sucia boca, me ofende “mamaíta”, me irrita, me enfurece.

Cojo sus manos. Soledad intenta liberarlas una y otra vez, pero estoy tan cabreado, tan ciego de ira, que la rabia que siento me hace sacar fuerzas en mí, que no sabía que tenía. Presiono con tanta brutalidad que veo sus huesudas muñecas teñirse de blanco, mientras que con mi mano libre cojo una de las cuerdas de la mesita y con mucha traza consigo dejarla inmovilizada.

No vuelve a abrir la boca, creará que así me voy a calmar. El problema es que le hubiese reventado la cabeza, en ese instante, a martillazos, pero esa no es la idea. Quiero saborear cada momento. Esto no es un arrebato pasajero, esto es un castigo. Es la condena por todo lo que nos han hecho.

Atada y tirada ahí en el suelo, no se ve tan digna ni distinguida. Su pelo pintado de rojo está completamente enmarañado, su cuerpo desnudo está lleno de hoyos y las tetas le caen sobre la barriga de forma asquerosa. La piel en los brazos son colgajos y el pelo de su coño es de un castaño sucio; hasta se pueden distinguir, a pesar de la poca luz, las canas que ya le han salido, ahí, también. Mientras recorro poco a poco cada parte de su cuerpo, ella intenta cubrirse, pero no puede, al menos no como ella quiere.

—¿Te da vergüenza que yo te mire? —Le pregunto sonriendo otra vez. Ella afirma con la cabeza y no puedo evitar una carcajada—. Qué, ¿ya no hablas? —Acerco mi cara a la suya, mi aliento entra por los orificios de su nariz y mi saliva le moja la piel—. ¿Te da miedo que te coma la lengua el gato?

Un recuerdo momentáneo acude a mi mente: “Sentado en la silla de la cocina. Ante mí, sobre la mesa el plato de caldo caliente. Una cabeza de pelo rojo y una voz ronca, susurrante, justo al lado de mi oído... ¿Tienes miedo de que te coma la lengua el gato? Una mano con larguísimas uñas rosadas, que apestan a lejía y tabaco, me coge la nuca y empuja mi cabeza hacia adelante, acercándome cada vez más la cara al líquido humeante. Intento resistirme, pero su fuerza es superior, y mi nariz y labios acaban metidos dentro.”

Respiro hondo, aparto mi cara para que no pueda ver como mis ojos se comienzan a inundar de lágrimas. Todo lo que te voy a hacer no tiene ni punto de comparación con lo que vosotros nos hicisteis. No la miro, no hace falta. Ha comenzado a llorar desconsoladamente. Ya no gimotea, ya no se lamenta, no habla; ahora llora como he llorado yo: con miedo y angustia ante la perspectiva del “que le haré”.

Me gusta...

Del bolsillo del tejano saco el paquete de cuchillas y lo abro. Una por una las voy poniendo a trasluz y miro a Soledad de reojo. Los ojos casi fuera de las órbitas, la boca torcida

por el terror, su cabeza de un lado a otro en gesto de negación, el sudor, que a pesar del frío resbala por su frente. A medida que las estoy poniendo sobre la mesilla con el resto de losartilugios, algo llama mi atención; es como si una señal me indicara que eso es lo que debo coger. Un brillo fugaz, su color, la posición en que está colocado... Qué sé yo. Cojo el cúter y deslizo su botón negro. La cuchilla sube y queda completamente a la vista. ¡Esto es lo que necesito! Me digo emocionado. Lo observo y acaricio con las yemas de los dedos. De cintura para arriba me voy girando hacia la mujer de mi padre. En un gesto brusco y veloz, que Soledad no se espera para nada, me siento mirándola de frente con mis piernas abiertas sobre sus muslos. Con el pulgar y el índice de la mano que tengo libre le cojo la cara, apretando con fuerza hasta que le obligo a abrir la boca. Con rapidez intento meter mis dedos entre sus labios y cogerle la lengua. Un grito de dolor escapa de mi garganta: ¡Joder, la zorra me ha mordido! Suelto el cúter, con más rabia y fuerza que antes vuelvo a apretar sus mejillas. Sé que le estoy haciendo daño, mucho daño. ¡Bien! Ahora sí. Por más que se revuelva, el peso de mi cuerpo sobre ella hace que no sirva de mucho el esfuerzo, al revés, va a llegar un momento en que le vencerá el cansancio, pero no me apetece esperar. He apretado tanto que al final ha vuelto a tener que abrir la boca. Con la mano derecha le mantengo los labios despegados y con la izquierda le saco la lengua lo justo y necesario.

—¿Ahora qué, guarra?

Le pregunto mirándola a los ojos y estirando tanto que da la impresión de que es así como al final se la voy a arrancar. Cierra y abre los párpados, las lágrimas escapan a mares de sus globos oculares, y sus manos, presionadas en parte también por mi pecho, se aferran como garras a los bajos de mi camiseta. Con la mano libre busco a tientas el cúter sin que mis ojos se desvíen ni un milímetro de los de ella; quiero grabar en mi retina cada gesto, cada parpadeo, cada gota de lágrima. ¡Lo tengo! Aprieto el cursor un poco más porque quiero la cuchilla tan larga como permita el aparato. Finalmente la saco casi del todo y sonrío mientras la paseo delante de sus ojos, le acaricio las mejillas con la hoja y la acerco, despacito, a esa parte larga y venenosa, como una serpiente, que es su lengua.

La presión de sus dedos en mi cuerpo al retorcer la tela de mi camiseta, y el movimiento hacia adelante y hacia atrás de sus piernas, arrastrándolas por el suelo, hace que me excite de emoción. Ya no siento ni un poco de miedo, ni un ápice de pena, no siento nada de compasión o duda. ¡Me siento libre, poderoso! Ahora yo mando, yo provoco dolor, yo ejecuto. SOY quien decide que heridas infligir y cómo, en qué momento parar y cuando morirán. Me convirtieron en un asesino, un sádico vengador. ¡Ellos me eligieron la mano que castiga!

La hoja está pegada a su lengua. Con movimientos lentos y algo toscos comienzo a cortar el músculo completamente blanquecino por arriba. Zas... Zas... Zas... Parece oírse a medida que una y otra vez el cúter pasea por la masa áspera y dura, que en otro momento fue su más grave delito. Su aliento apesta a tabaco y alcohol. Parece mentira. Tanto rezar y todos los vicios de la carne están revelados en su cuerpo. De su laringe salen graznidos, su cuerpo se retuerce tanto que por instantes creo que voy a perder el equilibrio. Sus ojos expulsan masas de agua salada, barriendo con ellas todo lo que encuentran por delante, rímel, babas, flujo sanguinolento... De la lengua, a medida que la voy sajando, los chorros de sangre escapan hacia lo profundo de su garganta. Le cuesta respirar. Su faz cambia en un momento de rojo a morado, y golpes de tos envían gotas calientes de color escarlata a mi cara. Sus dedos se aferran a lo primero que encuentra y sus uñas se me están clavando en la piel. Me rio y espumarajos de su boca se cuelan en la mía. Sus extremidades han perdido la fuerza. Enderezó unos milímetros su cráneo estirando de lo que aún queda de ese deforme pedazo de músculo conectado a su boca y

continúo rebanando con calma, regodeándome en el momento y disfrutando de cada milímetro que corto y cada espasmo de dolor que provoco. Un poquillo más y... ¡¡YA ESTÁ!! Conseguí cortar la lengua del todo, y mientras tengo el pedazo en mi mano lo observo detenidamente, ladeando mi cabeza de un lado a otro para mirarlo mejor, sin moverme y permitiendo que la sangre fluya de su boca con libre albedrío.

Levanto la vista hacia Soledad, quiero que la vea, que la observe bien, pero la estúpida no ha soportado más y ha perdido el conocimiento. Que poco aguante...

Sonrió enseñando mis dientes blancos a la nada.

Me levanto con un poco de esfuerzo. Mantenerme en esa postura, sumado a todos los golpes que he recibido con sus convulsiones, me han dejado dolorido. Mi ropa está completamente arrugada y manchada. La aliso con la mano, pero lo único que consigo es llenarla aún más de sangre.

Miro a mi padre y sigue inconsciente.

¿En serio no se ha enterado del jaleo que ha formado su mujercita?

Levanto una ceja y voy hacia él. Con calma agacho la cabeza y lo veo. ¿Ojos? Cerrados. ¿Respiración? Lenta. ¿Cambio de postura? No... Me inclino sobre la cubeta y cojo los brazos atados a su espalda, aún libres de mierda. Los suelto, caen como un peso muerto. Me incorporo y busco de nuevo a Soledad. Inconsciente.

Parece que hay para rato. Quizás lo mejor sea que duerma unas horas. Ya son... (miro mi reloj de pulsera con gotitas rojas en la esfera) Las dos de la madrugada. ¡Joder, qué deprisa se me ha pasado el tiempo! Por un momento la duda de si se van a despertar o no, mientras dormimos, aparece en mi cerebro como un bichito toca pelotas, pero... Bah, no lo creo. Ella tiene para horas. A él la dosis de tranquilizantes lo tumbó como a un caballo.

Mejor voy y repongo fuerzas. Mañana será otro día...

15

**18 de Julio de 2018. Sevilla.**

Sentada en el sillón con las bragas y una camiseta como única vestimenta, mantenía las piernas desnudas recogidas en el cojín, mirando la carpeta fijamente, con la mente perdida en alguna parte en la que no había más que vacío y oscuridad. Ni siquiera escuchaba el sonido del exterior que llegaba al salón a través del gran ventanal abierto. El timbre del móvil fue la que la extrajo de su abstracción y los primeros que sus pupilas distinguieron fue el retrato, al lado de las cartulinas, con la imagen de Mar y Daniel. Se levantó como si tuviera un resorte y a paso rápido se dirigió a la barra de mármol, donde el teléfono descansaba cargándose. El nombre de Cercas se veía en la pantalla.

—Dime —La voz de Camila estaba apagada.

—¿Todo bien? —El subcomisario parecía preocupado—. Te he llamado tres veces.

Camila alejó el teléfono de su oído y fijó su mirada de nuevo en la pantalla, viendo en la parte de arriba el icono de llamada perdida.

—Sí, todo bien. ¿Qué sucede?

—Nada, solo quería saber si has podido encontrar algo.

Cercas respiró profundamente e hizo lo posible para que su voz no denotara presión y pareciera casual y animada.

—Aún no. Ahora me estaba preparando.

Escuchó el carraspeo, casi imperceptible, del hombre al otro lado de la línea y respiró hondo. No le gustaba que la agobiaran en el trabajo. Necesitaba su tiempo. Estudiar perfiles tanto de criminales como de las víctimas era un proceso lento y trabajosamente complicado. Debía mirar los informes con calma y detalladamente. Cualquier mala interpretación podía dar a error y desviar la investigación por cauces equivocados.

—¿Camila...?

—Tranquilo Cercas, está todo bien. Pero necesito unos días.

—No sé si tenemos unos días Camila.

La mujer miró la carpeta. Tenía razón. En cualquier momento aquella persona podía volver a actuar, y no tenían ni idea del cómo o quién iba a ser la próxima víctima.

—Intentaré darte algo antes de mañana por la noche.

—Gracias.

Cercas parecía haberse quitado un peso de encima al contestar. Tras unos segundos en completo silencio a los dos lados de la línea colgó.

La mujer desenchufó el aparato telefónico de la corriente y con él en la mano volvió al sillón. Abrió el portátil y tecleó: “números romanos”.

“Los números romanos”. “Numeración romana. Wikipedia”. “Números romanos, aprende...”.

Nada.

Tecleó de nuevo: “números romanos utilidades”.

“Números romanos uso actual”. “¿Para qué sirven los números romanos?”. “Utilidad de los números romanos”.

Dio clic en la última entrada: “Hoy en día se utilizan los números romanos, en muchas ocasiones, como para nombrar los siglos, a los reyes, a los papas, los capítulos, cantos poéticos...”

Camila se rascó la coronilla. Aquello iba a ser complicado y muy estresante. Dudaba que las marcas en los cuerpos se hubieran realizado para mencionar siglos. No tenía sentido, estábamos en el veintiuno. ¿Siglos? No. ¿Papas? ¿Qué pintaban allí? ¿Reyes? ¿Capítulos? Esto último si podía estar más cerca. Cada crimen un capítulo, pero ¿de qué? Si se decantaba por esa

opción, la respuesta debía estar en algún libro o en la historia del asesino. Que asignara una numeración a cada cuerpo basándose en algún capítulo de su vida. ¡Era una locura! ¿Qué asesino serial que quiere decir algo se complica tanto la vida? Canto... La idea le llamó la atención. Tecleó la palabra:

“Canto, definición”. “Cantos – Ediciones Plutón: Los cantos de Dante Alighieri, en la Divina Comedia, son el poema más épico...”

La breve descripción y el nombre del poema llamaron poderosamente su atención. Se consideraba una mujer amante de la lectura y culta, por lo que el nombre del autor y la obra no le eran desconocidos, aunque no había mostrado jamás interés por la poesía y menos por ese poema en particular, pero si había escuchado de él: películas como “SEVEN”, y obras de ficción de varios autores mencionaban este, y no precisamente por su romanticismo. Sintió una punzada de nervios en el pecho. La seguridad de que debía descubrir y leer más sobre el autor y su obra fue como la alarma de un edificio en llamas dentro de su cabeza.

Tecleó en el buscador de Google de nuevo: “Dante Alighieri”.

Dedo índice en el ratón del PC y klik:

“Dante Alighieri, Wikipedia”. “¿Quién era Dante?”. “Otras preguntas de los usuarios: ¿Qué es el infierno de Dante? ¿Quién es Dante en la Divina Comedia?”

Sus pupilas paseaban de una descripción a otra sin saber muy bien que estaba buscando, pero cada vez más convencida de que allí habría una pista. Al final decidió que era mejor empezar por el principio e hizo klik en la segunda entrada. Se colocó cómodamente en el sillón poniendo el cojín de lana beige en la espalda, el ordenador en los muslos, y comenzó a leer. Aquella lectura era para estudiarla, no disfrutarla. Debía pasear sus ojos por cada línea como la psicóloga que era. Si aquello podía servir de algo o guiarla a alguna respuesta para la investigación, era el momento de averiguarlo.

Repasó su biografía con detenimiento, aunque sabía que su infancia, juventud y vida privada no le aportaría nada que le indicara quién podía ser el asesino. Pero era realmente absorbente. Descubrir cuanto había sido estudiado, no solo como persona, sino también, como autor. Cuanto había participado activamente en política. Sus conocimientos en ese campo y en filosofía o literatura. Su exilio. Había sido un hombre prolífero, culto, muy inteligente. La admiración por él crecía por momentos. Se le hacía más y más difícil dejar de leer, y con ello más difícil no darse cuenta de que estaba a punto de encontrar algo. Buscó y buscó. Se empapó de todo lo que encontraba de Dante. Por momentos se veía en la Florencia medieval e imaginaba cuan duro debía haber sido ser un genio en el tiempo de la hambruna, las ratas y la peste. Admiró su capacidad para relacionarse y evolucionar.

Hubiera seguido por aquel cauce horas, días. Ya tendría tiempo. Definitivamente, su fascinación debía de ser saciada, pero en aquel momento necesitaba más sobre los cantos. ¿Qué era lo que había visto antes? ¿Qué otra cosa relacionada con él le había llamado la atención? Retrocedió hasta encontrarlo. La Divina Comedia. Aquello, quizás, se acercará un poco más a lo que le interesaba. Si estaba equivocada, bueno, no había leído en balde. Acababa de descubrir a un personaje del cual, como psicóloga, estudiosa y lectora, quería saber mucho más. Estudiaría a aquel hombre y le conocería como conocía a todos aquellos que le inspiraban algo en la vida. Pero ahora, como investigadora, necesitaba mirar el otro lado del autor. El lado oscuro. Su obra.

Tecleó en el buscador una vez más: “Divina Comedia”.

“La Divina Comedia de Dante Alighieri”.

Comenzó a leer la descripción: “La Divina Comedia, escrita por el Florentino Dante Alighieri entre mil trescientos cuatro y mil trescientos veintiuno, poesía épica...”

Continuó y continuo. Llegó a la parte del Infierno, y tras ello comenzaron los círculos. Siguió leyendo. La piel comenzó a erizársele. El vello de la nuca a levantarse. El corazón se le aceleró y un sudor frío le humedeció la espalda. Por unos momentos no pudo dejar la lectura. Cuando por fin reaccionó, movida por un subidón de adrenalina, cogió su libreta negra, su bolígrafo Bic y comenzó a anotar, y anotar. Allí estaba. Su instinto, una vez más, le había instado a coger el camino correcto. Acababa de encontrar por qué y también cómo.

Isabella se frotó los ojos. Miró la hora y se dio cuenta de lo rápido que se le había pasado el tiempo delante del portátil, leyendo, estudiando y buscando algo que ya no creía poder encontrar. Se paseó la mano por el pelo hasta llegar a la nuca que se masajeó con fuerza mientras movía el cuello de un lado para otro. Apoyó la espalda en el respaldo de la silla, se quitó las gafas, apretó el puente de su nariz con las yemas de los dedos, y respiró hondo. Estaba agotada, no, lo siguiente. Aquella investigación estaba siendo demasiado grande para la experiencia que, en asesinos seriales, ellos tenían. Que era ¡ninguna! Cerró el ordenador portátil y arrastrando los pies fue hasta la encimera, cogió el primer vaso que pilló, abrió la nevera y lo llenó de leche bien fría, casi helada. En dos tragos vació el contenido y arrastró las plantas de las zapatillas, como si le pesara el cuerpo una tonelada, hasta el dormitorio.

Gema, completamente encogida, como un feto en el vientre de su madre, emitía un suave sonido. Estaba completamente destapada, sin más ropa que las braguitas. Una sonrisa se dibujó en los labios de su mujer que no quería apartar la mirada de su cuerpo ni un minuto. Necesitaba repasar cada milímetro de ella. La había echado tanto de menos durante los dos días que pasó en casa de Claudio y Olivia. Se había sentido tan vacía. La decisión de no dejar morir su matrimonio, de no perder a su mujer, ya la tenía tomada al segundo día. Aún y así esperó a ver si ella daba algún paso. Gema llamó.

Tras unos largos minutos apoyada en el marco de la puerta, Bella fue al baño, se cepilló los dientes y volvió a arrastrarse hasta la cama. Tumbada abrazó el cuerpo de su compañera, rozó su hombro desnudo con los labios y se acomodó para intentar dormir, cerrando los ojos mientras suspiraba.

—¿Has encontrado algo?

La voz somnolienta de Gema abrió sus parpados.

—Nada cariño.

—Descansa. Estás tan cansada que no puedes ver con claridad. Necesitas dormir —susurró la mujer a Bella mientras cogía la mano de la forense que descansaba sobre su cadera, entrelazaba los dedos con los de ella y estiraba del brazo, apretándola más a su espalda y cuerpo desnudo.

Ambas cerraron los ojos y en unos minutos respiraban acompasadamente.

**19 de Julio de 2018.**

El coche aparcó justo en la entrada del barrio. Ni aun siendo un coche oficial se veía con la valentía necesaria para adentrarse más allá de los primeros edificios con él. Un par de coches patrullas con varios agentes uniformados se colocaron en batería junto al de Soto, y tras unos minutos, poco a poco, todos comenzaron a salir con los chalecos azules en las manos que fueron poniéndose, mientras Claudio y Gorka indicaban el edificio y puerta que tenían que encontrar.

Decenas de personas comenzaron a aparecer casi rodeando los coches y a los agentes. Se podían oír los insultos, hacia ellos con nitidez, así como las preguntas que se hacían los unos a los otros: “¿A qué coño habrán venido?” “¡Hijos de puta, a buenas horas!” “¿Dónde estabais el mes pasado cuando apuñalaron a José?” “¿Y el anterior, cuando me robaron la furgoneta?” “¡Cabrones dejarnos tranquilos!”

—¡A ver, señores, por favor! —Uno de los agentes uniformados se colocó delante del gentío con los brazos en cruz, haciendo de barrera entre la policía y los habitantes del barrio—. ¡Vamos caballeros y señoras, necesitamos su colaboración para poder hacer con efectividad nuestro trabajo! —Exclamó mientras se movía con calma frente a las miradas furibundas.

Las voces, cada vez más elevadas y los rostros alterados de los vecinos de Carmen, pusieron nervioso a Claudio.

—Chusma de mierda... —Susurró a Gorka mientras se apretaban los velcros laterales de los chalecos antibalas.

Su compañero lo miró con el gesto torcido, pero no dijo nada. No valía la pena. Él sí entendía a aquellas personas. No siempre estuvo en el lado “correcto” de la ley. Vivió y creció entre deshechos, como muchos allí. Con los pies descalzos, los mocos siempre al límite de su boca, piojos y ropa zurcida. Incluso en un par de ocasiones a punto estuvo de tener problemas con la policía para la que ahora trabajaba. Ya con doce años fumaba, había experimentado lo que era la resaca tras varias noches de fiesta, el abuso de alcohol y alguna que otra sustancia ilegal. Movié la cabeza de un lado a otro, suspiró y agradeció lo bueno que había sido el destino con él.

Aquellas personas, muchos de los habitantes de aquel barrio, por desgracia, no habían tenido su suerte. El hijo de Carmen, menos que ninguno. La furia al pensar en la criatura inocente, que el único error que había cometido había sido gestarse en el vientre de la mujer equivocada, estuvo a punto de nublárle la mente; pero, aunque sabía que no debía ser así, por segunda vez se alegró del castigo de aquel monstruo.

Ni su padre, con todo el dolor que en su momento le había provocado, le dejó jamás pasar hambre. Después de treinta años agradecía aquella época. Ella era la que lo había convertido en el hombre que ahora era.

—¿Me estás escuchando Soto?

Claudio lo miraba con la ceja levantada a varios metros de donde él estaba, parado en el camino entre los coches y la calle por la que debían andar para llegar al edificio en el que aún vivía Carmen antes de ser asesinada.

Gorka sacudió su cuerpo desde la cabeza a los pies para alejar la sensación de incomodidad que la barriada de pronto le provocaba, y comenzó a caminar tras Moreno y los tres agentes uniformados que los acompañaban. A paso rápido se colocó junto a su compañero, pero no hablaron. Fuera lo que fuera lo que el inspector había dicho y él no había escuchado, quedó volando en el aire con olor a hierba, cenizas y escombros.

A medida que iban caminando se adentraron entre los edificios con la parte baja de las estructuras pintadas de amarillo, grana o verde, y sus partes altas de blanco sucio, desconchadas y con ventanucos asfixiantes; sus calles estaban atravesadas por cuerdas sujetas de unos bloques a otros, repletas de ropa; las aceras y el asfalto cubiertos de bolsas de basura desgarradas, seguramente por perros y gatos, con el interior desperdigado; los contenedores rotos o quemados y edificaciones, en completa ruina, cayéndose a pedazos.

Muchos de los que allí vivían comenzaron a asomarse a las ventanas sin molestarse, siquiera, en levantar las persianas de un verde lechuga. Otros aparecieron por los portales a paso rápido y con cara de pocos amigos.

El penetrante olor de la basura en descomposición absorbía el poco aire puro que, en algún momento hubo, acrecentado por los efectos de la calor. Los investigadores apenas podían soportar la tentación de cubrirse la boca y la nariz, pero no cedieron. Ya era bastante complicado caminar bajo las miradas repletas de odio de todos como para buscar ofenderlos, dando a entender lo difícil que se les hacía ir por aquellas calles con aquel hedor, y que no se sintieran doblemente insultados.

Las mujeres, en su mayoría de etnia gitana, acompañadas por varios hombres, comenzaron a caminar tras ellos, preguntando, intentando averiguar qué hacía la policía allí. Tras unos minutos, Claudio hizo un gesto a uno de los agentes que este entendió sin necesidad de palabras. El agente, de más de metro ochenta y con la camisa ceñida al cuerpo frenó en seco, volvió sobre sus pasos e interceptó al grupo que les seguía. Gorka caminaba escuchando como con la misma cortesía que el agente anterior, pero con rotundidad, detenía a la comitiva para que no continuara incomodando al grupo que continuó hasta llegar a un edificio. Se adentraron en

una especie de zona cubierta por un techo de hormigón, abierto por el frente, por los lados y recorrido por columnas que evitaban el derrumbe total. El portal, cubierto casi en su totalidad de pintadas con spray negro, tenía la puerta con barras de acero gris y el cristal rajado, abierta de par en par. Entraron. El fuego del interior acentuaba la mezcla de olores a orín, heces y comida, empujándoles hacia atrás como si un fuerte golpe de viento hubiera aparecido de la nada y los quisiera enviar fuera del rellano. Todos, esta vez, si necesitaron con urgencia cubrirse para poder respirar. Comenzaron a subir las escaleras que los llevarían a la tercera planta y de allí al interior del piso de la mujer que habían encontrado en el parque. A medida que ascendían el olor, a fritos y cocina, escondió algo el desagradable perfume de desechos humanos y basura. Lentamente, los investigadores comenzaron a tomar aire con menos problemas.

—Esta es —dijo Claudio en voz baja.

Los dos oficiales de más rango se apartaron, cada uno a un lado, dejando que los agentes uniformados abrieran la puerta del piso. Esta cedió con un leve empujón. La luz del sol de mediodía y una bocanada de aire caliente salieron hacia el estrecho y oscuro pasillo de la planta. Los cuatro hombres se miraron, colocaron los chapines en sus pies, los guantes de látex en sus manos, y entraron. Primero los agentes con sus armas reglamentarias en la mano, tras ellos Moreno y Soto acariciando las culatas de las suyas.

—¡Nada!

—¡Nada!

Exclamaron los primeros en entrar tras comprobar que el pequeño piso, de no más de cincuenta metros cuadrados, compuesto de salón, dos dormitorios, baño, y cocina, estaba vacío.

—Llama a los de científica —pidió Claudio a su compañero mientras recorría el minúsculo salón observando detenidamente cada objeto, cada detalle, a la vez que tomaba nota mental de todo lo que veía.

Tras solicitar a los especialistas de criminalística Gorka colgó e imitó a su compañero recorriendo con sus pupilas, mientras anotaba en su libreta, todo lo que se le ponía por delante: los sillones imitación de piel, que en algún tiempo fueron blancos, ahora estaban llenos de manchas de todos los colores, cortes y grietas por el uso. Ante ellos, presidiendo el comedor la única mesa de toda la casa compuesta de estructuras de metal hueco y cristal oscuro que sujetaban latas y latas de cervezas vacías, platos con restos de ves a saber que, jeringuillas usadas que también caían por el suelo, y decenas de papelines abiertas al lado de una goma elástica, que Gorka intuyó el uso que le daba la propietaria. El olor a cloaca y meadas, proveniente del minúsculo baño, llegaba hasta ellos como si estuvieran dentro del. La basura podrida ambientaba la cocina llena de grasa, platos sucios y comida pegada en el suelo y la encimera, mientras cientos de cucarachas, moscas y gusanos se alimentaban de ella, como hicieron en su momento del cuerpo de Carmen, y paseaban por los mármoles, armarios y estanterías.

—¡Joder! —Gritó Gorka.

—¿Qué te sucede? —Claudio lo observaba fijamente, con sorna.

—¡Hay ratas!

—Ratas, cucarachas, moscas, gusanos de colores y seguro que si esperamos un poco más aparecerá el monstruo del lodo —farfulló el inspector asqueado y con la bilis en la entrada de su esófago—. No sé cómo podía vivir de esta manera.

—Si tú a esto lo llamas vivir...

A Gorka le resultaba imposible esconder como se le revolvían las tripas, pensando en la víctima y todo lo que la rodeaba. No entendía cómo alguien era capaz de comer o dormir entre basura y bichos. Movié la cabeza negativamente y bajó la mirada. Aquella visión le ponía los

pelos de punta.

—Vamos, aquí parece que no encontraremos nada que nos aclare algo, aparte de que era una drogadicta y una guarra. Dudo que la secuestraran aquí.

El inspector Moreno fue hacia la salida justo en el momento en que uno de los agentes ponía la cinta de “escena del crimen. Prohibido pasar”, y se agachó para sortearla.

—Veremos si alguien se ofrece a hablar con nosotros. —El hombre sonrió cínicamente—. Se nota a la legua lo bienvenidos que somos y como se nos quiere por estos lares.

Los investigadores, con Claudio en cabeza, y un uniformado al final de la cola, fueron subiendo escaleras estrechas de rellano mohoso, en rellano mohoso llamando a las puertas sin recibir respuesta. Sabían que había gente. Podían sentir las pisadas; como los observaban a través de las minúsculas mirillas; los susurros, insultándoles tras los muros de madera mal barnizada o pintada de horribles colores. Pero nadie abrió. Nadie accedió a ayudar a los “cabrones” que solo trataban de encontrar a la persona que le hizo lo que le hizo a uno de ellos.

Tras casi treinta minutos decidieron dejar de insistir. Total, ¿qué les iban a contar? ¿Qué dejó morir a su pequeño? ¿Qué era una puta drogadicta y que lo que le hubiera pasado era un castigo de Dios? No había nada que ellos no supieran ya, incluso a pesar de lo poco que sabían.

—Pasemos por el club. A alguien encontraremos que nos pueda decir algo.

El edificio al que se accedía por un desvío de la carretera, en que un letrero medio escondido entre la maleza indicaba la dirección a seguir, era de un blanco sucio por el tiempo y la tierra que lo rodeaba. Su estructura de dos plantas destacaba por el enorme cartel luminoso en el que, incluso sin luz, se distinguía la palabra “Club” y una enorme paloma blanca. Las alas del ave sobresalían de los límites del metal lleno de bombillitas blancas. El enorme parking de tierra estaba desierto a excepción de tres coches.

—Por lo menos encontraremos, aunque sea, a alguna puta durmiendo. —Moreno hizo un gesto con su cabeza rubia hacia los coches que descansaban allí.

El comentario de Claudio no pilló a Gorka por sorpresa. El inspector ya era de por sí complicado y de formas despectivas, aquel caso solo estaba mostrando lo peor de él y sacándolo de sus casillas. No lo juzgó. Él también se estaba planteando quienes era en aquel momento los malos. Los dos cadáveres le estaban haciendo dudar de cuáles eran las víctimas, quienes los héroes y quienes los villanos. Si por él fuera le daba una medalla a aquel que decidió que debía tomarse la justicia por su propia mano. ¿Qué no era ético? Ciertamente. ¿Qué estaba mal asesinar y él había hecho el juramento de servir y proteger? Buufffff en momentos como aquellos el juramento era muy fácil de distorsionar, pero sí, lo había hecho. Pero ¡cojones! Además de policía, también era humano, y no le cabía duda de que cualquier ser humano, incluso los que se estiraban de las chaquetas y llevaban medallas hablando de la justicia y el buen hacer, en su fuero interno, se sentirían como él.

La calor a las cuatro de la tarde era como cuando te acercas a un volcán escupiendo lava: ¡ASFIXIANTE! Tanto que la intención de salir del coche, y alejarse del aire frío que este expulsaba, se alargó hasta que el silencio se hizo incómodo y sofocante.

—Mejor acabemos ya con esto. Estoy hasta los huevos de recorrerme la ciudad, de que me jodan en las narices, de la puta de las pelotas, y de este calor —gruñó Moreno mientras se desabotonaba las mangas de la camisa, las recogía hasta la altura de los codos, y se apretaba con más fuerzas los velcros del chaleco que aún llevaba puesto.

En el preciso momento en que los inspectores abrían las puertas del coche y ponían un pie fuera de este, un hombre con sudadera gris y capucha salió por la puerta de acero del club. El tipo paró en seco y observó fijamente cada movimiento de los dos tíos que acababan de llegar, y que incluso si no hubieran llevado los chalecos con el nombre del cuerpo, se veía a la legua que eran policías. A paso lento comenzó a recular.

Por su parte, Claudio le miró también. Aquella bestia debía medir al menos dos metros. A través de la sudadera gris, incluso a aquella distancia, se podía entrever su cuerpo robusto y musculado. Enfrentarse a él, solos y sin un arma en la mano, podía resultar complicado, y si el sujeto no se avenía a participar, hasta doloroso.

Gorka y Claudio se miraron por encima de la carrocería del coche y después de unos segundos giraron sus rostros hacia el hombre que seguía retrocediendo.

—¿A dónde va? —El subinspector Soto lo observaba fijamente.

—¡Eh tú! —Gritó Claudio—. ¡Tenemos que hablar contigo!

El tipo seguía en retroceso y de vez en cuando viraba su cuello algunos grados para ver por dónde iba y no tropezar.

Los inspectores se miraron de nuevo. El hombre no hablaba, no preguntaba, solo caminaba hacia atrás sin quitarles la vista de encima.

—Este tío es gilipollas... Anda, pide refuerzos —refunfuñó el inspector Moreno con el ceño fruncido y su tono habitual, malhumorado, más acrecentado de lo normal. Aquellas cosas le sacaban de sus casillas. Aquel tipo no parecía tener ni voluntad ni ganas de hablar con ellos, lo cual significaba, probablemente, esfuerzo y ejercicio, algo que no le apetecía una mierda.

Gorka tras llamar pidiendo más activos, pensó lo mismo. Malditas las ganas que tenía en aquel momento de sudar más.

—¡Perdona, pero necesitamos hablar con alguien del club! —Soto alzó la voz para que las palabras cruzaran los metros de tierra que les separaban del gigante, y que con cada paso de este se hacían más. Quizás si los escuchaba, si ellos intentaban un contacto verbal, el otro se daría cuenta de que iban con la única intención de conversar y les ahorraría el mal rato de tener que iniciar una persecución.

El hombre hizo oídos sordos. Frenó sus pasos un segundo, justo al llegar a la esquina del club, y sin más comenzó a correr hacia la parte de atrás del edificio.

—¡¿A dónde coño va?! —Exclamó Soto.

—¡Te dije que era gilipollas! —Vociferó Moreno arrancando a correr seguido por su compañero—. ¡Corre maldita sea!

Claudio había sacado su arma y ya corría como alma que lleva el diablo tras el hombre de la capucha gris, a la vez que gritaba a su compañero.

—¡Hago lo que puedo! —Gorka le seguía los pasos a escasa distancia, pero ya metros atrás se dio cuenta de que no iba a poder seguir el ritmo del inspector.

En ese momento el sonido de unos frenos al rodear el edificio advirtió al hombre de que algo estaba a punto de suceder. El vehículo, aparecido de la nada, no pudo frenar a tiempo y el impacto fue inevitable.

Claudio paró su carrera en seco. Con los ojos fuera de las órbitas vio como el coche arrojaba a su compañero lanzándolo sobre el parabrisas. El cuerpo cayó al suelo, sobre la tierra. Una nube de polvo se levantó mezclándose con la que había provocado los neumáticos. Con el rostro desencajado y el corazón latiendo con fuerza quedó inmóvil mirando, primero en una dirección, luego en otra. Mientras, muy cerca de ellos se escucharon las sirenas de los coches que se acercaban al club alertados por la llamada del subinspector. Ya había tomado la decisión y se

dirigía a Gorka cuando este le gritó:

—¡Corre! —Soto desde el suelo, podía darse cuenta de la batalla interior que estaba librando y que se reflejaba en su rostro—. ¡Lárgate, que no escape! —Continuó, vigilando como el gigante desaparecía tras unos matorrales. Las sirenas ya estaban encima de ellos y se podía ver como varios coches tomaban direcciones diferentes para rodear el fugitivo. Claudio aún lo miraba luchando con su conciencia—. ¡Estoy bien joder! ¡Píllalo!

Los vehículos de la policía nacional llegaron a la altura de los investigadores. En cuestión de segundos, como si ante los ojos del inspector todo estuviera sucediendo a cámara rápida, aparecieron uniformados por todas partes. Unos fueron tras el tipo, otros rodearon a Soto que continuaba en el suelo y podía ver, desde su posición, como su compañero salía de nuevo corriendo.

—¡Estoy bien! ¡Estoy bien! —Exclamó Gorka mientras intentaba ponerse en pie a pesar del intenso dolor que sentía, ayudado por dos oficiales; mientras la propietaria del coche que se lo había llevado por delante lloraba pálida y temblorosa, pidiendo perdón. Soto alisó su camisa e intentó agacharse para sacudir sus pantalones sin apartar la vista de Moreno, que ya no era más que un punto azul en la distancia.

Claudio trotaba intentando no perder de vista a los uniformados, que iban tras el sujeto, apenas visibles por la maleza. Por desgracia, cada vez parecía estar más lejos de ellos. Sabía que debía apretar el paso, si no, no les alcanzaría, pero comenzaba a faltarle aire y el costado le dolía como si se le hubieran roto las costillas. El incidente de Soto le había robado un tiempo precioso. A ritmo acelerado comenzó a disminuir distancia, ya estaba cerca, si les alcanzaba también alcanzaría a aquel tío. Se acercaba. Ya los tenía. Entonces el sonido de frenos, gritos y disparos...

—¡La puta que los parió!

Si los agentes que le precedían, y los vehículos patrulla que habían optado por el camino de las afueras lo habían acorralado, y eran los responsables de todo aquel barullo, podía estar muerto. Tras unos metros más y sin aire en los pulmones llegó hasta el grupo y vio a los policías, las luces y coches cerrando el paso. Sus compañeros apuntaban protegidos por los chalecos antibalas y apostados tras las puertas abiertas. El sospechoso yacía tumbado en el suelo, rodeado de matas, vegetación, y encima de su propia sangre. La furia y la rabia contenida desde que todo aquello comenzó, salió para fuera.

—¡Mejor será que no esté muerto! ¡Puede ser la única pista que tengamos! —Gritó mientras avanzaba con los brazos en alto y la pistola sujeta por su dedo índice, colgando de su mano.

Casi simultáneamente los hombres que estaban apuntando al centro del círculo que se había creado, relajaron sus cuerpos y bajaron sus armas.

—Creo que no —dijo uno de ellos acercándose—. Le hemos apuntado a las piernas.

Moreno lo miro al notar desdén en su tono de voz. Se acercó al cuerpo inconsciente y le palpó el cuello con las yemas de los dedos. “Gracias a Dios”, se dijo para sí mientras gritaba de nuevo:

—¡Llamad a una ambulancia!

17

**19 de Julio de 2018. Sevilla.**

Gorka se agobió al verse obligado a respirar el insistente olor a desinfectante, alcohol etílico, y enfermedad. Era curioso cómo, en unos días, parecía haber percibido todos los olores existentes, aquellos que cualquier otra persona probablemente hubiera necesitado una vida entera para sentir. Ya no podía más. Estaba mayor para aquello y el accidente era lo último que podía soportar. Aún se preguntaba de donde salió aquel coche. Aún... Se removió en la camilla y miró la hora en el teléfono. ¿Dónde coño estaba el dichoso médico con el informe y la “tiesa” de la auxiliar que lo había vendado? ¡No se podía tardar tanto en firmar un puto papel! El subinspector escuchó susurros en el pasillo. La idea de atravesar la cortina de tela que delimitaba su box de los contiguos y de la recepción de urgencias para quejarse, y maldecir la lentitud de la dichosa sanidad pública, pasó por su cabeza. Le retuvo la visión de la “tiesa” atravesándole el culo para ponerle otro calmante. Resopló con rabia. Parecía un niño ante una aguja, pero no lo podía evitar. Había fragmentos de su historia que jamás olvidaría ni superaría. Se cruzó de brazos, como un bebe enfadado, sopló hacia arriba, apartando su flequillo de los ojos, y volvió a rezongar, mientras movía la pierna sana, que colgaba de la camilla, hacia adelante y hacia atrás.

Dos boxes más allá, los médicos curaban el orificio de entrada y salida que la bala había dejado en el muslo del gigante. Claudio no perdía detalle de cómo, a la vez que se cercioraba de que las esposas estuvieran bien aseguradas en la barra de acero de la camilla.

—Ha tenido suerte —dijo el mismo médico al que Gorka continuaba esperando, mientras limpiaba los bordes de la herida—. Si le llega a coger una de las venas principales se habría desangrado en cuestión de minutos.

El doctor encorvó su desgarbado cuerpo y entrecerró los ojos apretando sus gafas contra el principio del puente de la nariz, intentando ver con más claridad que no quedaran restos de pólvora alrededor.

—No te morirás tío. —Claudio torció el gesto imitando la mueca de una sonrisa—. Por ahora —susurró después.

—Yo no he hecho nada...

El inspector Moreno miró al tipo con una ceja levantada. Le hubiera dado un puñetazo allí mismo.

—¿Entonces por qué saliste corriendo imbécil? —Claudio apretó los dientes.

El médico enderezó su delgado cuerpo y los miró a ambos con los ojos muy abiertos. Por la cabeza del inspector pasó que con aquellas gafas de culo de botella parecía que los globos oculares se le iban a salir de las córneas. Igual que en aquellos dibujos, en blanco y negro, en los que unos muelles sacaban y metían los ojos, con los que tanto se había reído de pequeño. Poco a poco el rostro del doctor se fue endureciendo. ¿Le habría leído la mente e intuido lo que estaba pensando? Seguro que sí. No había más que verle para saber que todo el mundo pensaba lo mismo cuando se detenía, fijamente, en esa parte de su geta. Giró la cara para disimular y no soltar la carcajada delante suya.

—Debería salir mientras acabo las curas —dijo el hombre de la bata blanca tras un momento—. No se va a escapar. —Añadió señalando la mano esposada al ver la indecisión del investigador.

Claudio volvió a mirarlo, luego pasó la vista por el herido y sin más salió atravesando la cortina blanca que hacía la utilidad de puerta, mientras el doctor movía la cabeza de un lado para otro murmurando insultos que no había quien entendiera.

—No le perdáis de vista. —Claudio miró muy serio a los agentes que esperaban en el pasillo y que afirmaron con un movimiento de cabeza. Caminó unos pasos entrando donde Gorka seguía esperando, cada vez más cabreado, a que el médico se dignara a traerle el informe de alta

voluntaria—. Aún tiene para rato —dijo señalando con su pulgar hacia la pared—. Yo me voy a comisaría a ver que inventa la zorra que se te echo encima con el coche.

—¿No me esperas? —Soto parecía un crío aterrado porque le pincharan de nuevo y ansioso por abandonar el hospital.

Claudio esta vez no reprimió una carcajada.

—Mejor no, que tú también tienes para rato. Cuando salgas vete a casa tío. No seas masoca que si empeoras nadie va a hacer nada por ti. Descansa que hoy te lo has ganado. — Terminó mientras miraba a su compañero de arriba abajo.

El subinspector afirmó con un movimiento y poca convicción, mientras el inspector se iba, atravesando de nuevo la cortina blanca. Saludó a los oficiales que esperaban la salida del médico para entrar a cuidar al gigante y empujando la puerta de emergencia salió del hospital por las escaleras.

Olivia no podía concentrarse. Imposible con toda aquella angustia. Le costaba levantar los brazos, posar los dedos en el teclado, mantener la cabeza erguida, la mirada en la pantalla, y la mente en el momento y lugar en el que debería. Se echó la mano a la nuca y una exclamación de dolor se le escapó por los labios. El dolor intenso no era solo en el cuello, le recorría gran parte de la espalda y el cráneo. Esta vez había sido realmente brutal. El nudo en la garganta comenzó a formarse y se enfadó con ella misma por no poder evitarlo. Pero las lágrimas, esas sí que, no iban a escapar sin su permiso.

Apoyó las palmas de las manos en la mesa para que le ayudaran a poner su dolorido y agotado cuerpo en pie, y con paso lento, arrastrando los pies, fue al baño en busca de una toalla que mojó en agua muy caliente, dobló y se colocó en la nuca. Caminó al mismo ritmo hacia el salón y se tumbó en el sofá, manteniendo el paño húmedo y caliente pegado a su amoratada piel. Cerró los ojos y rezó para no tener que volver a abrirlos. Ojalá y fuera todo tan simple, rápido, y sin dolor. Ojalá se durmiera y no volviera a despertar, porque de otra forma no iba a suceder. Ella lo sabía. No tenía valor. Pero lo que daría por acabar con todo y descansar. Lo que daría por no tener que volver a sentir el olor amargo de la cebada expulsado por su aliento, mezclado al del asco y odio que desprendía por su piel. El tacto de sus dedos. El dolor de los golpes, de las palabras. Su mirada y sus pupilas rodeadas del rojo de los ojos avivado por el alcohol, cargadas de ira. Y la furia que él sentía con solo mirarla. ¿Cuánto daría porque todo aquello quedara atrás? Todo. Lo daría todo. Su vida lo primero.

Se removió entre los cojines, intentando encontrar una posición cómoda, una postura que le aliviara el dolor de la espalda y del corazón, pero era tarea imposible. Aquel dolor no desaparecería mientras no lo hiciera ella, mientras no terminara con todo aquello y ya.

La figura se paseaba ante las ventanas. Fijamente, observaba cada movimiento y cada gesto. Solo se interrumpía, de vez en cuando, para darle un sorbo al líquido rojizo de su taza o para ajustar los binóculos y poder verle como quería, más de cerca. Llevaba varias horas vigilando. No lo había visto salir, solo comer, follar, y reírse. Disfrutar de una vida no merecida.

La rabia y el dolor eran un carrusel emocional que le estaban ahogando.

Cambió la postura y movió sus hombros y cuello en círculos para aliviar la tensión. Nah. ¿Cómo no iba a tener tensión en los músculos? Allí estaba, delante, a pocos pasos, casi podía tocarle. Y ¿dónde debía estar? Bajo tierra, donde estaban ellos. Pero la vida no era justa, y la

justicia una mierda. Lo descubrió el día en que le condenaron por un simple homicidio imprudente; cuando lo dejaron libre a los tres años por buena conducta; cada vez que va al cementerio a llevarles flores... El nudo que tenía en la garganta aprisionaba sus cuerdas vocales, y las lágrimas empañaron los vidrios haciendo la visión borrosa. Se puso la mano en el pecho y respiró profundamente. Debía calmarse. “Mente fría”, se dijo, “mente fría” ... Algún día se haría justicia. Todo el que la hace la paga, ¿no? Mentira. Pero esperaría. Daba igual si eran días, meses, o años. Le vería pagar por sus pecados y entonces podría, por fin, descansar en paz.

La mujer no paraba de llorar. Empezó cuando atropelló al subinspector Soto, continuó cuando la metieron en el coche para llevarla a la comisaría, entró llorando en la sala de interrogatorios, y aún lo hacía horas después, mientras Cercas y Moreno, sentados en la mesa, frente a ella, esperaban a que pudiera hablar, pasándole clínex tras clínex, y vaso de agua tras vaso de agua.

—Fue sin querer, lo juro —susurró entre hipo—. Con el dolor de cabeza, el sol deslumbrándome en los cristales de las gafas y el escozor de los ojos, no lo vi. Lo juro.

Claudio abrió la boca, pero la pelirroja con más maquillaje que pintura en la paleta de un pintor, y todo corrido, comenzó a llorar de nuevo. Cercas le alcanzó otro pañuelo de papel y suspiró. Aquella lucha estaba perdida. Si no mentía la tendrían que encerrar, pero por irresponsable y gilipollas. Miró al inspector Moreno y se encogió de hombros, como diciendo: ¿Y ahora qué? Claudio lo miró y movió una mano como expresando: Va yo ya paso, esta tía es tonta. Y: donde no hay, no se puede pedir.

—Un agente va a rellenar una ficha con sus datos. Hoy no va a ir a la cárcel, pero a expensas del subinspector Soto, nosotros sí la vamos a denunciar por conducción temeraria. El compañero al que se llevó por delante tomara su propia decisión. —Cercas la miraba fijamente.

—¿Voy a ir a la cárcel? —La pelirroja palideció y su llanto se convirtió en berrido.

—Dependerá del juez. No tenía alcohol en sangre y no se dio a la fuga. Eso es lo que la salva de que no la meta tras una puerta de barrotes ahora mismo, pero la multa no se la va a quitar ni Dios.

La mujer volvió a berrear. El llanto se les metió en los sentidos y los investigadores tuvieron que salir de allí, sin siquiera despedirse, para que la sensación de que les iban a reventar los tímpanos cesara.

—Putita loca borracha —susurró Claudio ante la mirada impertérrita de Cercas, que no dijo nada, solo se fue al despacho del comisario, dejándolo solo allí, junto a su mesa, obcecado y blasfemando.

18

**24 de septiembre de 1990. Madrid.**

7.00h  
VÍCTOR

Casi no he dormido. Es curioso como el olor a sangre se impregna hasta en los pelillos de la nariz. No tengo claro si eso, o las ganas de prolongar, es lo que no me han dejado pegar ojo, pero no estoy cansado. ¡Al contrario! La energía me sobra y me muero por continuar.

Se me escapa una risotada... ME MUERO...

Aún no ha amanecido.

ZZzzzzzz, Zzzzzzzzz, Zzzzz, ZzzZZzzzzzzzz.

Los zumbidos vienen de dentro del armario. Es lo único que escucho en el silencio de la madrugada. Ellas tampoco pueden conciliar el sueño. Me levanto de la cama, voy hasta el guardarropa, lo abro. Ahora se sienten con más fuerza. El frasco de vidrio parece vibrar entre mis manos. Lo remuevo, y vaya, parece que algunas se han muerto. Chasqueo la lengua, “Clak.” Qué putada, ahora son menos.

A ver, una, dos, tres... Imposible, no paran de moverse; ¡así no hay cojones de contarlas! Pero bueno, muchas de ellas aún revolotean y caminan, ya me valen.

Descalzo, solo con la camiseta y la ropa interior, salgo del dormitorio y cruzo la casa hasta llegar al sótano. El chirriar de la puerta alerta a los de abajo. Se oyen unos ruidos espantosos saliendo de la boca de Soledad.

—¡Suéltame! —Genial, papa está despierto. Sonríe de oreja a oreja— ¡Voy a destrozarte monstruo de mierda! ¡Engendro del diablo!

—Hola... Hola —canturreo saludando y bajando los escalones— ¿Cómo están mis padres esta mañana? —Imposible dejar de sonreír. Es tan... Como decirlo... ¿Metafórico?

Ahora no me salen las palabras para explicar la escena. ¿Sarcástica?

Él ahí, inmovilizado y con deshechos hasta el pelo. Se ve que ha intentado soltarse y lo que ha conseguido es revolverse más en la mierda. Parece, de verdad, uno de esos cerdos que se revuelcan por lodo, basura y excremento.

¡Así te quería yo ver, hijo de puta!

Paso a paso, con el bote medio escondido en la espalda, voy hacia ella que comienza a temblar. Desde la boca, bajando por su barbilla, la sangre seca le cubre cuello, pecho y vientre. Me siento a su lado en el suelo y pongo el frasco entre mis piernas.

—¿¿Dónde coño te has metido?! —Por unos minutos me quedo quieto, esperando— ¿¿Dónde está tu madre?!

¿¿Mi madre?? Levanto la ceja.

Dejo el envase de cristal en el suelo con cuidado. Camino hasta que sé qué en su postura puede verme e inclino la cabeza.

—E-s-a —arrastro las letras— n-o e-s m-i m-a-d-r-e —me enderezo—, y cierra la puta boca o te corto el cuello como a los gorrinos.

Vuelvo junto a Soledad y paseo el frasco ante sus ojos. Primero mira a los bichos, luego a mí, luego a los bichos. Creo que no lo ha pillado. Su cara es todo un poema dantesco. Intenta decir algo, pero solo se escuchan gorgoteos. ¡PUAJ! ¡Qué asco, por favor! La verdad es que ahora, ver la boca así sin lengua, es repulsivo. Se echa para atrás. Gira la cara cuando me acerco. Su oído queda justo a la altura que necesito para que me escuche claro. El corazón le late tan fuerte que puedo sentirlo. Su respiración es agitada, y suda. Esta tía no para de sudar.

—Soledad, Soledad —le hablo tan bajito que su aliento suena más alto que mi voz—. Llevo días recopilándolas para ti —me echo para atrás y pongo el tarro justo en sus narices—. ¿Sabes lo que las pone muy nerviosas? —Jugueteo con ellas—. El olor a gasolina... Lo estudié en el colegio. Es de las pocas cosas a las que presté atención, algo así como si supiera que alguna vez la clase de ciencias naturales me iba a servir para algo. ¡Y mira! Aquí estamos, ellas, tú, yo.

Pero eso será luego —dejo el bote en el suelo, lejos de cualquier intento de patada—. Ahora hay una cosita que ayer dejé por hacer. Espero que hayas cargado fuerzas.

La mujer de mi padre mueve la cabeza con brío. Un poco más fuerte y se descoyunta quitándome la diversión. Le aprieto la cabeza contra la pared. Por un momento se apodera de mí la tentación de estrujársela allí mismo, contra el muro, hasta que se rompa cada hueso del cráneo y los sesos salgan por las hendiduras. Pero en un esfuerzo soberano, respiro profundo, y me limito a inmovilizarla hasta que no puede girarla más, con la otra mano cojo el recambio de afeitar. Con los dedos le abro los párpados, y con calma acerco la pequeña cuchilla a su ojo. Se pone bizca. Me regodeo paseándola a cámara lenta y sus pupilas siguen mis movimientos. Otra vez hacia su ojo, vuelve a bizquear.

“——¡Por Dios! ¡¿qué has hecho?!” —Escucho su voz. ¡Victoria! ¿Cuándo carajo ha bajado? ¿Por qué no la oí? — “¿Qué crees que vas a hacer? Puedes acabar encerrado para el resto de tus días ¡Por todos los cielos!”

Estoy hasta los cojones y lo digo en serio. O me ayuda o se larga, pero esto de venir a tocar las pelotas con su canturreo me desquicia. ¿No puede entender que todo lo hago por mamá, por ella, por nosotros?

—Pírate tía, lo digo en serio, esto ya no es cosa tuya —no me digno ni a mirarla—. Preocúpate por ti. ¡Vete a clases, a tu cuarto, o a donde te salga de las narices, pero déjame en paz de una PUTA VEZ!

——¿Quién anda ahí? ¿A quién le hablas psicópata? ¡Por favor ayúdanos! —Ahora el otro lloriqueando. Buff así no hay quien trabaje.

——¿Te vas a callar o quieres que me ocupe de ti primero?

Silencio

No siento ya la presencia de Vicky. Se ha ido como llegó, como un fantasma que atraviesa las paredes, en silencio.

Vuelvo a concentrarme en Soledad, su ojo y mi cuchilla, bueno la de papá. ¿No es justicia poética?

La cuchilla, cuadriculada, diminuta entre mis dedos, se acerca con su filo a la pupila gris. Con mucho cuidado voy clavándosela, despacio, pero sin pausa, atravesando el redondel de color y cambiando la dirección para cortar en horizontal. A medida que la córnea se va dividiendo en dos una especie de líquido, similar a la pus, como cuando te revientas un grano o te arrancas la costra de una herida infectada, pero más claro, tirando a blanco, comienza a emanar mezclado con sangre; dando un tono más rosado a las mejillas de Soledad que han perdido el color, a su paso por estas. Las córneas, al abrirse y vaciarse, parece que pierden el volumen, desinflándose como un globo al dejar escapar el aire, y una mezcla de pringue acetosa, plasma y secreciones me resbala por los dedos, arrastrándose por la palma de mi mano hasta mi muñeca, y resbalando por el interior del brazo, un poco, y otro poco goteando sobre el cuerpo de la mujer de padre. Sé que el dolor es intenso, se nota en sus facciones, en sus gestos. Todo su cuerpo se vuelve a retorcer como ayer. Los graznidos escapan de la boca sin lengua, hinchada y moreteada. Contrae sus dedos convirtiéndolos en garras como las de un buitre. Sus nudillos se tiñen de blanco, y sus manos tratan de dañarme para que me detenga, y que el suplicio termine. Pero ni la debilidad ni la cuerda que presiona sus muñecas, le permiten llegar a ninguna parte de mi cuerpo.

Tras de mí, escucho los bruscos movimientos de su marido, intentando liberarse de las ataduras, restregándose por los desechos; los alaridos suplicándome que deje de hacerle daño. Huelo, su impotencia, su rabia, su dolor. ¿Sentirá lo mismo que he sentido yo durante estos años? No, lo suyo nunca será más doloroso que perder a una madre, la cordura, el corazón, o la

humanidad.

Lo ignoro.

Los movimientos en Soledad se van apagando y sus párpados comienzan a cerrarse.

¡No, no, no!

La miro y le doy una hostia esperando que reaccione ¡PLAS! Está inconsciente.

Ni lo sueñes, esto no ha terminado.

Con la mirada busco algo que la devuelva, que le impida la huida fácil, y veo el cubo de plástico en una esquina del sótano. Voy a por él, y el hedor a agua sucia, estancada, casi me tira para atrás. A saber, cuánto llevará eso ahí. Lo alejo, estirando el brazo todo lo que puedo para que el olor no me llegue y me provoque arcadas, y parándome frente a ella, levanto el recipiente por encima de la cintura con las dos manos, y se lo lanzo a la cara.

—Ya estás aquí —digo al verle mover la cabeza con brusquedad y pegar un bote desde el suelo, entre aturdida y aterrada.

Gorgoteos.

Vamos a por el otro.

La misma posición, los mismos movimientos, el mismo fin.

—Si por mí fuera te los arrancaba con venas y todo, con mis propias manos —le digo mirando sus cuencas que poco a poco se van vaciando. Le escupo a la cara y miro a papá. —En un rato la pongo cerca de ti para que puedas ver como se apaga despacito, no te preocupes.

Joder volvió a desmayarse... En serio, esto es decepcionante.

Cojo el cubo de antes y me voy al grifo de la pared. Lo lleno y vuelvo a tirárselo encima.

—¡Que no te duermas coño! —Le grito cuando vuelvo a ver que reacciona. Me pone de muy mala ostia que sea tan débil, la quiero consciente, despierta. Debe sentir.

Sonrío, y tras unos segundos viendo como el machote se revuelca buscando una forma de levantarse, me voy hacia la botella roja que tengo en el sótano desde la mañana de ayer. Me gusta como huele la gasolina. Sé cómo usarla para que todo desaparezca rápido, pero no es eso lo que busco con esto.

Vacíó el envase sobre la cabeza de Soledad, así, bien cubierta. Ella patatea, gesticula, mueve la cabeza. Se escuchan sus alaridos, como los de un perro al que están apaleando hasta la muerte. Reconoce el olor y sé lo que piensa.

—No te voy a prender fuego mujer. —Estoy de pie, a su lado, y le hablo en un tono de voz suave mientras acaricio su pelo—. No será tan rápido querida. Aunque no lo creas, te espera algo mucho peor que morir achicharrada.

Voy a por el frasco de cristal. Y de nuevo a su lado, con toda la paciencia del mundo, le envuelvo la cabeza con una bolsa. El plástico sube y baja al ritmo de su respiración, introduciéndose en la boca, la nariz, y los orificios en los que antes estaban aquellos ojos que nos miraban cargados de odio, de prepotencia, y que ahora solo son cuencas vacías en un rostro hinchado. El pánico hace que sus inhalaciones sean cada vez más rápidas y quizás de un momento a otro comience a hiperventilar. Abro una punta de la bolsa con mis dientes, y con mucho cuidado acerco el bote.

Retiro la tapa. ¡Mierda se ha escapado una! Lo cubro con la punta de la bolsa para que los bichos no vayan hacia afuera, ahora sí... ¡Genial!

¡Guau! Se oyen los aleteos de las alas diminutas y los zumbidos como si los tuviera en mi propio oído.

Con cinta cierro el boquete y ¡Listo!

ZZZZZZZZ ZZZZZZZZZ ZZZZZZZ.

El enfado de los bichos al oler la gasolina es brutal, y los gritos histéricos de Soledad al recibir los impactos de los agujones en su cabeza es bestial y gratificante, muy gratificante.

Miro la hora.

Tengo hambre.

Me voy a comer.

19

**20 de Julio de 2018. Sevilla.**

—¿Cómo está el subinspector Soto? —La voz suave de Olivia llegó a Claudio atravesando el sonido de las teclas del ordenador.

—¿Y tú qué sabes?

Había bebido y su mujer tragó saliva. Con poco equilibrio, la camisa desabrochada hasta casi el ombligo, y la americana, colgando de su índice, se acercó a ella. Con la palma de la mano empujó todos los documentos que había sobre la mesa y apoyo en esta su nalga. Colocó su índice libre en la barbilla de su mujer y le sonrió.

—¿Quién te lo ha contado? —Preguntó de nuevo.

—Tu hermana —susurró Olivia.

Su marido sonrió más ampliamente, acercó su rostro al de ella y acarició la punta de su nariz con los labios, expulsando al respirar el fuerte olor del alcohol, al que acompañaba otro, proveniente de su ropa a perfume barato. Claudio se enderezó y la rodeo para dirigirse al dormitorio.

—¿Dónde has estado?

Olivia se atrevió a hacer la pregunta, tras varios segundos dudando. Cuando se hizo el silencio pudo sentir como Claudio ya no caminaba. Podía sentir la mirada brillante y rojiza clavada en su nuca.

Lentamente, tambaleante, él se acercó a ella y el aliento ardiente atravesó la piel de la mujer.

—Jamás vuelvas a preguntarme de dónde vengo mi amor. Estoy cansado de explicarte las cosillas mujer mía —susurró mientras cogía el pelo de su recogido desde la nuca y comenzaba a estirar del con fuerza, obligándola a tirar hacia atrás la cabeza para que el dolor fuera un poco menos intenso, aguantando el nudo que se le iba formando en la garganta mientras la humedad escapaba de sus ojos.

—Me haces daño —gimió Olivia entre dientes.

Una carcajada escapó de la boca pastosa de Claudio, mientras de una sacudida soltaba el pelo cobrizo, empujando la cabeza de la mujer hacia adelante, haciéndole perder el equilibrio. Olivia se sujetó a las esquinas de la mesa para no caer, y tras conseguirlo se quedó estática, completamente inmóvil. En silencio. No se escuchaba ni el sonido de sus lágrimas. Contuvo el sollozo de dolor y rabia esperando a que los pasos de él dejaran de sentirse. Y espero hasta que el ruido de la cama, al caer su marido encima, también cesó, llevando a la casa al silencio más absoluto. Tras varios minutos se enderezó y respiró profundamente. Se tocó la nuca con las yemas de los dedos y acarició su piel dolorida. Estiró su espalda, la movió de adentro hacia afuera y suspiró. Ya no podía más. El principio del fin hacía tiempo que flotaba entre aquellas cuatro paredes. Ya no lo soportaba más...

20

**21 de Julio de 2018.**

Gorka se sentía dolorido y agotado, pero por nada del mundo se iba a quedar en casa. A paso lento y con gestos de dolor, salió del coche. Con la mano en el costado, comenzó su hazaña para poder entrar por las enormes cristalerías de la comisaría. Nada más cruzar la puerta, el agente uniformado de la recepción se le acercó rápido.

—Déjeme ayudarlo. —Se ofreció.

Gorka en cualquier otro momento se hubiera negado, pero era orgulloso, no tonto, y prefería no caer más en el ridículo, diciendo no, que aceptando ayuda. Así que dejó que el muchacho pasara uno de sus brazos por su hombro y juntos comenzaron a subir los escalones hasta llegar a su mesa. Bajo la atenta mirada del resto de inspectores, caminaron lentamente. Soto puso las manos en el escritorio, evitando apoyar la pierna y sufrir más dolor, mientras el agente apartaba su silla hacia atrás. Tras unos segundos que a Gorka se le hicieron eternos, el chaval le ayudó a sentarse, se despidió con mucha oficialidad y salió por donde había entrado.

De golpe, todos a su alrededor se levantaron de sus asientos y rodearon a Gorka.

—¡Menudo susto tío!

—¿Cómo te encuentras macho?

—¿Duele mucho?

Las voces llegaban de todos lados y el subinspector se sintió abrumado; aún y así agradeció el compañerismo y el interés.

La voz del comisario se dejó oír por encima de todos los demás.

—¿Cómo te sientes Soto? —Preguntó acercándose y poniéndole una mano sobre el hombro.

—Mejor comisario, gracias.

—¿Moreno? —López miraba la mesa vacía del inspector con el ceño fruncido.

—Creí que ya habría llegado. —Gorka encendió la pantalla de su teléfono para ver la hora. Las diez de la mañana.

—Llámalo. —La voz del comisario era áspera— Han encontrado un cuerpo y la posible escena primaria de los asesinatos del cura y de la puta.

—¿Cómo? —Soto no se podía creer tanta suerte.

—Seguimos la corazonada de la psicóloga y registramos los locales y naves abandonadas de los alrededores del parque, aeropuerto y aeródromo. Camila tenía razón. La escena inicial estaba muy próxima y con fácil acceso a donde se dejaron los cuerpos.

—¿A qué esperamos entonces? —El subinspector intentó ponerse de pie rápidamente, olvidando por un instante el dolor.

López lo miró con la ceja alzada.

—A que Moreno se presente a su puesto de trabajo para acompañarte y cumplir con su obligación —gruñó el comisario.

Se dio media vuelta y volvió a su despacho. Gorka marcó el número de Claudio. Tras marcar varias veces, por fin, una voz de mujer contestó al otro lado de la línea...

En la nave olía a herrumbre, a podrido, y a terror. El olor era tan fuerte que apestaba con esa mezcla de acero y descomposición. Los pedazos de restos humanos, sumado al líquido escarlata y espeso, inundaban los suelos, formando montoncitos allá donde miraran. Gorka,

medio enderezado, medio doblado, observaba la máquina de la que aún colgaban trozos de carne en sus aspas, los intestinos, y esquivarlas de huesos que, probablemente, eran de Anselmo.

—Menuda salvajada —susurró a Cercas que, junto a él, miraba en la misma dirección cubriéndose la boca para no vomitar.

—¡Señor, necesitamos que vean algo, hay otro cuerpo! —gritó uno de los agentes, entrando en la sala en la que los investigadores observaban con repulsión paredes, suelos, y las enormes cuchillas de la gigantesca turbina.

Cercas y Soto se miraron. A paso rápido el subcomisario salió tras el uniformado. Gorka, lentamente, les siguió.

—Lleva uniforme de empresa de seguridad.

Un agente, arrodillado junto al cuerpo, respiraba con dificultad y mantenía con mucho esfuerzo el vómito que pugnaba por huir de su estómago.

—Nadie ha denunciado ninguna desaparición, ¿verdad? —Gorka se puso a la altura de Cercas, que, despacio, rodeaba el cadáver en descomposición.

—O sí. Tampoco nos hubiéramos enterado si alguien lo hubiera hecho —respondió Claudio, apareciendo por detrás y situándose junto a ellos. Las bolsas bajos sus ojos denotaban lo poco o nada que había dormido, y su ropa arrugada dejaba claro que no se la había quitado en las últimas veinticuatro horas. El pelo lo llevaba enmarañado y apestaba a perfume. —¿Cómo estas tío? —Moreno bajó la vista al abdomen de su compañero y lo recorrió hasta posar su mirada en la pierna. Le dio una palmada en la espalda y se acercó al enorme cuerpo que yacía boca abajo, hinchado, sobre la gravilla. Al aproximarse más observó los gusanos blancos que caminaban a sus anchas por el pelo oscuro, allí en donde se distinguía el agujero en el cráneo y la sangre había coagulado, pegando los mechones y acartonando el cabello. Giró de nuevo alrededor del cuerpo fijándose en su rostro y sus brazos descubiertos. Las ampollas se habían extendido por su piel. La grasa interna junto con los líquidos corporales, luchaban por salir a través de las burbujas que los insectos, encargados de dar buen fin al cadáver, rascaban buscando salir. La visión repugnante no afectó a Moreno, mientras que muchos de los que estaban con él, intentaban encontrar excusas para salir y aspirar aire.

Soto, al ritmo que las lesiones le permitieron, salió igual que el resto hacia la pesada puerta de metal que se mantenía abierta para el vaivén de los agentes y especialistas criminalistas. Observó el tétrico paisaje y maldijo en silencio. Una sala llena de restos humanos, seguramente del cura. Un cadáver justo en la tierra que se encontraba en medio de la nave y el terreno de esta. Sangre, intestinos, lo que quedaba de las extremidades, seguramente de la prostituta, sujeto con alambres a unos enormes clavos enterrados en el suelo, y los restos de un enorme animal. Aquello era peor que cualquier película de terror. Un escalofrío recorrió su cuerpo a pesar del sofocante calor. Y ahora, en aquel infierno, ¿quiénes eran los buenos y quién los malos?

—Menuda escena dantesca. ¿No te parece?

Bella, a varios pasos tras él, observaba el cielo por encima de su hombro.

Gorka se dio la vuelta y la miró sin expresión alguna.

—¿Qué está pasando Bella? —Su voz era un susurro que a pesar del jaleo de todos los que por allí andaban, y los cliks de las cámaras, la forense pudo escuchar perfectamente—. ¿Qué coño es toda esta barbarie? —Volvió a preguntar elevando el tono involuntariamente.

—Creo que yo podré contestaros a esa pregunta. Pero necesito comprobar las escenas y el cuerpo para estar segura, necesito asegurarme de lo que ya sé.

Camila había aparecido como una sombra por el oscuro pasillo de la nave. La luz del sol

que entraba a través de la puerta que Gorka mantenía abierta, alumbró su cuerpo, su pelo recogido, y la libreta que llevaba en la mano apretada contra su pecho como si se tratara de un tesoro.

—Voy contigo. —Isabella se le acercó—. ¿Vienes? —Miró a Gorka y ante el gesto negativo de este, juntas retrocedieron.

Cuando llegaron al cuerpo Claudio aun lo miraba con cautela y detenidamente. Camila se quedó inmóvil al lado de Cercas, que no se había movido tampoco, y Bella comenzó a trabajar.

Termómetro ambiental, termómetro en el cuerpo. Nota. Fijó sus ojos en la cabeza, allí donde la sangre seca se difuminaba con el blanco de las larvas y gusanos. Nota. Revisó su rostro, manos y antebrazos. Nota.

El silencio era incómodo. La calor y el hedor insoportables.

Los de científica sorteaban al muerto como podían, obligando a los investigadores a moverse de un lado para otro, evitando chocar con ellos, e intentando no molestar mientras hacían su trabajo.

—¿Tienes algo? —Cercas miró a Camila y la mujer se limitó a asentir—. ¿Puedes...?

—Ahora no Cercas. —Le interrumpió la psicóloga y especialista en perfiles—. Necesito estar segura. Cuando salgamos de aquí dile a López que convoque una reunión urgente, da igual la hora. Si estoy en lo cierto esto no ha hecho más que empezar.

Habló observando cada paso que daba la forense, cada gesto de sus manos. Cercas afirmó con la cabeza aun sabiendo que Camila no le miraba. Tras quince minutos eternos, la forense se enderezó.

—Lo mató el golpe en la cabeza. —Se giró hacia el muerto que ahora tenía sus ojos blancos e inocuos mirando hacía el techo—. Lleva muerto más de quince días, pero no creo que más de treinta. La calor, por supuesto, ha influido, pero estoy convencida de mi diagnóstico. La fase de descomposición está avanzada por la climatología, pero me arriesgo a deciros que no me cabe duda alguna. Podré contaros más tras la autopsia, como siempre, pero quitando la forma del golpe y poco más no creo que haya muchas novedades. Voy a la sala contigua a ver si las astas coinciden con las marcas del cuerpo de Anselmo, pero presiento que sí.

—Yo también —susurró Camila siguiendo a la forense.

El dulzón y repugnante olor no abandonaba las fosas nasales de la psicóloga.

Isabella pasó por su lado, y salió en dirección a la sala en la que estaba la máquina. A pesar de la gente que se encontraba tomando huellas, recogiendo muestras, y haciendo fotos, el sonido de las suelas de los zapatos de Bella, sobresalió por encima del mutismo que reinaba. Camila expectante lo comparó con el silencio de una iglesia, roto por los pasos de un visitante perdido y solitario. Todo era tétrico, desolador, tal y como ella lo había imaginado.

Claudio las había seguido y observó desde el marco de entrada, primero a su hermana, luego la gigantesca turbina que estaba siendo fotografiada e inspeccionada por otra tanda de científicos. Incluso desde aquella distancia no cabía duda. Anselmo fue desmembrado allí. La cuerda que seguramente lo arrastró aún seguía atada a una de sus cuchillas. En el suelo se distinguían líneas sanguinolentas que casi atravesaban toda la distancia que separaba el aparato de la pared; manchas, y trozos de algo que pudo ser comida. Se olía el miedo, el terror que el cura tuvo que vivir. Era como si las emociones hubieran quedado allí guardadas, encerradas a la espera de que alguien abriera la puerta para permitirles salir.

La forense se acercó al técnico con buzo blanco y chapines azules que recogía las muestras orgánicas del suelo.

—Parecen restos de vómitos —dijo sin que la mujer le preguntara—. Y aquello juraría

que son orines. —continuó señalando una mancha, más, debajo de los restos estomacales—. Tuvo que estar despierto en todo momento. —El hombre se enderezó al sentir un escalofrío ante la perspectiva, y la forense le puso una mano en el hombro.

Anselmo lo sintió todo. Ahora fue ella la que sintió como se erizaba. Todo tenía que ser una pesadilla.

21

**22 de Julio de 2018**

La noche llevaba horas cubriendo Sevilla. El calor, aunque persistente, se había hecho menos sofocante, y el olor de la ciudad había despertado con fuerza en un vano intento de cubrir allí donde el del horror había invadido.

Cuando Camila se sentó frente a la ventana, esperando a que los componentes del equipo fueran llegando, miró el cielo lleno de puntitos blancos y brillantes, y no pudo evitar compararlos con las bolitas blancas que había tenido que ver recorrer los cuerpos del guardia de seguridad y el can.

Se pasó la palma de la mano por el pelo, no tan bien peinado como horas antes, y después se apretó el puente de la nariz. Se sentía extenuada y no solo físicamente. Las horas sin dormir tomando notas sobre todo lo que creía haber averiguado. Las horas en la nave infernal donde se habían encontrado todos aquellos restos, cuerpos e indicios. La ansiedad al saber que podía tener una respuesta al porqué, al cómo, pero que podía ser tarea imposible hallar a quien. Su mente, que ya no trabajaba con la rapidez de tiempo atrás y su cuerpo agotado por la falta de descanso, ya no la dejaban pensar con su anterior agilidad. Lo sentía y lo padecía, haciendo que se viera vieja y poco útil; aunque sabía que, si estaba en lo cierto y estaba convencida de que así era, el avance en la investigación era de suma importancia. ¿Pero de qué servía si no conseguían parar a aquel monstruo? Monstruo... ¿Era realmente un monstruo quien estaba castigando y eliminando a aquellas personas? ¿Era un justiciero, un castigador? ¿Y quién le había dado autorización para tomarse la justicia por su propia mano? Justicia, tormento, tortura, asesinato. ¿Cuál era la línea que lo delimitaba o como llamar a lo que estaba sucediéndole a esas personas? ¿Quién más pasaría por las manos de aquel ser?

El sonido de la puerta la trajo de vuelta, obligándole a mirar en aquella dirección. Poco a poco comenzaron a entrar y sentarse sin decir ni una palabra. Camila los miraba atentamente, y se dio cuenta de cómo aquellos sucesos estaban afectando a todos y cada uno de ellos, estaba convencida, sin excepción. La preocupación se reflejaba en sus rostros ojerosos, sus mandíbulas tensas. En los hombros caídos y los andares lentos. Camila percibió, también, el agotamiento extremo que ella misma sentía. Como si hasta la última molécula de su cuerpo hiciera presión para que no se levantara. Camila tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para ponerse en pie mientras el grupo, que llegaba, hacía lo opuesto y buscaban un lugar donde sentarse.

—¿Qué tal si antes de explicar lo que tengo que decir, nos ponemos al día y repasamos los sucesos? Más que nada por mis argumentos y el perfil que he creado no se sostiene a causa de algún detalle o novedad. —La voz de la mujer tenía un timbre bajo y sus palabras salían de sus labios con lentitud.

—La autopsia —Bella comenzó a hablar la primera mientras pasaba, uno a uno, folios con la copia del informe forense a todos los presentes—, no ha abierto ninguna posibilidad diferente a las que ya mencioné en mi primera observación del cuerpo. Únicamente ha reafirmado mis argumentos iniciales. Además, debo dejar constancia de que tampoco me ha otorgado la fecha exacta del fallecimiento. Me mantengo, pues, en no menos de quince días ni más de treinta, pero me es imposible ajustarlo. El motivo, sin lugar a duda, la contusión craneoencefálica. Le partió la cabeza por la mitad hablando en plata; al menos dos golpes con un objeto contundente. He encontrado restos de polvo de hierro en el pelo y la herida de la fractura. —Tomó aire profundamente y lo expulsó de forma suave—. Otra cosa. Practiqué la autopsia a lo que quedaba del perro, y la raza era una de las que yo había predicho; un Rottweiler para ser más precisa, y hembra. Aún conservaba restos en el estómago de quien imagino era Carmen, y aunque ya ha desaparecido de su organismo cualquier rastro, estoy convencida de que fue envenenada porque en su cuerpo no había ni un solo vestigio de violencia física ni heridas de

ningún tipo.

Cercas levantó la mirada que, mientras Bella argumentaba, se había mantenido en los informes y levantó una ceja. ¿Por qué a aquel hombre no lo había también torturado? ¿Por qué había terminado de manera tan fulminante con su vida, casi instantáneamente? ¿Había sido simplemente un daño colateral; una persona en lugar incorrecto en el momento menos indicado? Dejo divagar su mente imaginando la escena. Quizás él, realmente, no llegara a darse cuenta de nada, ¿o sí? ¿Pero y la víctima? Si cualquiera de los dos asesinados en aquella nave habían presenciado el momento de la muerte del agente de seguridad, con ello, también habría muerto el último atisbo de esperanza de ser salvado de cualquiera de ellos.

—No tenemos mucho más... —La voz de Gorka lo sacó de sus pensamientos—. Necesitamos algo. Es imposible saber que camino coger para investigar si desconocemos la mente de este asesino, los motivos, y toda esta extraña escenificación que, a mí personalmente, se me escapa. No consigo entender nada, la verdad.

El subcomisario observó a Camila con tanta fijeza que la mujer, al sentirlo, se removió inquieta.

—Creo que tú tienes algo, ¿me equivoco?

Cercas habló a la especialista en perfiles tras unos segundos, obligándola a abrir su carpeta y ponerse en pie. Tras dar la vuelta a la enorme pizarra blanca de la sala de reuniones, Camila comenzó a anotar palabras y párrafos, que, a todos los presentes, le sonaron a chino.

—¿Conocéis la “Divina Comedia” de Dante Alighieri? —preguntó cuando tenía la pizarra completamente llena.

Todos se miraron entre sí. El comisario movió la cabeza en señal de negación, Claudio se mostró indiferente, Cercas afirmó sorprendido y con los ojos completamente abiertos, creía ver por dónde iba a ir la cosa; Bella también dijo que sí con un gesto y torciendo los labios en una mueca, y Gorka, con gesto de dolor, se sujetó el costado. Estaba demasiado dolorido para pensar.

—Lo pregunto de otra forma: ¿habéis oído hablar de los pecados capitales, o los infiernos de Dante? —Miró a López que, tras dar la impresión, durante un momento, de estar pensando acabó con un “eso sí”, apenas audible—. Bien, pues estoy convencida, de que todo esto: las escenificaciones de los crímenes, las torturas realizadas, así como las formas en que ambos han sido asesinados, junto con aquello que conocemos de las víctimas, tiene que ver con este poema, libro o como vosotros preferáis llamarlo. —Se acercó a su bolso que colgaba del respaldo de una de las sillas, y comenzó a sacar libros que repartió, uno por uno, entre todos los que allí se encontraban—. Cuando tengáis un momento echadle un vistazo. No me voy a extender en las características de la obra, su estructura o la biografía del autor, lo que nos interesa es el contenido, y solo de una parte de todo el poema, porque eso es realmente: un poema que se ha traducido en todos los idiomas conocidos. Os he cogido los libros en los que no está traducido en prosa, porque es complicado de leer. Pero os hago una breve introducción para ponernos todos en situación, ¿sí? —Observó a todos y continuó, tomando asiento—. El poema está narrado en primera persona. En el Dante es el símbolo del ser humano, Virgilio (otro de los protagonistas junto con Beatriz) encarna la razón, y ella la fe. El libro además está fraccionado en tres partes y cada una de estas se divide en nueve partes más, o círculos, como es el caso de la parte que nos interesa, el Infierno. Las otras dos son el Purgatorio y el Paraíso. Hasta aquí nada. En esta edición abrid el libro por la página nueve, que es donde empieza la parte de dicho Infierno. —Todos la obedecieron con curiosidad—. Es aquí donde se pone interesante, y donde comencé a encontrar similitudes con nuestros crímenes.

—¿Esto se supone que nos va a decir quién es nuestro asesino? —El tono de Claudio

era cínico, despectivo, y todos levantaron la vista para mirarlo sin ocultar su desagrado.

—Calla y escucha Moreno —dijo López con gesto iracundo.

—Lo dudo —Camila habló con calma y suavidad—. Pero nos puede ayudar a conocer los motivos de cada crimen y en que metodología se basó para castigarlos antes de asesinarlos. —Sonrió la psicóloga mirando al inspector. Este bajó la mirada y cerró la boca—. Gracias... Como os decía, dicho Infierno está dividido en nueve círculos, que son: el limbo, la lujuria, la gula, la avaricia, la ira y la pereza en el mismo, la herejía, la violencia, el fraude, y por último la traición. Ahora vamos a las víctimas. —Camila se volvió a levantar, dio la vuelta a la pizarra, abrió la carpeta marrón que descansaba sobre la mesa, extrajo una foto del Padre Anselmo, y la sujetó en la pantalla blanca con un imán—. ¿Qué sabemos de él?

Gorka no necesitó mirar sus apuntes para responder.

—Fue denunciado por abusos, aunque nunca se pudieron demostrar ni se le llegó a enjuiciar.

Camila apuntaba sobre la imagen con rotulador rojo.

—Eso perfectamente, llevado a los pecados capitales, lo podemos comparar con la lujuria, ¿no? —escribió la palabra sobre la fotografía.

Todos, a excepción de Claudio, que la miraba alternativamente a ella y a la pizarra con una ceja levantada, afirmaron con un gesto.

—¿No hay más pecados, como la traición o la herejía, a los que podamos añadir las burradas de este hombre? —Bella pareció de pronto arrepentirse de haber dado por sentadas las acusaciones contra Anselmo, y añadió—: Si es que realmente son ciertas, claro.

La experta en perfiles movió la cabeza en un gesto afirmativo.

—La herejía se asocia más a cuando las ideas religiosas son contrarias a las de la Iglesia: brujería, satanismo, etc. Ciertamente es que el abuso es contrario a todo aquello que la religión católica adoctrina, pero yo personalmente, y estoy segura de que nuestro asesino lo ve de la misma forma, creo que los abusos se relacionan más con la lujuria, el sexo y el exceso de este. —Camila tomó asiento de nuevo, cogiendo el libro entre las manos, y abriéndolo allí por donde un post-it azul separaba las hojas—. Ahora buscad la página diecinueve. Fijaros en el Canto y el número romano que lo identifica...

El asombro en el grupo se hizo patente con sus gestos y murmullos.

—¡Es la marca que le grabaron a Anselmo en el pecho! —exclamó la forense fascinada ante el trabajo de la otra mujer.

—¡Exacto! —Convino la especialista emocionada—. Ahora os leeré un párrafo de la página siguiente. Estad atento y escuchad con detenimiento. —La mujer se enderezó en su asiento, esperó a que todos viraran la hoja y comenzó—: *“Llegué a un lugar de todas luces mudo que mugía cual mar embravecido en la tormenta, si los vientos contrarios le combaten. La borrasca infernal, que nunca cesa en su campiña lleva a los espíritus; volviendo y golpeando les acosa. Cuando llegan delante de la ruina, allí los gritos, el llanto, el lamento; allí blasfeman del poder divino. Comprendí que a tal clase de martirio los lujuriosos eran condenados, que la razón somete al deseo carnal y a sus lascivos apetitos. Y cual los estorninos forman de alas en invierno bandada larga y prieta, así aquel torbellino a los malos espíritus: arriba, abajo, acá y allí les lleva; y ninguna esperanza les alivia, no de descanso, sino de menor pena. Y cual las grullas cantando sus tristes acentos largas hileras hacen en el aire, así las vi venir lanzando ayes a las sombras llevadas por el viento.”* —Camila, manteniendo las tapas del libro abiertas con las puntas de los dedos, miró uno a uno a todos, que parecían no acabar de entender lo que acababan de escuchar.

—¿Y bien? —Claudio la miraba con la sonrisa torcida, y una expresión difícil de interpretar en sus ojos rojos envueltos por la oscuridad de las ojeras.

La especialista en perfiles pensó que o era estúpido o la falta de sueño lo volvía lento. Pero al observar al resto se dio cuenta de que no era el único que no se había enterado de nada y no había visto la relación. Resopló y volvió a ponerse de pie. Colocó al lado de la foto de la primera víctima otra de la máquina gigante que lo había triturado, y se giró hacia ellos en busca de alguna reacción.

Nada.

Tras unos segundos miró a la forense.

—¿De qué murió exactamente la primera víctima? —preguntó.

—Tenía la cara y el cráneo hechos papilla, al igual que todos los huesos del cuerpo. En definitiva, murió de múltiples fracturas. —Sentenció Bella.

—Otra pregunta, esta vez para todos. ¿Para qué se utiliza una turbina, y sobre todo una del tamaño de la que se utilizó en aquella nave con el cura?

—El ventilador, aunque parezca una turbina que no lo es, lo dispuso la empresa H2OTEK. Es de uso industrial e individual, con carcasa y caja de mandos acoplada a la carcasa. Normalmente, se les llama ventilador independiente y se colocan en paredes y paneles de ductos y sopladores, pero también hay empresas como la que fue anteriormente de los propietarios de la nave, que los utilizan para empujar el polvo de hierro y facilitar la buena respiración de los trabajadores, así como ayudar a hacer más soportables las altas temperaturas que se dan bajo las uralitas y las máquinas de soldar, sobre todo en esta época del año. El funcionamiento es como el de cualquier otro ventilador, pero por supuesto, en gran escala. Además, donde estaba colocado tampoco es el lugar indicado para estas máquinas. Hemos preguntado aquí y allí, y según algunos propietarios de los alrededores, el negocio se fue a pique y la nave se vació, seguramente fue desmontado para su traslado, pero por alguna circunstancia este no se dio. —Todos observaron al inspector Moreno estupefactos. Era la primera vez que abría la boca en todo el día para aportar información, y no lo contrario—. ¿Qué? —Claudio levantó la barbilla—. A ver si os pensáis que me paso el día rascándome los huevos.

Ante la observación, Cercas y López agacharon la cabeza, su hermana se tapó la boca con la mano intentando contener una carcajada y Gorka miró en dirección contraria al rostro de su compañero. No es que no trabajara, pensó Soto, nadie lo había acusado jamás de ello, pero era peculiar e indisciplinado, algo que no se podían permitir.

Camila ignoró el comentario del inspector y habló de nuevo.

—¿De verdad no veis la similitud?

—¡Ahora, claro! El aparato, bueno el aire que este expulsa, simulaba la tormenta y el viento, mientras que Anselmo era “los estorninos y las grullas”. —Entrecomilló Bella las palabras con los dedos.

—¡Exacto! Voló de aquí para allá, fue golpeado, empujado y devuelto una y otra vez. Viene a ser una interpretación moderna del castigo de Dante.

—Pero un ventilador de esa potencia empuja y rebana. En el fragmento solo se habla de que son empujados y golpeados unos con otros —el comisario habló por primera vez dando a entender que no las acababa de tener todas consigo.

—La víctima estaba atada a una de las astas con una cuerda muy gruesa y resistente —Camila señaló la fotografía de la máquina y rodeó en un círculo la cuerda que se veía aún sujeta a ella—, si el viento empujaba su cuerpo las astas y la cuerda, con cada vuelta, además de desplazarlo también lo mantenía sujeto; de forma que el viento lo levantaba, pero con cada

giro él caía de nuevo dando su cuerpo en el hormigón del suelo. Eso fue lo que dejó su cuerpo hecho papilla. Luego claro está, es física, las astas iban enrollando la cuerda cada vez más, haciéndola más corta y aproximando a la víctima a las cuchillas, hasta que sí o sí, este quedó entre ellas.

Cercas sonreía admirado. En su rostro se entreveía la satisfacción por un trabajo fantásticamente realizado. No cabía duda alguna de que la hipótesis de Camila era, no solo acertada, sino también irrefutable. Estaba contento. Sabía que ella era la mejor y por ese motivo le pidió su cooperación. Lo cual había sido un acierto sin lugar a duda.

—¿Y Carmen? —Gorka, emocionado ante la perspectiva de estar más cerca de una posible resolución, no podía esperar más. Necesitaba respuestas. Aquel avance era un paso de gigante. No era lo mismo no tener absolutamente nada, ni medios, ni motivos, ni sospechosos (aunque fuera lo más importante, por supuesto), que al menos tener un porqué y una línea de investigación a seguir.

La perfiladora volvió a levantarse, abrió la carpeta de nuevo, y extrajo la foto de la segunda víctima. La colocó junto a la de Anselmo y anotó su nombre igual que había hecho anteriormente.

—¿De qué fue acusada Carmen? O lo pregunto de otra forma. ¿Qué hizo exactamente esta mujer, que llevó a su pequeño a la muerte?

—Abandonó a su criatura mientras ejercía y se drogaba —respondió Soto.

—Abusaba de sustancias, ¿no? Y eso la llevó al descuido de su hijo, que falleció por inanición. —Camila estuvo unos segundos en silencio. Parecía que necesitaba digerir aquellas palabras y evitar que se le formara un nudo en la garganta. Cuando se repuso continuó con su argumentación—. Me he estado documentando largo y tendido sobre los pecados capitales. La gula no solo es aplicable al exceso de comer, lo es al exceso de cualquier cosa: alcohol, alimentos, sustancias... Por lo tanto, vamos a suponer que el pecado de Carmen fue la gula. —La mujer escribió la palabra al lado del retrato de la prostituta. Se sentó y volvió al libro—. Buscad la página veintidós.

Sus compañeros hicieron lo que les pedía, y de nuevo de bruce con la respuesta al grabado en el pecho de la víctima.

—Es increíble. Realmente parece una puta película de terror. —López, pálido, no daba crédito a lo que estaba viendo. Ni en sus más oscuras pesadillas habría podido imaginar algo tan macabro y retorcido.

—El párrafo de este canto dice lo siguiente. —Colocó el libro en su falda y apoyó la espalda en el respaldo de la silla antes de comenzar a leer—: “*Era el tercer círculo, el de la lluvia eterna, maldecida, fría y densa: pertinaz y constante, sin cambiar nunca. Grueso granizo, y agua sucia y nieve descenden por el aire tenebroso; hiede la tierra cuando esto recibe. Cerbero, fiera monstruosa y cruel, caninamente ladra con tres fauces sobre la gente que aquí es sumergida. Rojos los ojos, la barba cerdosa y negra, y ancho su vientre, y uñas sus manos: clava a las almas, desgarrar y descuartiza. Los hace aullar la lluvia como a perros, de un lado hacen al otro su refugio, los míseros condenados se revuelven sin cesar*”. —Camila levantó la mirada haciendo una pausa. Tras unos segundos respiró profundamente, y se limpió el sudor de las palmas de las manos en la tela del pantalón—. ¿Cómo murió Carmen? A la intemperie. Mordida, destrozada y descuartizada por un canino de pelo negro. ¡Cerbero!

Claudio se levantó y miró la pizarra, luego el libro, y finalmente a la mujer.

—¿No te parece muy cogido por los pelos? —Escupió.

—¿Qué pasa Moreno, te jode no haber sido tú el que diera con una pista? —Cercas lo

observaba desafiante.

El inspector soltó el libro sobre la mesa con brusquedad y comenzó a caminar hacia la puerta.

——Deberías estarle agradecido. Ha resuelto una gran parte del caso. ——La frase de López detuvo los pasos del hombre.

——Que me diga quién es el asesino y entonces, además de darle las gracias, le besaré los pies si hace falta. ——Moreno se giró hacia Camila y la miró de frente.

——Ese es tu trabajo. ——López se puso en pie y sonrió a la perfiladora——. Un trabajo increíble ——la felicitó——. Y vosotros averiguad todo, pero cuando digo todo es todo, sobre la nave: sus propietarios, descendientes, ancestros y muertos de estos, el año en que se dejó de utilizar, porque, y si hace falta hasta la cantidad de ratas que por allí pasean y cuantas camadas han tenido. ¿Ha quedado claro? ——dijo con tono frío a ambos investigadores sin apartar la mirada de Moreno, que sin más se fue.

——Gilipollas... ——Todos miraron a Isabella que seguía con la vista pegada a las páginas del libro——. ¿Qué? Es mi hermano, pero eso no le exime de ser un gilipollas desagradecido. ——Sentenció levantando los hombros y sonriendo a su nueva compañera de equipo.

22

**24 de septiembre de 1990. Madrid.**

VICTOR

He comido. Lo que no dormí de noche lo he recuperado en estas cuantas horas, y las pilas se recargaron lo suficiente como para terminar con el castigo de Soledad.

Entre las cuatro paredes de ladrillo, cemento desconchado y húmedo por el frío, el silencio es total. Bajo las escaleras a tientas por la oscuridad y enciendo la luz. Ella está inmóvil, sentada, con la cabeza ladeada cubierta por la bolsa, las manos reposan entre sus muslos desnudos, y mantiene una pierna doblada en una postura bizarra.

Él comienza a removerse, el sonido chirriante de la puerta lo ha despertado. No habla, no dice nada, solo me mira tan fijamente como yo a él.

Paseo por allí buscando algo con que darle en la cabeza, y lo encuentro...

23

**24 de julio del 2018. Sevilla.**

El olor era intenso.

El perro comenzó a tirar de ella de forma brusca y Ada soltó un gritito al sentir una punzada de dolor por el tirón.

—¡Linda, no seas bruta coño! —exclamó al verse arrastrada.

Su pastor alemán hizo oídos sordos y sin levantar el hocico de la tierra, continuó olfateando y estirando.

Ada le dio una vuelta más, en su muñeca, a la cuerda de la correa, esperando que así el énfasis del animal pudiera ser retenido cuando ella hiciera fuerza hacia atrás con el brazo. No tenía ningunas ganas de correr, y si dejaba que Linda continuara a aquel ritmo seguramente acabarían realizando una maratón. Entendía que se hubiera puesto algo nerviosa, el olor a carne quemada era evidente, pero era un olor diferente al que ella estaba acostumbrada. No sabía muy bien decir por qué, pero no era el típico perfume de un chuletón a la barbacoa. Aún y así podía imaginar lo que pasaba por la mente de su compañera canina en aquellos momentos. No tenía muy claro si dejar que Linda la guiara o mantenerse alejada de aquel intenso olor. No era desconocedora de las noticias sobre el hallazgo de los cuerpos y de la existencia de un asesino en serie que campaba a sus anchas y dejaba los cuerpos abandonados por el parque. Pero la idea de que fueran ellas las que encontraran otro cuerpo le parecía absurda. En primer lugar, porque dudaba que alguien que había conseguido esquivar a la justicia hasta aquel momento fuera tan iluso de volver al lugar que sabía de sobra, en todos los noticiarios se repetía una y mil veces, estaba vigilado por el cuerpo entero de la policía, y en segundo lugar porque eran ellas, Ada y Linda... No iban a tener tan mala suerte, ¿no?

¿O sí?

La mujer suspiró. Seguramente era algún animal al que algunos críos capullos habían frito para su disfrute. Tenía que dejar de leer tanta novela de asesinatos y ver menos capítulos de CSI.

Linda volvió a tirar de ella con fuerza. Y poco a poco se adentraron en la arboleda. Ada estiraba hacia atrás del brazo mientras su compañera lo hacía adelante. Aún era pronto. En aquella época del año las siete de la tarde eran como las cuatro en cualquier otra población española. Apretaba el sol, el cielo estaba azul y despejado, las nubes blancas ... Los árboles eran de agradecer, más teniendo en cuenta como picaba el solarro y la calor. Pero el olor se había intensificado y no era buen augurio. Cuanta más intensa la peste, más cerca el motivo de esta. Intentó desacelerar su paso y también el del animal, pero era tarea casi imposible. De todas formas, con pequeños estirones, fue consiguiendo que el ritmo de Linda se volviera más suave y las prisas por llegar al motivo del hedor no la arrastraran.

El silencio era mortal, tétrico. Si no hubiera sido por la luz natural hubiera parecido la típica escena de película slasher, en la que la tonta de turno se adentra en lo profundo del bosque, buscando que el asesino, sin el más mínimo esfuerzo, le dé caza. Se le escapó una risita tonta por culpa de los nervios, y sin querer comenzó a temblar provocando que hasta los dientes le castañearan. Es que había que ser estúpida para hacer caso a un perro en vez de ser ella la que mandara en la relación. Con razón los tíos hacían con ella lo que querían, comenzó a divagar intentando alejar el miedo que se estaba apoderando de ella, si hasta su perra llevaba los pantalones en su casa. Los gemidos de Linda y los tirones frenéticos que comenzó a dar de nuevo hicieron el efecto deseado en Ada, y la mujer se dio cuenta de que fuera lo que fuera que desprendía aquel olor que tan nerviosa ponía a su pastor alemán, estaba muy cerca de ellas. El dolor en el brazo se hizo tan insoportable que finalmente decidió soltar la correa y seguir a la perra caminando y con el brazo en su articulación. Inmediatamente, Linda se preparó para coger

velocidad. Era como si hubiera presentido que su humana le daba vía libre para buscar la procedencia de aquello que su olfato percibía. Los ojos de la perra la observaron fijamente y Ada, vencida, exclamó:

——¡Vamos pesada, busca!

Era lo que necesitaba y salió corriendo con su dueña siguiéndole los pasos.

No tardo mucho tiempo en detenerse ante un montón de hojarascas y Ada agradeció el impás. Le faltaba el resuello y sentía como si los pulmones fueran a escapar por entre sus labios. El sudor empapaba su camiseta y la cintura de sus pantalones deportivos. Su rostro, completamente colorado y con gotas del líquido desprendido por su frente, resbalaban hacia sus mejillas y cuello, efecto de la calor y la carrera. Miró al suelo mientras apoyaba las manos en las rodillas con su cintura doblada y sus piernas estiradas, intentando recuperar el aliento.

Linda rascaba con sus patas el suelo de tierra, sollozaba, gemía y ladraba, mientras de vez en cuando rodeaba el lugar.

La mujer levantó la mirada. Aún le costaba controlar su ritmo cardíaco y la respiración dentro de la normalidad, pero la angustia del animal era preocupante.

Entonces algo se comenzó a distinguir. Algo azulado, parecido a un gran trozo de plástico, que Linda decidió sacar a la luz agarrando una de sus puntas con los dientes. El animal estiró, dio un salto atrás. Lo olió, lo lamió, lo volvió a olfatear, rascó otro poco la tierra que lo rodeaba con las uñas y lo volvió a coger con los dientes.

——¿Qué has encontrado detective? ——preguntó mirándola a la vez que enderezaba su cuerpo y caminaba hacia ella——. Espera que te ayudo, aunque no estoy segura de que esto sea bueno... ——susurró cuando ya tenía cogida la punta contraria.

Ambas comenzaron a tirar. El olor se hizo tan fuerte y nauseabundo que Ada no pudo evitar las arcadas. Era algo grande, pesado. Los dientes de Linda rajaron un extremo, dejando libres a cientos de moscas que salieron como almas que lleva el diablo del interior rodeando a las dos, justo en el momento en que Ada miraba hacia el lugar y veía parte del interior. Su piel se volvió blanca, su mirada estática y sus piernas se adormecieron, provocando que cayera al suelo. Arrastró como pudo su cuerpo hacia atrás. Le era imposible coger el impulso suficiente para ponerse de pie. Un alarido aterrador escapó de sus labios y todo a su alrededor se volvió borroso.

Rodeada por los agentes, Ada aún tenía la cabeza embotada, como si su cerebro se mantuviera en letargo. Le dolía a rabiar y a duras penas, conseguía recordar en qué momento despertó, sacó fuerzas y controló el pánico lo suficiente como para coger el móvil y llamar. Solo tenía presente la lengua de Linda recorriendo cada minúscula parte de su rostro y su llanto. Recordaba sus babas y sus gemidos lastimeros, preocupada porque su dueña no volviera en sí.

Desvió su mirada hacia el plástico azul y observó como los expertos de la policía, con sus monos blancos, trataban de sacar el bulto sin corromper la escena ni alterar las pruebas. Estaba oscuro ya. Poco a poco, mientras llegaban se había ido ocultando el sol, y eso significaba que había estado horas inconsciente. El terror de lo que podía haber pasado en ese intervalo de tiempo le provocó arcadas. ¿Y si la persona que enterró el cuerpo, el asesino, hubiera estado cerca o hubiera vuelto para ver que el cadáver seguía donde lo había dejado? ¿En qué momento se había vuelto una estúpida inconsciente?

El sonido de las voces le obligó a desviar la mirada hacia el tipo alto y rubio que, con las manos en los bolsillos, la miraba desde arriba, mientras ella sentada en la parte trasera del vehículo policial, con las piernas fuera, temblaba como una hoja.

——A ver... ——dijo el inspector Moreno devolviéndola al momento——. Estaría bien

que nos repitiera lo que sucedió. Mi compañero —señaló a Soto—, le tomará declaración más detenidamente.

Ada sintió un escalofrío que le erizó el vello de los brazos.

—¿Es necesario que lo haga ahora? —Gorka miraba lastimeramente su pálida piel, sus ojos enrojecidos y acuosos, sus labios hinchados de tanto mordisquearlos por los nervios y el estrés—. Podemos dejarlo para mañana. Quizás sería bueno que descansara.

Claudio alzó una ceja y miró de reojo a su compañero.

—Ahora esta fresco en su mente —dijo en voz baja.

Soto encogió los hombros, movió la cabeza de un lado al otro y se acercó a Ada, que seguía temblando. Arrodillándose frente a ella, pasó la hoja de la libreta y con mucho tacto comenzó a preguntar.

Moreno caminaba rodeando a los especialistas de científica; observando cada movimiento, cada gesto y cada pequeño detalle que se encontraba cerca del agujero en el que aún estaba metida la bolsa.

Definitivamente, aquel tipo tenía cojones. Ni, aunque el mismísimo ejército hubiera vigilado la zona, le importaba. Tenía un propósito y nada ni nadie le impedía llevarlo a cabo. No sabía si admirarlo, detestarlo, o ambas cosas a la vez. Sonrió con la boca torcida y respiró profundamente.

—Menudo hijo de puta con dos cojones —susurró para sí.

A paso ligero se acercó a la zona de las luces y especialistas de monos blancos, en cuanto se dio cuenta de que la bolsa ya había sido extraída por completo, y todos se agolpaban expectantes a su alrededor.

—¡Soto ya está! —gritó a su compañero que se enderezó como si tuviera un resorte en las rodillas y corrió hacia él.

Poco a poco, uno de los asistentes de la forense comenzó a rajar con un bisturí el plástico azulado, mientras otro tomaba fotos desde todos los ángulos existentes. Se escuchaba el sonido de los flashes, y las voces de todos los que se encontraban alrededor del paquete diciendo una y otra vez:

—Despacio..., despacio, que hay que preservar cada minúscula prueba.

Todo era confuso, absorbente, agobiante. Los que no podían estar lo suficientemente cerca del cuerpo se arremolinaban alrededor, empujándose los unos a los otros para no perderse detalle de lo que allí se iba a ver una vez roto completamente el plástico. Moreno y Soto intentaban quedar por delante para tomar notas; otros reclamaban que la forense aún no hubiera llegado, mientras el tipo del bisturí intentaba mantener el pulso firme y se mentalizaba de lo que tendría que ver, para no vomitar hasta la última papilla cuando todo estuviera descubierto.

—¿Por qué no está ya la forense aquí? —Claudio le repitió a pregunta a Soto al oído a la vez que no dejaba de tocarse la espalda.

—Tu hermana está con otro cuerpo en estos momentos.

—En el trabajo no es mi hermana, y estos cuerpos son prioridad, ya debería saberlo.

El subinspector no dijo nada. Se limitó a suspirar y seguir cogiendo notas de cada cosa que veía.

Por lo poco que habían conseguido descubrir solo podían divisar lo mismo que había visto la mujer que encontró el cuerpo: lo que era una mano completamente engarrotada y un brazo, la piel era blanca y en un primer momento no se veían heridas, postulas de descomposición, ni sangre.

—Esto es muy raro... —comento el asistente de Bella, dejando a todos en silencio y

expectantes. Palpó antes de terminar de abrir. Había algo que no era normal y no pudo evitar mirar a los inspectores con cara de preocupación—. Esto no me huele bien —dijo de nuevo mientras volvía a adentrar la minúscula cuchilla en la zona plastificada de color azul. Poco a poco el corte fue bajando, abriendo más cada vez y tiñendo el rostro del hombre en rojo grana. —¡Me cago en la puta! —exclamó tras unos segundos quitando el forro plastificado completamente; y dejando al descubierto un cuerpo desnudo, completamente tieso, y brillante.

—¡Es un muñeco! —Los gritos de Moreno eran atronadores mientras no dejaba de rascarse la nuca y mirar a los lados—. ¡Solo es un puto maniquí! —Volvió a gritar levantando los brazos y empujando a todos lo que se habían concentrado a su alrededor para poder salir del círculo que se había formado.

—¿Y el olor a descomposición? —Soto miraba al ayudante de la forense estupefacto mientras este con una mano continuaba manteniendo sujeto el bisturí y con la otra se rascaba la coronilla avergonzado por la situación—. ¿Cómo puede ser tan fuerte? ¿Y cómo es posible que nadie se haya dado cuenta antes de comenzar a abrir que no podía ser un cuerpo humano? ¡No me jodáis por Dios!

—Está rodeado de algún tipo de tela blanda, mira aquí —comentó el hombre que aún se hallaba sobre el muñeco, señalando el interior del forro—. No se podía notar la textura del plástico duro de la figura. En cuanto al olor... —Con el pequeño instrumento afilado rajó un poco más, dejando una masa de pelo y carne en descomposición realmente grande—. Un animal... ¡Un puto perro tan grande como un caballo! —Se limpió el sudor de la frente con la tela que cubría su antebrazo, cabreado—. Esta es la procedencia del hedor a descomposición que llamó la atención del pastor alemán de la mujer.

—¿Una broma? ¿Esto no ha sido más que una broma? —El subinspector Soto salió del círculo de personas que poco a poco se iban desvaneciendo, abochornados por lo que consideraban un ridículo espantoso, y se acercó a su compañero, que miraba al suelo con la espalda tensa y los puños.

—O un intento de distraer nuestra atención... —susurró Moreno cuando lo tubo enfrente.

24

**24 de julio de 2018. Sevilla.**

VICTOR

En la distancia observo sus zancadas al caminar. Veo como vigila, como dirige a sus subalternos, como trata a su compañero, esa altanería que caracteriza a los narcisistas. Su pelo claro, su cuerpo alto, musculado. Casi siempre apestando a bebida de garrafón, siempre perfumado con colonias de puta barata. Culpando al mundo, echándole las culpas de su disconformidad, de su incapacidad para ser feliz. Sin querer reconocer su poca empatía por aquellos que conviven bajo el mismo cielo que él. Sin aprender a dar amor, pero ansioso de recibirlo, por sentirse el amo, el “Dios todopoderoso” que nunca se equivoca, que hace sufrir porque así va el mundo y si él no puede ser feliz, nadie lo es. El único con razón. Mientras ella sobrevive, aguanta, llora. Y yo la observo. Veo su intento por ocultar sus cicatrices, heridas y lágrimas. La pena, el dolor y la incompreensión tras su mirada.

Él es la violencia y la traición más deleznable que existe en este mundo de pecadores. Ella es la persona que jamás será salvada, lo que yo considero “la víctima”. Nunca tendrían que haberse conocido. Ella nunca tendría que haber cedido, consentido, aceptado. No se tendría que haber enamorado.

Las personas como él se nutren de los elogios y sentimientos de las personas a las que dan caza. Son como animales, escogen a su víctima, componen toda una trampa de mentiras, las aprisionan en sus redes y luego se las comen, alzándose con el dolor que causan. Así son los depredadores narcisistas. Así es él.

Me encojo de hombros y bajo la cabeza. La visera de la gorra me cubre gran parte del rostro y estoy rodeado por decenas de chafarderos, aún y así vale más que tenga cuidado. Alguien podría darse cuenta de mi presencia. Les deben haber dicho lo típico de: “el asesino puede encontrarse entre el gentío, observando su obra y nuestro desconcierto”. Y lo gracioso es que eso mismo estoy haciendo. Lo intento, de verdad, pero casi me es imposible contener la sonrisa Giro el rostro como si estuviera pendiente de otra cosa, me coloco la gorra más abajo y dejo que mis labios se expandan y mi rostro exprese mi regocijo. Nadie me mira. ¡Bien!

Tras un momento dirijo de nuevo la mirada al grupo cercano a donde se encuentran las fuerzas de la ley, creyendo que están desenterrando a mis pecadores, y poso mis ojos fijamente, casi estáticamente en él, en su espalda. Se la toca; se vira un poco buscando algo. Guarda la mano en el bolsillo del pantalón, la saca... Está nervioso. Qué pena.

Poco a poco terminan de sacar lo que parece una bolsa.

Miró a la pobre mujer que tiembla sentada en el coche ambulancia, y luego al grupo. ¿Qué? ¿En serio? ¡No es un cuerpo de verdad! Estoy a punto de descojonarme allí mismo, esto sí que ha sido una obra divina. Estos gilipollas pensando que habían encontrado otra obra mía, yo pensando que había algún loco por ahí asesinando y dejando cuerpos a la intemperie, y solo es un puto muñeco. Ojalá tuviera delante al creador de tan maravillosa gracieta, le daría un abrazo. Me muerdo el labio inferior para contener las ganas de reírme, pero está siendo complicado, la verdad.

Vuelo a fijar las pupilas en él. El odio, la rabia y la premura por saciar mis instintos y castigarlo ya se apodera de la boca de mi estómago. —“Despacito Víctor” —me digo mentalmente—. —“No la cagues ahora”. —Respiro hondo y aprieto mis manos en un gesto de ira que debo contener. Su tiempo está a punto de llegar. Un poquito más. El momento que más deseo y que con más gusto voy a vivir y aprovechar está al caer. Se toca la nuca de nuevo. Sabe que estoy cerca, me siente, me escucha. Lo sé.

Prepárate inspector Moreno, estoy tras de ti, y en cualquier momento me verás.

25

**25 de septiembre de 1990. Madrid.**

ERNESTO.

“¡Hay de vosotras, almas perversas! No  
esperéis nunca contemplar el cielo; vengo a llevaros  
hasta la orilla, a la eterna tiniebla, al hielo, al fuego”

—DANTE ALIGHIERI—  
Canto III de La Divina Comedia.

El dolor de cabeza va a matarme. Las sienes hacen BOM, BOM y el cráneo se infla como un globo. Si sigue así, al final me explotará partiendo los huesos en cientos de pedazos, y esparcirá mis sesos, mezclándolos con toda esta asquerosidad. Respiro hondo.

¡Las piernas! Con la mirada busco las ataduras de mis tobillos y el brillo resalta en la piel sucia. Cojo el metal que sale de los grilletes y estiro. No puedo sacarlo. El resto de las argollas están hundidas en el fondo. Las náuseas que me provoca tener que meter las manos en la mierda, suben y bajan por mi esófago, acumulándose en mi garganta. Levanto poco a poco la cadena para ver donde termina y a qué está asegurada. Sigo con la mirada y no veo nada, estiro y estiro; no hay cojones de desenganchar.

Me arrodillo con la ayuda de las palmas de las manos, y levanto la vista. En la pared desconchada distingo algo metálico: un aro. Ahí era donde tenía atada a Soledad ¿Por qué ya no está?

El corazón comienza a palpar con fuerza. Las ganas de vomitar están ganando la batalla al pánico de llenar de más estiércol la cuba en la que me ha metido, y comienzo a temblar de miedo.

—¿¿Dónde está mi mujer?! —Grito con todas mis fuerzas —¡Monstruo! ¡¿Y mi mujer?! —Pero a mi silencio, tras desgañitarme, únicamente lo acompaña más silencio.

Siento la necesidad de volverme. Es como si una voz me dijera: gírate, ella está más cerca de lo que te imaginas. Le doy la vuelta a la cabeza, lentamente, por encima de los hombros, y una neblina blanca se apodera de mi visión, parpadeo una, dos, tres veces, y la imagen parece menos borrosa. No es una neblina, es un bulto cubierto de una sábana blanca. Inmóvil. Ni una sola señal de movimiento.

—¿Soledad? —Susurro. Unos minutos y nada—. Cariño ¿eres tú?

Giro todo mi cuerpo con terrible dificultad, y mis brazos se hunden en el líquido sucio, arrastro también las piernas y me pongo de frente. No puedo evitar el dolor. Las rodillas se rasguñan con el fondo del acero. Cada vez queda menos de mí dentro de la cubeta en la que estoy metido.

Me estiro lentamente. Mis manos sucias, apestadas, se acercan a la tela. Las encojo de nuevo, con rapidez.

¿Y si es una trampa?

“Ahora retirarás la sábana y debajo estará el monstruo que ayudaste a concebir, se te echará encima con: un palo, un cuchillo; vete tú a saber, y, ¿cómo coño te defiendes si tienes las manos atadas y tiembles como una hoja? No puedes salir corriendo. Todo te falla. El cuerpo te duele por la cantidad de horas que llevas amarrado, en pelotas, y sin tomar ni un puto vaso de agua o un trozo de pan.”

Dice la voz en mi cabeza cada vez que estiro los brazos en dirección al bulto.

De arriba llegan los sonidos estridentes de la música del diablo.

Aparto la mirada y la bajo hacia mis manos, las levanto y giro las palmas hacia arriba y hacía abajo, una y otra vez. Tras unos minutos en los que mis retinas pasearon por mi sucia y maloliente piel, respiro profundamente y cierro los ojos con fuerza. Puedo sentir como si las puntas de las pestañas se me clavaran en la piel que las rodea. Contengo el aliento unos segundos, abro los párpados, aquello sigue allí en la misma posición. Alargo de nuevo los brazos, y como puedo, cojo uno de los bordes. Estiro despacio, acojonado, y poco a poco comienzo a descubrir lo que se esconde debajo.

Algo rojo brillante aparece primero. ¡Dios Sole! La respiración se me dispara, la vena de mi cuello late. Me suda la frente y las gotas caen como si fuera el agua de la ducha al bajar por

mi cabeza. Como necesito una ducha. Los ojos me arden, las lágrimas se agolpan en ellos y ya no puedo evitar el nudo de la garganta. Joder como me tiemblan las manos y las piernas. No quiero estirar más y suelto aquella pieza de ropa como si quemara. ¡Vamos, maldita sea, necesita ayuda! Mi cabeza es un caos.

Quiero ayudarla, bien lo sabe Dios, pero me puede el miedo a lo que me voy a encontrar. Sollozo como si no hubiera un mañana. Grito, e intento escupir por la boca toda mi impotencia y terror con cada alarido que dejo salir.

¿Y si está muerta? Entonces, sin más, paso del llanto a la carcajada. Cojo aire. Inspiro, expiro. Inspiro, expiro. Acerco mi antebrazo a las mejillas, tengo la nariz obstruida por los mocos, no percibo ni el nauseabundo olor de hace un momento. Aprieto los puños y balanceo mi cuerpo hacia adelante, hacia atrás. ¡Tengo que descubrirlo, debo hacerlo! Señor Todopoderoso, que no esté muerta. Forcejeo de nuevo para deshacerme de las ataduras de las muñecas. ¡Nada!

Con el labio inferior en continuo movimiento, me arrastro para quedar más cerca. Vuelvo a sujetar aquello que un día cubrió mi cuerpo en la cama. Estiro con tanta fuerza que pierdo el equilibrio y caigo de espaldas en una postura retorcida. Mis piernas quedan dobladas por los tobillos; un intenso dolor, punzante e insoportable, recorre por completo mi pierna derecha, mi costado y la columna, igual que haría una corriente eléctrica, hasta la cabeza, ordenando a mi cerebro que aülle de dolor.

Apenas puedo respirar, pensar. No puedo enderezarme ni unos centímetros para ver lo que hay bajo la tela. Estoy seguro de que el puto tobillo está roto, o como mínimo, dislocado. No se va, el dolor no se va. ¡¡Joder!! Estoy en un punto en el que si no mantenga la mente fría voy a terminar rozando la histeria, ¡pero no se va a salir con la suya!

—¡Engendro del diablo! ¡¿Me escuchas?! —Grito al techo del sótano. Está arriba, Puede oírme. Yo los oía a ellos cuando gritaban y lloraban, así que me ha escuchado. Está vigilándome, lo intuyo. Siento su presencia, casi, como si estuviese aquí, conmigo, entre las sombras— ¿Estás ahí? —Mi voz ha quedado colgada en el aire helado y húmedo, envuelta de ladrillos color rojizo. Un escalofrío me sacude de nuevo. Es la sensación de que algo se está moviendo frente a mí.

Miro y mis pupilas colisionan frente al rostro de mi mujer salvajemente desfigurado. El vómito sale de mi boca accionado por el esófago sin darme tiempo a reaccionar, girarme y así evitar que caiga sobre mi pecho. Por instinto, intento recular, alejarme del monstruo en el que se ha convertido la mujer con la que estoy casado; y otra vez el dolor.

No puedo, es imposible mover un centímetro de mi enorme cuerpo y maldigo la hora en que todos ellos nacieron. Grito una vez, otra. Me dejo caer, ya da igual sobre qué, no puedo más. Las fuerzas se han desvanecido, no me queda nada de lo que tenía. No puedo seguir. Dejo que la inmundicia se pegue a mi cuero cabelludo, que se meta en mis oídos, que me pringue la piel de la espalda, los hombros. Permito a la fatiga que cierre mis párpados, pero la imagen que se dibuja en mis retinas me obliga a abrirlos de golpe y las lágrimas pasean por los costados de mis cuencas oculares, cayendo gota a gota con el resto de los desperdicios que ya me han cubierto.

26

**16 de enero de 2012. Sevilla.**

Entraron en el recinto cogidos de la mano.

Él con la camiseta ceñida al cuerpo. Las mangas cortas apretaban sus bíceps dando la sensación de que en cualquier momento la circulación se cortaría a causa de las costuras. Ella con el pelo recogido en un moño, una sesión de maquillaje de profesionales en la cara y el vestido de Gucci más caro que había encontrado en su armario.

Cuando Francisco y María llegaban estaban los típicos lameculos a los que solo les faltaba extender la alfombra roja, a su paso, a la hija del dueño y a su nueva adquisición. Los que los ponían a parir cuchicheando muy bajo para que ningún lameculos los oyera. Y los que no tenían ni puta idea de quien eran aquellos dos estúpidos ególatras a los que solo les faltaban las chispas de brillantes cayéndoles encima desde el techo a cada paso que daban, mientras recorrían los pasillos semi iluminados de la gran y selecta discoteca. Uno de estos últimos fue Mario...

Sí, Fue.

Porque si Mario hubiera sabido que por llegar a la capital en taxi aquel día para verse con sus amigas; que por aceptar la invitación de una de ellas de ir a NAMASTE, la discoteca de moda; que por beber en el local un par de copas y tragarse unas pastillas que le despojaron de cualquier vergüenza; que por estar tan puesto iba a ponerle ojitos al pedazo de tío que apareció en la entrada; que al ver que él también lo miraba iba a tener el valor de acercársele y rozarle el culo con muy poco disimulo; que aquella iba a ser la última noche de su vida; y que su asesino se iba a salir de rositas con una simple condena de homicidio involuntario, a pesar de haberlo esperado en el parking del local y cosido a puñaladas mientras su compañera le alentaba y se reía, Mario jamás habría aceptado el plan de sus amigas de viajar a la capital para pasar el fin de semana a celebrar su decimoctavo cumpleaños. Mario nunca hubiera tomado drogas y nunca hubiera puesto un pie en NAMASTE.

28 de julio de 2018.

Era tarde. Él lo sabía, pero le gustaba la oscuridad. La luz del día no era compatible con aquello en lo que se estaba queriendo convertir. Quería oscuridad, paz, silencio, soledad... Lo necesitaba. Estaba asqueado del ser humano, del trato social, de todo lo que el día significaba. La luz le molestaba, le quemaba, y daba visibilidad a sus cicatrices. Esas que se hacía voluntariamente en la piel. Cubría sus brazos con telas, su cabeza con gorras, su corazón con soledad. Soledad que buscaba y deseaba. Ya no podía más. El dolor era demasiado profundo, demasiado insoportable, solo otro dolor le ayudaba a olvidar la sensación de angustia que cargaba. Miro a Dante, y se dio cuenta de que los ojos oscuros de su dóberman también le miraban a él.

—¿Qué pasa chico? —El perro ladeó la cabeza y levantó las orejas—. Te gusta la noche a ti también, ¿a qué sí?

El camino estaba poco iluminado, aún y así las pocas farolas que daban algo de claridad le dejaron ver la figura del canino caminar ante él con cierta chulería. Alex sonrió. Si no fuera porque si se esfumaba, Dante acabaría en una perrera o algo peor, ya estaría lejos. Lejos de todo: su padre, sus hermanos, compañeros y sobre todo de ella. Sabrina... Su mal, su dolor, su angustia, su pesadilla. Le había destrozado, humillado, engañado y abandonado. ¡Maldita zorra desagradecida! Ella es la que tendría que sentir ese vacío, esas ganas de morir, ese sentimiento de no ser querido y no él que lo entregó todo, incluso lo que no tenía, para verla feliz...

No entendía nada, y tampoco estaba seguro de querer entender. Lo único que sabía era que ya nada le importaba. Ya no.

Alex intentó hacer un amago de sonrisa a la oscuridad, pero tenía las facciones inmovilizadas por la amargura.

Se remangó un poco las mangas de la camiseta con la imagen de Marilyn Manson, no había nadie que pudiera ver sus heridas y la calor, incluso a aquella hora de la noche, era casi insoportable. Miró sus brazos un momento bajo la luz de la farola que tenía encima. Las heridas estaban en varias fases: cicatrizadas, cicatrizando y recientes. De aquella misma mañana para ser más exactos. Tenía unas ganas locas de cortarse. La tentación era fuerte y metió la mano en el bolsillo de su tejanos. Siempre llevaba una pequeña cuchilla de afeitar envuelta en papel de cocina consigo. Pero ¿y si se encontraba con alguien? ¿Y si había gente cerca? Al fin y al cabo, aquel lugar tampoco era tan solitario como le hubiera gustado. Que sí, que era cierto que poca gente pasaba por allí, y menos de madrugada, por miedo a los robos y ataques que se podían producir, más aún desde que, según las noticias había un asesino por Sevilla, pero siempre podía haber algún tarado como él al que no le diera miedo estar en un apartado rincón del mundo buscando que le matasen para ahorrarse la faena, o algún amante de la soledad buscando no toparse con nadie. Sacó la mano del bolsillo y decidió esperar a llegar a casa y hacerlo en la intimidad de su dormitorio.

Ojalá y se encontrara con el psicópata.

Dante se le acercó cubierto por la oscuridad y cuando llegó a su altura recostó su trasero en el suelo y volvió a mirarlo. Ahora sí que Alex sonrió con ganas y sinceridad. El dichoso viejo conseguía que el dolor, en algún momento, fuera un poco menos intenso. Tenía ese poder del que los humanos carecen, el de la inocencia en la mirada y el amor incondicional en sus gestos.

—Ya voy... —dijo el chaval rendido ante aquellos oscuros ojos que le pedían compañía.

Retomaron el camino, despacio, sin prisas, y Dante comenzó a olfatear el suelo con algo de impaciencia.

—Tranquilo muchacho, solo son roedores.

A pocos metros el camino se dividía en dos. Uno que continuaba hasta el parque en el que siempre se sentaba y otro que llevaba a una especie de lago, aunque más parecía un lodazal. Imposible bañarse en aquella agua recubierta de hojas muertas y negruzca por el barro. Se contaba por la zona que años atrás, cuando su padre era joven y él aún no había nacido, allí, en aquel gran charco, se vertían residuos. Leyendas urbanas, claro. Aunque debía de reconocer que a la luz del día sí que parecía el típico trozo de agua de las películas: verdosa por arriba y llena de moscas y sapos que hacían replantearse a uno si realmente solo eran habladurías o alguna vez había habido algo de realidad. Al fin y al cabo, uno nunca sabe lo que hacían los ricos dueños de fábricas en aquellos entonces. Bueno, entonces y ahora tampoco, la verdad. Su padre siempre decía lo típico de “cuando el río suena agua lleva”. Frase memorable en la boca de aquel borracho. La verdad es que el olor era complicado de aguantar. Imaginaba que, de día, con la calor, debía ser insoportable, pero a aquellas horas, con la leve brisa que corría, se desplazaba por gran parte de la ruta de caminos y se mezclaba con el de las pocas plantas aromáticas que por allí crecían provocando bastante desagrado, la verdad.

Dante volvió a olfatear el suelo y su hocico le llevó hasta el cruce del “lago”. Debía ser el puto mal olor, pero ya debería estar acostumbrado, siempre iban por allí. Aunque debía de reconocer que había algo siniestro en la vereda aquella noche. Era solo una sensación, pero Alex estaba seguro de que su perro también la había sentido. Quizás fuera eso lo que ocurría, era algo

complicado de explicar, pero ellos se entendían.

Decidió dejar que Dante le guiara, total, ¿qué más daba un trayecto que otro? El fin era el mismo, la soledad, y cuanto más se adentrara en la oscuridad, más encontraría. El único inconveniente era la poca luz. Menos mal que el lago tóxico no estaba demasiado lejos. Unos pocos pasos más y ya. Ni para ti ni para mí, se dijo para sí mismo. La penumbra suficiente como para ver por donde caminaba, pero no la bastante como para ser visto desde el camino. Quizás así podría sacar la cuchilla. Lo necesitaba. Necesitaba verla recorrer su piel y sentir el dolor. Ver la sangre como un hilo que recorría su antebrazo y sentir las menudas gotas que resbalaban y caían despacio hasta el suelo. Sí, definitivamente, iba a seguir a Dante, al menos hasta el agua. De todas formas, aunque no hubiera querido, el animal ya se había adentrado, estaba nervioso, acelerado, ¿asustado? No, su perro no se asustaba.

Metió otra vez la mano en el bolsillo y esta vez sí que acabó sacando el papel blanco con la cuchilla dentro. La tentación era demasiado fuerte, y la creciente sensación de ansiedad también. Se le estaba haciendo muy difícil no sentir el vacío en su estómago, y las palpitaciones creciendo dentro de él. Algo estaba mal. Lo presentía. Dante seguía olfateando, pero algo estaba cambiando. Ahora su hocico se pegaba a la tierra con fuerza, casi con rabia, con desesperación. Como cuando olía carne cruda. Pero a aquellas horas, y en aquel lugar como la carne no fuera de un bicho muerto...

Se quedó un poco rezagado y desenvolvió la cuchilla. La elevó, y la luz de la luna, que ayudaba a las luces artificiales del camino a darle algo de claridad, se reflejó en el filo del metal. Poco a poco, temblando la acercó a la piel pálida de su antebrazo, pero un sonido lo frenó en seco. Los bufidos de Dante eran rápidos, nunca bufaba de esa manera.

Algo no estaba bien, se repitió mientras los temblores de su mano se pronunciaban más. Aún y así la cuchilla parecía viajar sola hacia su brazo, mientras Dante reclamaba una y otra vez su atención. No ladraba, no hacía falta. Ellos se entendían.

Alex resopló mientras volvía a envolver la cuchilla con papel, y las guardaba de nuevo en el bolsillo del pantalón. Mejor sería ver que estaba poniendo tan nervioso a su perro antes de que este, siguiendo con las suyas, se alejara más de la cuenta. La noche no era tan oscura como otras veces, pero sí lo suficiente como para que le pudiera costar encontrarle si se adentraba demasiado en ella. Además, no le apetecía perder tiempo, quería llegar a casa pronto y sentir un dolor que sí pudiera ver, para olvidarse del que no veía.

—Chico ven aquí —llamó en voz baja mientras caminaba en la penumbra.

El sonido de las pisadas y el hocico de Dante mientras perseguía aquello que lo había alterado se empezó a alejar. Poco, despacio, pero más lejano.

—Dante no seas desobediente y ven aquí. —Elevó el tono unas décimas. Nada. Los sonidos se iban, no venían.

Una sensación, similar al miedo, estaba ocupando la de vacío. Ya sentir el dolor y la sangre caliente rodando por su brazo había pasado a un plano menos importante comparado con que le pudiera suceder algo a su único amigo. Si se perdía o resultaba herido, entonces sí que su piel vería el filo de una cuchilla, pero en su garganta.

—¡Dante, joder, ven aquí ya! —gritó. Nada. Los sonidos cada vez sonaban más lejanos y Alex aligeró el ritmo de sus pasos. El corazón desenfrenado, su pecho veloz, la angustia más presente que nunca, el vacío en un segundo plano.

La oscuridad pareció remitir un poco. Nunca había llegado hasta allí y le sorprendió la visión de un pequeño puente de madera con tenues farolas en la entrada. Frenó en seco y vio que Dante estaba en el centro. Miraba hacía alguna parte, con el hocico encogido y los dientes a la

vista. No se escuchaba sonido alguna más que los gruñidos tenues del dóberman, y su agitada respiración. Con un fuerte suspiro y ralentizando el paso, comenzó a caminar sobre la madera. A sus pasos el camino crujía suavemente. En segundos estaba junto al perro que giro la cabeza alargada y levanto sus ojos negros hacía él sin dejar de enseñar los dientes.

—¿Qué pasa? —le preguntó en voz baja. —¿Qué has visto chico?

Dante volvió a mirar hacia alguna parte y algo similar a un chapoteo proveniente del agua, justo bajo ellos, erizó la piel de Alex y puso en tensión las orejas del canino. Alex intentó buscar la procedencia del sonido, pero fuera de las luces del camino la oscuridad era tan profunda como en la boca de un lobo.

Otro ruido.

El vello de los brazos del chico se puso de punta, al igual que el pelo corto de Dante. El perro se bufó de una forma acojonante y hasta Alex sintió miedo del animal. Los nervios de ambos estaban crispados, la soledad del lugar era absoluta, el silencio, a excepción de aquellos ruidos, era de escena de terror y la negrura de la noche se hacía cada vez más extensa, abarcando todo el horizonte que ambos divisaban.

Un chapoteo más.

Aquello ya le puso histérico.

—¿Quién coño anda ahí? —Tuvo los cojones de preguntar acercándose tanto a Dante que casi estaba encima del animal.

Nada. Ni voces, ni ruidos.

—Mejor será que volvamos a casa chico —susurró.

El chapoteo.

—Joder... —se oyó decir a sí mismo.

Se acercó más a la barandilla de acero del puente y colgó su cuerpo. A lo mejor, solo a lo mejor, algún animal había caído al agua... Si era así, tenía su lógica que no le contestara. Encendió la linterna del móvil y enfocó.

Sí, había algo bajo el puente, pero no se distinguía. Era enorme, aquello por lo menos era un caballo. Sonrió. Un caballo, allí, se dijo. Qué ocurrencias. Sin querer comenzó a reír. Definitivamente, el miedo le había descontrolado la imaginación y los nervios. Pero allí había algo.

Alex en el fondo era un chico con buen corazón. Fuera lo que fuera, no lo podía dejar allí. Sabía que había seres sin piedad y salvajes que tiraban bolsas llenas de cachorros a ríos, basureros, bosques. Algo así podía estar pasando. Tenía que ver que era aquel gran bulto y si podía hacer algo en caso de estar en lo cierto.

—Vamos chico —susurró a Dante.

No apagó la linterna. Busco una forma sencilla de bajar en medio de la penumbra y con Dante siempre por delante, que no paraba de gruñir, gemir, gruñir, enseñar los dientes y gemir.

¿Seguro que era buena idea? Su perro estaba seguro de que no lo veía así, pero ahora que sabía que había algo, la curiosidad era más fuerte que cualquier precaución. Total, si era un asesino le quitaba trabajo, si eran unos perritos abandonados los libraba de la muerte, y si no era más que una bolsa de basura llena de eso, basura, pues bueno, una anécdota que contar a sus nietos si vivía para tenerlos. Volvió a sonreír, hacía mucho que no sonreía.

Tras resbalar, levantarse, bajar unos pasos, resbalar, sacudirse la ropa negra y volver a bajar, por fin llego a la orilla. El lago, o lo que fuera aquel charco de agua sucia, no era profundo, si iba vigilando por donde pisaba no se hundiría, y quizás apenas se mojara. ¡Ja! Con paso firme, lento y medio seguro, el móvil con la luz por delante y Dante ladrando desde zona segura, Alex

metió los pies en el agua apestosa, verdosa y comenzó a caminar con dificultad. Cubría más de lo que pensaba, sentía la humedad en la cintura. Se acercó algo, no mucho. Bien mirado no parecía una bolsa. Un poco más... Parecían pelos. Hijos de puta había tirado un animal sin bolsa allí, a su suerte. El animal no se movía, ¿estaría muerto ya? Un paso más... Ahora parecía que lo recubría una especie de tela. Alex comenzó a dudar. No estaba seguro de que hubiera sido buena idea después de todo. Cada vez parecía menos un animal. El bulto comenzaba a coger una forma que no le gustó. El corazón se aceleró, el bulto se movió con la ayuda del agua, la linterna alumbró un poco más, Alex se acercó, aquello dio la vuelta y el chico pegó un salto que le hizo caer sentado en el lodazal.

Temblaba, quería correr, intentaba gritar. Dante saltaba y ladraba desde la orilla, el móvil se cayó, lo buscó con las manos, se arrastró como pudo fuera del agua, salió de rodillas, intentó levantarse, se volvió a resbalar. Dante ladraba, saltaba a su alrededor, con los dientes estiraba de su manga. Alex se levantó, por fin sus cuerdas vocales obedecieron, grito y comenzó a correr.

Claudio con las gafas de sol aguantándose en la punta de la nariz miró al suelo en dirección a los zapatos de Soto. Estaban húmedos. Se distinguían las gotas de agua que los habían salpicado al acercarse a los dos cuerpos mientras aún colgaban de la grúa que los había sacado del agua. Un poco más allá los pies de Alex que los había encontrado, y que no terminaba de recuperarse de la impresión.

—¿Por qué no lo llevan a un hospital?

Moreno habló en la espalda de su compañero sin levantar siquiera la mirada de aquellos pies vestidos con deportivas llenas de barro.

—Se niega a subir a una ambulancia, y más aún a ir a un hospital o centro sanitario.

Claudio hizo amago de sonreír, pero nada más. Soto seguía observando trabajar a Bella y a los de la científica mientras en su memoria intentaba encontrar si aquella escena podía estar en el libro que Camila les había pasado y pedido que leyeran.

—Este tío está como una puta cabra.

La voz de Moreno hizo girar al subinspector la cara y parte del cuerpo.

—Bueno hombre, si el chaval no quiere...

—Hablabas del asesino Soto. —Claudio levantó la mirada con una ceja arqueada.

—A vale. —Se sonrojó y volvió a dirigir su mirada al “lago” ya vacío de cuerpos—  
¿Ya has dado por sentado que es nuestro especial “justiciero”? —Hizo la señal de entrecomillado con los dedos sobre su cabeza.

—Claro porque en estos momentos hay diez asesinos en serie que sean capaces de algo así en Sevilla, y como los estamos investigando a todos puede haber sido cualquiera, ¿no? Vamos Soto no jodas.

El sarcasmo en Claudio fue como un punzón clavándose en el ego de su compañero.

—Tienes razón.

—¿Y cuándo no la tengo?

El subinspector iba a contestar y soltarle una retahíla de momentos en los que eso había sucedido, cuando la forense se acercó a ellos.

—Esto es una salvajada. —Hizo un movimiento con la cabeza en dirección a los dos cuerpos tirados en el césped y cubiertos por plásticos plateados. —Mujer y hombre, a simple vista muestras de tortura: creo que no hay una parte del cuerpo de ninguno que no haya sido golpeada. Hay marcas de cortes, mordiscos, y golpes por doquier. Ambos tenían grabado en el pecho los números VII. Imagino que con esto queda confirmado que es nuestro hombre. Debido

a que los cuerpos llevan aquí varias horas, no os puedo decir cuanto hace que fallecieron hasta que los tenga en la morgue y les haga la consabida autopsia. Y no creo que encontremos ningún resto genético, el agua se habrá encargado de ello —Bella miró a su alrededor con curiosidad. —¿Y Camila?

Moreno se encogió de hombros. Y Gorka miró la hora en la pantalla de su teléfono.

—La llamé en cuanto me llamaron a mí, pero no lo cogió. Le dejé un mensaje así que, no creo que tarde mucho

—¿Entonces que hacemos, levantamos los cuerpos, esperamos que venga...?

El subinspector no supo que responder. Bella resopló. Moreno dio un puntapié a la nada y se colocó bien las gafas de sol.

27

**25 de Julio de 2018**

Tocó la taza. Ya estaba fría.

¿Cuánto debía llevar allí observando? Daba igual, nunca sería suficiente.

Quería que él sintiera, que presintiera, que supiera que estaba vigilado, que no había salida, que no podía esconderse. Jamás lograría ocultarse.

Él miró hacia la ventana un momento y se apartó con sobresalto. Luego recordó que no podía verle, que, aunque solo había unos metros de distancia, aquel espacio, la oscuridad y los vidrios les separaban.

——Pero yo a ti sí que te veo cabrón ——susurró.

Cogió la taza, ahora le daba igual que el café se hubiera enfriado, y dio un sorbo. Tenía las piernas engarrotadas y la espalda resentida. Se estiró sin dejar de observar por la ventana.

Él se había quedado inmóvil ante los vidrios y una rubia se acercó por detrás, abrazándole la cintura. Él le soltó las manos, se giró con rapidez y la cogió por los hombros. Le gritó. Podía leer su expresión corporal, casi también como la suya propia. Conocía, sus gestos como si vivieran juntos. Pero no pasó de un par de zarandeos. Ella se dejó caer en el sillón y lloró. Él gritó más, gesticuló más y se encerró en la habitación.

El móvil vibró una vez, y su estómago dio un vuelco. Soltó la taza y por primera vez en horas dejó de ver a través de la ventana y miró la pantalla del teléfono.

Cinco minutos después salía por la puerta.

**22 de Julio de 2018.**

Tres días antes de que se encuentre el cuerpo.  
FRANCISCO

“No solo con las manos se pegaban sino con los pies, el  
pecho y la cabeza, trozo a trozo arrancando con los dientes.

Y el buen maestro: Hijo, mira ahora las almas de  
esos que venció la cólera, y también quiero que por cierto tengas  
que bajo el agua hay gente que suspira, y el agua hacen hervir la  
superficie, como descubrirá tu mente en donde mire.”

—DANTE ALIGHIERI—  
Canto VII La Divina Comedia.

Menudo cabrón de mierda. Si no fuera porque me han agarrado, lo mato. Estoy hasta los cojones de estos putos maricones que se atreven a ir por la vida como si las calles fueran suyas, vestidos como putas, y sintiéndose orgulloso de ello. ¡Pero si hasta se creen que van guapas, joder! Pues a mí no me toca ni un tío más con pluma. ¡Agggg Maricón! ¡MARICÓN! Grito mirando hacia la puerta. ¿Pues no que al que han echado a la calle ha sido a mí?! Son todos unos hijos de puta.

Tambaleándome un poco, por el mareo que me han provocado las cervezas, me acerco de nuevo a la puerta de la discoteca mientras me palpo el bolsillo interior de la chaqueta. Da calor, pero jamás salgo de noche sin ella. Y sí, llevo la navaja multiusos en ella. Se va a enterar la “maricona” esa. A mí nadie me provoca y se larga de rositas. Intento acercarme más, pero los dos subnormales que trabajan en la puerta, y que tienen más músculo que cerebro, se ponen delante y se cruzan de brazos impidiéndome el paso.

—Vamos tío, no la líes más. Vete a dormir la mona a tu casa —me dice el bajito.

—Yo no he empezado —grüño con esfuerzo. La lengua pastosa a penas me obedece, y siento los músculos de mi boca y de la mandíbula adormecidos—. ¡Fue la maricona esa que me tocó el culo!

Los tíos no se inmutan, y mis colegas siguen adentro. Ni uno solo me ha defendido o ha salido a ver cómo me encuentro, a pesar de que estos cabrones han tirado de mí a la fuerza y me han sacado como si fuera un puto saco de papas. ¿Amigos? ¡Y una mierda! Los colegas matan por los suyos. Pero estos no son ni colegas ni nada. Unos interesados, eso es lo que son. Pues muy bien, ya me buscaré la vida. Ya defenderé mi hombría, yo solo. Cuando esa putita con polla y ropa de zorra salga, le daré lo suyo. Aquí fuera me quedo. ¿Pero dónde? Si estos no ven que me voy, van a acabar llamando a los “pitufos”, y esta vez no me quita el talego ni mi puta madre. Solamente me queda esconderme y esperar que salga, aunque sea a fumar o tomar él aire.

Me cuesta aguantarme de pie, encima me estoy meando. Ya me estoy haciendo viejo y las birras no me sientan como antes. Cada vez tengo menos aguante, lo sé. No soy un estúpido que no sé da cuenta de cómo va a terminar sus días: igual que mi padre terminó los suyos, con una cirrosis de dos cojones. Pero ¿Qué más me da ya? Total, los gusanos van a dar buena cuenta de mí, tarde o temprano, por lo menos que cuando llegue el momento les dé una buena resaca.

Como si fuera subnormal me río de mi propio chiste. Resaca digo. Ni que... Bueno es igual. Ahora lo que necesito es encontrar un sitio donde vaciar y sentarme, viendo la entrada con nitidez.

Hay una especie de callejón algo oculto entre las paredes del edificio lleno de contenedores. Huele a meados y basura, pero es un buen hueco para pasar desapercibido. Vuelvo a echarle mano a la navaja mientras busco con la mirada a los seguratas, no sea que me estén controlando. Parece que no. Ahí siguen con los brazos cruzados, los aparatos esos con los que se comunican entre ellos, colgados de las orejas, y la mirada al frente.

La cabeza me pesa, los ojos se me cierran, me duele la polla de aguantar la meada y el alcohol comienza a provocarme ganas de vomitar. Me pongo de espaldas, me bajo la cremallera, me la saco y comienzo a soltar el “Agüilla amarilla” como decían “Los toreros muertos” haciendo dibujos en la pared con ella. Me subo la cremallera y me apoyo en el muro. Como no lo remedie, entre el calor y las cervezas, me voy a acabar quedando dormido aquí mismo.

Me echo la mano al bolsillo y cojo la navaja, solo para estar preparado. La acaricio con el pulgar mientras la aprieto con tanta fuerza que comienza a sudarme la palma de la mano.

De golpe una luz directo a mis pupilas. Parpadeo y me pongo la mano libre de visera. No consigo ver nada más que el fuerte reflejo de la luz, y la sombra del coche propietario de los

faros que me alumbran directos a la cara.

——¿Qué haces, tío?! ——grito sin apartar la mirada——. ¡Gilipollas, que apagues la luz! ——vuelvo a exclamar.

Nada los faros siguen ahí encendidos, deslumbrándome. Me apoyo en la pared para levantarme. Las piernas me tiemblan y me cuesta. Siento como me sube una sensación de mareo del estómago para arriba, y pongo una mano en el muro de cemento para no irme hacia adelante. Mi cuerpo se balancea por culpa del alcohol. La cabeza me da vueltas igual que las tripas. Qué asco.

——¡Tú, apaga la puta luz! ——grito de nuevo fijando aún más la vista.

Tras los faros lo único que consigo distinguir son sombras. En un momento dado me doy cuenta de que se abre la portezuela del coche, y sale alguien que se queda clavado tras ella. Fuerzo más la vista, parpadeo, vuelvo a forzarla y parpadeo otra vez. Poco a poco se comienza a distinguir un cuerpo. Parece como si llevara un abrigo largo y capucha. Menudo tarado ir vestido así con la puta calor que pega. Sonrío. Apenas distingo nada por culpa de la luz que me obliga, constantemente, a abrir y cerrar los ojos; ni siquiera mi mano rebaja la luminosidad de los faros, pero creo que el tipo se mueve.

——¡Hey tú que me quites las luces de la cara peazo de imbécil!

Nada, el tío se limita a moverse y colocarse delante. Aún y así solo aprecio la figura borrosa que da la impresión de que se está acercando. Este busca pelea. Aprieto la navaja con fuerza y con disimulo le doy al disparador de la cuchilla. Ahora que tenga cojones de acercarse o intentar algo.

——¿Te encuentras bien? Te he visto ahí tirado y pensé que a lo mejor necesitabas algo de ayuda.

Miro fijamente la sombra, boquiabierto. La verdad es que no sé ni que contestar. Apenas puedo articular una palabra. Vuelvo la multiusos a su posición inofensiva, y con disimulo la guardo a la vez que me paso las yemas de los dedos por la frente.

——Estoy bien ——contesto en un estúpido intento de que no se me note la borrachera y la lengua coordine las palabras tal y como yo quiero, pero la voz me sale pastosa, y al intentar ponerme en pie pierdo por completo el equilibrio. Tras varios intentos, al final me rindo y me acabo sentando otra vez en el suelo. La sombra se me acerca lentamente y estira el brazo con la mano abierta. Miro su extremidad, luego su rostro. Vuelvo a mirar su mano y su cara un par de veces más.

——¿Te ayudo a levantarte o te vas a quedar ahí toda la noche? ——su voz es grave, ronca.

Dudo unos instantes. Al final acepto su ofrecimiento y estiro mi brazo también. Menuda fuerza, joder. Me ha levantado de un tirón, sin siquiera una “miaja” de esfuerzo. Al ponerme en pie casi me voy hacia delante, pero me sujeta por los sobacos y hombros. Con una mano me doy una palmada en la nuca. ¡Puto mosquito...! Me digo al sentir la punzada. Con esfuerzo sobrehumano e intentando mantener el equilibrio me quito sus manos de encima y me sacudo el pantalón por los muslos y el culo.

El mareo vuelve, pero esta vez con tanta potencia que no puedo controlar mis movimientos. Siento la fuerza de sus brazos que vuelven a sujetarme. La sensación de náuseas, luego de frío, luego la visión tan borrosa que ya no consigo distinguir ni lo que lleva puesto, ni su cara; apenas la figura del coche. Todo comienza a dar vueltas como en una atracción de feria. Poco a poco todo se comienza a oscurecer. Tengo la impresión de que voy a caerme, pero me coge y no sucede. Solo veo negro sobre negro. Aún y así sé que estoy yendo a alguna parte, con

dificultad, pero estoy caminando.

——Parece que estás empeorando... No te preocupes, voy a llevarte a algún sitio para que te ayuden. ——Oigo su voz lejana.

Me apoya contra algo, es metal y frío, así que imagino es el coche. Me ayuda a subir. Siento su olor cuando su cuerpo pasa sobre mí para coger el cinturón de seguridad. Puedo sentir la presión de este sobre mi pecho. Todo vibra con el golpe de la portezuela al cerrarse. ¿Por qué está todo cada vez más oscuro? ¿Por qué me siento peor que antes? Ninguna parte de mí responde, no domino el cuerpo.

El coche se pone en marcha, siento el movimiento.

Poco a poco entro en un limbo de inconsciencia. A lo lejos escucho voces.

——¿Todo bien? ——pregunta alguien.

——Sí, lo llevo al ambulatorio. Creo que está entrando en coma etílico ——responde otra voz más cerca.

Intento moverme, decir algo, pedir ayuda. Pero antes de perder la consciencia del todo, solo se escucha:

——Anda si... Lleva al puto borracho ese lejos de aquí.

29

**23 de Julio de 2018.**

Dos días antes de que se encuentre el cuerpo.  
MARIA.

Como siempre tarde...

Miro el reloj de pulsera, dorado, de mi muñeca, mientras con las puntas de mis uñas tecleo, con nerviosismo, sobre la mesa de cristal. Le doy quince minutos, ni uno más. Si no está aquí saldré yo sola y no para cenar ensalada precisamente. ¡Estúpido mamarracho! Si se piensa que a mí se me hace esperar, es que a pesar de todos estos años aún no me conoce. Me está subestimando y eso me enciende. Me apoyo en el respaldo del sillón de piel negro, que preside mi despacho, me cruzo de piernas, y observo la punta de mis zapatos negros Channel, comprados ayer para este momento. Con la yema de los dedos repaso la costura del vestido grana de la misma marca; y después observo mis uñas acrílicas, largas y rojas, como el pintalabios que llevo puesto.

Un ruido en el pasillo de las oficinas hace que mi cuerpo se enderece. Miro a la puerta de entrada y dejo mis ojos fijamente clavados en el vidrio opaco. Pasa un tiempo, no sé, unos minutos, quizás, pero no se abre. Vuelvo a acomodarme en mi asiento y miro la hora. Diez minutos... Le quedan diez putos minutos. Resoplo. Me enderezo, me acurruco en el sillón. Cruzo las piernas, descruzo las piernas. Miro de nuevo el reloj. Cuatro minutos... ¡Ya no aguanto más! ¡Lo voy a destruir!

Otra vez el ruido de antes. Mis pupilas vuelven a plantarse fijamente en la entrada de mi cubículo, más grande que el del resto de directivos de la empresa. Ser la hija del dueño tiene sus beneficios. El silencio pesa y la puerta, esta vez, tampoco se abre. Me enojo de hombros. Debe de ser la estúpida de la limpiadora.

A paso rápido cojo mi bolso, las llaves, y apago la luz de mi escritorio. Un último vistazo para asegurarme que no me dejo nada y salgo cerrando con brusquedad, consiguiendo que tiemble el cristal y hasta la moqueta.

En el silencio y la oscuridad de los pasillos se escucha el sonido rápido, decidido, furioso de mis tacones, mientras voy hasta el ascensor. Nada más. Silencio absoluto, asfixiante, tétrico.

Aprieto el botón llamando al ascensor que me descenderá hasta lo más bajo del edificio, la planta subterránea. La sensación de ser observada me ataca la nuca. Viro hacia atrás mi cabeza, pero no consigo ver a nadie.

—Sube ya, maldita sea —digo al ascensor, aunque sé que no me escucha. ¿Por qué coño estoy tan nerviosa? Esto es todo culpa del gilipollas ese. Me ha puesto de mala leche y ahora todo se convierte en un drama.

Otra vez la puntada imaginaria en mi espalda, pero esta vez no me voy a girar. Solo son imaginaciones mías. El estrés, la oscuridad, los ruiditos. Aquí ya no hay nadie más que yo. ¿Por qué mierda esto no sube? Compulsivamente, vuelvo a darle al botón de llamada: una, dos, tres veces. Con rapidez, con fuerza. Tanta que parece que voy a hundir mis dedos en el metal de los mandos atravesando la pared.

—¡Sube Joder! —grito desesperada. El eco de mi voz se apodera de todo. Me importa una mierda. ¡Como si me escuchan en el edificio de enfrente! Mis piernas se mueven nerviosas y no hago más que taconear en el suelo marmoleado. Retumba. Pfffff.

La sensación de que no estoy sola, de que me vigilan, es cada vez más potente, más fuerte y cercana. Como si quien fuera que lo hace, estuviera detrás de mí. Entonces la siento. Se posa en mi hombro.

—¡Aghhhh! —grito a la vez que salto dándome la vuelta.

Una señora con bata azul, el pelo recogido en un moño lleno de canas, y la cara apenas visible por estar escondidas tras unas enormes gafas con cristales de culo de botella, grita también; imitándome y saltando para atrás mientras se pone una mano pequeña, llena de

manchas claras, en el pecho.

—¿Eres tonta!? —exclamo cuando por fin recupero el aliento, y deja de temblarme todo el cuerpo a causa del susto.

—Perdone, señorita —susurra, ya recompuesta, la mujer de la limpieza con un fuerte acento sudamericano—. Solo quería decirle que no funciona.

La miro entre cabreada y curiosa. ¿De qué habla la estúpida esta? ¿Qué no funciona? Como si me leyera la mente, señala las puertas metálicas del ascensor con el índice de la mano, que primero se había puesto en el pecho. Sigo con la mirada su dedo y vuelvo a mirarla a ella. No le digo nada más. Me doy la vuelta y a paso más veloz, más furioso, voy hacia la puerta que comunica las oficinas con la escalera de incendios y emergencias. El corazón aún me late desbocado, me falta el aliento, temo la garganta seca y una ganas enormes de salir de aquí.

Quiero bajar las escaleras lo más rápido posible. Son siete plantas las que me separan del aparcamiento y de mi coche. Pero con estos zapatos, imposible. Me descalzo y con ellos en la mano ahora sí que corro y bajo a la velocidad del rayo. Voy tan rápida que me resbalo en los escalones, y si no es por la barandilla me rompo una pierna, seguro. ¡Ahora sí que voy a explotar de rabia! Tengo tanta frustración que se me hace un nudo en la garganta y los ojos comienzan a humedecerse. La mala leche se va apoderando de mí a ritmo vertiginoso y yo rabiosa, soy peligrosa.

¡Todo por su puta culpa!

La puerta que da a las plazas de aparcamiento está abierta, y cuando la alcanzo solo tengo que empujarla.

Por primera vez en mucho rato suspiro de alivio y parte del cabreo se comienza a evaporar. ¿Dónde dejé mi coche? Me calzo otra vez los zapatos carísimos, y aprieto el mando del llavero. El pitido de los intermitentes del Jeep al encenderse, y el sonido del seguro de las puertas al abrirse se escucha a mi izquierda, inundando todo el espacio que consigo alcanzar a divisar. Ahora, en el silencio de la noche, en el edificio vacío, sin el bullicio de sus trabajadores diurnos, solo se oye eso y por debajo el ruido de mis tacones aporreando el suelo de cemento.

¿O no?

Escucho el sonido de algo que parece arrastrarse. Es como si los pies de alguien no quisieran levantarse para dar un paso tras otro. Solo se arrastran.

Por un momento vuelvo a ponerme nerviosa, pero acabo recordando que arriba me ha sucedido lo mismo y luego solo ha sido la torpe de la mujer de la limpieza. Muevo la cabeza e intento calmarme. Seguramente es el vigilante nocturno. Está gordo, le cuesta caminar. A veces cuando me voy está haciendo la ronda con su cuerpo seboso empapado en asqueroso sudor. Normal que se tenga que arrastrar para caminar, con lo que debe pesar el tío no le pueden quedar fuerzas ni para levantar el intercomunicador.

Acelero el paso buscando el móvil dentro del bolso, y de nuevo el mismo sonido. Detengo en seco mis pasos, aguzo más el oído y contengo la respiración unos segundos. Nada. Arrugo mi ceño encogiéndome los hombros. Aún me dura el susto de antes. Sí, eso debe ser.

El ambiente aquí dentro es pesado. La planta está llena de coches de listos que guardan aquí los vehículos por puro gusto y pereza, sin trabajar en ninguno de los despachos del edificio. El doble uso que le da a todo papa. Siempre sacando beneficio de las desgracias e incomodidades de los demás. El aire está cargado de humo y olor a gasolina. Los coches casi se apilan mal aparcados, haciendo que me cueste encontrar el morro del mío, a pesar de acordarme de a qué altura del parqueo, más o menos, lo dejé. No voy a respirar tranquila ni hacer desaparecer esta sensación de incomodidad que llevo cargada en la espalda desde que he salido del despacho,

hasta que me aleje de toda esta mierda de hormigón y cristalerías, me tome una buena copa, o dos, o tres, y me meta en la bañera de mi casa cargada de espuma con mi satisfacer, o acompañante para emergencias como yo lo llamo.

Creo que después del diita, que estoy teniendo hoy, mañana ni aparezco. Mañana, pasado mañana y en una temporadita. Las vacaciones me van a ir de puta madre. Ya estoy hasta las narices de ser la única “pringá” de esta dichosa familia.

El ruidito otra vez.

Acelero el paso. Que le den por culo al teléfono ya lo buscaré cuando esté dentro del puto coche. No puedo más, hoy de verdad que estoy de los nervios. Casi corriendo llego a la puerta. ¡Jesús parecía que estaba en la otra punta y solo lo tenía a cinco carrocerías de distancia! Me río de mí misma, de mis estúpidas paranoias y de lo pava que puedo ser a veces. Entro en el Todoterreno, coloco el bolso en el asiento del acompañante, busco el móvil, lo pongo en la sujeción de manos libre, me acomodo y ajusto el cinturón de seguridad mientras lo abrocho... Un momento en blanco. ¿Por qué ajusto el cinturón si nadie más se ha sentado en el asiento? Muevo la cabeza a un lado y a otro. Vamos María, deja de ser tan estúpida. Una sensación en el cuello similar a una picadura me obliga a ponerme la mano en él y echar la cabeza hacia delante. Paso las yemas de los dedos por donde he sentido el molesto pinchacillo y siento que se humedecen. Las miro mientras intento palparlo con el resto de los dedos para asegurarme de que es. Es rojo, caliente, espeso. Es sangre. ¿Qué coño? Piensa mi cabeza un poco más lenta de lo normal. Estoy empezando a no encontrarme bien. Nada bien. Mi cabeza parece que da vueltas. La visión a multiplicarse en dos, y en seguida se nubla un poco, luego se va oscureciendo. Tengo náuseas. No puedo vomitar aquí estos asientos están diseñados especialmente, solo la tela que los recubre vale más que el salario de la tonta de la limpieza de un año. Quizás si fijo la vista, si consigo mirar a un punto fijo y enfocararlo se me pasen. Nada. Levanto los ojos un poco, algo parece moverse por el espejo del retrovisor interior. ¿Una sombra? Quizás el gordo lento del segurata que ha llegado hasta mí. No se oye nada, no parece que haya nadie, ningún uniforme da la vuelta y se acerca a la puerta, debe haber sido mi imaginación. Sí. Estoy cansada. Solo es cansancio... Me voy sintiendo rara, débil, exhausta. Quiero dormir. ¡No idiota, no te duermas! Dice la voz lenta de mi cabeza. Solo un poquito. Le contesto con voz más débil todavía, pastosa. Casi ni yo misma me reconozco al hablar. Casi no puedo moverme. ¡Sal de aquí! Me vuelve a gritar la voz más lenta aún, lejana. Parece como si se fuera alejando. Intento abrir la puerta del coche. No puedo. El brazo, la mano, los dedos, nada me responde, están como dormidos. Ni siquiera puedo notarlos. Es como si mi cuerpo no fuera mi cuerpo. ¿Me explico? Cierro los ojos. ¿Los he cerrado? Seguramente porque todo está oscuro. Un punto de claridad. ¡Veo un punto de claridad! Ahora se oscurece otra vez como si algo estuviera delante. ¿Una cara? ¡Joder, no lo distingo! El dolor en la cabeza es lo último que me permito sentir. Ahora sí. Todo se ha vuelto completamente negro.

30

**24 de Julio de 2018**

Un día antes de que se encuentren los cuerpos  
de Francisco y María

VICTOR

Los miro. Es curioso ahora ambos parecen tan indefensos que hasta me siento enternecido. Mentira. Solo me provocan náuseas y ganas de estrellarles la cabeza contra el suelo a ver si tienen algo dentro de ese montón de huesos. Un homófobo asesino y una niñata perezosa y egoísta... Buf. Esto va a ser divertido, aunque debo reconocer que a pesar del tiempo que llevo planeándolo, ahora que tengo a estos dos aquí no sé por dónde empezar. Los rodeo a paso lento y me aseguro de que las ligaduras estén, lo suficientemente fuertes como para que ninguno de los dos pueda liberarse. Es imprescindible que estén bien quietitos, si no va a ser jodido. Dos contra uno, aunque una sea mujer y parezca poca cosa, no es factible si no están indefensos. Además, quién, me asegura que no se unen para salir de esta. Qué claro, la idea es todo lo contrario, pero el ser humano es impredecible. Miro la pantalla del reloj para ver la hora. A él le volví a meter tranquilizantes para un caballo antes de salir a por ella. Lleva ya casi veinticuatro horas inconsciente. Y a ella aún le dura la dosis que le puse en el coche. Sé que el tiempo de reacción es diferente en cada cuerpo, pero este borracho de mierda pesa menos que el cura, ella menos aún que él. Así que si no hago mal las cuentas un par de horas puedo esperar. Mejor. Tengo que preparar bien todo para la función. Sonríó al pensar en lo que tengo en mente y lo que voy a disfrutar. Coño si hasta me saliva la boca al pensarlo. Esto va a ser muy divertido.

—Me gusta la noche. La luz de la luna es hermosa y tiene algo de mágica. ¿No os pasa igual?

Francisco y María me miran desde el suelo con los ojos muy abiertos. Ya hace unos minutos que despertaron, y ya pasó la consecuente histeria de verse inmovilizados y querer soltarse; de intentar gritar y ver que no podían, y de buscar desesperados con la mirada algo que identificara donde habían ido a parar. Las caritas de por favor, ¿por qué nosotros? O la consabida lágrima fácil buscando perdón o liberación. Lo normal en estos casos, vamos. Pero que a mí ya me es familiar y por supuesto no me afecta. Bueno, la verdad es que jamás me ha afectado. Creo que no me queda humanidad. Estoy seguro de que la perdí hace años en aquel sótano. Quizás haya gente que se sintiera conmovida, a la que le pudiera causar lástima, comprensión o compasión. Pero no lo quiero. Aquella experiencia fue la liberación de mi yo verdadero. Ahí, deje de ser un niño para convertirme en un adulto con sed de justicia. Que mal enfocada he tenido mi vida todo este tiempo. Miro a los dos personajes que tumbados en el suelo observan mis movimientos revolviéndose como lombrices y les sonrío.

Me gusta sonreír. Me encanta enseñar mis dientes blancos mientras estiro las comisuras de los labios hasta donde me da la piel. Es más divertido que vean, que no todo es cara de lunático, aunque creo que mi sonrisa me hace más zumbado que normal. Algo así como el “Jocker”. Si me pintara la cara como el tío ese daría menos miedo que sonriendo sin mediar palabra o haciéndoles preguntas que igual no van a contestar porque tienen la boca cerrada con cinta aislante. Esta vez, como no estoy en la nave, si que tuve que llevarlos a la casona, he tenido que asegurar bien el adhesivo. Por lo menos les da diez vueltas alrededor de la cabeza y la boca a cada uno. Si me llevo a descuidar les tapo hasta los ojos y eso no está bien. Me tienen que ver y yo los tengo que ver. Me gusta mirarlos a los ojos mientras les hago la marca, es como más íntimo. Sus pupilas se agrandan dos o tres veces su tamaño cuando sus carnes sienten el dolor y este llega a su cerebro junto con la sensación de terror, que también desprende su piel a través del olor, la temperatura y la palidez, y de ahí al resto de su cuerpo. Mmmm. Me encanta...

Aún no sé por cuál de los dos empezaré primero.

¿Quizás el iracundo? Él que se dejó llevar por la ira y cometió un crimen atroz.

¿Quizás la zorra que le alentó a cometer el crimen?

Difícil decisión.

Lo echaremos a suertes.

Sonrió con el cuchillo en la mano mientras ellos me miran llorando y gimoteando bajo las mordazas. Ahora todos somos merecedores de benevolencia, ¿no? ¡Que os jodan!

¡Joderos, joderos y joderos!

No se os va a perdonar, el infierno es poco para lo que vosotros merecéis.

De pronto los ojos de María desprenden desprecio. El típico desprecio de la niñata que se cree superior, y que ni aun viéndose tirada en el suelo, a punto de ser ajusticiada, sabe aceptar su posición y derrota. Ya tomé la una decisión. Bueno, la verdad es que ella se me ha ofrecido muy emocionada. Río a carcajadas.

—Hay mujer de Dios, no sabes lo que has hecho... Únicamente tenías que dejar tu soberbia a un lado y a lo mejor hubieras sido la segunda —le susurro.

Estiro de sus pies. Y coloco mi cuerpo sobre el suyo. Con calma desabrocho los botones de su blusa y dejo su pecho a la intemperie. Con el filo del cuchillo desgarró las tiras de sus sostenes. Parecen caros. La miro fijamente a los ojos. María ni pestañea y el terror en sus pupilas ocupa el lugar de la altivez que la caracterizaba. Sonríe. Mi pecho comienza a subir y bajar, igual que el de ella, los latidos de mi corazón a acelerarse, mis ojos a brillar, mi boca a salivar, y mis manos a apretar el cuchillo que sostengo, ahora boca abajo; con la punta en dirección a su piel morena de solárium y suave por las cremas de alta gama con las que se embadurna. Acerco el metal lentamente. María mueve la cabeza de un lado a otro en señal de negación. Creo que bajo la cinta adhesiva intenta suplicar, pero no entiendo un carajo. Más cerca. Un poco más cerca. ¡Ya!, la punta afilada está sobre su piel. Aprieto hasta que siento como el cuchillo atraviesa la dermis, llega a la carne y si me dejo llevar por la emoción y aprieto un poco más, a los músculos y de ahí a algún órgano. Pero solo quiero marcarla. Del resto no voy a ser yo quien se encargue. A estos dos les tengo preparado algo diferente y especial. Mi sonrisa se amplía mucho más. Empiezo a dejar que el cuchillo, con suavidad, vaya dibujando en su cuerpo el primer número. María aprieta los parpados con fuerza, todo su rostro se desencaja de dolor y siento como su cuerpo intenta liberarse sin demasiado fuerza. Por entre la piel y pestañas de sus ojos veo como comienza a escapar el líquido salado de las lágrimas. Quiero verle las pupilas, quiero verme reflejado en ellas, quiero poder saborear el terror que sus ojos irradian.

—Abre los parpados pequeña zorra —susurro en su oído, arrastrando las palabras y dejando que mi aliento se pasee a su antojo por la piel de su cuello y mejilla.

Niega con la cabeza, y me enderezo con una ceja levantada. Levanto mi mano libre y la vuelvo a dejar hacer con toda mi fuerza sobre su cara. Su cráneo rebota sobre el suelo y la mejilla que no ha recibido el contacto de mis dedos da contra la gravilla con brusquedad. Abre los ojos y lentamente endereza su rostro con los ojos abiertos y un hilo de sangre bajando por su frente.

—Te he dicho que abras los ojos... —siseo mientras me encojo de hombros.

Los gruñidos de Francisco se escuchan de fondo. Miro hacia él y veo como intenta arrastrar su cuerpo inmovilizado hacia nosotros. ¿Pero qué te piensas que me puedes hacer estúpido borracho de mierda? Una imagen muy similar a esta me viene a la mente, un recuerdo. Pongo los ojos en blanco y retrocedo veintiocho años. Madrid, el sótano, Soledad, Ernesto. Suspiro. Qué tiempos aquellos y que recuerdos... Sonríe y miro a Francisco de nuevo.

—En nada estoy por ti guapo.

Miro fijamente los ojos de María y luego su pecho. La herida sangra bastante, pero el líquido carmesí no entorpece mi labor. Con calma termino un número, luego el siguiente... Y

con la lengua fuera y mucha dedicación el último. Mientras, ella no para de llorar, pero no ha vuelto a cerrar los ojos, su sangre sale en más cantidad, y su pecho sube y baja vertiginosamente.

Observo mi obra “VII”. Un poco movida, como siempre, pero demasiado bien para cómo se contorsionan.

Me enderezo y dirijo mis ojos a la serpiente con polla tirada en el suelo. Nuestras miradas se encuentran y amplío mis labios de lado a lado enseñando mis dientes blancos, impecables.

—Te toca machote...

Sentado en el suelo, con el codo apoyado en las rodillas, los observo en medio de la penumbra del salón. No se escucha nada más que sus respiraciones, profundas, y los latidos calmados en mi pecho.

No se mueven...

Sus cuerpos descansan sobre la sangre seca que les brotó de las heridas, sus mocos y las lágrimas. Están húmedos por el sudor y el líquido espeso y escarlata que derramaron.

Duermen...

Levanto la cabeza y miro al techo intentando fulminar, con las pupilas, el cemento que me impide ver el color anaranjado del cielo y el vuelo de las pocas aves que revolotean al atardecer. Cierro los ojos e intento no pensar. Casi he terminado. Casi es el fin. Ellos y un último pecador y habré terminado. Me siento como si el peso del mundo estuviera en mis hombros, pero alguien tenía que hacerlo. Solo espero que ella me perdone. Tengo la sensación de que, aunque al principio no lo acabe de entender, con el tiempo... El tiempo. Casi no me queda. Debo terminar. Ella corre peligro, lo siento en las entrañas. Él es un animal. En algún momento se le irá de las manos.

El sonido de un murmullo me devuelve a la realidad y me obliga a abrir los ojos.

—Vaya, vaya... El machote despertó.

Francisco se remueve con lentitud, aún tiene el cuerpo adormecido. Me mira, lo miro, le sonrío y me pongo de pie. Con calma y el cuchillo en la mano, me acerco a su cuerpo mientras él hace todo lo posible por alejarse. Serás idiota, ¿no ves que casi no te puedes mover? Estúpido machito asesino. Sonrió más, más, casi desencajando mi mandíbula. Nada. Insiste en arrastrarse por el suelo sucio. Muevo la cabeza a un lado, al otro y me arrodillo delante suya.

—Mira, te agradezco que insistas en arrastrar el polvo y la mierda del suelo, pero por más que lo intentes, uno, aún no tienes tu cuerpo al cien por cien, dos, ni así, en la situación en la que te encuentras, podrás ya liberarte y escapar de mí. Solo tienes una opción. ¿Quieres jugar?

Francisco me mira con los ojos a punto de salir de sus pupilas, sorprendido, o quizás dando por sentado, que estoy loco. Todos creen que lo estoy. No es verdad, pero ya me da lo mismo una opinión más o menos. También cuando pasó lo de padre y Soledad creyeron que tenía una enfermedad mental. Para nada. Hice lo que hice en plena condición de mis facultades mentales, y Dios como lo disfruté. Igual que ahora.

Miro la cara del “hombre” que tengo delante de mí tirado en el suelo, boca abajo, con pies y manos inmovilizados a la espalda y ya no sonrío.

—Te hice una pregunta, ¿Quieres jugar? —Francisco mueve la cabeza afirmativamente con fuerza—. Tranquilo tío que te vas a descoyuntar el pescuezo. —Vuelvo a sonreír—. Ahora, cuando tu damita despierte os contaré en que consiste mi propuesta. Tranquilo, estarás en tu salsa, seguro que lo disfrutas.

Sin más vuelvo a donde estaba antes, me siento de nuevo en el suelo y cierro los parpados otra vez. Respiro hondo y espero.

Diez minutos después escucho el sonido de los gemidos de dolor de ella y sin abrir los ojos ni moverme mis labios se amplían de lado a lado. Empezó la fiesta.

—Bueno damas y caballeros. —comienzo mientras me voy incorporando—. El juego es muy sencillo. —Miro a María y me encojo de hombros—. Perdona que a ti no te haya preguntado si quieres participar, pero como tu querido amigo contestó afirmativamente, ya no he creído necesario consultarte. A lo que voy que me voy por los cerros de Úbeda. —Me arrojo frente a ellos y observo primero a uno, luego a la otra—. El juego es muy simple. Como a vosotros en el pasado os gustaba matar juntos, algo así como Bonnie y Clyde, a golpes y navajazos, a jóvenes inocentes, ahora tenéis que hacer lo mismo, pero entre vosotros. ¿Qué quiero decir con esto? Simple. Os tenéis que pelear y matar a palos. El que salga mejor parado podrá irse. ¿Qué os parece? Divertido. ¿A que sí?

Francisco y María mueven la cabeza de un lado a otro, cruzan sus miradas, se remueven intentando aflojar la cinta que los tiene inmovilizados, me miran, lloran, patean, o al menos lo intentan y fuerzan sus cuerdas vocales en un intento inútil de gritar.

—Yo de vosotros guardaría fuerzas, en unos minutos la necesitaréis.

Me reincorporo y camino hacia la cocina, allí tengo la jaula de Leia. La miro y la melancolía me atrapa el alma y encoge el corazón. Un nudo se me forma en la garganta recordando a mi hermosa criatura y las lágrimas se apoderan de mis ojos, escapándose a través de mis párpados cerrados y paseando por mis mejillas y mentón. Dios como la echo de menos.

Me doy unos minutos para tranquilizarme, necesito dejar de llorar. Nada de emociones. No pueden ver ni un ápice de debilidad en mí.

Desde donde estoy puedo escucharlos gemir. Están intentando comunicarse, imagino. Dejarlos frente a frente, mirándose a los ojos cada vez que hacen un intento de levantar la cabeza del suelo lo vi en una película. No recuerdo el nombre... Bueno es igual, a mí me gustó la idea.

Cuando ya me siento mejor, mis ojos han parado de perder líquido y mi cara está seca completamente, arrastro la jaula de uno cincuenta por uno diez y la entro en el salón. Menos mal que la casa ya no tiene ni puertas... No es muy grande, pero ya está bien así, todo será más íntimo.

Arrastro a Francisco al interior estirándole de los pies y lo empujo a un lado, luego ella. Necesito que tanto brazos como piernas estén mirando al exterior. Por lo de cortar las ataduras desde fuera, y eso. Salgo cierro la puerta y me voy al lado de María, le corto las ataduras con unas tijeras a través de las oberturas de la jaula, luego le toca a Francisco. Ambos se ponen de pie, ni se miran, solo se intentan mantener alejados el uno del otro, un acto reflejo defensivo, imagino. Paseo alrededor del cubículo con las manos en la espalda y me pongo muy serio para hablar.

—Este juego es muy, muy sencillo. ¿Recordáis los circos romanos? Pues es algo así. Solo uno puede salir de aquí y ese será el que se mantenga en pie. Están permitidos mordiscos, puñetazos, arañazos y todo aquello que provoque lesiones o dolor. ¿Lo habéis entendido? —Se miran, ninguno contesta—. ¿Que si lo habéis entendido? —Mueven la cabeza afirmativamente— Genial —Digo alejándome unos pasos. Levanto los brazos con fuerza y muy teatralmente los vuelvo a bajar— ¡Que den comienzo los juegos!

31

**26 de septiembre de 1990. Madrid.**

ERNESTO

El dolor del tobillo me despierta. Es la sensación más terrible que he sentido en toda mi vida. Parece que me estén martillando clavos en la carne que me atraviesan los huesos. Igual que Nuestro Salvador en su cruz.

No sé cuántas horas debo haber dormido, pero no pueden ser muchas, porque aún estoy cansado. Como si solo hubiera cerrado y abierto los ojos. Así es como me siento ahora mismo. Sigo tumbado, tal y como quedé al caer hacia atrás. Intento incorporar algo de mí, enderezarme unos milímetros, me doy la vuelta, ¡no quiero verla! El nudo en la garganta insiste en volver. Pero estoy tan agotado que ni fuerzas me quedan para llorar. La imagen de Sole jamás se borrará de mi mente, y la idea de mirarla me revuelve entero por dentro. ¡No quiero, no quiero! Si eso es lo que el maldito demonio busca, que me venga abajo, que su cuerpo esté constantemente clavado dentro de mí. Lo ha conseguido, pero no más.

No consigo levantar ni un músculo. Cada vez que apoyo el codo y hago el esfuerzo, me resbalo hasta el fondo y me devuelve a la misma posición.

Es asquerosa la peste que se cuele por mis fosas, creo que tengo mierda hasta en el cerebro.

Vuelvo a intentarlo y cierro los ojos. No quiero, ni por descuido, que mis pupilas se crucen con la cara destrozada de Soledad. Muevo la cabeza de un lado a otro y hago, lo posible por no verla en mi mente, pero es tan improbable como enderezarme con las muñecas y tobillos atados ... Y un pie roto. Esos latigazos, el dolor, los escalofríos. No, esos últimos deben ser por la humedad del sótano, dormir al descubierto, desnudo, y aquí dentro.

Miro el cuerpo también desnudo de mi mujer, y me castigo de nuevo. Tiene un tono violáceo. Sé que está muerta. No sé por qué siempre pensé que los muertos se quedaban blancos completamente, como si los hubieran bañado en harina o cal. Sole está violeta. Los brazos le caen sobre el regazo con las palmas hacia arriba y sus tetas sobre la barriga. Esa barriga que nunca creció, porque jamás engendró y que ahora está tan hinchada que da la impresión de que reventará. De sus ojos vacíos, la sangre seca cruza por unas mejillas en carne viva, y llegan a sus labios hinchados de manera grotesca. Todo su rostro es una masa deforme de granos sanguinolentos, putrefactos.

Oí sus gritos mientras las avispas y abejas la picaban. Incluso tengo los zumbidos de los insectos dentro de mi cabeza, al igual que los alaridos de dolor de mi mujer. Aún los oigo. No pude cubrirme los oídos para no escucharla, no pude salir de aquí para quitarle la bolsa que la cubría y permitir que escaparan; solo pude gritar, gimotear y suplicar. Nadie nos oyó.

Necesito enderezarme.

Un intento más.

Un gesto de dolor me cubre la cara y se mezcla con el de repugnancia al caer de lado, sobre el líquido que inunda el barreño. Me quedo quieto, tumbado de costado unos minutos, y observo todos los excrementos que me rodean; ya cogieron un tono más verde que marrón y parecen solidificarse por momentos. Me quedo absorto observando lo que parece una capa grisácea justo bajo mis parpados. Vista tan de cerca se pueden hasta distinguir los pelos que la forman; igual que cuando una naranja o limón se pudre y su piel se tiñe de moho blanco primero, azulado después. Estoy convencido de que, si lo tocara, incluso la textura sería la misma.

El silencio ahora se me hace más patente. Nada me desconcentra de los pensamientos sin sentido que se forman en mi mente. Debe estar durmiendo. Tengo que conseguir enderezarme, encontrar una forma de quitarme estas ataduras y salir de este agujero. ¡No! ¡De salir de aquí nada! ¡Iré a su dormitorio y lo coseré a cuchillazos, voy a esparcir sus tripas por toda la puta casa!

El brote de rabia me ha dado fuerza, intento de nuevo levantar mi cuerpo, aunque sea de cintura para arriba, luego ya encontraré la forma de deshacerme del resto para salir.

Casi lo consigo.

Otra vez, otra y.... o-otra. ¡Ahora joder! Me quedo sentado.

Observo todo mi alrededor, veo que hay cosas que antes no estaban: su radiocasete, los focos del jardín. No puedo evitar preguntarme por qué me rodean las luces. Están puesta en círculo por todo el exterior de la caba, enfocando al interior, pero apagadas. ¿Y la radio?

No pienso quedarme para averiguarlo.

Miro las cuerdas gruesas atadas a mis muñecas. Las compré para fabricar un columpio en el árbol del jardín cuando eran pequeños, lástima que no lo merecieran y debiera utilizarlas para castigarlos. Me acerco las muñecas a la nariz y olfateo, la arcada y el chorro de bilis amarillento no se hace esperar. Aun así, debo hacerlo. Ya no queda nada en el estómago que echar y si lo consigo estaré libre. Me lo acerco a los dientes comienzo a morder las ataduras. Una dentada tras otra, una arcada tras otra, pero sin fluidos que refulgir ya. Las cojo, estiro de ellas, deshilacho, y despedazo; intento no tragar la saliva formada por mi boca y no tragarme toda la mierda que llevan pegadas.

Me duelen las encías, la mandíbula, la boca entera, pero lo estoy consiguiendo, sé que lo voy a lograr. Por favor, Dios, si estás ahí arriba, ayúdame, soy un buen cristiano...

Tras un tiempo que se me ha hecho eterno noto que empiezan a ceder y no puedo evitar soltar una carcajada. ¡Saldré de esta!

Un chasqueo, un sonido apenas imperceptible, pero que yo escucho. Un escalofrío de puto terror que me recorre la columna y el pelo de la nuca se me eriza. Apenas hay un halo de luz, no puedo ver que se esconde más allá. ¿Cuánto tiempo lleva aquí mirando? Busco en todas direcciones sin dejar de morder las cuerdas. No hablaré, no conseguiré que abandone mi propósito, ya casi he terminado, puedo notar como se van rompiendo, reduciendo a cordones finos, que acabaré destrozando del todo.

Se acerca y su imagen se coloca ante mí, detrás de Soledad.

—Hola papa —sonríe.

Su mirada no está ida, no como probablemente si lo esté la mía. Su pelo peinado hacia atrás le envejece. Pero no cejo en mi propósito. Lo que quiere es que no termine lo que he empezado.

—Estás perdiendo tu tiempo.

Me vuelve a hablar señalando con su índice los tobillos.

—Eso no te lo quitarás a mordiscos, hijo de puta.

Por un momento paro, sigo con la mirada su dedo y la detengo en mis pies moreteados e hinchados como si tuviera la gota. El metal ancho y grueso, está tan apretado que apenas me circula la sangre, y el tobillo casi negro parece que tenga gangrena. No importa, encontraré la manera, puedo hacerlo. Le miro ladeando la cabeza de un lado a otro. No me va a matar, si así lo quisiera ya lo habría hecho. Soy su padre, no tiene lo que se necesita para matar a quien le dio la vida. Vuelvo a comer cuerda sin siquiera dirigirle la palabra. No puedo malgastar ni una gota de fuerza. Sonríe mirándole a los ojos, pero las muñecas no le permiten ver el movimiento de mis labios.

Espera verme desquiciado, aterrado, desesperado y llorando a Sole sin cesar. ¡Qué poco me conoce realmente! No dice nada más, solo pasea en círculos acariciando el cristal de los focos mientras le sigo con la mirada. No puedo permitir que me pille desprevenido como cuando me dejo inconsciente.

Tal y como llegó, se va.

Sigo a lo mío, cuanto antes termine con una cosa, antes podré empezar a deshacerme de la otra.

32

**26 de Julio de 2018. Sevilla**

Todas las cabezas estaban agachadas.

Se podía percibir la frustración y la rabia entre todos los que estaban allí sentados. Otro crimen, esta vez dos víctimas a la vez. ¿Cómo podía alguien dejar ambos cuerpos en un lugar en el que, en más o menos medida, siempre había alguien caminando y no ver nadie nada? Ninguno de los presentes quería ser el primero en hablar, ¿para qué? Nada se podía decir que aliviara o solucionara la situación.

El sonido del clip del bolígrafo de Claudio comenzó a ser el único sonido en la sala acristalada, además del ronroneo de sus respiraciones. Faltaban López y Cercas, que se habían retrasado mientras hacían un esfuerzo por contener a la prensa.

Bella, Camila, Gorka y Claudio, sentados alrededor de la mesa sin más documentos que el libro *La Divina Comedia* y los apuntes de la libreta negra de Soto, esperaban con claros signos de enfado y nerviosismo.

Cinco minutos después, comisario y subcomisario entraban por la puerta con los rostros enjutos y pálidos. Aquel caso estaba haciendo meya en todos los componentes del equipo, más aún en toda la comisaria y en la población, algo que, por supuesto, debían agradecer a los medios de comunicación y a su, hasta ahora, poca eficacia. La naturaleza de los crímenes, el no saber quién podía ser la próxima víctima, ¿quién no había cometido pecado y estaba a salvo de aquel pirado? La incertidumbre era absoluta. No saber por dónde continuar, qué camino escoger; no tener ni una sola pista válida para una posible identificación del asesino, ahora apodado “Dante” por los medios, ni huellas, ni ADN, ni un testigo que, mínimamente, pudiera dar una descripción, aunque solo fuera de su vestimenta o estatura. Nada. ¿La investigación sobre las víctimas? Punto muerto. ¿La investigación sobre la nave? Otro punto muerto. Solo se había podido averiguar que pertenecía a una familia que había terminado diseccionada por toda España y gran parte de Europa. Seguían buscando descendientes o parientes, pero pese a internet, pese a la rapidez con la que ahora se podía trabajar gracias a la informática y las conexiones entre comunidades, poblaciones, países integrantes de la Unión europea, y comisarias, a aquellas alturas seguían sin saber nada.

López se mantuvo de pie frente a los demás, mientras Cercas, visiblemente abatido, prefería tomar asiento.

—Bien, —Comenzó—, necesitamos algo y lo necesitamos a la de YA. La prensa nos está comiendo vivos y este maldito criminal escurridizo no puede seguir saliéndose con la suya. Por favor, decidme que tenéis algo... —Nadie respondió, hasta Moreno agachó la mirada avergonzado—. ¿Bella?

—Aún no pude trabajar en los cuerpos, señor, estoy esperando a los especialistas de científica para la recogida de muestras o huellas y proceder a la autopsia.

—¿Y a que esperan el resto de los componentes de la investigación para presentarse exactamente? —López habló en el tono de voz más autoritario y alto que jamás había utilizado, nadie dijo nada. Entendían por lo que estaba pasando y la carga que todo aquello suponía en su vida y posición. Cogió el móvil del bolsillo de su chaqueta y marcó. Todos pudieron escuchar como imponía su jerarquía, como desautorizaba el resto de las investigaciones y obligaba a todos los componentes de la científica a centrarse únicamente en la que les podía hundir la carrera y la credibilidad. El único en el que más cuerpos se habían hallado, el único que de verdad en aquellos momentos aterraba a Sevilla. —Puedes ir bajando a la sala, ahora van todos para allí.

Bella no dijo nada, se limitó a afirmar con un gesto de cabeza, levantarse y salir de la sala de reuniones.

—Los demás, ¿Qué me podéis decir? —Miró a Gorka— Cuéntame Soto.

El aludido abrió su libreta, se apoyó con los codos en la mesa acristalada y comenzó a leer.

—Dos cuerpos, varón y mujer, sin identificar y sin prendas de ropa que los cubrieran. Ella atada por una cuerda a la cintura del hombre, desconocemos si fueron dejados de esa forma o al levantarlos con la grúa de científica el cuerpo resbaló para quedar en la posición en que fue hallada. Sus manos estaban alrededor del cuerpo masculino y la cara mirando a los genitales de este. En un principio, si puedo dar mi humilde opinión..., —Miró a López y este asintió—, creo que fue fortuito, no me imagino a nadie transportando dos cuerpos en esas condiciones, al menos no a una sola persona. Las víctimas mostraban visibles signos de tortura por todo el cuerpo. Supongo que la forense podrá dar más detalles de este aspecto, así como desconocemos si murieron antes de ser llevados hasta allí o arrojados con vida y fallecieron ahogados en el agua. Ambos tenían pies y manos atados con una cuerda más fina que la que los mantenía unidos, y ambos tenían la boca cubierta con cinta aislante, muy similar a la encontrada cerca de los cuerpos de las otras dos víctimas, Anselmo y Carmen. Además, en la misma escena secundaria donde los cuerpos fueron dejados, damos por hecho que no era la escena primaria por la falta de sangre en ella y porque es imposible que las torturas se realizaran en aquel lugar, Bella comprobó que llevaban grabado en la piel la señal de nuestro asesino, pero esta vez el dibujo era claramente el número VII, lo cual significa, si no he leído mal en el libro que nos cedió Camila, —Miró a la mujer mientras pronunciaba su nombre—, es el castigo a los pecadores que cometen ira y pereza. —pasó la hoja de su cuaderno y comprobó que estaba en blanco—. Nada más... —Terminó, cerrando la libreta y recostándose en la silla con signos de cansancio y abatimiento.

—Gracias, inspectores. —El comisario los miró a los dos con respeto y agradecimiento— ¿Camila?

Esta se levantó y colocó las fotos de los dos cuerpos en la pizarra blanca que ya tanto conocían, no puso nombres solo: mujer y hombre desconocidos. Cogió el libro ya parte de la investigación y buscó el párrafo del canto VII. Todos la miraron expectantes, esperando que leyera, Gorka era el único que parecía llevarlo consigo e imitó a la criminóloga. Esta espero a que Soto localizara la página y tras unos segundos comenzó a leer.

—*“Del círculo pasamos a otra orilla sobre una fuente que hierve y rebosa por un canal que en ella da comienzo.*

*Aquella agua era negra más que azulada; y, siguiendo sus ondas tan oscuras, por extraño camino descendimos. Hasta un pantano va, llamado Estigia, este arroyuelo triste, cuando baja al pie de la maligna cuesta gris...”*

Camila se quedó en silencio al sentir el sonoro bufido delante de ella. Levantó la mirada y vio como Claudio se echaba hacia atrás en su silla, cruzaba piernas y brazos al unísono y fruncía el ceño.

—¿Te aburre Moreno? —Cercas lo observaba evidentemente molesto.

—Creo que todo esto nos lo podemos saltar e ir derecho a los crímenes, ¿no os parece? Tanta poesía es innecesaria a mi modo de ver. —Respondió con la barbilla levantada y enderezándose un poco, no demasiado.

—Hasta ahora, en lo que he escuchado y que para ti es innecesario, acabo de ver la descripción, casi exacta, del lugar en el que han sido encontrados los cuerpos. ¿Te parece a ti pura poesía? Pues a mí me parece una descripción de la escena. —El subcomisario tenía la mandíbula apretada y los brazos cruzados sobre su pecho, mientras hablaba con voz apenas

audible. Claudio no respondió, se limitó a bajar la barbilla. —Continúa por favor. —Miró a Camila y está el libro.

—“Y yo, que por mirar estaba atento, gente enfangada vi en aquella ciénaga toda desnuda, con airado rostro.

No solo con las manos se pegaban, sino con los pies, el pecho y la cabeza, trozo a trozo arrancando con los dientes.

Y el buen maestro: Hijo, mira ahora las almas de esos que venció la cólera, y también quiero que por cierto tengas que bajo el agua hay gente que suspira, y al agua hacen hervir la superficie como descubrirá tu vista a donde mire.

Metidos en el lodo exclamaban: «Triste hicimos el aire dulce que del Sol se alegra, llevando dentro acidioso humo: tristes estamos en el negro cieno». Se atraviesa esta lamentación en su gaznate, y enteras no le salen las palabras.

Así dimos la vuelta al inmundo pozo, entre la orilla seca y la ciénaga; mirando a quien del fango se atraganta...”

Todos guardaron silencio unos momentos. López se incorporó, Gorka cerró su ejemplar de la obra al igual que hizo Camila, Cercas se rascó la frente, y Moreno cambió la pierna derecha por la izquierda manteniendo la posición en la que se encontraba.

—¿Alguna forma de que nos ayude el canto o como se llame? —El comisario clavó las pupilas en la mujer rogando una ayuda, un auxilio en aquellas palabras, que Camila pudiera traducir a pista.

—La descripción del lugar claro está llevada a la realidad y a nuestra ubicación coincide... —La mujer levantó los hombros y suspiró—. Si estoy en lo cierto y creo que sí, las lesiones se las han provocado mutuamente. Creo que esta vez la tortura que ha ejercido el asesino, antes de acabar con ellos, ha sido llevarlos al enfrentamiento. Bella debería buscar restos bajo las uñas y compararlos con el ADN de las víctimas, probablemente coincidirá. También le aconsejaría que comparara las marcas dentales, probablemente se mordieron entre ellos. Tengo la sensación de que ambas víctimas se conocían. Solo es un presentimiento, pero si conozco bien la mente de nuestro asesino, y creo que sí, es probable que ambos hayan estado, en algún momento, envueltos en algún acto delictivo juntos. A este psicópata le daría más morbo enfrentar a dos personas que tienen un vínculo que a dos desconocidos. Que cuando puedan ser identificados se busquen sus antecedentes y se compruebe si tenían alguna relación actual o pasada.

Las facciones de todos los presentes era un poema. Soto sintió profunda admiración por aquella mujer de ojos tristes y suave tono de voz, que tan pronto vestía como una adolescente y no aparentaba ser una experta en nada, como de pronto, en un momento como aquel, convertía sus palabras en pistas o al menos en indicios por los que poder tirar para coger alguna dirección.

—Incluso con esas directrices, estamos perdidos. —López desinfló con sus palabras todo el entusiasmo de Gorka—. Sí que es cierto que podemos averiguar quiénes son las víctimas, que hicieron y por qué han sido castigadas, ¿pero a manos de quién? ¿En qué momento se cruzaron en la vida de nuestro asesino, como conocía él sus delitos, quién coño es y por qué? —Miró a Camila— Porque tiene que haber un por qué, ¿no? Nadie se levanta una mañana y dice: Hoy voy a buscar en Google a todos los que han cometido delitos y me los voy a cargar como si fuera Dante en su poema... ¿O sí?

La criminóloga se levantó y se encaminó hacia la ventana en silencio.

—A veces, si no estás bien, si eres un demente o has pasado por algún hecho traumático, que no un psicópata, sí es cierto que tu cerebro no trabaja como el de una persona cuerda y se te puede distorsionar la visión de todo aquello que estás viendo o viviendo, lo cual te

puede inducir a cometer actos bárbaros —hablaba más para sí misma que para todos—. Pero nuestro sujeto no es un demente. Es un psicópata, con la mente muy clara, que sabe a quién buscar, donde y de qué forma llevarlos a su terreno, donde después los castiga y asesina de una forma premeditada, estudiada y muy, me atrevo a decir, inteligente. Es alguien que sabe proteger su identidad, como no ser descubierto, cubre sus huellas, no deja rastros de ADN, en definitiva, un cabrón que solo puede compararse con asesinos como Ted Bundy, o Manson por citar algunos. Jamás había conocido a alguien así más que en los libros y manuales de Robert Ressler. —Vio los rostros de sus compañeros al girarse después de pronunciar la última frase y adivinó que varios de ellos no tenían ni idea de quién era Ressler, El inspector Moreno, el primero. Los labios se le desviaron un poco a un costado, en una débil sonrisa de cinismo, pero no dio más explicaciones, que lo buscaran en internet si querían averiguar más, tampoco era parte de la investigación la biografía del hombre—. Esta persona que debemos encontrar debe haber matado antes, su frialdad y pocos escrúpulos me dicen que no es nuevo para él. Que Anselmo no fue el primero. Seguramente en su adolescencia o juventud, por algún motivo que él creyó necesario. Uno no se cree defensor de la justicia sin un motivo. Algo debió pasarle a él o a alguien importante de su entorno para comenzar. Si tiene algún vínculo con los propietarios de la nave, que es una posibilidad, parecía muy familiarizado con la maquinaria y los horarios del guarda...

—Podía ser solo que la hubiera escogido al azar y estudiado los movimientos del hombre que vigilaba. —Interrumpió Moreno.

—Las puertas no fueron forzadas, ninguna de las dos, por lo cual debía tener una copia. —Camila se sentó de nuevo y se apoyó en la mesa al hablar—. Mi opinión, estoy casi segura, es que tenía una copia, y eso le otorgó la seguridad de un lugar en el que poder realizar sus actos con total calma.

—¿Y ahora? Porque la nave está confinada y vigilada veinticuatro siete.

Camila miró a Cercas pensativa antes de contestarle.

—¿Habéis averiguado si los propietarios tenían alguna propiedad más?

López miró a los inspectores.

—¿Lo habéis hecho? —preguntó con el ceño fruncido

Claudio sacó un par de hojas que guardaba en un bolsillo de su pantalón.

—Tienen, bueno, tenían, una casa que ahora debe estar casi en ruinas en una urbanización de las afueras que ya ni urbanización se puede llamar porque está medio abandonada. Parece ser que los que allí vivían tuvieron problemas con la calidad de las obras y la empresa constructora fue demanda por estafa y no sé qué más. En definitiva, las casas se les caían encima, muchas no fueron ni terminadas, y poco a poco muchos de sus habitantes volvieron a la ciudad o antiguas poblaciones. Los dueños de la nave fueron una de esta familia.

Por un momento algo pareció encender los ánimos de los policías. Habían dado con algo de suma relevancia, que los podía llevar, si no al asesino, al menos a una pista que les guiara hacía su identidad.

— ¡Id hacía allá ya! —López y Cercas se pusieron en pie y los inspectores les imitaron— Nosotros vamos a avisar a algunas patrullas para enviar refuerzos y nos reuniremos con vosotros allí. —Cercas comenzó a hacer llamadas—. Apunta la dirección en algún sitio y no perdáis más tiempo. Camila —miró casi emocionado a la mujer—. Necesito que vengas con nosotros, puedes ser de ayuda si hemos acertado... —La mujer se limitó a afirmar con un gesto, mientras Soto y Moreno salían a toda prisa de la sala después de dejar la dirección escrita en una cuadrilla verde que Camila observaba hipnotizada.

33

**26 de Julio de 2018.**

Las sirenas se oyen como estruendos, acompañadas del sonido de los coches por las calles de la ciudad.

Soto ha metido la quinta, y el resto de los vehículos que circulan han comenzado a hacerse a los lados del carril para que toda la comitiva de coches policiales pase entre ellos.

El trayecto a aquella velocidad se verá reducido de una hora a mucho menos. Deben darse prisa, si están en lo cierto "Dante" puede estar destruyendo pruebas si no lo ha hecho ya y ha vuelto a desaparecer, aun así, allí debe quedar algo, ¿no? Huellas, restos de fluidos del asesino o las víctimas... Como también puede ser que estén equivocados y allí no haya nada. Solo es un disparo al aire, solo es una idea más, solo es... Da igual que sea. Es más, de lo que tenían hacía treinta minutos, es más de lo que han tenido desde que comenzó la investigación.

Soto observa a Moreno, su gesto impertérrito, su cuerpo estático. ¿Puede ser que no haber pensado en aquello antes le esté carcomiendo por dentro? No. A él lo único que le podría tocar el ego es que gracias a la disección de Camila se haya dado con una pista, por fin, fiable o al menos eso espera.

Cercas sentado en el asiento trasero del coche de López observa el rostro de la mujer. No pestañea, solo mira la carretera. ¿Qué pasará por su mente en aquellos momentos? ¿Se estará dando cuenta de la importancia que ha tenido su presencia en la investigación si finalmente en aquella casa encuentran al asesino? No lo cree. Hace mucho tiempo que dejó de ser la criminóloga que se emocionaba ante un buen informe que llevara a la captura de un delincuente, hace mucho tiempo que dejó de ser ella, de estar viva, de sentirse útil o emocionarse con su trabajo.

Como Soto había calculado en menos tiempo del esperado ya estaban en la entrada a la urbanización. Las sirenas se silenciaron a escasos metros de la puerta y todos los vehículos se detuvieron. Gorka, Mario, y los ocupantes del coche del comisario les imitaron y miraron hacia la dirección en la que se encontraban las casas.

Camila miraba detenidamente a un lado y a otro, aquello se había convertido en una pequeña ciudad fantasma, igual que en las películas de terror de mala calidad que solía ver de adolescente. Los hierbajos habían crecido cubriendo la placa que daba a conocer el nombre de lo que, en otro tiempo, debió ser el típico lugar de ensueño para muchos que aspiraban a apartarse de los ruidos y aglomeraciones, de la delincuencia y quien sabe si de sus propias vidas para empezar una nueva. A paso lento se acercó a las ramas verdes que se mantenían perseverantes y erguidas en la pared de ladrillos amarillentos a la que estaba asegurada la puerta de hierro, y las apartó hasta dejar al descubierto un conjunto de baldosas blancas, unidas para formar el nombre de Urb. Turist Club, con letras negras, seguramente dibujadas a mano por algún artesano que quizás cobro una miseria por su elaborado trabajo.

— ¿Como lo hacemos? —López miraba a todos los hombres allí apostados que habían hecho lo mismo que ellos, mientras se colocaban los chalecos antibalas, los cascos, preparaban el ariete, y se aseguraban de tener sus armas en condiciones para utilizarlas si era necesario, y solo si era imprescindible—. Gorka y Mario, vosotros pasaréis primero, nosotros os seguimos —miró a Cercas y este hizo un movimiento que todos interpretaron como un: de acuerdo—. El resto, coches en primera, sirenas en silencio y nada de aceros los héroes. ¿Está claro?

Nadie dijo nada, pero todos movieron la cabeza y entraron en los vehículos, pusieron la primera y comenzaron a circular despacio.

Camila observa por la ventana, pero esta vez del asiento trasero, del coche de López. Ya le habían dejado claro que no se podía mover de allí hasta que todo fuera seguro y ella aceptó. Quizás en otro momento hubiera opuesto resistencia y necesitado estar en el centro de toda la acción; ver como capturaban a la persona que había estudiado y llegado a conocer muy bien. Pero ahora, en aquellos momentos, ya no le importaba. La casa era la quinta a la derecha de la sexta calle de la urbanización. Debían rodear una redonda, atravesar lo que parecía el aparcamiento de un parque que en otro momento había sido pensado para niños, y en el que ahora solo caminaban pájaros, y paseaban hojas de árboles y papeles de comida rápida movidos por el viento. Era desolador, y si estaban en el lugar indicado entendían por qué había sido elegido por el asesino, poca gente podría escuchar los gritos de sus víctimas, o fijarse en quien entraba o salía. Seguramente los que allí vivían estaban acostumbrados a que se ocuparan las casas abandonadas, el parque y las zonas comunes, y si seguían en aquel lugar, a pesar de todo, era porque no tenían otro sitio al que ir. Una desazón más pronunciada de lo habitual se hizo con el pecho de Camila. Que triste ver algo que seguramente había sido el sueño de decenas de familias, y en lo que seguramente habían puesto todo lo que tenían de aquella forma. Era tan desolador como ver las escenas de los desiertos en los que la bola de ramas secas pasea en medio de un pueblo o ciudad tan abandonada como lo estaba aquello en esos momentos. Apenas un habitante o dos por cada calle que habían dejado atrás, se notaba por la presencia de algún medio de transporte o algún objeto que se notaba no había quedado olvidado, y poco más.

El trayecto se hacía eterno, la criminóloga no acababa de ver el momento de llegar, acabar de una vez con todo aquello, saber si estaban en lo cierto y en caso afirmativo y que "Dante" fuera hallado, ver por fin su rostro, sus ojos. Enfrentarse a su mirada, decirle, te conozco, te cogimos. ¿Sería capaz? Esta vez estaba segura de que sí...

Perdida en sus pensamientos, no se dio cuenta de que el coche había detenido la marcha. El silencio absoluto se hizo en el escaso silencio del interior mientras Cercas Y López hacían lo pertinente antes de salir del vehículo y enfrentarse al momento en que se adentraran en la casa.

Camila observó a los dos hombres salir del coche, no había hecho falta, que le recordaran que no podía exponerse hasta que no le avisaran de que no había peligro, así que se acercó a la ventanilla, viró un poco el cuello para tener una buena perspectiva por el cristal y observó la casa. Si en el camino se veían casas derruidas, aquella no lo estaba. Se notaba el abandono, las ventanas cubiertas de periódicos y maderos, (como en las películas cuando alguien llegaba a una casa encantada dejada de la mano de Dios desde hacía años), pero no hasta el punto de hacer sentir escalofríos. Miró como todos los componentes del cuerpo, allí reunidos, se desplazaban sigilosamente, y rodeaban la casa; como entre ellos se hacían gestos, y los encargados del ariete se colocaban en posición delante de la puerta de la casa, esperando la señal de López. Tras unos segundos en los que el comisario mantuvo el brazo en alto, finalmente lo bajo con energía. Los dos agentes que sujetaban el armatoste de acero lo levantaron hacia atrás con fuerza y cogiendo impulso lo movieron adelante dando a la puerta con fuerza. "Bam" una vez, "Bam" dos veces, "Bam" por tercera vez, y la puerta cedió. Moreno y Soto cogieron la delantera y apuntando con sus armas hacia nadie, entraron a toda prisa, seguidos por agentes y los dos superiores. Camila solo podía oír gritos, pero con la ventanilla subida no distinguía que decían, aunque lo imaginó. Lo había escuchado decenas de veces antes: ¡Policía! Y si allí no encontraban nada ¡Nadie! Solían gritar.

No más de cinco minutos después, Cercas apareció por la puerta, pálido, sudoroso, con las facciones desencajadas, igual que lo encontró el día que dieron con la nave y vio la verdadera cara de la naturaleza humana. Camila salió del vehículo y lo miró esperando que hablara y le

diera permiso para pasar.

—No hay nadie, ni vivo ni muerto, pero es... ¿Cómo puede un ser humano hacer estas barbaridades? —su voz se partió en un susurro ronco. Camila decidió que era el momento de entrar.

Olivia sabía que Claudio aquella noche volvería tarde, o a lo mejor no llegaba hasta el amanecer, puede que con un poco de suerte la noche siguiente. No sabía si sentir alivio o pánico. El retraso nunca era buena señal, significaba mucho trabajo, estrés, mal humor, cansancio, cervezas, y esto siempre traía consigo olor a alcohol, humillación y dolor.

Se sentó delante del ordenador, puso la impresora en marcha y le dio un sorbo al té. La pantalla con la página en blanco del Word como único fondo se burlaba de ella, al igual que el resto de las personas que nunca entendieron nada y la miraban por encima del hombro. La pantalla en blanco era un fiel reflejo de sus pensamientos en aquel momento. Ninguno que pudiera distraerla y sacarla de la sensación de miedo que sentía. ¿Y si se hacía la dormida cuando escuchara la puerta? No, él la despertaría. ¿Y si se iba a casa de Bella? Ellas seguro que lo entenderían; pero Gema... Últimamente, la relación entre ella y su cuñada había sido algo tensa. No sabía muy bien por qué, aunque lo podía imaginar. Daba igual. Todo menos estar allí cuando él volviera. Pero entonces, cuando la viera sería peor, lo sabía, lo había vivido ya.

Suspiró. Hiciera lo que hiciera, ya estaba escrito, lo que iba a terminar sucediendo. Mejor no decirle nada, si no habría la boca a lo mejor solo se iba a dormir y ni la miraba. A lo mejor si ella se encogía y se hacía pequeña en el sillón ni reparaba en su existencia. A lo mejor él volvía tan borracho que ni fuerzas para tocarla tendría.

A lo mejor...

Volvió a mirar la pantalla y algo le vino a la mente. Olivia dejó sus pupilas fijas en el blanco unos minutos, se sintió atraída por algo. Como un robot acarició tecla por tecla y ya no pudo parar.

34

**26 de Julio de 2018.**

VICTOR

La han encontrado.

No sé si preocuparme o agradecerlo, porque esto inevitablemente me acerca, al final. Ahora, cuando ya veo el término de todo tan cerca siento una especie de desasosiego en la boca del estómago que no tengo muy claro si definirlo como intranquilidad o paz...

Sabía que llegaba el momento, lo veía. Así es mejor, la distancia que he recorrido, los años que he vivido, y la justicia que he impartido dejara la huella que tanto Victoria como mamá, los niños de los que abuso Anselmo; Josué, el hijo inocente de Carmen; Mario, el joven que no pudo escapar de la mano criminal de Francisco y María, y ella, antes de que se convierta en una víctima más, no pudieron dejar a pesar de sus vidas o finales.

¿Es lo que quería? Sí.

¿Me siento mal por mis actos? Para nada.

¿Seré castigado? Sin duda.

¿Ha valido la pena? Desde luego. Y aunque no he acabado, aún queda uno, ya estoy en la recta final. Ya nada puede pararme. Porque si frenara ahora todo lo transmitido quedaría en simple chapuza y recortes de periódicos.

La fatalidad me llevó hasta aquí, yo no soy el culpable, por mucho que en la prensa me retraten como un psicópata sin escrúpulos ni sentimientos. Solo yo sé que me formó para esta misión y que me arrastró hasta el final que me espera. "El Dante del siglo veintiuno" Me han apodado los titulares. Me han llamado asesino, demente, sádico, criminal y una decena más de adjetivos calificativos que ni recuerdo. ¿Estoy ofendido o molesto? No. Lo soy, lo fui y si no me atrapan lo seguiré siendo. Por ellos, por mí, por el mundo. Porque alguien tenía que hacerlo. Alguien tenía que desenmascarar a estos delincuentes, y ese alguien he sido yo. De una manera peculiar, cierto, pero efectiva. Con mi ayuda salieron a la luz sus crímenes también. La gente está dividida al cincuenta por ciento. Lo escucho por allí por donde voy. Solo se habla de mí. Y así como hay gente que no cree que matar sea la solución, que estoy para que me encierren y tiren la llave, o se lamentan de que en España no existe la pena de muerte y quisieran verme frito en la silla eléctrica; también los hay que si pudieran lo hubieran hecho ellos mismos.

Sonrío.

Ya solo falta él, me digo mientras miro, ahora, por la ventana. Puedo percibir su miedo incluso antes de que lo comience a sentir. Palpar su terror cuando sienta que él es ahora la víctima. Incluso el sabor a metal de su sangre y el olor a acero de esta sin siquiera tener su cuerpo presente. Toda sangre es roja y toda sabe igual. Nadie la tiene azul, a nadie les sabe a fresas, bueno a él, quizás si a cebada. Me rio por mi ocurrencia.

Miro con nostalgia el cielo sacando un poco la cabeza a través del aluminio y respiro profundamente el perfume que me viene con la brisa al atardecer. Puede que jamás tenga otra oportunidad de hacerlo. Es lo único que, creo, añoraré de toda esta vida: el color del cielo, las estrellas por la noche, los olores a flores y frutales; una buena comida basura, el perfume de los churros por la mañana, y el aroma de mamá. Me permito el lujo de dejar resbalar una lágrima por mi mejilla, tras unos segundos la limpio con la manga del jersey, y suspiro.

Debo descansar. Mañana será otro día y quién sabe si no el último.

35

**27 de julio de 2018.**

El teléfono del comisario comenzó a sonar y al mirar la pantalla vio que era Bella.

—¿Qué hay Moreno? —La llamó por su apellido sin darse cuenta—. Dime que has encontrado algo, por tu madre te lo pido...

Un fuerte suspiro se escuchó al otro lado de la línea. No era buena señal. ¿Es que no iba a haber nada, que los llevara a algo? ¡Joder que estaban en el siglo veintiuno por el amor de Dios! Miles de millones gastados en la más avanzada tecnología para la búsqueda de huellas, de fluidos, de ADN. Una criminóloga, un perfil del asesino, la ¡dirección de su puta casa hostia! ¿Y se les iba a escapar el hijo de puta? No podía creérselo...

—Lo siento comisario, lo único que hemos hallado son las huellas de las víctimas en respectivos cuerpos, los de él en el cuerpo de ella y viceversa. Hicimos lo que me dijo de comparar las dentaduras y casan. Sí, hemos descubierto las identidades de las víctimas, ahora estamos poniéndonos en contacto con la central informática y solicitando los antecedentes de ambos, también tenemos ya sus direcciones y el resto es exactamente igual que con Anselmo y Carmen. Los fluidos coinciden únicamente con las víctimas, y, bueno, el perro, por supuesto, en el caso de la prostituta. —Se hizo el silencio unos minutos mientras Bella esperaba una respuesta de López—. ¿Quiere los nombres de los dos fallecidos? —preguntó al ver que no había respuesta.

El hombre miró su reloj de pulsera, regalo de sus hijos al ser ascendido. “Mierda de ascenso, si llego a saber esto les digo que se lo metan por el culo”. Se dijo para sí.

—Son las dos de la madrugada Moreno. Hemos acertado con la dirección, esta es su guarida, por lo que ya no cabe duda de que sea quien sea, está vinculado de alguna forma a la pareja propietaria de la nave. —Un sí apenas audible se escuchó al otro lado—. Aquí están aún los de científica trabajando, pero sin mucha esperanza de encontrar nada más que la sangre y los trozos de carne que se arrancaron entre ellos. —Miró hacia adentro y suspiró observando a Camila deambular por la parte del salón que se vislumbraba desde afuera—. Vete a casa. Mañana te espero en la sala a las ocho en punto y me das todo lo que tengas.

—OK

Ambos colgaron sin despedirse. No había ganas.

En ese momento Camila, se unió a él y miró a ninguna parte al colocarse a su lado. La mirada de ambos se perdió en la oscuridad del horizonte. Las palabras estaban sobrevaloradas en momentos como aquel, así que ninguno las dejó escapar de su boca. Solamente cuando escucharon el sonido de varias pisadas acercándose a ellos, ambos dejaron de mirar a la oscuridad y se viraron a la vez.

—Esto es una salvajada. Hay más sangre que en un matadero. ¿Seguro que solo es de las dos víctimas de ayer? —Gorka miró a Camila.

—No tengo respuesta para eso. —Ella desvió sus pupilas hacia el interior—. Lleva tiempo utilizando esta propiedad como refugio, quizás haya más víctimas de las que no sepamos nada, quizás no. Imagino que cuando los de científica terminen nos dirán cuántos perfiles genéticos han encontrado y podamos descartar esa posibilidad, o tengamos que ponernos a trabajar en barajar quienes más pueden haber sido capturados y asesinados tras esas cuatro paredes. Pero espero de verdad que no sea así, es más, estoy casi segura de que todos esos fluidos, son únicamente de los dos cuerpos de ayer.

—¿Y si hay más? —Claudio miró al grupo—. ¿Y si no es la primera vez que mata, pero no aquí, en Sevilla? Pensarlo bien, alguien con esta capacidad de asesinar puede haberse forjado de la noche a la mañana, no es primerizo.

—Puede que el inspector Moreno tenga razón —la mujer miró a Cercas y luego a

López— Habría que buscar crímenes similares, en los que algo parecido a la obra de Dante se vea reflejado en ellos.

Gorka sacó su libreta negra y comenzó a tomar nota.

—Muy bien, Soto mañana buscáis en todas las comunidades españolas y, ¿Europa? —Viró la vista a Camila que afirmó con la cabeza—. Y Europa. Retrocede al menos veinte años, no creo que nuestro asesino sea muy mayor, pero tampoco lo imagino como un veinteañero, todos los crímenes que de algún modo hayan tenido una semejanza con los actuales, bien sea porque tengan algo del libro ese, bien sea porque las víctimas tenían algún delito a sus espaldas que no pagaron. Y después busca en todos a ver si de una forma u otra están también relacionados con la familia de los dueños de la nave: vecinos, hijos, sobrinos, lo que sea. ¿Estamos?

Gorka afirmó con la cabeza tras dar un golpe en la hoja con la punta de su bolígrafo Bic y cerró las tapas negras.

—Es terrorífico imaginar que los metió en esa jaula y que les hizo hacer algo tan salvaje. —Claudio siguió la mirada de Camila con la suya, diciéndolo más para sí que para todos.

—Seguramente les obligó prometiéndoles que el que sobreviviera quedaría libre. Eso infunde instinto asesino a cualquiera. Es, como le suelen llamar, el instinto de supervivencia que aflora de las personas; y si encima se conocían y habían tenido algún conflicto entre ellos, pues todo fue coser y cantar —respondió ella.

—Tu hermana dice que ya tienen la identidad de las víctimas. En central están esperando toda la información sobre ellos y sus antecedentes —López miró a Claudio, pero este solo hizo un movimiento de cabeza— Aquí ya no podemos hacer nada, y en la oficina tampoco hasta que lleguen los informes. Lo mejor es que cada uno se vaya para su casa y descansen. Mañana nos espera un día muy duro también, todos serán complicados hasta que demos con el animal que está haciendo esto. —Miro a Cercas y a Camila, os llevo a vuestros coches, vamos.

Gorka comenzó a caminar, pero se detuvo al ver que Claudio no se movía.

—Vamos, que te llevo hasta la comisaria.

Claudio le miró.

—Llévame a un bar —contestó—. Ya me espabilaré para pedir un taxi y llegar a casa...

36

**28 de septiembre de 1990. Madrid.**

ERNESTO

No sé cuántos días llevo sin dormir, ya no coordino. No puedo pensar.

Al final descubrí para qué quería utilizar toda la parafernalia. El maldito diablo con cuerpo humano no ha apagado los focos ni la música en días.

*“Whose mistake am I anyway?*

*Cut the head off*

*Grows back hard*

*I am the HYDRA.”*

Una y otra vez, tras otra, y otra más, se repite la misma letra, las mismas canciones, el mismo ruido infernal.

Las fluorescencias me apuntan constantemente, y me queman con su resplandor. Siento el ardor sobre mí, el escozor en la piel, el dolor de las quemaduras. La claridad constante me nubla los ojos, los párpados... Dios lo que daría por poder cerrarlos.

No sé muy bien cuantos días llevo ya encerrado y amarrado. No entra la luz de la calle y no veo cuando amanece o anochece; solo reconozco la luz que constantemente hay aquí dentro. Tampoco recuerdo cuando fue la última vez que comí o bebí algo. El estómago me duele y estoy seguro de que no es solo de nervios. Me muero de hambre. Hace tiempo que no llevo las cuerdas en las muñecas, pero por más que peleo, aquél monstruo tenía razón: los hierros de las piernas son imposibles de soltar.

Tengo la espalda apoyada en el costado de la bañera, y el cuerpo de mi mujer a mi lado se pudre. El olor a muerte se entremezcla con el de la mierda. Es insoportable, nauseabundo. Me asfixio con la peste, pero no puedo evitar que mis ojos se desvíen hacia ella y observo detenidamente los bichos que salen de sus carnes desinfladas y descarnadas, paseándose por sus cuencas vacías, boca, tetas y piel abierta. Se la están comiendo, o eso parece, porque se detienen durante largo rato allí donde chorrean los líquidos que emana su cuerpo.

Me relamo los labios y me imagino a que sabrán. Una vez, en un documental, vi que su sabor era similar al de la carne de pollo, ¿será verdad? No pienso averiguarlo.

La boca comienza a secretar babas y miro a mi alrededor, quizás haya algo que esté lo suficientemente limpio como para comerlo.

Otra vez el dolor de barriga. Las lágrimas de desesperación me queman. Las manos me tiemblan, y la necesidad me obliga a volver a mirar a Sole.

“No, no te engañes. No la estás mirando a ella; estás mirando a los bichos blanquecinos, rosados y negros, que salen de su vientre y pasean por su podrido y apestoso cuerpo. Los gusanos que asoman por los agujeros donde antes estuvieron sus ojos grises y por la comisura de sus labios. Te planteas comértelos, ¿verdad? Es menos asqueroso coger esas larvas babosas, resbaladizas y alimentadas de carne humana, que la comida tirada en el fondo de la cloaca en la que estás metido. ¿A que sí? Comértelos. Llevas mucho sin beber ni comer, y aunque tu cuerpo gordo no aguantará mucho más sin líquidos y sin alimentos, esos bichos seguro que te aportan lo que necesitas. Además, saben a pollo, ¿no? ¿O prefieres lo que hay sepultado debajo de los excrementos? Total, ¿qué puede sucederte, que lo vomites a medida que lo masticas?”

Me doy un golpe en la frente para acallar a mi subconsciente. Se ha convertido en mi única compañía, pero no quiero escucharlo ahora. No voy a ceder a su locura y hacer lo que me dice.

Esperaré. No creo que tarde mucho en bajar con algo y hablaré, negociaré, entrará en razón.

No puedo más, la falta de sueño, el hambre y la sed me han derrotado.

Intento aguantar, lo juro. Traté de negociar, arrastrarme, suplicar. Pero nada. Su mirada es la del mismísimo demonio, roja de ira, inhumana.

Tengo el cuerpo lleno de ampollas por las quemaduras que las luces me han hecho en la piel. De vez en cuando alguna revienta, y el líquido que tienen dentro recorre mi cuerpo. Es lo único que me refresca al bajar por allí donde el calor y el escozor es, también, insoportable. Humedezco los dedos en el fluido, me los llevo a la boca, me hidrato el paladar, la lengua reseca, y los labios completamente agrietados. Pero no es suficiente, y los gusanos son lo único que me queda. ¡No quiero!

Me tiro de los pelos, me revuelvo con furia, balanceo mi cuerpo, golpeo el barreño con mis puños; intento quitarme los grilletes. Desgarro mi piel, ¡rasco, rasco con rabia! Clavo mis uñas tan profundo como puedo. La carne que se escurre entre en mis dedos, lo hace en tiras y se separa de mi dermis. La sangre cambia la mierda de color: una mezcla repugnante de verdoso con escarlata. Mi sangre apesta como el cuerpo de Sole. Estoy podrido por dentro... El dolor es insoportable. La piel negra de mi tobillo ha desaparecido. Vuelvo a rascar, furioso, agonizante de dolor. Araño otra vez con ira. Necesito quitarme esto, ¡como sea! ¡Me da igual la forma! Si pudiera, si tuviera algo cerca, sería capaz hasta de cortar, arrancarme este trozo inútil de pierna que me mantiene aprisionado. Me tapo las orejas y me balanceo de nuevo: adelante, atrás, adelante, atrás. La música demoniaca de Satán no puede pasar, no debe ser escuchada. Recito el Padre Nuestro, el Ave María, grito para evadirla, una vez tras otra; rezo, rezo, y rezo intentando que mi voz sea más potente que el sonido proveniente del *casette*, pero es imposible. Se cuela entre las ranuras de mis dedos, entra por el conducto auditivo, y pasea por mi cerebro. Vibran las paredes de mi cráneo como si fuera el eco en una cueva oscura y fría.

*"The angel has spread his wings,  
The time has come for bitter things  
Our antichrist is almost here..."*

Sollozo. Me voy a volver loco.

Intento parar de moverme, respirar. Voy a entrar en colapso de un momento a otro. Vamos Ernesto, inspira, expira, y deja de sollozar, ¡joder!

Debo sobrevivir. ¡Tengo que vivir!

Cierro los ojos, mi cuerpo se estremece del asco, pero mis dedos se encaminan solos al cuerpo pútrido de Sole, lo palpan. A tientas cojo una larva, se sacude con desesperación entre mis yemas, lucha por resbalar y salir de allí. Con repugnancia me la meto entre las encías, y mastico... Abro los ojos, saboreo lo que queda entre mis dientes, y me abalanzo sobre la carne podrida, completamente llenas de gusanos y moscas. Recojo tantas como puedo y me lleno la boca como si de arroz se tratase, a puñados, tratando que ninguno escape por las comisuras de mis labios, triturándolos con fuerza y rapidez.

Su carcajada hace que me gire sin parar de comer, cubriendo mi boca y carrillos inflados.

—Vaya, vaya. Mira tú por dónde encontraste con qué alimentarte.

Se acerca a Soledad, lleva un enorme cuchillo de cocina en la mano. Me aparto, sin dejar de relamer mis manos, y metiendo en la boca todo aquello que intenta huir, tan rápido como mi cuerpo lo permite.

—¿Y ahora que papá? —Pregunta. No contesto. Me da igual ya. Prefiero morir.

Le miro mientras pasea dando círculos por mi alrededor. El cuchillo en la mano, la cabeza cubierta, los ojos despidiendo fuego y odio, su cara con aquella sonrisa que en otro tiempo fue de una criatura inocente. Sé que va a hacer. Al final si va a resultar que tiene lo que

hay que tener, y más, para acabar con quien lo engendró y le dio la vida. Dejo de comer. Le miro fijamente y en lugar de que el hambre, el odio o Dios dominen mis pensamientos, comienzan a llegar flashes de recuerdos: el olor a pan recién hecho, el perfume a rosas de ella, las risas infantiles de ellos, los abrazos, las caricias, los domingos de misa y comidas familiares... ¿Cuándo terminó todo? ¿En qué momento la bebida se apoderó de mí y de mi cerebro? ¿En qué momento ella se fue y yo me volví ...?

Los ojos comienzan a humedecerse y los gusanos se me atragantan. Me mira. Lo ha visto, se ha dado cuenta y deja de caminar, mirándome con la cabeza ladeada. Ya no sonrío, yo dejo que las lágrimas salgan y recorran mi cara. Dios que hice...

— Esto es culpa mía —digo más para mí que para nosotros. Baja el cuchillo y se coloca en frente, sin parpadear, sin respirar—. Yo te he convertido en esto, ¿cierto? —No espero respuesta.

—No vas a conseguir que pare, si es lo que pretendes. Conozco tu jueguito. ¿Sabes cuantas veces escuchó mama esa frase y vio esa lagrimita después de cada paliza tuya a ella o a nosotros?

Bajo la cabeza y miro la mierda en la que estoy metido, luego le miro de nuevo.

—Entonces es cierto, es obra mía

—Tu influencia ha sido primordial, sí.

— ¿Y todo esto te va a convertir en alguien mejor que yo? —ladeo la cabeza y sigo dejando que las lágrimas goteen—. Lo que le has hecho a Soledad o lo que me vas a hacer a mí, tras toda esta tortura ¿de qué te servirá? Solo te convierte en un ser tan vil como yo, ¿no lo ves?

—No te vas a librar.

—No quiero hacerlo. —En mis palabras hay sinceridad. Dicen que estar al borde de la muerte te abre los ojos, a veces te obliga a arrepentirte de tus pecados, y te enseña cuáles fueron tus errores antes de mostrarte el recorrido de tu vida, que sucede en centésimas de segundo, mientras tú te vas apagando y tu alma alejando de tu cuerpo para ir al cielo o al infierno. Yo ahora lo sé, iré al último. Por más que pensara que me estaba ganando el cielo, acabo de darme cuenta de que no, así no— Solo contéstame, ¿de qué te va a servir?

—¿Te acuerdas cuando mama apareció en la cama dormida? ¿Te acuerdas de nosotros aquí abajo, ahí metidos exactamente en la misma posición en la que estás tú? —Afirmo con la cabeza, retrocedo mentalmente en el tiempo. Instantáneas van y vienen, quiero pensar que todo esto es delirio causado por la cangrena, las fiebres, el hambre, el miedo, que los recuerdos no son reales, que ... Dios que hice—. Veo que sí que es verdad que empiezas a recordar. A ti, papa, ¿te sirvió para algo? —Levanto la cabeza hacia sus ojos claros. Jamás había sentido tanto odio y dolor en una sola palabra—. Es justicia, hago justicia, castigo a los criminales, os castigo a vosotros. De eso me va a servir —dice mientras camina hasta llegar a mí y se coloca a mi espalda, cogiéndome de la frente y alzando mi cabeza para dejarme el cuello levantado, estirado, al descubierto.

Sé lo que viene a continuación y cierro los ojos, solo hubiese querido poder decir algo más, poder decirle "Ahora me doy cuenta de lo que hice, ahora veo que sin quitarte el aliento te maté. Lo siento tanto... Perdonadme", pero no me da tiempo.

No siento apenas dolor, pero sí el líquido caliente que emana de mi carne entreabierto a causa del corte con el cuchillo, y los gorgoteos que provoca el aire que escapa de mi garganta mientras fluye la sangre. Sé que está llorando mientras me corta, puedo escuchar sus sollozos. No intento cubrir la herida con mis manos para evitarlo, no me muevo de como estoy, dejo que

suceda. Poco a poco todo se va volviendo borroso, luego nada, solo negro.

37

**27 de julio de 2018. Sevilla.**

Le había sido imposible dormir y decidió vestirse e ir hacia la comisaria. Todo aquello le tenía trastornado, necesitaba averiguar si podía encontrar algo, le era imposible esperar al día siguiente; el tiempo corría en contra de todos. En cualquier momento podía aparecer otro cuerpo. Estaba libre, no le habían encontrado ni capturado. Andaba suelto por las calles y era un psicópata sin escrúpulos, ni miedo.

Aparcó y vio el coche de Claudio en el mismo sitio en que lo dejó por la mañana. Movi6 la cabeza de un lado a otro. Seguramente aún seguía bebiendo, o había acabado tan borracho que tuvo que volver a su domicilio en un taxi. Fuere lo que fuere, sentía pena por él. El alcohol lo estaba convirtiendo en un policía poco eficiente y lo estaba matando poco a poco. Él no quería verlo, pero todos se daban cuenta, su hermana, los compañeros, el comisario, Aunque no trabajara borracho si lo hacía entonado, y eso se notaba en su carácter, forma de actuar y reflejos. Ya no era el policía ni el hombre que él conoció cuando llegó allí, ya no era más que un borracho.

Al entrar se dirigió a la máquina de café y comida basura, y le sorprendió ver que Camila también estaba allí.

—¿Tú tampoco podías dormir? —Le pregunto la crimin6loga cuando lo vio llegar mientras daba vueltas a algo parecido a un chocolate con la cucharilla de plástico.

—¿Y quién puede? —Soto la miró de arriba abajo. Volvía a parecer una estudiante universitaria con los tejanos rotos, el pelo recogido en una cola de caballo en lo alto de la nuca y una camiseta de manga corta con un dibujo muy infantil.

—Tú compañero, por ejemplo —dijo moviendo la cabeza en dirección al exterior, a donde estaba el coche de Claudio—. Al principio pensé que lo encontraría dentro, pero tras buscarlo unos minutos y preguntar por él me dijeron que no había aparecido por aquí, es más, hasta se rieron por la pregunta.

—Es que no lo conoces, si no hubieras sabido qué esa pregunta era bastante cómica tratándose de él. —Sonrió con algo de melancolía y saco su café de la máquina—. ¿Subimos?

Pocos minutos después, ambos estaban sentados en la sala acristalada. Soto había cogido el portátil de su mesa y todas las carpetas, además de los informes que descansaban en ella sobre las dos últimas víctimas, autopsia incluida, y lo esparció todo por orden sobre la mesa de cristal. Camila había llevado su propio ordenador y todas sus notas, así como las copias de los informes y su libro de La Divina Comedia. Gorka sacó el suyo del bolsillo de la americana y levanto la mano sonriendo para que ella lo viera.

Camila no pudo reprimir una suave carcajada y lo miro dándole la enhorabuena con los ojos. Le caía bien el subinspector. En otro tiempo incluso podría haberlo encontrado atractivo. Era metódico, trabajador, eficiente y muy agradable al trato; nada que ver con el inspector Moreno, que al parecer hasta con su hermana Bella tenía el trato mínimo y poca educación.

—Tú eres la experta, yo ahora mismo estoy perdido y no sé cómo comenzar a buscar, así que dime ¿por dónde empezamos? —Gorka había comenzado a abrir la carpeta de las autopsias que Bella había dejado sobre su mesa y a leer.

—Por esto ya es un comienzo, quizás haya algo que nos dé información. Luego repasa los antecedentes de las víctimas, yo entraré en la base de datos a ver si encuentro algún hecho con similitudes, espero que no haya problemas, si llegado el momento, tengo que buscar fuera de España. Lo que sí quiero es leer la autopsia, también —estiró la mano y él le dio la primera hoja que había leído. Camila miró la hora en la pantalla de su ordenador, las cuatro de la madrugada, y comenzó a leer.

Bella aparcó y vio que los coches de Gorka y Claudio también estaban allí. Se sintió aliviada de ver, que no era la única que necesitaba terminar con todo aquello, pero le sorprendió mucho que su hermano también se hubiera presentado. No era propio de él.

Aún no eran las cinco de la madrugada. Se sentía cansada, le había resultado imposible conciliar el sueño. Toda aquella locura estaba afectando a su capacidad de descansar, de comer y de socializar, incluso con Gema. Tenían que terminar, debían dar con aquel loco. Hasta que ese momento no llegara, nadie viviría de nuevo en paz.

Al llegar vio dos figuras a través de los cristales de la sala y en seguida reconoció a Gorka y a Camila.

—Buenas noches, chicos. —Las miradas de ambos fueron de bienvenida, al igual que sus palabras y de agradecimiento. Gorka sintió un profundo aprecio por aquella mujer que, sin ser parte del equipo de investigación, como tal, sacrificaba sueño y estar con su familia por ayudar. Aquello era un verdadero equipo, una piña como decía su padre—. El coche de mi hermano está fuera, pensé que lo encontraría aquí a él también. —Camila sintió el deje de decepción en sus palabras, pero sola la miró y negó con la cabeza. La forense no dijo nada más. Cogió la carpeta que ella misma había dejado y comenzó a leer—. ¿Necesitáis que os aclare algún dato?

Media hora después y tres cuartos de hora después, cuando los que se unían al grupo eran Cercas y López, respectivamente, volvió a leer los papeles que había redactado y repitió lo que minutos antes había dicho a Soto y la criminóloga.

El agua se había enfriado y con ella, su cuerpo.

La piel de los brazos y piernas se erizó y los pezones, endurecidos, le exigían que saliera, ya, de la bañera. Pero Olivia necesitaba unos minutos más. Aún no se sentía con fuerzas para moverse. La sola idea de levantarse y estirar sus extremidades para pisar el suelo le resultaba agotadora, y por experiencia, sabía que también sería dolorosa. Al final se sentó, sin quitar el tapón del cubículo, para dejar al agua que siguiera acariciándole. Dobló las piernas y las abrazó a la altura de la rodilla, apoyó su mejilla en los antebrazos y dejó que se perdiera su mirada. Parecía que estuviera repasando cada milímetro del grabado que adornaba el vidrio de la mampara, pero únicamente lo parecía. Las lágrimas pugnaban por salir... las contuvo, quería gritar... no podía, quería morir... aún no.

Con calma, por fin, decidió que era el momento y poco a poco se levantó, corrió el protector de vidrio opaco y sacó su cuerpo, mordiéndose el labio inferior y conteniendo las exclamaciones de dolor. El vapor del baño casi se había consumido, volvió a cerrar la mampara. Con el antebrazo limpió el espejo nublado y observó su reflejo en él. Sus pechos caídos, su vientre, su cuello, sus brazos, sus muslos... Una gota de sangre comenzó a recorrer uno de ellos, sorteando las marcas coloradas, que al día siguiente tendrían un tono azulado, y esquivándolas, como si de un circuito de obstáculos se tratara, y su menstruación fuera el car que debía evadirlas. . Apretó los ojos con fuerza y el nudo de la garganta se convirtió en una masa que le oprimía la nuez y no le dejaba respirar. La sensación de ahogo se volvió intensa y no pudo reprimir los sollozos por más tiempo, en silencio, eso sí, cubriéndose la boca para que él no los escuchara. Acarició el interior de sus piernas, justo por donde el líquido ámbar seguía rodando, cada vez en mayor cantidad, y respiró hondo. Debía mantener la calma, él no se podía despertar, pero la rabia revolvía sus entrañas, su cerebro se debatía entre lo que debía y no debía hacer, lo que estaba

bien y lo que estaba mal. Cerró los puños apretando con las uñas las palmas de sus manos y volvió a sollozar.

Tras unos minutos en los que el reflejo de su cuerpo se acabó difuminando por culpa de las lágrimas, se sentó en la butaca de aluminio, se abrazó, y comenzó a balancear su cuerpo hacia adelante, hacia atrás.

Cuando por fin reaccionó, el baño estaba completamente despejado de cualquier neblina causada por el calor del agua. Se vistió lentamente, tras limpiarse con una toalla húmeda, cualquier resto rojizo, y se asomó al interior del dormitorio. Boca abajo, completamente dormido y desnudo, Claudio ocupaba completamente la cama de matrimonio. Su respiración acompasada, su espalda subiendo y bajando al ritmo de esta.

La luz de los faros de la calle entraba por la ventana completamente abierta y, ayudada por una pequeña bombilla en el cabezal, dejaban que Olivia distinguiera su cabello castaño, que observó con la cabeza ladeada. El sentimiento de odio y traición no la dejaba apenas pensar en otra cosa que no fuera hacerle pagar por cada noche como aquella, por cada día como aquel. Ya no veía el cuerpo de su marido, veía el cuerpo del demonio, disfrazado de protector de los inocentes y débiles. Ya no veía al hombre que la conquistó, veía el mal recubierto de carne humana.

Cerró los ojos con fuerza y volvió a abrirlos, esperaba que al hacerlo todo aquello que aparecía se fuera de la misma forma en que vino, pero no sucedió. Quizás la vez primera... La segunda... La tercera... Ahora, ya, no.

Un leve movimiento de Claudio la devolvió al momento y apoyó la coronilla en el marco de madera. Las yemas de sus dedos acariciaron de nuevo su entre muslo, y después se las limpió en la tela del camisón.

Se encaminó, sin encender las luces, hacia la cocina y se sirvió un vaso de agua de la nevera que bebió a sorbos lentos. Entonces lo escuchó, él le decía que era el momento, debía terminar con aquello ahora, allí, de una vez. Se acabó el tiempo. ¡Era el día! Olivia no quería escucharle, pero no podía evitarlo. Se tapó los oídos, se cubrió la cabeza con los brazos, pero él no callaba, seguía y seguía, presionándola, retándola.

Una sombra asomó la cabeza por la puerta del dormitorio y se acercó sigilosamente a la cama. Faltaba cada vez menos para el amanecer, pensó mirando hacia la ventana mientras las cortinas blancas se balanceaban a su alrededor movidas por la leve brisa. Luego le miró a él. Recorrió con los ojos su cabello, su espalda, bajando lentamente hasta sus glúteos, sus muslos. Se pasó la mano por el pelo, y rugió suavemente lanzándose sobre el inspector.

**27 de julio de 2018**

CLAUDIO

“ De los violentos es el primer círculo, más como se hace fuerza a tres personas, en tres recintos está dividido; a Dios, y a sí, y al prójimo se puede forzar; digo a ellos mismos y a sus cosas, como ya claramente he de explicarte. Muerte por fuerza y dolientes heridas al prójimo se infieren, y a sus bienes ruinas, incendios y perjudiciales robos; y así a homicidas y a los que mal hieren, ladrones e incendiarios, atormenta el recinto primero en varios grupos”

—Dante Alighieri—

Canto XI. La Divina Comedia.

Tengo un dolor de cabeza acojonante. No recuerdo haber bebido tanto anoche. Los parpados... Intento abrirlos, pero me pesan. Es la misma sensación que cuando subía la persiana de acero de la tienda de papá. Ese quiero, pero no puedo porque el peso es superior a mis fuerzas; y es que ahora mismo no tengo ninguna. Mi cuerpo parece muerto, sin vida. Intento mover algo: un brazo, una pierna, la cabeza. Pero nada responde, sólo siento una sensación de adormecimiento y un leve cosquilleo en las yemas de los dedos de las manos y los pies que se reparte por la planta de las cuatro extremidades. No me siento bien. Algo me aplasta el pecho y no me deja respirar. Intento abrir los ojos de nuevo, pero no hay manera. Me agobio. Me agobio mucho y no soporto sentirme así. Necesito beber. ¿Dónde coño está Olivia? ¿Por qué no escucho su respiración ni siento su presencia en la cama?

Resoplo e intento recordar que cojones pasó anoche. No entiendo como estoy tan jodido. La boca pastosa me provoca sed. Las sienes me van a reventar de dolor y la sensación de asfixia no desaparece.

¿Estaré soñando?

¡Claro! Debe ser eso. Una puta pesadilla.

¿O no?

Las cosquillas que sigo sintiendo por las manos comienzan a ascender por mis brazos, al igual que las de los pies que se esparcen hacia arriba y me llegan a los muslos.

No, esto no es una pesadilla, las sensaciones son demasiado reales.

Vuelvo a pelearme con los parpados y finalmente me salgo con la mía y consigo elevarlos, pero muy poco. Sigo sin poder atisbar absolutamente nada. Quizás es por que aún no ha amanecido, o que todas las luces están apagadas, pero ¿por qué? Intento estirar el brazo hasta la mesilla para hacerme con el teléfono, pero no consigo que responda, aunque la dificultad para coger aire parece que se va suavizando y siento mi pecho con

menos presión.

Me gustaría poder mover la cabeza, ver que está sucediendo a mi alrededor, pero es tan imposible como mover el resto de mi cuerpo. Aunque si estoy empezando a sentir sensaciones en el cuero cabelludo. Es como si cientos de hormigas se pasearan por él, pero, es algo, comparado con hace unos minutos.

Necesito recordar... Necesito saber que hice para acabar noqueado. ¿Y si alguien me drogó? ¡El asesino que me vigilaba! Claro, eso es. O quizás ¿Olivia? ¿Pero por qué iba ella a hacer eso? Siento como un acceso de rabia se apodera de mí de repente, como haya sido Olivia, como esa gorda se haya atrevido a meterme algo por el cuerpo mejor será que corra porque cuando pueda moverme le voy a dar tal paliza que no va a poder andar en meses. ¡Con razón la muy perra no está aquí!

¡Olivia!

Intento gritar su nombre, pero no puedo escupir las palabras. Tengo la garganta agarrotada y no puedo mover los labios.

Necesito recordar, pero no lo consigo.

Creo que me he quedado dormido.

Me duele todo, por fin parece que comienzo a sentir mi cuerpo. El dolor, aunque parezca una ironía me alivia. Intento moverme, pero es imposible. Algo me sujeta las muñecas y tobillos. ¿Qué hora es? Aún tengo los ojos cubiertos. ¿Quién coño está detrás de todo esto? ¿Dónde está mi mujer y por qué no da la cara? Se me hace un nudo en la boca del estómago y comienzo a

temblar. ¿Ansiedad, miedo? Y una mierda yo no le tengo miedo a nada ni nadie.

—Olivia. —Intento decir su nombre de nuevo

No se escucha ningún sonido más allá de mi voz y el de mi respiración. El silencio es total. Todo esto es una locura.

Muevo la cabeza de un lado a otro. El olor de la ropa que me rodea es el de mi casa, huele a mi cama, a Olivia, a su suavizante y su perfume.

Gruño, que es lo único que puedo hacer, me revuelvo forcejeando de nuevo con las ataduras que me mantienen inmóvil.

Nada...

¿Esto es para asustarme y darme una lección? Si, debe ser eso. Alguien está intentando asustarme. Debe ser por anoche, por qué fue anoche, ¿verdad? ¡Joder no sé ni cuánto tiempo llevo así! Intento apretar los párpados por debajo de lo que me los cubre. Los ojos me escuecen, pero necesito recordar. ¿Qué fue lo que hice? El cerebro no responde, solo tengo una enorme nube negra que oculta cualquier imagen que pueda servirme. ¡Mierda, mierda, mierda! Intento agitar las piernas para ver si ceden un poco y se aflojan las mortajas que me las presionan. Una vez, otra, otra. Me desespero, las lágrimas se agolpan en mis ojos, pero no pueden salir y me pica. Joder como pica. Los mocos salen de mis fosas nasales y siento el líquido espeso bajando hasta mi barbilla. Esto es desesperante. Siempre he tenido yo el control de todo y ahora lo he perdido. O quizás es que nunca lo tuve... ¡Claro que lo tenía! Ya no sé ni lo que digo. Me estoy asfixiando. Necesito aire, liberarme, salir de aquí.

¿Y Olivia? ¿Será que ella está malherida o muerta? Mejor será que lo esté, por que como ella me esté haciendo esto, o lo esté permitiendo, la mataré con mis propias manos. Apretaré su cuello pálido y seboso hasta que los ojos se le salgan de las orbitas, los hilos de sangre se le escapen por la nariz y la boca; veré como de la presión de mis manos en su pescuezo se le escapan los meados, como intenta coger aire abriendo la boca para al final ponerse roja, morada y dejar de respirar. Eso le haré si no está muerta aún.

Siento una presencia cerca de mí, a mi lado. ¿En qué momento ha llegado?

El tirón en la piel me hace gemir y mi voz ahora si se escucha. Me han arrancado la mordaza de la boca.

—¡Oli...! —Comienzo a gritar; pero una punzada en la sien me obliga a callar.

39

**27 de julio de 2018**

A través de los cristales, todos los agentes andaban a la perspectiva de lo que sucedía en su interior. Las cabezas de todos los presentes dentro del enorme despacho apenas se habían levantado de las decenas de papeles y pantallas de ordenador. Solo los murmullos de sus voces cuando creían haber encontrado una novedad y la salida, de vez en cuando, de alguno de ellos para ir a por café para todos era el movimiento que se mostraba.

Mientras, dentro, los cerebros y la vista trabajaban a destajo. Nada se les podía pasar por alto, nada debía quedar sin revisar.

Las autopsias, los antecedentes de todas las víctimas, los informes de carácter personal, todo era estudiados al dedillo, mientras otros buscaban antecedentes de la familia dueña de las dos propiedades que se habían utilizado como escena de los crímenes, y el resto se encargaba de analizar caso por caso de los últimos veinte años en el país, por ahora, buscando similitudes con la obra de Dante. Hacia un par de horas que se les habían unido varios especialistas informáticos para ir más rápidos, y varios agentes que se ofrecieron a ayudar. El caos, silencioso, era visible desde el exterior.

Camila sentía todo su cuerpo entumecido y miró por primera vez en mucho tiempo la hora en la pantalla del portátil. Las once de la mañana. Con sigilo acercó su cabeza al oído de Gorka que continuaba sentado a su lado.

—¿Alguien sabe dónde está el inspector Moreno? —susurró en un intento de no alarmar a Bella.

—Estará durmiendo la mona. —La forense le había escuchado y mostro su repulsión ante la adicción de su hermano.

—Perdona no quería... —Camila estaba realmente avergonzada. “Menuda mierda de susurro”, se dijo para sí.

—No te preocupes, aquí todos sabemos y vemos lo que hay, el único que parece no enterarse o verlo grave es el comisario que no se decide a obligarle a dejarlo, o echarlo de una puta vez del cuerpo.

López levantó la vista hacia la forense y se alzó de hombros.

— ¿Alguien le ha llamado? —preguntó haciendo caso omiso al comentario de Bella

—Yo cientos de veces y otro tanto ella —respondió Soto señalando a la forense.

—Lo intento yo y si no responde rendirá cuentas cuando venga. —Su tono fue conciliador. Era cierto lo que se había dicho, y era cierto que su lugar en aquellos momentos estaba allí. Cualquier intento de discutir era absurdo e innecesario. Se levantó y se colocó en una esquina para realizar la llamada y decirle todo lo que debía en cuanto descolgara, pero no tuvo oportunidad; el contestador salto al segundo tono. Volvió a colocar su móvil en el bolsillo y tomó asiento—. Nada, sale el contestador. Le otorgaremos un poco más y luego insistiré...

—¡Tengo algo! —Hernán, uno de los informáticos estaba visiblemente emocionado. Todas las miradas se dirigieron a él, y toda su emoción se convirtió en timidez.

—¡Habla muchacho, por el amor de Dios! —Cercas se puso de pie y se acercó al chaval. Se colocó a su espalda e intentó ver en la pantalla, pero solo distinguía pestañas y mas pestañas abierta y minimizadas.

—A ver. —Hernán abrió una—. He buscado por delitos de muerte en los últimos treinta años. Sé que dijeron no más de veinte, pero me permití la licencia de alargarlo más al ver que en ese plazo de margen no aparecía nada. —Miró a López y este se lo agradeció con un gesto de la cabeza y un guiño—. Y ha aparecido esto; hace exactamente veintiocho años y dos meses sucedió un caso inédito en Madrid. Al parecer en su momento tuvo mucha difusión mediática y escandalizo a casi toda la capital española, no sólo por su crueldad si no porque se

culpabilizó a las instituciones de gran parte del hecho y la “injusticia cometida con las víctimas”. —La sala estaba en silencio, todas las miradas sobre él, y Hernán sentía que se le inflaba un poco el ego—. El caso es que el primer día de octubre de mil novecientos noventa el cuerpo de la Policía Nacional entró en la casa de una familia. Los vecinos habían telefonado preocupados, alegaban que la familia al completo había dejado de dar señales de vida días atrás, puede que semanas, pero que se sentían extraños ruidos en la vivienda, y un terrible olor putrefacto que parecía huir por debajo de la puerta de entrada y las pequeñas ranuras de las ventanas de madera que rodeaban la construcción. El inspector Lorenzo Sánchez, ya retirado, llegó de los primeros, al entrar encontró a uno de los hijos de la pareja cubierto de sangre, con un cuchillo en la mano; y alego que el olor a cuerpo en descomposición y muerte era asfixiante incluso antes de cruzar la puerta de entrada. Las ventanas de la casa estaban todas completamente cubiertas con periódicos, algunas y tapiadas otras. El matrimonio sin vida fue hallado en el sótano.— Todos los que le escuchaban quedaron un poco desconcertados, era como si no acabaran de ver la relación, pero la había como Hernán les descubrió a continuación—. Lo que me ha llamado poderosamente la atención es que, como se supo más tarde y a pesar de que la mujer estaba en un avanzado estado de descomposición, se descubrió por marcas en la piel y restos encontrados en el cuerpo, que había fallecido a causa de las picaduras de decenas de avispas y abejas; se le había cortado la lengua y vaciado los globos oculares.

Camila cogió el libro con brusquedad y comenzó a buscar en sus páginas.

—¡Que salvajada por Dios! —Soto se estaba llevando a los labios el vaso de café, pero en el último momento decidió dejarlo de nuevo sobre la mesa.

—¿Qué es lo que te ha hecho ver relación? —Cercas tomó asiento a su lado y se fijó en como el chaval abría más y más pestañas mientras tecleaba de nuevo.

—El padre de familia, el muerto, vamos, se llamaba Ernesto Lucerna. —Todos le miraron y después cruzaron sus miradas boquiabiertos y emocionados ante la noticia—. Era el hijo de los dueños de la nave y la casa que hemos requisado.

—¡Aquí! —gritó Camila—. “Los desgraciados, que nunca vivieron, iban desnudos y azuzados siempre de moscones y avispas que allí había. Estos de sangre el rostro les bañaba, que, mezclada con llanto, asquerosos gusanos a sus pies la recogían”. Es el Canto III; el castigo a aquellos que por miedo o interés propio no se revelaron ante una injusticia o ofendieron a Dios, por decirlo resumido.

—Soledad Bravo, la mujer, estaba cubierta de gusanos dentro de una especia de cuba gigante llena de heces y desechos. A su lado encontraron el cuerpo del marido con el cuello cortado, casi decapitado. El corte atravesaba todo el cuello y tráquea hasta casi llegar a la columna vertebral.

—¿Quién lo hizo? —Gorka abrió su libreta de tapas negras, destapó el bolígrafo BIC con los dientes esperando respuesta.

—De quien no cabe ninguna duda; Su hija Victoria fue hallada con el cuchillo en la mano, el camisón cubierto de la sangre de sus padres y confesó. Un jurado popular la encontró culpable y sentenciada a pasar un mínimo de quince años en un centro psiquiátrico penitenciario de la comunidad de Madrid. El doctor José Luis García fue el encargado de su supervisión y tratamiento, es psiquiatra especializado en trastornos disociativos de la personalidad. Ya está, también al igual que el inspector, retirado, pero aquí tengo su teléfono.

—Anótamelo. —Camila se levantó, se puso a su lado y le pasó una libreta en la que Hernán escribió el número. La mujer la cogió y salió de la sala para meterse en el despacho de Cercas ante la mirada de todos.

—Hay una cosa más. —El informático parpadeo asombrado y levantó la mirada hacía López, que le apremio con gestos de las manos—. Días después se encontró un cuerpo dentro una caja de madera. Estaba enterrada en el mismo sótano en el que se cometieron los crímenes, bajo una mesa de metal y cubierto por una capa de cemento. Era el cadáver de un chico joven, adolescente; el hijo del matrimonio. Su nombre era Víctor Lucerna y por el estado del cadáver debía llevar allí, mínimamente, medio año.

40

**1 de octubre de 1990. Madrid.**

VICTOR

El sonido del exterior hace vibrar el suelo y me recorre el cuerpo como si de un seísmo se tratara. Imaginé que este momento acabaría llegando. Escucho los golpes en la puerta y las voces de aquellos que desde fuera pelean por tirarla abajo.

¿Por qué no hicisteis lo mismo cuando los gritos eran nuestros? ¿Cuándo rogamos porque dejaran de pegarnos, torturarnos o...? Bueno ya da igual. De todas formas, lo que tenía que hacer ya lo hice. Sonríe, y con la ropa manchada y el cuchillo aún en la mano, espero a que entren.

Los golpes son cada vez más fuertes, más rudos, y la puerta comienza a temblar, no aguantará mucho. Uno, dos, tres... Cuento con la mente los golpes que dan para tumbarla. Cuatro, cinco, seis... ¡Listo! En tropel invaden el salón con sus uniformes oscuros y cascos protectores. Las pistolas en la mano, los brazos estirados y paso rápido. Ninguno me ve. La oscuridad en el salón es mucha, apenas entran cuchillas de luz por las finas ranuras de las persianas.

Corretean por la casa sin decir palabra, y revisan habitación por habitación. Escucho el chirriar de la puerta del sótano, y no puedo evitar estremecerme de la emoción.

—¿Te encuentras bien? —Uno de los policías, con barba gris se me acerca muy despacio, con los brazos abajo, y la palma de una de sus manos abiertas—. Dame eso, no querrás hacerte daño, ¿verdad?

Lo miro ladeando la cabeza sin decir ni una palabra. Llevo la ropa sucia y los pelos en la cara, pero aun así no parece asustarse. Lo que veo en su mirada es lástima, tristeza.

—¡Lorenzo! —Uno que entró antes que él, lo llama.

El policía se acerca, levanta la cabeza y mira tras de mí. Después vuelve a clavar sus ojos en los míos.

—Suéltalo, vamos —ladea su cabeza y me sonrío levemente—. Dámelo, por favor —susurra.

Dejo que coja el cuchillo con el que descuarticé a Soledad y corte el cuello de padre, alzando mi barbilla.

—Ya está, ¿sí? Todo se acabó, te lo prometo.

Le devuelvo la sonrisa y me lanzo a sus brazos solo un instante, un momento. apartándome en seguida, deprisa. Me da confianza después de todo es el padre de Eva, mi mejor amiga en el instituto. Él me entenderá. Yo se lo cuento todo a Eva...

En ese momento uno de los uniformados pasa junto a nosotros, corriendo, y cubriéndose la boca con las manos. Escucho las arcadas y la vomitera justo a la entrada de la casa. Otro, se sienta en el apoyabrazos del sillón floreado en el que mamá se sentaba a leer “La Divina Comedia” una vez tras otra; era su libro de cabecera. El hombre se santigua completamente pálido. Oigo las voces de los demás, tras de mí, que susurran: “Dios bendito, esto es de locos. ¿Cómo ha podido hacerles algo así a sus propios padres?”

Me doy la vuelta y los miro fijamente, con media sonrisa en los labios. Alguien me cubre los hombros. Intento quitarme sus manos de encima.

—Shhhst, no pasa nada. Es para que no tengas frío... Sacadle de aquí y llevadle al coche —dice Lorenzo sin alzar la voz.

—¡jefe por aquí, joder!

Una mujer, vestida también con el uniforme, me sujeta por la espalda y despacio me acompaña fuera de mi casa. La luz del sol me deslumbra después de tantos días a oscuras. Me molesta la claridad y me cubro los ojos con la mano. A paso muy lento caminamos hasta el coche, me abre la puerta, y me baja la cabeza al entrar. Incluso a la luz del día, los colores azul y rojo destacan, reflejándose en las paredes de mi casa, el camino de entrada y las espaldas de

muchos de los que están allí. ¿Qué hora debe ser? De noche aquel juego de colores sería hasta bonito.

Todo el vecindario está en nuestro jardín, miran, murmuran, y mueven la cabeza de un lado para otro.

Seguro que las palabras que salen de sus asquerosas bocas son: “No se lo merecían, siempre fueron unos padres entregados...” “Eran tan buenos cristianos que cuando ya llevaban tantos días sin ir a misa tuve que llamar a la policía. No era propio en Ernesto y Soledad...” “Yo le había dicho a Sole que los diera en adopción, son los hijos de una loca que invocaba a Lucifer...”

Minutos después sale Lorenzo. Un pañuelo blanco cubre su boca, se ha desabrochado el chaleco del uniforme y viene derecho hacía donde estoy, sin dignarse a mirar a una sola de las personas que rodean la casa. Se sienta en el asiento del conductor y veo como sus ojos marrones y brillantes me observan por el retrovisor.

—Victoria por Dios ¿qué has hecho? ¿Por qué no me pediste ayuda? ¿Por qué no los denunciaste o hablaste conmigo? —Dice con voz apenas audible.

—Lo hicimos —contesto sin más.

—¿Y Víctor también...? ¿Dónde está, Victoria? No lo hemos encontrado en la casa.

—Víctor soy yo...

El inspector Sánchez se gira hacía mí y me mira confuso, con los ojos entrecerrados y la cabeza ladeada. Parece pensar unos minutos y luego hace un movimiento afirmativo.

—¿Ha valido la pena? —Sé que espera algún gesto de remordimiento, alguna palabra, lágrimas de dolor, pero no puedo—. Te ayudaré, hablaré con el abogado de la acusación, con mi comisario. Pero debes mostrar arrepentimiento.

—No me arrepiento —vuelvo de nuevo la cabeza y dirijo mis ojos hacía los suyos para que vea la paz que ahora mismo siento, a través de mi mirada—. Hice lo que debía hacer y lo volvería a hacer tantas veces como fuera necesario.

El hombre mueve su cabello canoso de un lado a otro.

—Perdóname, perdónanos a todos —siento como le cuesta hablar, como hace un esfuerzo para no sollozar.

—¿Por? —Me limito a preguntar alzando los hombros.

—Por no entender, por no haber hecho nada, por todo.

Siento como una lágrima recorre mi mejilla y cae en mis manos, manchadas con la sangre de mi padre y mi madrastra, que descansan en mi regazo; pero no digo nada. Sólo vuelvo la cabeza hacia la ventanilla, y recorro con la vista, por última vez, lo que fue nuestro feliz hogar al principio y nuestra sala de tortura al final y que se acabó convirtiendo, también, en la tumba de nuestros torturadores. Le busco con la mirada y por fin distingo su rostro escondido. Desde la ventana de su habitación, apenas visible entre las cortinas, me sonrío con ternura. Apoyo la palma de mi mano en el vidrio de la ventanilla y le devuelvo la sonrisa. Lo conseguimos, le digo en silencio

mientras Lorenzo arranca el coche y me lleva al lugar del que puede no salga nunca más.

Las gotas húmedas comienzan a rodar por sus mejillas y sin esperarlo me conmuevo. Jamás nadie había llorado por nosotros, a excepción de mamá, claro. No puedo mirarlo y giro mi cabeza para ver cómo me alejo para siempre del infierno.

**27 de julio de 2018. Sevilla.**

Camila esperó pacientemente a que la mujer que le había contestado al otro lado del auricular avisara al doctor García. La mujer no se había identificado al principio, pero tenía una voz suave, envejecida y Camila supuso que era la esposa del psiquiatra jubilado.

—Doctor García al habla —habló una voz masculina tras unos minutos.

—Buenas tardes, ya, doctor García. Soy Camila Hernández, criminóloga. Me pongo en contacto con usted desde la jefatura de la Policía Nacional de Sevilla. —Una respiración dificultosa se escuchó al otro lado—. No sé si está al caso, por los medios, de lo que ha estado sucediendo aquí, en la capital andaluza.

—¿La investigación por ese sujeto al que llaman el “Dante del siglo veintiuno”?

—Exactamente señor. —Camila afirmó con un gesto de la cabeza, aunque sabía que aquel hombre no iba a verlo.

—¿Y en que les puedo servir de ayuda yo? —García parecía sorprendido.

—Verá, hemos encontrado una posible relación de nuestro asesino con una paciente que estuvo a su cuidado en el año mil novecientos noventa. Victoria Lucerna, para ser más exactos. Por lo que hemos podido averiguar, usted es el especialista que la tuvo bajo su tutela y observación médica.

—¿Victoria?! —La noticia hizo que García elevara el tono de voz. Parecía realmente contrariado y muy afectado—. ¡Oh, Dios mío! ¿Quiere decir que ella es la que ha estado cometiendo esos crímenes?

—Verá no podemos afirmar ni negar nada, pero no descartamos esa posibilidad doctor. Camila se enderezo en la silla de Cercas—. Veo que la recuerda...

—Si, sí, claro que me acuerdo de ella. —La voz del hombre llevaba tristeza contenida—. Un caso muy triste, ¿sabe usted? Creí que realmente habíamos conseguido ayudarla con el tratamiento, pero si es como usted dice... Está claro que nos equivocamos.

—¿Podría contarme más, por favor? Necesito toda la información sobre ella que pueda facilitarme.

—Deme unos minutos. —Sin verlo, en seguida Camila se dio cuenta de que García había quedado realmente muy afectado ante la noticia. Su voz ya apenas era audible, aunque estaba segura de que, como todas las personas mayores, tenía el micrófono del teléfono pegado a los labios—. Voy a mi despacho a buscar los informes en los archivos. Traje todos mis papeles a casa tras la clausura del centro, y aun lo guardo todo en el despacho de mi casa. Le hablo desde allí.

—Perfecto.

Las voces en la sala se apagaron de golpe con la entrada de Camila. Todas las miradas se posaron fijamente en su rostro descompuesto y abatido. Sus ojos estaban húmedos y Cercas se acercó a ella lentamente.

—¿Estas bien?

—A veces no sabes de qué lado ponerte, o quien es el criminal —dijo levantando la mirada, con los ojos entrecerrados y la cabeza algo ladeada.

—De la justicia Camila —respondió el subcomisario con voz calmada.

—¿Y quién decide qué es y que no es justicia Cercas?

—Pero ¿Qué ha pasado? —Bella estaba visiblemente desorientada—. ¿Qué te ha contado García? —preguntó de nuevo acercándole un vaso de agua a la criminóloga.

—Vamos a darle unos minutos. —Pidió Cercas sentándose ante ella.

Camila tragó el vaso de agua sin apenas respirar, se lo alargó a Gorka, que sentado a su lado lo colocó a un lado de la mesa, y respiró profundamente.

—El doctor García trató en la clínica de la que era jefe de psiquiatría, —Comenzó cuando ya se sentía más tranquila—, a la chica de dieciséis años Victoria Lucerna. Los antecedentes de la chica eran: delito doloso de muerte con agravante de familiar directo. Pero claro desde el primer momento se vio que la niña no era mentalmente estable y que no iba a poder ser recluida en un centro penitenciario juvenil, o reformatorio (creo que se les llamaba entonces para suavizarlo), además de que al ser menor tampoco se le podía juzgar como adulta a pesar de la gravedad de su delito. Por lo que acabó bajo la supervisión de García. En el centro estuvo recluida quince años. Su pena, que estipulaba esos años como mínimo, ya estaba cumplida, así que, cuando clausuraron el centro por falta de fondos, etc, etc, Victoria salió libre.

—Y esto es lo que ha terminado pasando. —Soto paseó su mano por encima de la mesa y expedientes allí abiertos, visiblemente molesto y elevando el tono de voz. El rostro había enrojecido por la ira contenida y sus gestos dejaban ver por el momento de incertidumbre que su mente estaba pasando. Las escenas de los crímenes, los hallazgos de los cuerpos, descuartizados, comidos por perros, metidos en agua putrefacta, se repetían una y otra vez en su cabeza una vez tras otra y no lograba entender, no solo que hubiera seres, porque ni el tratamiento de personas merecían, que pudieran hacer eso ni jueces que les dejaran salir libres. Hubieran hecho lo que

hubieran hecho las víctimas, así no merecía morir nadie. Y Victoria, porque ahora ya sabía como se llamaba “Dante” realmente, no era mejor que aquellos a los que había torturado y asesinado.

—¿Por qué los mato? —López miró a Gorka con el ceño fruncido. Ellos no estaban para discutir la sentencia de nadie, solo para capturar a los que no acataban la ley.

—Al parecer, —Camila necesitó coger aire de nuevo—, se demostró que su padre torturaba salvajemente a los dos hermanos. Dos gemelos. Víctor, el varón, del que más tarde se encontró el cuerpo enterrado y ella. La madre biológica se suicidó años antes debido a una profunda depresión venida a raíz de los malos tratos físicos y psicológicos del marido y padre de los chavales. Al parecer tenía problemas con la bebida y muy graves. —Hizo un gesto a Bella con la mirada rogándole otro vaso de agua y esta afirmó entendiendo la petición de su compañera. Cogió la jarra para servírselo, pero estaba vacía, así que en silencio se dirigió a la puerta para ir a por más—. Tiempo después Ernesto se casó con Soledad su amante durante años, esta no solo no decía nada ni les ayudaba, de ahí su castigo, si no que encima alentaba los abusos de su marido.

—Fran y María —susurro Gorka.

—También se comprobó que Ernesto abusaba de Víctor. —Continuo ella.

—Anselmo... —Nombró Soto.

—Y Soledad y él los mantenían atados en el sótano y sin alimentos durante días. El cuerpo de Victoria mostraba síntomas severos de desnutrición, en el muchacho, al estar el cuerpo en avanzado estado de descomposición no se pudo verificar, pero nunca se dudó que así fuera también.

—Carmen. —Soto termino la lista de nombres y Camila le miró afirmando con un gesto.

Ahora todo tenía un porque, aquella selección del asesino les había mantenido intrigados desde el primer cuerpo, todo cobraba sentido con la declaración de García.

—¿Quién mató al chico?

—El padre. —La criminóloga miro a los ojos del comisario a la vez que respondía su pregunta—. Según los estudios del doctor de los cuales se sirvió la defensa la personalidad de Victoria era tranquila, nada violenta e incapaz de ejercer mal alguno sobre otros seres vivos. Tampoco era capaz de tomar represalias de ningún tipo: defenderse o denunciar; aunque sí se supo que contó alguna cosa a su mejor amiga, Eva Sánchez, y ésta a su padre que precisamente es el inspector que puso a la adolescente bajo custodia. Entonces su mente, como un medio de protección, adoptó la personalidad de Víctor, en la que se refugiaba cuando era torturada y abusada física y psicológicamente, dejando que poco a poco, y en su cabeza, la persona del hermano tomara el mando y se apoderara completamente de sus pensamientos y actos. Víctor estaba cumpliendo con la labor de protegerla y, a su manera, hacer justicia para ambos.

—¿García tiene toda la documentación aún? —Camila miró a Cercas y confirmó positivamente—. Que los envíe por mail.

—Ya se lo he pedido.

—Muy bien.

—Y ahora, ¿Cómo damos con ella? —Soto se puso en pie y comenzó a caminar atusándose el pelo—. ¿Cómo podemos identificar a Victoria? ¿Por dónde empezamos a buscarla? En la casa de sus abuelos y en la nave no hemos encontrado nada que nos diga donde puede estar.

—No lo sé. —La criminóloga pasó las hojas de su libreta—. Ahora tendrá poco más de cuarenta años, a lo sumo cuarenta y cinco. Ojos claros, pelo castaño... Pero eso no nos

ayuda, puede tener el cabello teñido y usar lentillas. —Cogió una de las hojas y la arranco con un brusco movimiento de muñeca—. También me ha contado y descrito unas marcas muy peculiares que tiene en el cuerpo. Unas cicatrices, más exactamente, y grandes, además. —Con el papel en la mano se dirigió a la pizarra y comenzó a dibujar mirando la hoja para asegurarse de describir aquellas señas identificativas con precisión—. Tiene una especialmente grande que le atraviesa la espalda desde el omóplato izquierdo hasta el costado derecho. Al parecer se la hicieron con un arma blanca, y las otras son unas posibles quemaduras de cigarrillo que hacen un dibujo similar a...

El ruido de cristales rotos pilló a todos por sorpresa y se giraron alarmados. Bella, sujetándose al pomo de la puerta temblaba convulsivamente mientras se cubría la boca con la mano en la que había llevado la jarra, ahora libre; mientras intentaba por todos los medios mantener la cordura, no gritar y no caer.

La forense cogió la jarra que descansaba sobre la mesa. Estaba vacía, y en silencio salió del lugar en que todos estaban escuchando a Camila para ir a rellenarla.

La excusa del agua, de paso, le ayudaría a calmarse e intentar localizar a Claudio. Necesitaba llamarle, asegurarse de que estaba bien. De que ambos estaban sanos y salvos, que nada malo les había sucedido. Que solo era una de las tantas mañanas en las que su hermano no se podía levantar por culpa del alcohol. Entonces gritaría, le llamaría necio, le insultaría, maldeciría el día en que comenzó a beber: Pero sabría que estaban bien.

Estaba convencida de que su cabeza estaba en lo cierto y su instinto se equivocaba.

¿Cómo podía ser tan imbécil y jugarse de aquella forma su carrera, su vida y la de Olivia?

Tomó la decisión de bajar a los comedores a por el agua, así tendría más tiempo para llamar entre trayecto y trayecto. Marcó y esperó, nada. Lo intentó de nuevo, nada. ¿Qué coño pasaba? Y si Claudio dormía la puta mona, ¿por qué no se lo cogía su cuñada? Una sensación de ahogo comenzó a apoderarse de su pecho y tráquea. ¿Y si su instinto no era el que se equivocaba? Algo sucedía, lo presentía, era como unos arañazos en las entrañas que le avisaban de que nada estaba bien. Respiró hondo y volvió a marcar. De nuevo nada. ¿Y si Victoria había dado con su identidad y los había capturado? Debía estar furiosa, al fin y al cabo, la policía había encontrado su guarida, probablemente su único hogar, y Claudio era el inspector encargado de ello. La ansiedad se estaba abriendo paso a puñetazo limpio y decenas de pensamientos pasaban ante sus ojos a cámara rápida. La imagen de Olivia y Claudio torturados, los cuerpos amordazados, sangrantes o peor aun muertos de ambos cobraba cada vez más fuerza consiguiendo que se imaginara los cuerpos cubiertos de sangre, fríos y tirados en el suelo de la casa de ambos.

—No por favor susurró intentando contener las lágrimas y que la angustia no le cegara impidiéndole pensar—. Ellos no por favor.

No llegó al comedor. Retrocedió sobre sus pasos con la jarra vacía en la mano. Devia advertir al resto del equipo. Un compañero, su propio hermano podía estar en peligro. A lo mejor solo se estaba montando una película por culpa de una estúpida borrachera, pero es que la sensación era tan fuerte, tan palpable, que tenía el convencimiento de que no estaba equivocada. Algo sucedía, lo sentía en las entrañas. Por lo menos que enviaran a su casa una unidad para cerciorarse, para comprobar que todo estaba no bien, pero si como solía estar.

Estaba a punto de coger el pomo y entrar cuando algo llamó poderosamente su atención. Camila estaba dibujando algo. ¿El que? Se detuvo y a través del cristal fijo la vista e intento aguzar el oído. No se podía escuchar lo que decían, aquellas vidrieras eran dobles, quizás hasta

triples. Fabricadas expresamente para salas como aquella en la que la privacidad de lo que se hablaba dentro debía ser esencial. El cuerpo de Camila no le dejaba ver que estaba escribiendo. Fuera lo que fuera los tenía a todos a la expectativa. Entonces se movió y Bella empujó la puerta y escucho las palabras de la criminóloga: “Una cicatriz que cruza desde el omóplato izquierdo hasta el costado derecho, y las otras son posiblemente quemaduras de cigarrillo que hacen un dibujo similar...”

Las piernas comenzaron a fallarle al igual que la mano que se abrió involuntariamente dejando caer la jarra que llevaba en ella. Su cuerpo comenzó a temblar y sudar. Podía sentir como las gotas recorrían su frente y espalda. La boca del estómago regurgitaba provocándole unas ganas terribles e intensas de vomitar, y necesitó cubrirse la boca con la mano antes de que todo lo que su estómago contenía saliera por ella, escapara y no lo pudiera retener. La visión se le estaba tornando borrosa y se dio cuenta de que de un momento a otro iba a perder el conocimiento.

—Olivia... —fue todo cuanto acertó a decir antes de sentir como varias manos la sujetaban para evitar que cayera al suelo. Luego todo se quedó oscuro y silencioso.

42

**27 de julio de 2018**

VICTORIA

Le miro apoyada en el marco de la puerta.

Él me dice que lo haga ya, que dentro de poco llegaran y ya no podré. Sabíamos que era cuestión de tiempo que llegaran hasta nosotros, igual que sucedió en el sótano, pero no puedo. Me falta su valor, su fuerza, su instinto.

En cuanto escuché como apodaban al “justiciero” le reconocí. Supe que Víctor había vuelto y mi felicidad, pero también miedo de tenerlo de vuelta, fueron inmensos. Sentimientos encontrados de saber que ya no estaría nunca más sola, con el temor de saber a qué había vuelto y de qué era capaz. Ahora quiero que se marche. Me quiere obligar a castigar a Claudio. Yo no puedo, de verdad que no puedo. No soy como él.

¡Es mi marido por el amor de Dios!

—“No me digas que te da pena” —Su voz resuena dentro de mi cabeza—. “Es que no te das cuenta de quien es y de lo que te ha estado habiendo?”.

—Claro que lo veo Víctor —murmuro—. Pero no puedo. ¡Yo no soy una asesina! —exclamo levantando finalmente la voz y la cabeza de mi marido se mueve.

—¿Olivia? —me llama— Olivia, ¿estás ahí?

—“Contéstale.” —Me ordena mi hermano.

—No —susurro.

—¿Olivia?! —Claudio grita mi nombre. Me tapo los oídos. No quiero escucharle, y a Víctor tampoco.

—¡Dejadme en paz! —les grito—. Por favor...—Ruego con lágrimas en los ojos y un asfixiante nudo en la garganta—. Por favor...

—¿Olivia, quien coño está contigo zorra de mierda?! —Claudio grita mientras se esfuerza por liberarse de las ataduras. Tendría que haberlo hecho entonces, seguir las instrucciones de Víctor y acabar con él en el momento en que lo ataba. Pero me detuve en su rostro, acaricié su pelo, el perfil de su nariz, su mandíbula, sus labios. Recordé los maravillosos momentos a su lado antes de que la bebida se apoderara de su mente y lo convirtiera en otra persona, antes de que los golpes e insultos se convirtieran en su forma de hablarme, en que los abusos se volvieran su forma de tratarme, y no pude. ¿Cómo puedes acabar con alguien a quien has amado, de una forma tan brutal? No pude hacerlo tampoco con papá, ni siquiera con Soledad, por eso tuvo que volver él y hacerlo por mí, para ayudarme, para liberarme. Igual que pensé que haría ahora porque yo no tengo lo que se necesita... Me limpio una lágrima que comienza a resbalar por mi mejilla. Con los otros ajusticiados me dio igual, al fin y al cabo, las víctimas de estos necesitaban justicia, al igual que la necesitamos nosotros en su momento. Pero ¿Claudio? No puedo. Sencillamente, no puedo.

—“¿Es que ya has olvidado como estabas hace unas horas por su culpa?” —Insiste.

—¡Cállate! —grito—. ¡No quiero oírte más!

—¿Me hablas a mi pedazo de zorra? —Mi marido busca la procedencia de mi voz—. ¡Suéltame ahora mismo gorda de mierda! Estas con tu amante ¿Verdad? ¡Os voy a matar a los dos! ¡Voy a vaciar la pistola en vuestras cabezas hijos de puta!

—“¡Dile que cierre la boca!”

—¡Dejadme en paz! —Me cubro los oídos de nuevo y arrastro mi espalda por la pared mientras dejo que mi cuerpo resbale por ella y termine sentándose en el suelo con las rodillas encogidas.

—¡Zorra! ¡Que me desates de una vez hija de puta!

Levanto la mirada y fijo mis pupilas en la planta de sus pies.

—¿Qué me has llamado? —le preguntó sin alzar el tono de voz, mientras me levanto

y camino hacía el cabecero de nuestra cama.

“No lo repitas, no lo repitas”, ruego con la mente, sin abrir la boca.

—Te he llamado hija de puta —escupe por la boca con asco y desprecio—. Inútil de mierda, suéltame o te juro que te mataré con mis propias manos, a ti y a quien sea que le hablas. Que te crees que estás haciendo, ¿eh? —Las manos comienzan a temblarme al igual que la barbilla. “No digas más por favor” ruego en silencio—. ¿Te crees que puedes hacerme algo de verdad? ¿Q vas a evitar que te aleccione? —Abro los ojos todo lo que los parpados dan de sí. “Ven que te voy a aleccionar zorrita inútil”, decía papá—. No tienes cojones, cobarde de las pelotas. No vales para nada, no eres nadie sin mí. —Se carcajea. ¡Se ha reído! De su boca salen babas y su cara está desencajada. Por la comisura de sus labios chorrea espuma, en su cuello se transparentan las venas.

Algo en mí muere del todo definitivamente. Ahora mismo le miro y solo siento un asco y un odio visceral. Las lágrimas escapan sin que las detenga, mis piernas y brazos tiemblan sin que lo pueda evitar, y siento ganas de vomitar. Una sensación húmeda recorre, de pronto, el interior de mis muslos. Me miro. Es mi sangre que se está derramando con fuerza. Es mi cobardía, mi incapacidad de hacer mal que escapa de mi interior. Es una señal. Me estoy purificando.

No digo nada a mi marido, callo, y comienzo a alejarme de la cama. Llego a la puerta y le sigo escuchando gritar.

—¿Olivia?! ¡Te voy a matar! ¡¿Me oyes zorra asquerosa?! ¡Acabaré contigo! ¡Te encontraré donde vayas! ¡Vuelve!

Me siento rara, débil, mareada. A duras penas llego a la cocina. Las piernas me fallan, todo se nubla y siento el frío del suelo en la espalda.

A lo mejor ella, realmente, quería empezar de cero. —La voz de Camila se escuchaba en el coche de Soto por encima de las sirenas de los vehículos de la policía, mientras rebasaban los límites de velocidad y rogaban en silencio por llegar a tiempo—. A lo mejor Víctor había desaparecido definitivamente, o eso creía ella, hasta que sucedió algo. Un antes y un después en su nueva vida, una situación que le llevó a sentir en peligro, a evocar el pasado y creer que lo estaba reviviendo. Lo que fuera la hizo sentir vulnerable, desvalida, superada. Y entonces su hermano regresó.

—¿Y por qué las otras víctimas? —Soto no apartaba la vista de la carretera, pero se permitió la licencia de desviarla un poco, hacía el asiento del acompañante, para mirar a Camila.

—Quizás una forma de advertir a Victoria de su presencia, quizás para justificar lo que podía venir después, o simplemente, quizás lo hizo porque realmente creyó que debía hacerlo; pero guardó a Claudio para el final sabiendo que si era el primero toda la investigación se centraría en su círculo más cercano, y tarde o temprano sería detenido. Quería cumplir una misión, yo estoy convencida de ello. De que él cree que hace lo que es debido, ya que en el pasado a ellos nadie los ayudó.

—¿Dónde consiguió los datos de los otros? —Gorka redujo a tercera y luego puso la cuarta marcha volviendo a mirar por un momento a la criminóloga.

—De Claudio, por supuesto. Victoria, o Olivia como la conoces, es su mujer. Fue fácil entrar en los ordenadores y poner la clave de Moreno, al fin y al cabo, era el inspector que llevaba la investigación.

—Cuando comenzó a beber todo cambió. —Bella sentada en la parte trasera apoyaba los codos en los dos asientos delanteros. Su rostro atravesó la penumbra del interior y habló con los ojos húmedos. Eran sus primeras palabras desde que, tras recuperar el conocimiento, había

explicado que su cuñada coincidía con la descripción de Victoria. Ella conocía perfectamente aquellas cicatrices, las había visto decenas de veces; pero Olivia siempre culpabilizaba a un accidente de tráfico el que las tuviera. La forense jamás lo puso en duda—. El carácter de mi hermano se agrió, la tristeza de mi cuñada se volvió eterna. Ya no sonreía jamás, siempre encerrada en las cuatro paredes de su casa, deambulando por ella como un espíritu. —Camila apoyó su mano en la de Bella.

—La ayudaremos. —Sonrió—. Le ayudaran... Solo espero que no lleguemos demasiado tarde.

A horcajadas me coloco sobre él. Se remueve y sé que si sigue así acabara consiguiendo liberarse. Es fuerte. Le quito la cinta de los ojos y dejo, con mucha calma, que parpadee para acostumbrar su visión, y que de esa forma pueda verme bien.

Paso el cuchillo que he cogido en la cocina de una mano a la otra y le observo. ¿Qué coño fue o que vio Victoria en este monstruo? Sus ojos achinados son fríos como el hielo, no contienen sentimiento alguno. Sus facciones de acero, nada de ternura o bondad en ellas. Todo el conjunto es el de un hombre narcisista, sin escrúpulos, violento, dominado por la ira y el alcohol. En definitiva, tan basura como aquellos a los que quiere hacer justicia a mi costa. Solo eso. Basura humana que, en este mundo, molesta.

Parece que le cuesta fijar bien la vista, mientras aprovecho para apretar las ligaduras de las muñecas. Cuando me pongo delante de su cara y le miro a los ojos sus cejas se levantan y sus pupilas se agrandan por la sorpresa, a la vez que sus labios forman un círculo perfecto, carnoso y cubierto de babas y espuma.

—Hola Claudio.

Por unos segundos no reacciona. Debe estar digiriendo lo que ve; luego parece despertar de su ensimismamiento.

—¡Zorra de mierda! —grita. Comenzamos bien...— ¡¿Qué coño haces?! ¡Suéltame!

Chasqueo la lengua un par de veces y muevo mi índice de un lado al otro ante de su mirada. Sus ojos siguen el vaivén de mi falange.

—Creo que estas confuso. ¿Con quién crees que estás hablando? —En su mirada un momento de confusión. El sonido de mi voz le desconcierta—. Para empezar, es imprescindible el respeto. Recuerda tu eres el que está atado y yo quien está sobre ti y con un cuchillo en la mano. No te conviene faltármelo inspector Moreno, no estas en posición.

—¿Por qué estás haciendo esto y pones esa voz? —Me mira perdido, creo que de verdad no está entendiendo nada.

—Claro, perdona, aun no nos han presentado. —De cintura para arriba le hago una reverencia y le pongo el cuchillo más cerca de la cara—. Mi nombre es Víctor, aunque todos me conocen como “Dante”. —Sonrío con más énfasis.

—Tú te has vuelto loco. ¿Qué haces con ese cuchillo? ¿Y tú amante? —Pone cara de asco—. ¡Quita ese puto cuchillo de delante de mi cara! —grita— Eres una estúpida, a ti se te ha ido la pelota tía.

—Que pasa Claudio, ¿tienes miedo? —No me muevo ni aparto el cuchillo.

—Olivia me voy a soltar, y cuando lo haga voy a darte tal paliza que te voy a romper todos los huesos del cuerpo, ¿escuchas bien? —Amenaza con los dientes apretados y la

mandíbula contraída.

—Olivia no existe —susurro acercando mis labios a su oído.

—¿De qué hablas? —pregunta apartando la cabeza para que mis labios no rocen su piel.

—Como lo oyes. Olivia nunca ha existido realmente, solo fue una invención. Una personalidad creada por Victoria. Pero eso no es importante ya, ¿no crees?

Las facciones de Claudio se arrugan y tuerce la boca.

—¿También eres una puta embustera? Joder lo tienes todo... —Su chulería comienza a sacarme de mis casillas. ¿De verdad no se da cuenta de que va a morir? Por Dios Victoria, ¿dónde cojones tenías la cabeza? —Suéltame de una maldita vez loca embustera. —Rechina los dientes al soltar la palabras e incorpora la cabeza unos centímetros mirándome fijamente a los ojos.

—Ni lo sueñes. —Aún no se entera de quien soy, creo que se le olvidó de lo que soy capaz. Loca, embustera, zorra... Sigue tratándome como si fuera Victoria. Es realmente inútil repetirle una y otra vez que no está hablando con ella. Es igual. Apunto a su pecho con la punta del cuchillo y acaricio su piel.

—¿Qué vas a hacer...? —Baja y sube la mirada mientras se revuelve, intentando alejar su torso—. ¡No, no! No se te ocurra, ¿me oyes? —Creo que ha adivinado lo que viene ahora— Mira, hablemos, ¿sí? —suaviza la voz—. No tienes que hacer esto Olivia. —Ahora intenta negociar. Los ojos se le humedecen, lo justo para que brillen. A mí no me vas a conmovier.

—¡Espera! —cierra los ojos e intenta poner sus pensamientos en orden—. ¡Está bien, te creo! No eres Victoria. De acuerdo. ¿Sí? Eres... ¿Víctor?, ¿eso es eres Víctor! ¡Te creo, de verdad! ¡Hablemos!

Le sonrío. No sé en qué momento este personaje ha creído que yo quería hablar.

—No —respondo sin dejar de enseñarle los dientes—. No tenemos nada que hablar. Y cierra la puta boca o te la cubro de cinta aislante hasta los orificios de la nariz y dejo que mueras asfixiado.

El sigue moviendo la parte alta de su cuerpo tanto como las cuerdas que lo inmovilizan se lo permiten. Mientras yo acerco la punta hasta su pecho y la mantengo allí un poco para que sienta el frío del metal en la piel. Él no se está quieto, pero no puede evitar que la punta afilada y fina se clave en su dermis y comience a atravesarla. Aúlla, grita, hasta llora de dolor. El muy machito, el hombre duro que solo sabía golpear, ahora llora como un bebé. Aun así, no ceso en mi tarea. Primero una línea en diagonal, extraigo el cuchillo y él me mira con su rostro húmedo, suplicando; entonces me posiciono para realizar la misma operación; vuelvo a bajar el filo en perpendicular y dibujo otra línea que cruza la primera. Ya está. Saco el metal, solo queda una más. La sangre corre por su piel cruzando sus pezones como si de gotas de agua de lluvia resbalando por un cristal se tratara, y agacho la cabeza. Saco la lengua y la paso por el líquido espeso y rojo.

—Hay confianza, ¿verdad? —Susurro. Los labios y la lengua me saben a metal—. Va machote que ya solo queda una.

Claudio mueve la cabeza de un lado a otro y clavo el cuchillo de nuevo en su carne prieta.

Me detengo y aguzo el oído. Lo saco de nuevo levantándolo con ambas manos sobre mi cabeza y manteniéndolo así hasta que entren. Han tirado la puerta abajo, ya están aquí.

Maldita sea, este canto quedará incompleto.

—¡Olivia! ¡Claudio! —Los gritos de Bella resonaban por toda la casa— ¿¿Dónde estáis?! —Exclamó, mientras entraba con tanta furia, una vez tirada la puerta abajo, que nadie pudo sujetarla y retenerla.

Sus pasos veloces recorrieron cocina, y salón, hasta darse cuenta de la tenue luz que había encendida al fondo del pasillo.

Soto la sujeto del brazo, no iba a permitir que pusiera en riesgo su vida por mucho que ella se resistiera, y se colocó delante de su cuerpo, con los brazos estirados y el arma apuntando al frente. López y Cercas le imitaron dejando a la forense al fondo, al lado de Camila que la sujetó por el hombro para ralentizar su paso.

Con cautela, en piña, todos caminaron al unísono hasta la luz.

Soto fue el primero en llegar a la puerta del dormitorio y entrar. Paralizado vio el cuerpo de su compañero tumbado en la cama, atado por las extremidades a los postes del somier y con el pecho cubierto de sangre. Ella sobre él, con los brazos levantados y la espalda desnuda y recta. El metal del cuchillo brillaba al contraste con la tenue luz de la mesita.

—¡Suelta el arma! —Se escucho en coro y proveniente de todas las direcciones mientras todos los agentes iban rodeando la cama sin dejar de apuntar—. ¡No lo vamos a repetir! ¡suéltalo!

—Vaya, la historia se repite —murmuró Olivia, recorriéndolos uno a uno con la mirada hasta que encontró el rostro y los ojos de Bella. Le sonrió.

La forense comenzó a caminar. Camila intentaba retenerla sujetándole la camiseta, pero Bella se deshizo de sus manos y se acercó, con las palmas de las manos hacía arriba, a la cama, colocándose a su lado.

Camila la siguió y se colocó tras ella, debía evitar como fuera que se acercara más, pero sabía que si alguien podía detenerlos era la forense.

—Olivia... —Su voz apenas era un susurro y el nudo que tenía en la garganta casi no le dejaba respirar ni hablar. El rostro de su cuñada se suavizó y la miró con los ojos brillantes —. Oli, amor —rogó recorriendo el rostro de la mujer de Claudio y deteniéndose en sus labios hinchados y los moretones que tenía en el ojo y en la mejilla—. Por favor, ya está, ¿sí? Deja eso, le castigaran, te lo juro.

—Olivia no está.

—Si está. —Bella se acercó un poco más. Camila avanzó también y la sujetó por la muñeca—. Yo la veo. Te veo... No lo hagas, no quiero perderte. —El nudo de su cuello explotó y la voz le escapó envuelta en un sollozo, mientras parpadeaba para liberar sus ojos de las lágrimas.

—¡Deja de decir eso! —Bramó sin cambiar de postura—. ¡Te digo que Olivia no está, no existe! ¡Ya solo existo yo Víctor! Victoria, Olivia... Ella se ha ido. No era capaz. Yo sí. —Habló con rapidez, casi comiéndose las palabras.

—¡No, me niego a creerte! ¡Déjala en paz! —Bella quiso avanzar un paso más, pero López, a su lado, la sujeto del brazo impidiéndoselo—. ¡Olivia! —gritó— ¡Me escuchas, lo sé! —Sollozó y se revolvió intentando zafarse de la mano del comisario—. ¡Enfréntate a él Oli! ¡Dile que se vaya!

El rostro de Victoria se contrajo. Por unos momentos todos creyeron que se iba a desvanecer allí mismo, que iba a perder el conocimiento, pero solo movió la cabeza de un lado a otro, apretando los párpados. Nadie se atrevía a moverse, Moreno esta justo bajo ella, y el cuchillo seguía levantado y sujetado con fuerza.

—El no merece vivir. —Su voz, femenina de nuevo, sonaba lejana a los oídos de

Bella que recorrió cada milímetro de su rostro con los ojos inyectados en sangre de llorar.

Era cierto, Claudio no merecía vivir. Era un animal, un maltratador. Pero si bajaba el cuchillo, si se lo clavaba, todas las armas que la rodeaban se dispararían y ella moriría sin remedio. Si lo mataba, ella moriría con él. ¿Era eso lo que realmente quería? Miro los ojos de su cuñada y supo que esta le había leído el pensamiento. Victoria, Víctor, Olivia... Todos estaba preparado para morir. Bella giró la cabeza y miro a Camila desesperada, después a Cercas y a Soto, rogando, suplicando. Luego la volvió a mirar a ella desesperada, destrozada, pero la mujer solo sonrió mientras el líquido salado de su rostro caía sobre la ropa de la cama. Olivia amplió su sonrisa hasta dejarle ver sus dientes perfectos, le guiñó un ojo y dejó de sonreír para dibujar un TE AMO con los labios.

—¡NO! —Todo fue tan rápido que a Bella no le dio tiempo a reaccionar.

Con una fuerza y velocidad sobrehumana Victoria bajó el cuchillo clavándolo justo en el corazón de Claudio. Los disparos se escucharon provenientes de todas partes mientras Bella intento correr hacía ella y colocarse en medio, proteger su cuerpo, pero Camila la sujetaba fuertemente, con sus brazos, por los hombros impidiéndole avanzar. El cuerpo de Victoria, cosido a tiros, se desvaneció sobre el de Claudio. Bella Gritó, otra vez, y finalmente dejó que Camila venciera y se dejó caer de rodillas en el suelo abrazada por su compañera.

Cercas y Soto avanzaron deprisa hacía ellos, López bajó su arma, derrotado.

Gorka puso la yema de sus dedos en el cuello de la mujer y negó con la cabeza, Cercas hizo el mismo movimiento en el cuerpo de Claudio, ya no había nada que hacer.

Ni las balas pudieron evitar que el cuchillo atravesara la piel, la carne, el esternón y llegara al corazón, acabando con su vida al instante.

43

**10 de agosto de 2018**

Se levantó de la silla, recogió los binoculares, y los pocos utensilios que se había atrevido a sacar en el tiempo que se había hospedado allí. Miró la foto, los besó a través del cristal del marco y se aseguró de que su arma estuviera cargada.

Cerró la puerta del que había sido su hogar aquellos días, bajó las escaleras y salió a la calle escondiendo el arma en la cintura, bajo la camiseta. A paso rápido, decidido, atravesó la carretera y se colocó en el portal que tan bien conocía.

Llamó al interfono, se sabía el piso de memoria. Decenas de veces había intentado hacer lo mismo, pero le habían faltado agallas y vuelto sobre sus pasos.

Aquella vez no.

Si algo había aprendido con todo lo sucedido era que, ciertamente, la justicia no existía. No la hubo para Victoria, ni Víctor. No la hubo para Olivia. Ni tampoco la había habido para su hija y su marido. Si algo había aprendido es que la justicia la tenía que ejercer uno mismo.

La puerta se abrió sin que nadie preguntara, y sonrió. Miró que no hubiera gente bajando o subiendo por las escaleras y sacó el arma de la cintura de su pantalón. Bajó el brazo con ésta en la mano, el dedo en el gatillo, la decisión tomada y subió en silencio con el cuerpo ladeado.

Cuando llegó a la puerta llamó al timbre y escuchó los pasos acercándose. Se quedó allí de pie, esperando que al otro lado quien mirara por la mirilla le viera bien. Él abrió la puerta y Camila levantó el arma colocándole el cañón en la cara.

—¿Te acuerdas de mí?

El hombre levanta las manos con las palmas en dirección a la mujer.

—¡Fue un accidente, lo dijo la sentencia! —exclamó con la voz temblando al igual que el resto de su cuerpo—. ¡No quise atropellarles, fue culpa del alcohol, por Dios...!

Camila hizo un gesto con el arma obligándole a retroceder de espaldas, pasó y cerró la puerta tras ella.

—Y una mierda...

Fue lo único que dijo antes de disparar.

FIN

## BIOGRAFIA

Hola soy María Dolores Sánchez País, aunque los lectores y en redes sociales se me conoce como Loli Sánchez. Nací en Barcelona en 1973, y actualmente resido en Girona. Soy madre de cinco hijos estudié Aux de clínica y ejercí de ello hasta 2012 donde un accidente laboral me dejó incapacitada para ejercer mi profesión. También he realizado cursos de ciencia forense y psicología criminal.

Mi primera novela Visiones, bajo el seudónimo de Loe Sampa y editada en 2014 por Tempus Fugit Ediciones, de género suspense romántico, estuvo durante más de cuatro años entre los tres primeros puestos de ventas en Amazon México. Mi siguiente libro, El crimen dormido y del mismo género que mi primera novela, también publicado por la misma editorial bajo el mismo seudónimo, se mantuvo entre los cien primeros de ventas durante el primer año de publicación.

